Me confundes con otro



LARA BLANC

Me confundes con otro

Lara Blanc

Índice

1. El comienzo del viaje
2. Gilipollas
3. Una idea horrible
4. Lo imposible
5. Límites
6. El concierto
7. Qué puñetera casualidad
8. Mejor que Jordan Catalano
9. Mezclar realidad y ficción
10. Carpe diem
11. La cena
12. Tranquila, Lena
13. El secreto de Álex
14. No es tan difícil
15. Mala madre

Sin filtro

16. Lo tenía controlado
17. El día de la ruptura definitiva
18. Despacio, Álex
19. Serenata
20. Reencuentros
21. Segunda parte
22. No hasta que hablemos
23. La primera vez que metimos la pata
24. Fase uno
25. Esa vocecita venida del infierno
26. La ragazza
27. Cuando estábamos juntos
28. Negación, qué típico
29. El día que odio recordar

Coracoño peligroso

30. Puñetera estadística
31. La otra boda
32. La última vez
33. Si esto fuera una película
34. El banquete romano
35. Adiós, control
36. La mañana después

El enigma de la mutación

37. Lo más importante
38. SOS
39. ¿Has hablado ya con Lena?
40. Di algo, por favor
41. ¿El resto de la historia?
42. La llamada
43. La culpa
44. En el maldito hospital
45. Cuando llega la tranquilidad

Como cajón que no cierra

46. Fin de ciclo
47. La historia del elefante
48. Estoy perfecta
49. La dragona y sus flores
50. Se acabó el espectáculo
51. Emociones opuestas

Dracarys

52. No abras

Qué bajón

53. El Libro de las Lamentaciones
54. El final

Queremos creer

55. La videollamada

Cinco meses después…
Dos años y medio después…
Nota de la autora
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Copyright © 2026 Lara Blanc
Todos los derechos reservados.
Diseño de la portada: Adela Aragón.
Corrección: Marisa Sefra.

Para aquellos que dan segundas oportunidades.
Y para los que reciben este regalo y no lo desaprovechan.

Y para mis padres,
que me quieren de forma incondicional
y me dan todas las oportunidades del mundo.
Os adoro.

Capítulo 1

El comienzo del viaje

Ginebra, octubre, 2022

Te voy a contar un secreto: las mujeres que sobrepasamos los cuarenta estamos tan perdidas como las de treinta. O las de veinte. Solo que lo disimulamos mejor. Si ignoras las arruguitas, alguna que otra cana y los distintos grados de flacidez, somos más parecidas de lo que creemos. Es lógico (si lo piensas), las decisiones vitales no desaparecen con la edad. Y todo el mundo sabe que, cuando uno decide, siempre corre el riesgo de equivocarse.

Y aquí estoy yo, en el aeropuerto internacional de Ginebra, en la segunda cola de embarque del día, vestida con unos *leggings* negros y una enorme sudadera gris, con la certeza absoluta de que la he cagado a lo grande.

Muy a lo grande.

Me aferro al bolso y deslizo la mirada por la sala. Las luces artificiales iluminan el espacio, los viajeros esperan acomodados en hileras de asientos azules y una voz femenina habla en francés por megafonía. Alzo la vista al techo, como si la buena mujer estuviera allá arriba, y sonrío al darme cuenta de que no soy la única que realiza este gesto tan absurdo. Aunque, en mi caso, solo pillo el «*s'il vous plaît*».

—*Pardon* —se disculpa un caballero, después de que haya recibido un bolsazo por parte de su acompañante.

—No pasa nada —murmuro, a sabiendas de que no va a entenderme.

Cambio el peso de una pierna a la otra y tomo una bocanada de aire. No es para tanto. Solo es un viaje. Y es evidente que es tarde para replanteármelo.

¿O no?

—Dicen que es la mejor época del año para disfrutar de la Costa Amalfitana.

Miro de reojo a la izquierda, al dueño de esa voz, y confirmo que su comentario va dirigido a mí. Alto, pelo oscuro, barba cuidada y una sonrisa que podría fundir el mismísimo hielo. Sus ojos, almendrados y negros, sonríen casi tanto como sus labios. Una descripción peligrosa que aumenta de intensidad si te confirmo que, además de mono, está muy bueno. El instinto me advierte que no entre al trapo. Es obvio que la frase que acaba de soltarme pretende ser inocente, pero no lo es en absoluto. Sin embargo, tardo un segundo y medio en responder un escueto:

—Eso espero.

Toqueteo la documentación que sostengo entre las manos y fijo la vista en la cola que avanza. Tres personas más y será mi turno. Él se acerca. La distancia entre su cuerpo y el mío se reduce a unos ridículos treinta centímetros, lo suficiente como para oler ese perfume que me resulta tan familiar.

—Lena, te prometo que será el viaje de tu vida.

¿Que cómo sabe mi nombre? Porque el tío bueno peligroso que tengo a mi vera es mi ex. ¿Ahora entiendes mi nerviosismo? Pues la historia mejora si te cuento que soy su acompañante en una boda.

Controlo mi respiración acelerada y doy un pequeño paso. Álex rodea mi cintura con el brazo y me besa en la mejilla. El gesto, que en cualquier otro momento me habría enternecido, me tensa.

—Mi jefe viene hacia aquí —me explica en un susurro.

Me lo imaginaba.

Solo hay una persona que se interpone entre la puerta de embarque y yo.

—Genial —respondo entre dientes, cuando, en realidad, estoy rezando para que no se atreva a hacerlo.

—¡Álex!

El grito me sobresalta. Proviene del final de la cola, de un tipo bajito y fornido que avanza hacia nosotros. Álex tenía razón al describirlo como un cliché con patas. Es un italiano del sur con gomina en el pelo, ropa ajustada y una cadena dorada al cuello. En cuanto nos alcanza, saluda a mi ex con varios palmetazos en la espalda y me mira de arriba abajo.

—Yo soy Mauro. Y tú *devi* ser *la sua* novia*, ¿vero?*

¿Comprendes ya por qué es una cagada monumental?

Álex curva los labios en una sonrisa burlona y yo le lanzo una mirada fiera. *Esa* que conoce tan bien. Estoy segura de que sabe que estoy pensando lo mismo que el día que lo conocí.

Gilipollas.

Capítulo 2

Gilipollas

Veintidós años antes
Nochevieja de 1999-2000

Conocí a Álex en Nochevieja, en la fiesta de un bar cutre decorado con demasiado espumillón dorado. Gin me había arrastrado hasta allí porque estaba colgada de un tal Dani, del que no dejaba de hablar. Y yo había accedido porque, a pesar de que estaba pasando un mal momento, echaba de menos a mi mejor amiga.

—Coño, Lena, ¡ya estás con la mirada de psicópata! —Gin, apoyada en la barra, me apuntó con el dedo.

—No estoy con la mirada de psicópata —murmuré. No quería admitir mi mal humor, provocado por el capullo de Víctor, que había vuelto a dejarme en Nochebuena.

Ella chasqueó la lengua a modo de advertencia. Con ese gesto parecía decirme: «Esta noche es para nosotras, ¿recuerdas?». Asentí y me hice un hueco en la barra para pedir otra cerveza.

—El carnet —reclamó el camarero.

Gruñí y Gin escondió una carcajada. Siempre igual. Mi carita de niña buena y mi escasa estatura solían generar confusión sobre mi edad, algo que a los dieciocho me parecía toda una ofensa.

Extraje el DNI del bolso junto a una moneda de quinientas pesetas y esperé a que el veinteañero tras la barra me diera el visto bueno. Era tan humillante como el incidente de la noche anterior, cuando el imbécil del repartidor de pizzas me había preguntado si mi madre estaba en casa.

La escena habría sido menos bochornosa si no le hubiera abierto la puerta enfundada en un pijama ridículo (a juego con el de mi sobrino, Uli, que, para más inri, estaba a mi lado) y, sobre todo, si no me hubiera quedado agilipollada mirándolo. En mi defensa, solo podía decir que él era mono y yo estaba ovulando. Además, llevaba melenita, y cualquiera que me conociera sabía que los chicos con el pelo largo eran mi debilidad. No recordaba qué le había respondido, pero sí el repaso que él me había dado, de arriba abajo. Esa miradita sobraba. Tanto como esa sonrisa tan… tan… ¿irónica? ¿Condescendiente? ¿Chula?

El veinteañero trajo mi consumición mientras Gin se contoneaba al ritmo de «Bailamos», el último éxito de Enrique Iglesias. La naturaleza le había dado altura, cuerpazo y una melena de leona que insistía en decolorar. A su lado, yo parecía una niña emo, con el pelo corto teñido de negro y mis ojitos azules hiperdelineados. Imité su baile con desgana y recibí un empujón del grupo que se encontraba a mi espalda.

—¿Qué hacemos aquí? —me quejé.

Mi amiga clavó sus ojos verdes en los míos. La arruga en el entrecejo y los labios apretados me anunciaron que le había tocado los ovarios a dos manos.

—Lena, joder, que desde que empezamos la universidad nos vemos entre poco y nada.

Llevaba razón, era un efecto colateral de mudarse a más de cien kilómetros. Gin me lanzó una mirada lastimera y yo respondí con un bufido.

—Estamos aquí para estar juntas y porque quieres ver a Dani —repetí sus argumentos con el mismo entusiasmo que un loro—. Sería genial si supiera cómo es —añadí.

Ella sonrió en plan boba y me sorprendí al ver esa cara. La conocía desde los doce y no me acostumbraba a esa nueva expresión. Gin iba por la vida de tía dura, soltaba muchos tacos y, por supuesto, nunca se colgaba de nadie. ¿Sería verdad que el amor tenía el poder de cambiarnos?

—Pues…, es inteligente, brilla con luz propia y siempre me hace reír. —Y usó un tono tan dulce y nuevo como su cara de enamorada.

—Genial. Con esa descripción, lo encontraré enseguida.

Gin ignoró mi pulla y dio un trago a su cerveza. Comprobé la hora en mi reloj Swatch, pasaban unos minutos de las once y media. Los primeros acordes de «Ciega, sordomuda», de Shakira, hicieron enloquecer a la multitud. Entre risas, nos desplazamos lo suficiente como para entregarnos al movimiento de caderas. Le siguió Ricky Martin, con su «*Living* la vida loca» y, cuando comenzábamos a estar sin aliento, el DJ se vino arriba y pinchó «Chiquilla», de Seguridad Social, un clásico que nunca fallaba. A esas alturas, mis pantalones campana se escurrían hacia abajo y el vestido negro de Gin ascendía peligrosamente hacia su cintura. Con un gesto, acordamos que era el momento de tomarnos un chupito y recuperamos el espacio en la barra.

—¡Hostia puta! ¡Dani está ahí! —Los ojos de mi amiga se dirigieron hacia la esquina peor iluminada del bar—. Joder, Lena, ¡ni se te ocurra mirar!

La curiosidad era más grande que su amenaza, así que deslicé la vista en la dirección prohibida, donde un par de chicas le reían las gracias a un melenas.

¿El imbécil de las pizzas?

—¿Pelo largo y ojos oscuros? —Gin asintió y trató de pasar desapercibida tapándose la cara con una mano. Un gesto que, por lo visto, creía que la haría desaparecer—. No es tu tipo —afirmé sin mucho tacto. Y no porque creyera que era un idiota (que también), sino porque a ella solían gustarle los desgarbados con pinta de intelectuales.

—Lo sé —suspiró.

—Y creo que una de sus amigas te ha localizado.

Gin cerró los ojos con fuerza.

—¡Gin! —gritaron desde el final de la barra—. ¡Gin!

—Suena mejor que Virginia, ¿verdad? —Se le escapó una risita histérica—. Lena, ¿te acuerdas que dije que te iba a sorprender? Pues no te asustes, ¿vale?

—Ehmmm… Vale.

Tres bultos se acercaron a nuestra posición y, a pesar de que acababa de afirmar que no me asustaría, fue lo primero que hice al

ver cómo el tal Dani (o el pizzero gilipollas) le comía la boca a una pelirroja durante el trayecto.

—¡Hola, Gin! —La chica castaña y menuda que había gritado su nombre nos sonrió.

Mi mejor amiga se giró lentamente. Pobrecilla, parecía que estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad.

—Hola, Dani —murmuró.

Por un segundo, creí que lo había entendido mal. Entrecerré los ojos para examinarla: pelo largo, ojos oscuros y una sonrisa que irradiaba buen rollo. Sin duda, parecía que esa chica tenía luz propia.

—¿Dani? —Desvié la vista hacia mi amiga, que tenía las mejillas encendidas—. ¿Dani *Dani*?

Gin asintió con un leve movimiento y quise matarla. Se ve que no había tenido tiempo para contarme ese minúsculo detalle en las cuatrocientas conversaciones sobre su monotema. Ya ves, ni que me fuera asustar. Si ya había visto cómo se besaba con Susana, la de Ciencias Puras, en el baño de aquella fiesta. O con Marina, nuestra profe particular de mates, el día que celebramos nuestro triste aprobado. Vamos, que ella nunca se había avergonzado de lo que llamaba una «vida sexual sana».

«*Oops, I did it again*», de Britney Spears, comenzó a sonar por los altavoces. Solo cuando la canción llegó al estribillo, me di cuenta de que:

1) Gin y yo nos habíamos quedado atascadas en una conversación mental.

2) Dani seguía mirando a mi amiga con absoluta devoción.

3) Alguna de nosotras debía reaccionar.

—Soy Lena. Una conocida de Gin. —Besé las mejillas de su amor platónico, que se presentó como Daniela.

—No le hagas caso —replicó Gin—, es mi mejor amiga.

—Cuestionable —me burlé.

—Pues habla de ti todo el tiempo. —Daniela sonrió con timidez y una cabeza greñuda se apoyó en su hombro—. Este es Álex, mi primo. —El repartidor de pizzas nos dedicó una sonrisa ebria y guasona. Por un momento, pensé que mencionaría nuestro encuentro de la noche anterior. Sin embargo, soltó una sonora

carcajada—. Perdonadle, ha bebido de más. —Álex besó a su prima en la sien y se reunió con su chica.

Perfecto, además de sobrado, también era un borracho. Una prueba de que mi primera reacción había sido hormonal. Eso o que Víctor me había traumatizado y, a partir de entonces, mi cuerpo solo respondería ante los gilipollas. Me bloqueé durante unos segundos, planteándome muy en serio esa posibilidad cuando…

—¿Cuántos años tienes?

Eché un vistazo a mi alrededor. Me había quedado en tierra de nadie. Gin y Daniela charlaban en la barra mientras su primo, a menos de un metro de distancia, esperaba una respuesta con una ceja alzada. Ni idea de dónde se había metido su acompañante.

—Tu edad —insistió.

¿Me estaba vacilando? ¿Íbamos a repetir la misma escenita?

Me crucé de brazos y le lancé la mirada de psicópata (sí, tenía una y me salía genial), pero lo único que conseguí fue que él me mirara exactamente como lo había hecho la noche anterior, de arriba abajo, con una sonrisa de medio lado que le habría borrado de un guantazo.

—Dieciocho —respondí a regañadientes, al tiempo que un grupo de chicas cruzaba por el espacio que había entre nosotros, ahumándonos con sus pitillos. Él inclinó la cabeza a un lado y me observó con diversión. Intentaba picarme, estaba claro—. ¿Te parece normal iniciar una conversación así?

—¿Prefieres que te pregunte si estudias o trabajas?

—¿Perdona?

La pelirroja regresó y se enroscó alrededor de su cuello para marcar territorio. Madre mía, ¿creía que estaba interesada en su conquista? Qué intuición más afinada.

Álex se rio y, el muy capullo, lo hizo con ganas; lo que me confundió una barbaridad. ¿Se estaba riendo de mí o intentaba ligar conmigo mientras la pelirroja le hacía un chupetón?

—Solo digo que pareces muy joven. También algo tensa. —Encogió un solo hombro.

—¿Tensa yo? —Si era la alegría de la huerta, no había más que verme. Bueno…, quizá no, pero estaba dispuesta a arreglarlo de

inmediato. Para darme la razón, comencé a bailar y lo ignoré hasta que escuché su risotada—. ¿Qué?

—Aunque bailes, tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—No sé… ¿Triste? ¿Enfadada? ¿Aburrida? —Su mano abandonó el culo de su acompañante y se movió hacia mi rostro.

¿Me estaba señalando? Pues sí, me estaba señalando.

Me obligué a respirar hondo para tranquilizarme. No podía montar una escenita. Su prima era la chica que le gustaba a Gin y, por nada del mundo le estropearía su momento de gloria.

—Gracias por preocuparte por mí, pero no es necesario.

—De nada. —Me guiñó el ojo, el muy gañán.

—Aunque te aconsejo que la próxima vez no vayas por ahí señalando al personal. —Vaya, mi lengua había sido más rápida que mi cerebro.

Él alzó ambas cejas, sorprendido, y… se descojonó.

—¡Las uvas! —gritaron los camareros.

Una bolsa aterrizó en mi cabeza. La gente comenzó a moverse de un lado a otro, como si miles de avispas nos atacaran. Todo eran brazos en alto y empujones. Un cuerpo me envolvió para protegerme de la histeria colectiva, desempeñando el papel de barrera humana. Y así, de pronto, me encontré compartiendo el torso del melenas con la pelirroja. ¿Lo malo? Que el imbécil mojabragas olía bien. ¿Lo peor? Que me sentí agradecida por su gesto protector y me odié por ello.

La situación se calmó cuando las uvas quedaron repartidas. Detuvieron la música y, en su lugar, el sonido de la radio inundó el local. Entonces, y solo entonces, me despegué de su cuerpo y fingí que ese breve contacto no había existido.

—Aquí estás. —Gin apareció con una sonrisa bobalicona. A su lado, Daniela sonreía de la misma forma.

—¿Volvemos donde estábamos antes? —Vaya, la pelirroja tenía voz—. Aquí hay demasiada gente.

Qué bien, había hecho una nueva amiga.

—Sí, vamos. —El melenas curvó sus labios con chulería a modo de despedida. Acto seguido, fue engullido por un beso con

demasiada lengua a la vista.

—Lena, me ha encantado conocerte. —Daniela besó mis mejillas y, después, le dio un abrazo larguísimo a Gin.

En cuanto desaparecieron, le pregunté a mi amiga qué tal le había ido. Ella soltó un suspirito ñoño.

—Esa chica me encanta, aunque no creo que lleguemos a nada.

Y odio admitirlo, pero me alegré. No quería volver a coincidir con ese gilipollas.

Está claro que no fue así.

Capítulo 3

Una idea horrible

Ginebra, octubre, 2022

Es una idea horrible, pienso mientras embarco y me acomodo en el asiento de la ventanilla. También cuando finjo que estoy concentrada en abrocharme el cinturón.

—¿Te he dado ya las gracias por acompañarme a la boda de Fabrizio? —Álex, sentado a mi lado, me dedica una de esas sonrisas que, en otros tiempos, lograba que me temblaran las piernas. Los dientes blancos esconden una carcajada, sus ojos brillan y aparecen esas arruguitas nuevas que, por alguna maldita razón, deseo acariciar.

En lugar de responder, me limito a asentir. No hace falta que me agradezca nada, ambos sabemos que este viaje es un favor mutuo. Yo necesitaba un descanso y él no quería asistir solo a la boda de su amigo.

—Pues lo repito: gracias por estar aquí. —Esta vez, lo dice en voz baja, con sus ojos clavados en los míos. Aunque no debería mirarme así.

Ni yo a él, ya que estamos.

Corto el contacto visual y me refugio en el móvil. Tengo más de veinte mensajes de mi sobrino Uli, de Gin y también de Irene, la camarera de mi cafetería, Somos Instantes.

Empiezo por Uli, que se ha quedado al cargo del cuidado de mi hija. «No te preocupes, lo tengo controlado», dice. Abro la foto que acompaña al texto y veo a Paula riéndose y jugando con Bao, el oso

panda de peluche que le regaló Álex las últimas Navidades. Joder, ¿estoy siendo una irresponsable o la peor madre del mundo?

Espanto el pensamiento y me recuerdo que necesito un descanso. Funciona (a medias, pero funciona).

Abro la conversación de Irene para comprobar que todo está en orden en la cafetería. «Vigilaré a Uli, estate tranquila. Tú experimenta, que te hace falta». Sería un mensaje precioso si no supiera que, cuando habla de *experimentar*, se refiere a echar un polvo. En fin…, sin comentarios.

Por último, respiro hondo y me enfrento al mensaje de Gin. La temo. No aprueba este viaje, por mucho que le haya explicado que lo hacemos como amigos. «Recuerda que tu proceso de olvido es lento y que puede costarte una década», me escribe. Qué graciosa. «Mantén la barrera, Lena. Italianos, sí. Álex, no», añade, convencida de que no me ha quedado claro con el mensaje inicial.

Guardo el móvil en el bolso y desvío la vista hacia la ventanilla. Seguimos en tierra y están cargando el equipaje. ¡Que alguien me explique cómo me he metido en este lío!

—¿Has visto la cara de Mauro? —Álex deja escapar una suave carcajada que, a pesar de mis esfuerzos, me arranca una sonrisa. Acción-reacción: él se ríe y mi cuerpo responde—. Lena, será divertido, ya verás.

«Divertido», dice. Hace menos de seis horas defendía este plan a muerte. Ir al destino de mis sueños con Álex podía parecer una locura, pero también era una genialidad. Cinco días a gastos pagados, sin responsabilidades y en compañía del hombre que se ha convertido en mi apoyo incondicional sonaba tan bien que era imposible negarse. Claro que, si hubiera sabido que acabaría fingiendo ser su novia, me habría quedado en casa.

Joder.

Una azafata cruza el pasillo a toda prisa, un pasajero lucha con su maleta en el portaequipajes y un bebé llora al fondo del avión. Todo esto ocurre mientras Álex apoya su cabeza sobre la mía, en un gesto cargado de intimidad. Aunque ignoro cómo soy capaz de registrarlo cuando ese maldito y antiguo cosquilleo hace acto de presencia.

Es pequeño y controlable. Pero indeseado.

Y la situación empeora si confieso que hoy es la segunda vez que lo siento.

El primer incidente se ha producido durante el largo abrazo de nuestro reencuentro, en el aeropuerto de Ginebra. Ingenua de mí, creía que estaba inmunizada, después de tres años sin vernos y el millón de conversaciones que hemos mantenido a través de la pantalla. Pero no es lo mismo recibir un mensaje que escuchar su voz, ni ver su imagen que sentir su cuerpo pegado al mío y, desde luego, no es igual hablar con él a través de una videollamada que tenerlo frente a mí, con sus ojos oscuros fundidos de emoción.

No es lo mismo. Para nada.

—¿Sabes? —A pesar de que su cabeza sigue apoyada sobre la mía, sé que Álex está sonriendo. No ha dejado de hacerlo desde que nos hemos visto—. Lena, has tenido una idea brillante.

Ah, ¿que no te lo había dicho? Pues sí, la idea de hacernos pasar por pareja ha sido mía. ¿Que cómo ha ocurrido? Como la mayoría de desastres, ha comenzado con una conversación inocente.

Estábamos en un bar del aeropuerto. Yo trataba de mantener el equilibrio en un taburete. Y Álex, de pie, se quejaba de que Mauro le había obligado a trabajar hasta el último momento.

—Ese hombre te explota —le he dicho, justo antes de dar un trago a la segunda copa de vino.

—Me tiene bien cogido por los huevos, que no es lo mismo.

Álex trabaja como ingeniero de energías renovables en Suiza. Cubre tres puestos, realiza más horas extras que nadie y, aun así, el italiano se niega a subirle el sueldo. La solución sería sencilla si mi ex tuviera un nivel alto en francés y pudiera cambiarse de empresa, pero no es el caso, y su jefe lo sabe y se aprovecha.

Reconozco que me cuesta entender sus motivos para quedarse en un país donde no es feliz. Aunque, claro, él y yo venimos de mundos distintos. A mí, la vida me ha enseñado que hay cosas más importantes que el dinero. En cambio, él tuvo que enfrentarse a una situación muy complicada en su juventud. Supongo que esa es la razón de que yo haya priorizado mis sueños y él, su estabilidad económica.

—¿Y ya está? ¿No se puede hacer nada? —he preguntado, indignada.

—Si te sirve de consuelo, ya está sufriendo un poquito. —Ante mi cara expectante, ha lanzado una sonrisa juguetona—. Fabrizio le comentó que venía a la boda acompañado y, desde entonces, Mauro está acojonado de que lo *nuestro* vaya en serio.

—¿Cree que estamos juntos?

—*Sip*.

Entonces he sonreído yo. Como una villana, con malicia. Entendía el temor del italiano. Álex contaba decenas de historias sobre compañeros que renunciaban al empleo para regresar a su país de origen con sus parejas.

Y ahí es cuando la he cagado, cuando me ha dado por soltar una bromita inocente:

—Álex, deberíamos darle una lección. —Podría haberme reído para darle una pista, pero me he dedicado a justificar mi argumento —: Piénsalo, sería facilísimo. Nos conocemos bien y, además, ya lo da por supuesto.

Álex ha soltado una sonora carcajada, sexi y masculina a rabiar, que ha dejado hipnotizadas al par de jovencitas de la mesa de al lado.

—Podríamos hacerlo. —Su sonrisa deslumbrante me ha dejado fuera de juego. O tal vez han sido esas dos copas de vino.

Sea como sea, me he lucido.

Lo peor es que podría haberlo solucionado diciéndole la verdad al italiano. Pero no. He preferido lanzarle la mirada de psicópata a mi ex.

Bravo, Lena.

—Estás muy callada —percibe—. ¿Qué te pasa?

Tamborileo los dedos sobre el reposabrazos, sin saber qué responder. Desde luego, no la verdad, que estoy cabreada por haberme metido en esta situación. También aterrada. Ese estúpido cosquilleo es una mala señal, la advertencia de un peligro que creía haber dejado atrás. No tiene cabida en mi presente ni en nuestra actual relación.

Álex se separa unos centímetros y analiza mi rostro.

—¿Por qué estás cabreada?

Me hago la sorprendida, pero no cuela, así que decido sincerarme a medias.

—Álex, lo de hacernos pasar por pareja no iba en serio.

Sus cejas se alzan.

—Joder, Lena, ¿por qué no me lo has dicho antes? —Me encojo de hombros y él se lleva una mano a la nuca, que refrota—. Por eso me has mirado tan mal. Qué idiota, no lo he entendido… Vale, no pasa nada, podemos arreglarlo. En cuanto aterricemos, hablo con mi jefe. Para mí, lo prioritario es que te sientas cómoda y disfrutes. Lo sabes, ¿no?

Asiento porque, si hablo, estoy segura de que volveré a liarla. El Álex juguetón puede producirme cosquilleos inoportunos. Sin embargo, su versión protectora tiene la habilidad de provocarme efectos secundarios a largo plazo.

—Lena, voy a preocuparme si no sonríes.

Y yo voy a preocuparme de verdad si sigue mirándome así.

—Con una sonrisa pequeña me vale —añade, al tiempo que el avión se pone en movimiento.

Mi cuerpo responde a esa antigua invitación y mis labios se curvan sin permiso. Estoy reaccionando exactamente igual que años atrás, en aquel cumpleaños de Daniela.

Capítulo 4

Lo imposible

Veintidós años antes
Mayo, 2000

La siguiente vez que vi a Álex fue cinco meses después de Nochevieja, en el cumpleaños de Daniela. Un par de semanas antes, Gin seguía afirmando que su amor era imposible. Y yo, en plan profunda, solía responderle que, a veces, lo imposible sucedía y que hechos que considerábamos improbables se convertían en una realidad. No había más que ver la clonación de la oveja Dolly o el noviazgo de Marujita Díaz con Dinio.

Al final, resultó que llevaba razón, porque Gin y Daniela acababan de empezar a salir.

Así que ahí estaba, caminando con mi mejor amiga por un parque a oscuras, en busca de un maldito botellón entre cientos, mientras trataba de hacerme a la idea de que iba a pasar la noche entre desconocidos, una pareja feliz y un melenas tocapelotas.

—¡Gin! —Daniela, junto a un pequeño muro de piedra, alzó el brazo y echó a correr hacia nosotras. Cuando nos alcanzó, se colgó del cuello de su chica y le dio un intenso morreo.

Sus amigos aplaudieron. Y yo… sonreí a la nada, esperando que alguien se apiadara de mí y se acercara a saludar. Lástima que se animara el único tipo al que no quería ver.

—Tú debes de ser Lena, ¿verdad? Soy Álex, el primo de Daniela.

Estupefacta, recibí dos besos en las mejillas.

—Es la tercera vez que nos vemos —siseé.

—Me confundes con otro —replicó, y se quedó tan ancho.

Abrí la boca y la cerré al escuchar que Daniela estaba presentando a sus amigos. Pijos con camisas de marca se mezclaban con *hippies* con rastas y poperos que llevaban camisetas de Blur.

—Lena, ¿te importaría si…? —La cumpleañera me miró con ojitos de cordero degollado y suplicó un permiso silencioso para desaparecer con mi mejor amiga.

—Claro, sin problema.

Y así, en menos de cinco minutos, me encontré en el peor escenario posible: a solas con un melenas que no se cansaba de vacilarme.

Álex sonrió ¿con timidez? y me tendió un vaso con hielo. Pero yo no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Estuvimos juntos en Nochevieja.

—De esa noche recuerdo poco. ¿Qué bebes? ¿*Whisky*, ron, vodka? —Señaló varias botellas sobre el muro.

—También nos vimos la noche anterior, cuando trajiste una pizza a mi casa. —Ahí capté su atención.

—¿Es una broma de mi prima?

—Ehhh… Nop.

¿Me estaba tomando el pelo?

—No sé qué decir —admitió—. ¿Nos liamos o algo así?

Tus ganas.

Pues ya me había cabreado.

—Joder, ¿no sabes ni con quién te lías? —Le vi intención de responder, y alcé la mano para interrumpirlo—. Mira, Álex… Era Álex, ¿no? Tampoco me interesa. Ponme un ron con cola y desaparezco de tu vista para que también puedas olvidar esta conversación.

Parpadeó una, dos y hasta tres veces.

—Vaya mala hostia que te gastas.

—¿Yo? —Me apunté el pecho con el dedo—. Soy la persona más maja, tranquila y paciente que conocerás en tu vida, chaval.

—Me estoy dando cuenta. —Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. Oye, ¿te comportaste igual las otras veces que nos vimos?

—Nunca lo sabrás. —Extendí el brazo y meneé el vaso para que lo rellenara. A él se le escapó una risilla incrédula.

—Te voy a decir una cosita, chica maja. —Dio un par de pasos en mi dirección y se quedó a palmo y medio de mi cuerpo. Levanté la barbilla y me mantuve en el sitio, no iba a dejarme intimidar. Sería más alto y chulo, pero había conseguido cabrearme de verdad, y yo cabreada podía dar mucho miedo. La mirada de psicópata, ya sabes —. No soy tu camarero, ¿vale? Si eres maja conmigo, seré majo contigo y te serviré esa copa. Pero si te comportas como la niña de *El Exorcista*, te la pones tú solita.

¿Qué puedo decir? Tenía razón.

Puede que fuera mi cuarta copa, quizá la quinta. El alcohol ya debería haberme ayudado a desinhibirme, pero, hasta ese momento, mis logros eran:

1) Sentarme en un banco con tres hippies.

2) Sonreír cuando ellos reían.

3) Responder a cualquier cosa que decían con frases estúpidas como «ya ves».

Dirigí la vista hacia el cielo y distinguí dos estrellas entre las copas de los árboles. ¿Me estaba meando?

—¿El baño? —pregunté a nadie en particular.

Las risotadas de mis compañeros de banco me recordaron que estaba en un botellón y la gente meaba donde podía. La chica de la melena de rastas me señaló una zona oscura y se ofreció a acompañarme. Rechacé la oferta y me incorporé como pude. Estaba mareada, aunque eso no impidió que caminara en línea recta hasta que encontré un arbusto. Tras comprobar que no había nadie alrededor, luché contra mi pantalón, me coloqué en cuclillas y puse el culo en pompa. Tenía tanto líquido en mi organismo que me dio tiempo a vomitar. Y menos mal que había venido sola, porque la escenita era patética.

—*Chica maja*, ¿todo en orden?

El universo me odiaba.

Aún en cuclillas, me subí las bragas y lo busqué en la oscuridad. ¿Me había visto?

—Te juro que no he visto nada —dijo—. Aunque algo he oído.

Mierda, mierda, mierda.

Localicé su perfil tras un árbol. Bueno, al menos, había tenido la decencia de ponerse de espaldas.

—Te he seguido —confesó—. Me ha parecido que podrías necesitar ayuda.

Me incorporé de un salto y me abroché el pantalón.

—Estoy perfecta.

—Seguro. —Se rio.

Di un paso atrás, rodeé el arbusto y fingí que no estaba mareada.

—Y no necesito que nadie me cuide —añadí, por si no le había quedado claro.

—Por supuesto. —Álex ladeó la cabeza y su sonrisita irónica se me clavó como un dardo envenenado.

—Podría seguir bebiendo toda la noche —afirmé con más chulería que sentido común.

—Ya, claro.

No hay nada que motive más para hacer una estupidez que sentirse juzgada por alguien que te cae mal. Lo alcancé, lo sobrepasé y fui directa hacia el murete donde se encontraban las bebidas. Álex me siguió.

—Lena, no deberías seguir bebiendo.

Agarré un vaso (el mío lo había perdido) y cogí una botella al azar. Lo llené y le reté con la mirada.

—Te vas a arrepentir —me advirtió.

Sin apartar mis ojos de los suyos, di un trago. La pose me habría quedado de diez si una arcada no hubiera ascendido desde mi estómago, haciéndome vomitar otra vez.

—¿Alguna vez te has planteado que todo lo que creías de ti mismo era mentira? —Álex, a mi lado en el suelo, alzó una ceja, intrigado. Llevábamos una hora en la misma posición. Yo, abrazada a mis piernas, hablaba y hablaba y él escuchaba. O hacía como que me escuchaba (no lo tenía claro). Era consciente de que había perdido la dignidad y también de que el alcohol era el responsable de que no pudiera parar. No me importaba. Con un poco de suerte, tanto él como yo borraríamos esa conversación. Al fin y al cabo, él ya se había olvidado de mí dos veces—. Creía que era una chica sociable, ¿sabes? —continué—. En el instituto me relacionaba con mucha gente, pero ha sido llegar a la universidad… y no conecto. Así que no, no soy sociable.

—Pero eres *maja* —apuntó con cierto retintín.

—Maja, tranquila y paciente.

—Y ser sociable solo es una característica.

—¿Me estás diciendo que exagero?

—Un poco. —Sonrió, y su sonrisa se me antojó bonita. Estaba llena de dientes blancos y parecía suave como una caricia. Madre mía, estaba fatal—. Seguro que es efecto del alcohol. Todos hacemos tonterías cuando bebemos de más.

—¿Tú haces muchas tonterías?

—Muchísimas. —Su risa amarga me intrigó.

—Dime una.

—Olvidarme de una chica maja, por ejemplo.

Era bueno, tenía que reconocerlo. Desviaba las preguntas que no le interesaban y, además, tonteaba. El muy bribón me guiñó el ojo y rozó su rodilla con la mía.

—¿Y por qué ahora te cuesta más relacionarte?

Durante un segundo, mi cerebro alcoholizado se planteó mentir, pero llegué a la conclusión de que era un esfuerzo injustificado. Total, qué más daba, ¡si se iba a olvidar!

—No tengo a Gin —respondí en voz baja—. Estos meses me he dado cuenta de que ella era la sociable.

Álex hizo un leve movimiento de cabeza y se retiró un mechón tras la oreja.

—No puede ser tan grave. ¿No tienes amigos en la uni?

—Solo una, y es rara. Se llama Cata, viste siempre de negro y no quiere ir a fiestas.

Ambas nos habíamos sentado en la última fila para pasar desapercibidas el primer día de clase, aunque no hablamos hasta una semana después, cuando fue evidente que no teníamos a nadie de quién tirar. Sin embargo, estaba convencida de que a ella le habría dado igual haber seguido sola el resto del curso. Tenía esa aura de loba solitaria, introvertida y con grandes principios, y no se perdía ni una manifestación.

—Parece una chica interesante —comentó.

—Lo es.

—Pero tener un solo amigo es un pelín triste. ¿Hay algún chico?

No entendí el motivo, pero me sonrojé.

—Sí, tengo un novio intermitente.

Álex apretó sus labios en una fina línea horizontal.

—No existen los novios intermitentes. Si no es continuo, es un rollo. —Le debí de mirar mal, porque cambió de tema—. ¿Y algún compañero de piso del que tirar?

—Vivo con mi hermano y ya me ha dicho que me busque la vida el curso que viene. —Ante su cara de sorpresa, añadí—: Es una historia un poco larga.

—Tengo tiempo.

Ignoro si fue la frase, sus ojos (que de pronto me parecían tan dulces como el chocolate) o su actitud relajada, pero mi lengua adquirió vida propia y le conté que mis padres me habían tenido pasados los cuarenta, que era la pequeña de tres hermanos y que había elegido la ciudad donde estudiaba porque era una oportunidad de reconectar con mi hermano mayor. El problema era que se había echado novia y yo le molestaba en sus planes de vivir con ella.

Lo que me callé, porque aún no lo había descubierto, era que había pasado la mayor parte de mi infancia tratando de demostrarles a mis padres que tenerme no había sido un error; que, en la adolescencia, me había esforzado por encajar con mis hermanos, que me sacaban casi veinte años, y que seguía buscando la validación de los demás.

Álex permaneció en silencio, observándome, hasta que se relamió los labios y el ambiente se cargó de… algo raro.

—Lena… —Que pronunciara mi nombre con ese tono grave y rasgado, me puso la piel de gallina—. Te has centrado en tu hermano y en esa relación intermitente de la que no quieres hablar. Esforzarte con tu familia está muy bien. Lo otro…, no tanto. Imagino que ya lo sabes, pero alguien que te quiere para un rato no te quiere de verdad.

Desvié la vista hacia Gin y Daniela, que no dejaban de dedicarse arrumacos.

—Si aceptas un consejo, te diría que, en lugar de machacarte y dramatizar —me dedicó una sonrisita burlona—, te centres en el presente y lo disfrutes. Eres joven, estás sana y tienes un millón de posibilidades por delante… Aprovéchalo.

No sé qué esperaba escuchar (algo más frívolo, tal vez), pero sus palabras me impactaron, transmitían una madurez de la que yo, obviamente, carecía.

Quizá me había equivocado con él y no era un chulito gilipollas.

—Relaciónate con más gente —me dio un suave empujón con el hombro—, aunque cueste. Abrirse a los demás es como entrenar un músculo, ¿sabes? Además, tienes la ventaja de que, de verdad, eres una chica muy maja. —Sus ojos se centraron en los míos y mi pulso se aceleró—. Pero deberías sonreír más, y deberías empezar ahora. Con una sonrisa pequeña me vale.

A veces, lo imposible sucedía y hechos que considerábamos improbables se convertían en una realidad. Como muestra, ahí estaba yo, haciéndole ojitos al melenas.

Capítulo 5

Límites

Nápoles, octubre, 2022

El vuelo a Nápoles dura poco más de hora y media. Durante el trayecto, Álex me deja espacio. No sabe lo que se lo agradezco, ni recuerdo cuándo fue la última vez que disfruté de tanto tiempo en silencio. Sin embargo, cuando aterrizamos, la tranquilidad desaparece y Álex se empeña en buscar a su jefe para explicarle el *malentendido*.

—Se habrá ido con Silvi. Su avión llegó hace una hora —comenta cuando no lo encontramos por ninguna parte.

Silvi es la novia española de Mauro, y yo debería haber volado con ella, si no me hubiera empeñado en viajar con mi ex. Aunque, viendo el resultado…

—¿Vamos a coincidir mucho con tus compañeros? —tanteo, cuando llegamos a la zona de recogida de equipajes.

Puede que una pequeña parte de mí se sienta culpable. En los últimos dos años, Álex no ha dejado de ayudarme, y tengo al alcance de la mano devolverle el favor. No debería dejar que un estúpido cosquilleo se interpusiera en la relación que hemos construido. Es normal que reaccione a su contacto después de tanto tiempo. Mi respuesta es una mezcla de atracción, nostalgia y cariño. Nada más.

—¿Además de en la boda? —Recoge mi maleta y la deja a mis pies. Después, carga con la suya y avanzamos hacia la salida—. Los veremos en la cena de bienvenida de esta noche y en la serenata,

que será mañana. El resto del tiempo estaremos solos. Y tras la boda, también. —Sorteamos a un grupo de amigos y doblamos a la derecha en la rampa de llegadas, donde se amontona una multitud de caras expectantes—. Los alquileres de coches deberían estar por aquí. He hecho la reserva por internet, porque vamos un poco justos de tiempo.

Localizamos el *stand* y nos ponemos a la cola.

—¿Puedo pensarlo? —Álex entrecierra los ojos y su sonrisa vuelve a hacer acto de presencia. Esta vez tiene un matiz de incredulidad—. A ver, no sería para tanto —reflexiono en voz alta—. La gente de nuestra edad no demuestra su afecto en público (al menos, no de la forma que me haría sentir incómoda), y, digamos lo que digamos, creerán que somos pareja. —Enarca una ceja, intrigado—. Además, podríamos poner normas.

—¿Estás segura?

Para nada.

No hay ni una sola historia con el cliché de pareja falsa en la que, al final, los protagonistas no hayan confesado la verdad. Tampoco en la que no se hayan enrollado, aunque esto mejor ni me lo planteo.

—¿Qué normas? —Le divierte, no puede negarlo.

—Límites —le aclaro—, para hacerlo más fácil.

Cruza los brazos y ladea la cabeza. Esa sonrisita de labios apretados se me clava en el pecho. Me está desafiando y yo acabo de retroceder a los dieciocho.

—Ajá. —Es lo único que responde.

—Cogernos de la mano y abrazarnos estaría permitido, por ejemplo.

—¿Besos? —me reta.

—Castos.

—¿Caricias?

—Igual de castas.

—Por supuesto.

—Pero nada de motes cariñosos —le advierto.

Álex arruga la nariz, en un gesto que parece decir que acabo de estropearle la diversión.

—¿Podemos negociarlo?

—No.

En el mostrador, una chica nos indica que es nuestro turno. Álex entrelaza nuestras manos y avanza. En el último momento, me guiña el ojo con el mismo descaro que años atrás.

—*Amor*, dame tu documentación.

La madre que lo parió.

A veces, me gustaría viajar en el tiempo y advertir a aquella Lena de dieciocho años que no vaya a ese concierto, que, aunque ella no lo sepa, es una trampa de la que no hay salida.

Capítulo 6

El concierto

Veintidós años antes
Julio, 2000

Dos meses después del botellón, todavía me avergonzaba. Contarle las penas al melenas había sido estúpido. Ponerle ojitos porque sus consejos me parecieron maduros, surrealista. Pero que deseara besarlo, segundos antes de que apareciera la pelirroja, había sido patético.

Estaba nerviosa. Era la primera vez que iba a coincidir con Álex desde entonces. Y mis nervios aumentaban de intensidad por el hecho de estar esperando sola en la puerta de aquel local.

Quedar era la parte que más odiaba de cualquier plan. Antes de que todos tuviéramos teléfonos móviles, si acudías al punto de encuentro solo y en hora ya te podías dar por jodido. Estabas castigado, sin poder moverte del sitio, hasta que llegaran los demás. Como yo, que me encontraba junto a medio centenar de personas que estiraban el cuello para localizar a sus amigos. Éramos como avestruces en un corralito.

La situación empeoró cuando el segurata se quejó de que estábamos haciendo un tapón y tuvimos que desplazarnos hacia la izquierda, a pasitos cortos, en un movimiento que parecía coreografiado.

Me puse de puntillas y miré por encima del hombro del gigante que tenía delante.

No, por favor.

Álex —con unos vaqueros ajustados, camiseta blanca y una bandolera— cruzaba la calle y venía directo hacia mí. Ni rastro de Gin ni de su novia. En un acto reflejo, me agaché y recé para que no me viera. O mejor, para que no me recordara.

—¿Lena?

Joder.

—¡Lo encontré! —Fingí que recogía algo del suelo, me incorporé y me hice la sorprendida.

Mucho tiempo después, Álex me diría que mi actuación no había salido tan bien como pretendía. Sobre todo porque me quedé con el brazo en alto, mostrándole que no llevaba nada entre los dedos. Él los miró. Yo los miré. Hasta el chico de delante observó mi mano con atención.

—¿Qué…? —Álex hizo el amago de acercarse. En un movimiento veloz, escondí el brazo tras la espalda.

—Ho… la —balbuceé.

—Hola, Lena.

Tía, no le pongas ojitos.

Álex sonrió, tiró de mí y nos sacó de la multitud.

—Gin acaba de llamarme al móvil. Mi prima está enferma y dice que se queda con ella. —Abrí la boca y la cerré. ¿Tenía un móvil? ¡Pero si eran carísimos!—. ¿Entramos?

Presentí que iba a meterme en un lío, pero tenía tantas ganas de ver el concierto de Amaral que respondí con la boquita pequeña:

—Vamos.

—Inventas. —Desde que habíamos entrado al local, Álex defendía con toda su cara dura que no nos habíamos visto tantas veces como yo afirmaba—. Estoy seguro de que lo dices para que me sienta mal.

Deslicé la mirada por la sala para hacerme la interesante. El concierto aún no había empezado y las luces seguían encendidas. Estar con Álex a solas era de lo más extraño, pero me gustaba que, de entre todas las cosas que podía haber usado para vacilarme,

hubiera elegido la más divertida y la que menos me comprometía. Podría haber hablado de la borrachera, de las confesiones o incluso haberme picado con las vomitonas. Pero no, había optado por su falta de memoria.

—No invento. —Di un trago a mi cerveza justo antes de que Álex me atrajera hacia él para no entorpecer el paso. El breve contacto me produjo un cosquilleo que ignoré.

Nos quedamos uno junto a otro, con la espalda apoyada en la pared. La diferencia de altura era considerable. Mi hombro rozaba su bíceps, mis ojos estaban en línea con su clavícula.

—Lena, eres maligna.

—¿Yo? ¡Tú eres el que se olvida de la gente!

—No es cierto.

—Y está feo hacer sentir a los demás que son olvidables.

—¿Olvidable? No creo que exista esa palabra.

—Cuando llegues a casa, la buscas en el diccionario.

Nos retamos con la mirada. Entonces, la música se detuvo, las luces parpadearon y el público comenzó a aplaudir. Ninguno de los dos nos movimos, a pesar de que el grupo estaba a punto de entrar en el escenario. Su sonrisa era pícara. La mía explotaría en una carcajada en cualquier momento.

—Admítelo, Lena, lo haces para torturarme.

—Lo haré cuando reconozcas que tienes un problema de demencia precoz. —¿Estábamos tonteando? Desde luego yo sí y era hora de cortar ese sinsentido—. ¿Dónde te has dejado a tu novia?

Su primera reacción fue hacerse el sorprendido, después se le escapó una risita.

—¿Te refieres a Rox? ¿La pelirroja? Es solo una amiga.

Me habría encantado responder que mis amigos no me metían mano. En cambio, solo atiné a soltar un:

—Ah. —Y luego lo mejoré con un—: Vale.

Pensé en retirar la vista y centrarme en mi vestido o contar las colillas que había en el suelo. Pero fue Álex quien desvió la mirada hacia el DJ y se llevó el botellín de cerveza a los labios. Para mi desgracia, sus movimientos empezaban a parecerme hipnóticos,

reflejaban la seguridad de ese tipo de personas a las que les importa poco lo que piensen de ellos.

—¿Y tú? ¿Sigues teniendo un novio intermitente? —Su atención estaba centrada en algún punto de la pista, algo que agradecí. La preguntita me había plantado en la cara una sonrisa de boba que no quería que existiera (y mucho menos que viera). Es que, vamos, me faltaba suspirar.

Para redondearlo (y para mi vergüenza), repliqué:

—Víctor es agua pasada.

Él me miró de reojo.

—Mejor.

Debía de estar idiotizándome a la velocidad de la luz, porque, en lugar de cambiar de tema, sonreí hasta que me dolieron los mofletes. Por suerte, retuve las ganas de reír a carcajadas. Estaba bastante segura de que lo que Álex había dicho no era gracioso. Algo me pasaba, pero no quería que me pasase.

El público enloqueció. Amaral estaba sobre el escenario y comenzaron a tocar los primeros acordes de «Voy a acabar contigo». Durante mucho tiempo, pensé que aquello había sido una señal del universo.

Álex me estuvo observando durante el concierto. Mucho. Lo notaba. Aunque estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no devolverle la mirada. Había una energía extraña entre nosotros. Álex me atraía y repelía al mismo tiempo. ¿Era una atracción a lo bestia? No. Lo más probable era que mi cuerpo estuviera reaccionando ante una amenaza.

Cerré los ojos, me concentré en la voz de Eva Amaral, que interpretaba «Cómo hablar», y me sumergí en la música, bailando como si nadie me mirara.

Mentira. Sabía que Álex no apartaba sus ojos de mí.

Los aplausos me indicaron que el concierto había terminado. Desvié la vista hacia Álex, que me indicó por señas que me

aproximara a la pared, de donde no se había movido. Me acerqué lo justo y él curvó sus labios hacia arriba, le hacía gracia la distancia que interponía entre ambos.

—¿Te acompaño a casa o nos tomamos algo? —preguntó.

Y yo, que no quería comportarme como una lerda, lo miré como si lo fuera. Abrí la boca, pero salió un balbuceo. Solté un resoplido. Me planteé dónde estaba la opción C, esa que me permitía huir de allí, sola. Y, por fin, cuando mis labios se movieron, susurré un: «A casa», a un volumen tan bajo, que ignoro cómo demonios lo escuchó.

Mi casa estaba a menos de diez minutos del local, pero tardamos más de media hora en llegar. La conversación fue torpe; los pasos, cortos, y hubo muchas risitas tontas (casi todas mías). A él le costaba hablar de sí mismo y tuve que arrancarle las palabras. Yo dije muchas chorradas, de las que después me arrepentí.

El resumen de lo que había averiguado de Álex hasta el momento era:

1) Que tenía una hermana, dos años mayor que él, y un hermano cuatro años menor.

2) Que vivía con ellos y con su madre.

3) Que estudiaba Ingeniería Industrial y trabajaba de repartidor cuando podía.

No era mucho.

Sin embargo, sabía más cosas de él de las que contaba. Era un chico que aparentaba ir de chulo por la vida, pero, en realidad, era protector, juguetón y algo tímido. Por experiencia, sabía que no todo el mundo se quedaba contigo cuando estabas borracha. Y si lo hacían, no desaprovechaban la oportunidad de reírse de ti. Además, llevaba toda la noche respetando las distancias, algo que entendía que hacía por educación y no por desinterés, ya que seguía mirándome. Mucho.

A cambio, esto era lo que yo le había contado:

1) Que, antes de salir, había reparado mis sandalias con Loctite.

2) Que jugaba con mi sobrino a inventarnos finales alternativos de las películas que veíamos.

3) Que mi hermana mayor me llamaba «el pequeño error de mamá», aunque sabía que me ponía de los nervios.

4) Que me encantaba la música en directo.

No tenía ni idea de cómo había pasado de un tema a otro. Por lo visto, cuando estaba nerviosa, era capaz de decir lo primero que se me pasaba por la cabeza.

Y ahí estábamos, frente al portal de mi casa. Álex, apoyado en un coche aparcado y yo debatiéndome entre colocarme a su lado, seguir balanceándome como una campana o salir corriendo. Era la cita no-cita más rara de mi vida. Quería que se alargara y se terminara, tener su atención y que pasara de mí.

—Lena, no voy a besarte. —Desvié los ojos del suelo y lo miré ojiplática. Los suyos me devolvieron una intensidad que me acojonaron viva—. Eres la amiga de la novia de mi prima. Daniela me cortaría los huevos y…

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —lo interrumpí. Estaba ofendida y halagada al mismo tiempo. ¿Eso era posible? Pues sí—. ¡Eh! —solté una última vez.

Sus labios formaron una mueca.

—Demasiado directo —se reprendió.

—Demasiado creído —rebatí.

—Solo quería explicar que *a mí* —y enfatizó mucho ese «a mí»— me gustaría besarte, pero no voy a hacerlo.

Me dejé caer en el coche, a su lado, manteniendo una distancia prudencial. No estaba acostumbrada a que me regalasen los oídos y me sorprendió que afectara a mi capacidad motora. Vamos, que me derretía por momentos.

—Claro cristalino —murmuré.

—Perfecto.

—Estupendo.

—Genial. —Respiró hondo.

Eh, un momento. ¿Cuándo se había movido con tanta rapidez? El medio metro de distancia se había convertido en unos ridículos diez

centímetros y su cara se alzaba sobre la mía. ¿Iba a mandar su discursito a la mierda? ¿Y por qué, si sabía que era una malísima idea, quería que ocurriera?

Aguanté la respiración uno, dos, y hasta tres segundos. Su mano voló hacia mi mejilla. Mis latidos se desbocaron. Aun así, no me moví, estaba congelada en ese instante en el que todo era posible. Álex miró mis labios y mordió los suyos.

—*Carpe diem* —susurró.

Decidido: iba a dejar que me besara.

Entonces, su móvil sonó, tan solo un tono, y Álex retrocedió un par de pasos, haciendo estallar la burbuja de imbecilidad.

—Lo siento, Lena —dijo, con la mirada clavada en la pantalla—. Tengo que irme.

La despedida fue breve y bastante seca, pero el recuerdo de aquella noche me persiguió durante mucho tiempo. Sobre todo porque terminé por creer que había sido una ilusión.

Capítulo 7

Qué puñetera casualidad

Autoestrada A3 de la Costa Amalfitana, octubre, 2022

El Álex conductor siempre me ha parecido peligrosamente sexi. Será por la seguridad que emana o por sus movimientos elegantes mientras mantiene la vista clavada en la carretera. Si a esa imagen le sumas que está conduciendo un Fiat 500 rojo y que por los altavoces suena música italiana, la estampa resultante parece sacada de la película responsable de mi obsesión por la Costa Amalfitana, *Bajo el sol de la Toscana*.

Es una pena que ya no haya luz.

—Haremos el recorrido por la costa —me promete mientras Rita Pavone canta «*Come te non c'è nessuno*».

«Como tú no hay ninguno», traduzco por intuición. Acto seguido, me regaño. Puede que parezca una escapada romántica, pero este es un viaje de amigos. Y Gin tiene razón en algo, y es que debería tatuarme la palabra «amigo» en la frente (o en algún lugar donde pudiera verlo mejor) para eliminar esa tendencia a romantizar absolutamente todo lo que hace Álex.

Ya has superado esa fase, me recuerdo.

No costó poco tiempo, además. Si existiera algún tipo de récord absurdo sobre cuántos días (o años) puedes estar colgado de alguien que no está interesado en ti, sería mío. Cero dudas. Mi foto (con sonrisa bobalicona incluida) estaría en el récord Guinness como la persona que se aferraba a los recuerdos en lugar de a su propia vida.

Bajo el volumen de la radio y me obligo a mantener una conversación trivial.

—Oye, al final no me has contado qué te pareció la chica de Sergio. ¿Es maja?

—Es estupenda. —El rostro de Álex se ilumina con el cariño que siente por su hermano—. Y están coladitos el uno por el otro.

—Cuánto me alegro —digo con sinceridad. Ya era hora de que Sergio tuviera una relación estable que le durara más allá de los tres meses—. Quién sabe, lo mismo es la definitiva.

—Espero que sí —responde con una ilusión contenida.

—Seguro. De aquí a un par de años, eres tío de nuevo.

Álex arruga la frente y se recoloca en el asiento. Durante un minuto entero, espero a que diga algo más, pero él se pierde en sus pensamientos.

Pues vaya chasco. ¿Es cosa mía o estamos tensos de repente?

—¿Cómo es el hotel? —pruebo otra vez.

Álex me mira de reojo.

—¿Tratas de chafarme la sorpresa?

La verdad es que me muero de curiosidad. Lo único que me ha contado de esta primera parte del viaje es que ha reservado dos habitaciones para tres noches en Vietri sul Mare, un pequeño pueblo costero donde se celebrará el convite del enlace.

—Ya lo verás, Lena, estamos a punto de llegar.

El GPS nos guía por una carretera sinuosa. Álex se concentra en la conducción y yo ejerzo de la peor copiloto del mundo, embobándome con lo poco que veo a través de la ventanilla. El mar Tirreno bañado por la luz de la luna, los enormes pinos centenarios, las luces escalonadas… Como otros tantos municipios de esta zona, Vietri sul Mare parece estar incrustado en la ladera de la montaña.

—¿Sabes? Estoy nervioso —confiesa—. Mucho. Mi cabeza no concibe que vayamos a pasar cinco días juntos después de… ¿cuántos años? ¿Tres? ¿De verdad eres real? —Despega la mano del volante y me toca el brazo, el muy payaso—. Pues sí, eres de verdad. —Una mirada fugaz, una sonrisa tímida—. Hola, chica maja.

—Hola. —Mi sonrisa se hace eco de la suya—. Para tu información, yo también estoy nerviosa.

El resto del trayecto lo pasamos recordando momentos de nuestras videollamadas, tratando de reconciliar la imagen que veíamos a través de la pantalla con la persona que tenemos delante. Nos reímos de sus intentos culinarios (a cual más desastre), de aquella conversación sobre la vida en otros planetas que me provocó pesadillas y del pijama horrendo que me obligó a tirar porque tenía cien agujeros. De alguna forma, funciona y el ambiente entre nosotros se relaja.

—¿Un cinco estrellas? —le pregunto al llegar al hotel—. ¡Quedamos en que reservarías un hotelito mono y económico!

Álex pone cara de inocente.

—Bueno, es mono, ¿no?

Más que mono es impresionante, destila lujo en cada rincón. Techos altos, ventanales enormes y decoración mediterránea.

—Y caro —protesto.

—Práctico —rebate—. Es el mismo hotel donde se celebrará la boda. Y no quiero que te preocupes por el dinero, ¿de acuerdo? —Hago una mueca y él responde con un bufido—. Lena, ¿de verdad tengo que recordarte todas las veces que me ayudaste a mí? Déjame mimarte un poco, ahora que puedo, ¿vale?

No es la primera vez que me dice algo parecido, la putada es el efecto que provoca. Algunos lo llaman *burbujitas* y los más prácticos, ansiedad. Yo lo denomino el «Efecto qué mono», del que no estoy tan inmunizada como creía.

En el ascensor, mando otro mensaje a Uli para avisarle de que hemos llegado bien. Él responde con un emoji sonriente y me envía un par de fotos en las que Paula juega con nuestro gato.

Y ahí está otra vez: el pinchacito de culpabilidad.

A pesar de mis protestas, Álex se baja en mi planta y me acompaña a la habitación.

—¿Qué te parece? —se interesa.

Ante mí, se encuentra una elegante estancia de veinte metros cuadrados con una cama en la que podrían dormir tres personas. Todo es blanco, excepto los cojines amarillo limón.

—Me encanta, pero… —Antes de que pueda decir nada más, me anima a que mire por la ventana. Cruzo la estancia para descorrer

unas pesadas cortinas, que van del techo al suelo. Al otro lado, hay una pequeña terraza con vistas al mar—. Madre mía, Álex.

—Lo sabía. —Me da tiempo a girarme y ver cómo su sonrisa se ensancha y se forman esas arruguitas alrededor de sus ojos.

Putas arruguitas. Le quedan demasiado bien.

Sin pensármelo, avanzo hacia él y le rodeo el cuello con los brazos. Álex me corresponde y me achucha con fuerza. Mi cara está pegada a su pecho, su barbilla se apoya sobre mi cabeza. Pero es un abrazo amistoso. Si apenas cabe un alfiler entre nosotros es porque hay confianza. Y si se alarga más de lo debido es porque estoy intentando ablandarlo para que me deje pagar una parte. Aunque lo único que consigo es que Álex se ría con cada opción que le ofrezco y que la vibración de su cuerpo me provoque una amplia sonrisa.

—Será mejor que me vaya —murmura antes de romper el contacto. Retrocede un par de pasos—. ¿Puedes estar lista en media hora?

—Y me sobra tiempo.

—¿Veinte minutos, entonces? —Asiento varias veces. Demasiada intensidad. O nervios. O qué sé yo—. Perfecto. —Álex abre la puerta de par en par y se gira—. Oye, ¿iba en serio lo de hacernos pasar por pareja?

—He dicho que me lo pensaría.

Me dedica una miradita que podría traducirse como: «no tenemos mucho margen». No sabe cuánta razón lleva, porque, en ese mismo instante, la puerta de la habitación de enfrente también se abre y un hombre bajito y fornido cruza el umbral. Su cadena de oro resplandece bajo la intensa iluminación del pasillo.

Su jefe.

Nuestras reacciones no tienen desperdicio. Álex se tensa, tira de mi sudadera y se engancha a mi cintura. Yo suelto una carcajada inoportuna y apoyo la cabeza en su hombro.

Mauro nos observa.

—¡Qué *coincidenza*!

Qué mala suerte, más bien.

Mientras Álex se ducha en mi baño (¡en mi baño! ¡desnudo!), camino de un lado a otro de la habitación. Menuda pillada la de su jefe y qué puñetera casualidad que su habitación esté frente a la mía.

En cuanto hemos cerrado la puerta, Álex se ha descojonado durante cinco minutos seguidos. Yo también, y no porque considerara que fuera gracioso, sino porque me resulta imposible no reírme con él. Le he dejado claro que no era divertido, pero Álex ha soltado otra carcajada y me ha respondido que, mientras decidía si quería ser su novia falsa o no, necesitaba darse una ducha.

El ruido del agua cesa y, poco después, la puerta se abre.

—¿Estás visible? —pregunta sin asomarse. Le respondo que sí con un ruidito, porque mi garganta (vete a saber el motivo) ha decidido contraerse justo ahora—. Me he dejado la maleta fuera —admite, avergonzado—. ¿Prefieres pasármela y que me vista aquí o que salga para que puedas utilizar el baño? Si fuera por mí, te dejaría entrar. —Suelta un resoplido. Sonrío—. Sabes lo que quiero decir y te estás riendo a mi costa, ¿verdad?

Un poco sí.

Invoco a mi parte adulta y le digo que salga tal y como está. Es lo más práctico. Pero, en cuanto lo hace, clavo la vista en el suelo hasta que me encierro en el baño.

Me doy la ducha más veloz de la historia y me visto con lo primero que pillo, unos vaqueros y una camisa blanca. Sobria y formal, perfecto para una cena con desconocidos. Mi sorpresa es mayúscula cuando salgo del baño y me encuentro a Álex sentado en la cama vestido igual que yo.

¿El universo trata de decirme algo?

—¿Qué has decidido? —Álex luce una de sus sonrisitas preferidas, esa que dice que es un poco canalla, pero que se puede confiar en él—. ¿Quieres hacerte pasar por mi novia o ser esa amiga con la que me ha pillado mi jefe en la habitación?

—Eres un poquito imbécil.

Se encoge de hombros, sin dejar de sonreír.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Novia —decido de pronto, aunque tendría que haber añadido el adjetivo «falsa», ¿verdad? Mal por mí.

—Pues la cena es en Cetara y tenemos quince minutos para inventarnos una historia. —Se incorpora y se dirige hacia la salida. Cojo mi chaqueta de cuero negra y lo sigo.

—Claro, la nuestra no sería creíble.

—¿Qué parte? —Me lanza una mirada juguetona mientras abre la puerta y la sostiene para que pase—. ¿La del día que nos conocimos? ¿La noche del concierto? ¿O cómo nos enamoramos?

—En realidad, me refería a toda la historia en general.

Porque veinte años dan para mucho. Álex no solo es mi primer amor, también fue un amante ocasional en la treintena y, desde la pandemia, uno de mis mejores amigos.

Salgo de la habitación en el mismo momento en el que mi móvil me avisa de que he recibido un mensaje. Echo un vistazo.

Toni

¿Qué haces en Italia con MejorqueJordanCatalano?

Ay, Toni, y yo qué sé.

Capítulo 8

Mejor que Jordan Catalano

Veintiún años antes
Agosto, 2001

—MejorqueJordanCatalano es gay —declaró Toni con cierto aire de superioridad.

«Y yo sigo aquí», de Paulina Rubio, sonaba a todo volumen en la plaza mayor del pueblo, adornada con guirnaldas de colores. Abuelos y jóvenes se contoneaban al ritmo de la música mientras esperábamos en la barra a que nos atendieran.

—Eh, yo nunca dije que fuera mejor que Jared Leto.

Mi amigo clavó los ojos azules en el objeto de sus atenciones. Con lentitud, giró el cuello hacia mi cara y alzó una ceja. Vamos, que no hacía falta que se lo dijera, que él ya lo estaba viendo.

Cata y yo habíamos conocido a Toni en la cafetería de la facultad. Le gustaba dárselas de misterioso y cultureta, aunque, en realidad, era un juerguista. Gracias a él, mi vida social había dado un giro de ciento ochenta grados. Si en el famoso botellón lloraba por mi incapacidad para hacer amigos, un año después vivía inmersa en una serie juvenil, un *Al salir de clase* universitario protagonizado por tres sociólogos, donde Toni era el chico carismático; Cata, la rarita, y yo, la empollona.

—Esta noche pienso demostraros que ese tío —lo señaló con el dedo— comparte acera conmigo.

—¡Venga ya! —protestamos Cata y yo al mismo tiempo.

Miré al chico de reojo. El pelo largo y oscuro le daba un toque rebelde, era mono y tenía ese algo por el que las tías babeábamos.

—¡Está buenísimo! —Toni elevó los brazos al cielo—. ¡A un hombre como ese se le venera de rodillas y con la boquita preparada para…!

—Comérsela —terminó Cata por él, sin apartar sus grandes ojos saltones de la zona de baile.

—Yo habría sido más delicado que la feminista chupapollas, pero debería ser una de las normas de nuestro grupo. —Al percatarse de que Cata no reaccionaba ante el nuevo apodo, zarandeó su brazo—. Eh, ¿y a ti qué te pasa?

—Estoy fascinada con sus amigas. —Hizo un leve movimiento con la barbilla, señalando a Gin y Daniela, que se hacían arrumacos a escondidas a unos diez metros de distancia.

Qué mala idea había sido juntarlos a todos en un mismo plan. Aunque, claro, yo no sabía que el finde que venían a visitarme mis compañeros de piso coincidía con el de las fiestas del pueblo de Daniela.

Toni ignoró el comentario de Cata y volvió a la carga:

—Lena, podemos hacer un trato. Yo no me tiro a la versión superior de Jordan Catalano si te lo tiras tú. —Y sí, se refería a Álex.

Bufé y reí al mismo tiempo.

Mi historia con él era complicada. Tras el concierto y el «casi-beso», habíamos coincidido en varias ocasiones y, en todas y cada una de ellas, el chico de la sonrisa bonita me saludaba borracho para desaparecer después con alguna chica colgada a su cuello. Había llegado a pensar que esa versión oscura era su verdadera cara, pero Gin me explicó que había pasado una mala temporada. «Ahora está mejor y le caes bien», me dijo cuando intentaba convencerme de que se uniera a nuestros planes. «Le caes muy muy bien».

La verdad es que habíamos terminado formando un grupo estable en las vacaciones y Álex había vuelto a mostrarse simpático, atento y vacilón. Durante aquel mes, había descubierto que poseía la habilidad de hablar con los ojos y las diferentes sonrisas que mostraba, lo que me tenía más alterada de lo que estaba dispuesta a admitir.

Y me miraba mucho.

Lo sabía porque yo también lo miraba mucho a él.

El problema era que no me fiaba. Así que ahí estaba, sobrellevando la tentación como podía.

—Toni, no voy a tirármelo. —Y tal vez fuera porque ya había bebido, pero decidí confesar el motivo cuando la música se silenció —. Soy virgen.

A lo que Cata respondió con un:

—Creo que soy lesbiana.

El moreno nos miró a una y a otra.

—Y yo, bisexual, no te jode.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar, escuchamos un carraspeo y los tres giramos en su dirección. Era Álex, que se dio mucha prisa por afirmar:

—No he oído nada.

—Te sacaré los ojos y después los machacaré con una piedra —le aseguré a mi amigo, el mismo que tenía de bisexual lo que yo de reflexiva—. Te rajaré la tripa, de aquí a aquí —le hice una marca imaginaria con mi dedo— y sacaré tus intestinos para hacer chorizos, obligarte a que te los comas y veas cómo…

—Para, para, loca —me cortó—. No tendré ojos, ya me los habrás quitado, ¿no? —Se ocultó la boca con una mano y murmuró —: Cata, nos ha salido un pelín dramática, ¿verdad? —Lancé un grito desesperado y Toni puso los brazos en jarras—. ¿Te das cuenta de que no he tenido nada que ver con que mi futuro polvo haya aparecido de repente?

—Déjala tranquila —medió Cata.

Hacía rato que Álex se había marchado, pero nosotros no nos habíamos movido de la barra. Me sentía tan humillada por que hubiera oído mi confesión que lo único que quería era destruir algo o a alguien (a ser posible al tío alto que tenía frente a mí y que seguía bromeando con follárselo).

—Está bien —suspiró Toni—. Pediré unos chupitos a mi futuro polvo número dos y esperaremos a que el alcohol calme a la fiera. —Alzó el brazo y, con el movimiento de un solo dedo, logró que el camarero acudiera y nos sirviera tres tequilas.

—¿Y qué es eso de que crees que eres lesbiana? —quise saber.

Cata frunció el ceño al mismo tiempo que sonreía, un gesto rarísimo que solo le quedaba bien a ella.

—Estoy confusa. ¿Es normal que me ponga al ver a Gin y a Dani juntas?

Aunque pueda parecer lo contrario, medité mi respuesta.

—Tía, la normalidad está sobrevalorada.

—Necesitamos más bebida —murmuró Toni a mi espalda.

Cuando por fin nos pusimos en movimiento, mi amigo le había pasado su dirección de Messenger al camarero y la música pachanguera había dado paso a los grandes éxitos del *Caribe Mix*. Si no nos dábamos prisa, lo único que bailaríamos serían las *cantaditas trance*.

Los tres, en fila, y bailando la conga al ritmo de «El gato volador», llegamos hasta donde se encontraban Gin, Daniela y Álex.

No hay nada como unas fiestas de pueblo para intimar y perder el sentido del ridículo. En tan solo cuatro canciones, Cata bailaba con Gin, Toni con Álex y Daniela conmigo. Todos mezclados. Viéndolos desde fuera, nadie habría dicho que mis dos grupos de amigos se habían conocido esa misma tarde.

¿La verdad? No recuerdo mucho más. Las risas, las canciones horteras, los brindis con cerveza… De lo que sí me acuerdo es que las primeras en irse fueron Gin y Daniela, que tuvieron que llevarse a una Cata semiinconsciente. También de que Toni me susurraba al oído «o tú o yo» y que ese mensaje siempre iba acompañado de una miradita hacia Álex.

Para su desgracia, el melenas decidió marcharse antes que nosotros, que fuimos los últimos en llegar a casa de Daniela, borrachos como cubas.

—Míralo —me dijo Toni solo con el movimiento de sus labios, cuando abrió la puerta del cuarto que iba a compartir con Álex. Les había tocado el dormitorio con la cama grande, mientras que Cata y

yo nos habíamos adjudicado la habitación del fondo, con dos camas individuales.

Álex dormía sin camiseta y, desde el umbral, solo vimos su espalda morena. Aun así, fue suficiente para que los dos soltáramos un suspirito.

—Hasta mañana —se despidió mi amigo—. Y… de nada —añadió y echó a correr por el pasillo. Antes de desaparecer, aún tuvo el valor de girarse—. O te lo tiras, o lo olvidas. Es la primera norma de supervivencia emocional.

Así que ahí me dejó, sola en la oscuridad, con dos opciones para pasar la noche: dormir en el viejo sofá del salón, que estaba de polvo hasta arriba, o echarle ovarios y meterme en la cama con el melenas.

Estaba borracha, ya puedes deducir qué opción elegí.

Durante la noche, no pasó nada, lo juro. Había bebido tanto que debí de caer redonda cuando mi cabeza tocó la almohada.

Sin embargo, al día siguiente, tuve uno de los despertares más absurdos de mi vida. Abrí los ojos y Álex dormía con su frente pegada a la mía. Lo normal habría sido disfrutar del momento o estudiarlo como una acosadora. En cambio, lo que hice fue gritar.

Has leído bien. Grité.

Él también.

Nunca he visto a nadie tan dormido y tan despierto a la vez. Se quedó paralizado, con los ojos oscuros muy abiertos, hasta que el terror dio paso a unas carcajadas tan sonoras y bonitas que no tuve más remedio que reírme también.

Probablemente fue ahí cuando me di cuenta de que estaba mucho más jodida de lo que creía. Si aterrorizas al chico que te gusta y, aun así, se queda contigo, es inviable que puedas mantener las barreras arriba. Mucho menos si, cuando termina de reírse, se despeja el pelo de la frente y te lanza ESA mirada.

Fue la primera vez que la vi y se convirtió en mi favorita. Álex bajó la vista a mis labios y fue subiendo, poco a poco, hasta mis ojos. Los suyos transmitían dulzura y un sentimiento más intenso que no supe identificar. Después llegó la timidez y una pequeña sonrisa que quise besar de inmediato.

—¿Fue un impulso o hay una historia que explique que estés en mi cama? —Su voz ronca me erizó la piel.

Estuve a punto de responder que, simplemente, era lo que tenía que pasar. Y la clave está en ese «a punto», porque en el microsegundo que dudé, fui consciente de mi aliento apestoso y mi olor corporal.

—Voy a levantarme. —Suspiré. ¿Dos casi-besos con el mismo chico? Venga ya, no era justo.

—Es demasiado temprano.

—Pero necesito una ducha y un café.

Álex dejó escapar una larga exhalación.

—Me apunto.

Un rato después, limpios y vestidos, trasteábamos por la vieja cocina para preparar el desayuno. Nos movíamos con cuidado y hablábamos en susurros, ya que el silencio de la casona indicaba que nuestros amigos seguían dormidos.

Álex encontró la cafetera en uno de los armarios y yo averigüé dónde estaba escondido el azúcar. Las risitas comedidas y los empujones tontos fueron los protagonistas de este baile en busca de ingredientes. Si yo abría la nevera, él la cerraba. Si Álex colocaba el café en el embudo, yo me acercaba por detrás y le hacía cosquillas.

En algún momento, subimos la apuesta y comenzamos a imitarnos. Él fingió asustarse por el ruido de la cafetera y simuló un grito silencioso. Yo cogí una fruta y, al mirarla, copié su expresión al despertarse. Y entre juego y juego, terminé atrapada entre la encimera y su cuerpo.

—No has contestado a mi pregunta —me recordó con una sonrisa traviesa. Yo me hice la tonta y fruncí el ceño—. ¿Te metiste en mi cama por impulso o por error?

Aún ignoro cómo pude contestar:

—Ni lo uno ni lo otro.

Él alzó una ceja y, por un segundo, su estrategia de seducción se vino abajo, lo que tardé en relamerme los labios y darle la pista definitiva de que estaba interesada.

—No vas a besarme —le advertí, mucho menos segura de lo que pretendía—. Ya sabes, es complicado. Tu prima, mi mejor amiga… —Había fantaseado con devolverle sus palabras un millón de veces, pero me arrepentí al verbalizarlo. ¿Y si me convertía en la responsable del tercer «casi-beso»?

Él soltó una carcajada, solo una, y dobló las rodillas hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura.

—Por supuesto.

El muy ruin, volvió a lanzarme ESA mirada.

Sus ojos, que bailaban entre mis labios y mis pupilas, emanaban deseo, ternura y un anhelo que parecía haberse acumulado durante mucho tiempo.

—No vas a besarme, Álex —repetí casi sin aliento. Enmarqué su cara con las manos y, despacio, recorté la distancia que había entre su boca y la mía.

El primer contacto fue frágil, un roce de puro reconocimiento. Sus manos volaron hacia mi cintura y las mías se enredaron en su pelo húmedo. El segundo, juguetón. Nuestros labios se acariciaron sin prisa, en un pulso invisible para averiguar quién de los dos aguantaría más. Pero, en el tercero, profundizamos el beso y nuestras lenguas se enamoraron.

—Me lo has puesto difícil, chica maja —dijo sobre mi sonrisa—, aunque estaba dispuesto a esperarte.

El resto del día lo recuerdo como en una nube. Besos, caricias, miradas tiernas, palabras susurradas y muchas risas. Álex y yo buscábamos intimidad, aunque nuestros amigos nos rodearan. Amigos que no dijeron nada al respecto, como si encontrarnos de buena mañana comiéndonos el uno al otro fuera lo natural.

Y desde aquel primer beso, no nos separamos. Al menos, no hasta que se terminó el verano.

Capítulo 9

Mezclar realidad y ficción

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Es curioso cómo las costumbres dominan nuestras acciones, incluso las antiguas. Mírame a mí, hace más de una década que Álex y yo rompimos y, sin embargo, no he dudado en sentarme en el asiento del copiloto porque era él quien solía conducir.

—Lo más práctico sería mezclar realidad y ficción. Las mentiras más creíbles son las que llevan algo de verdad —dice mientras dejamos atrás las luces de Vietri sul Mare.

«*Sapore di sale*» suena en el interior del vehículo y yo tardo una eternidad en responder con un simple «Ajá». Este es el tipo de frase que nos gusta escuchar a las exnovias.

—Al menos, eso dicen —matiza.

Me enderezo en el asiento y decido ignorar el comentario. No tenemos tiempo para hablar de si esa táctica la ha usado conmigo alguna vez. Si vamos a fingir que somos pareja, más nos vale prepararnos.

—¿Y tu propuesta es…?

—Algo simple: noviazgo en la veintena, reencuentro en Navidad y relación seria desde agosto. —Al ver que no digo nada, desvía la vista de la carretera un segundo. Estoy atónita—. Puede que le haya dado una vuelta mientras te arreglabas.

Una vuelta, dice. Si ya se ha inventado una cronología y todo. Aunque… aquí faltan muchos datos, ¿no?

—¿Cómo nos reencontramos y quién dio el primer paso? —Álex cambia de marcha y roza mi muslo con el movimiento. Una de sus comisuras se eleva—. ¿Qué, listillo? Podrían preguntar.

—En un bar y fui yo.

—Qué poco romántico.

—Eso fue solo la primera vez que coincidimos. —Sus dedos tamborilean sobre el volante—. Me dio tanta alegría verte que te invité a un café al día siguiente.

—¿Alegría? Eso suena a que te cruzaste con un amigo, no con el amor de tu juventud. Tienes que decir algo como que volviste a sentirte vivo, que tenías mariposas en la tripa o que, al verme, te planteaste qué habías hecho con tu vida. —Contemplo el cielo desde la ventanilla. Allí arriba hay centenares de estrellas brillantes. ¿De verdad acabo de decir semejante cursilería?

—¿Ah, sí? Pues me gusta, es bonito.

¿Se puede saber por qué narices me estoy poniendo roja?

Giro la cara y agradezco que la oscuridad del coche me proteja de los ojos de Álex. Para mejorar el momento, «*Sapore di sale*» da paso a «*Ti amo*», de Umberto Tozzi. ¿Soy yo o todas las canciones de esta lista son románticas?

Álex suelta una mano del volante, la dirige a mis costillas y me da un pellizquito. Lo miro de reojo y me devuelve una de sus sonrisas. Es vergonzoso lo rápido que mis labios se curvan hacia arriba. Joder, soy una floja.

—Podemos contar que hicimos varias escapadas de fin de semana antes de formalizar la relación —propone—. Incluso podríamos decir que fuimos a París.

Mi corazón da un vuelco cuando menciona París, esa ciudad que estuvo maldita para nosotros. Ni recuerdo cuántas veces planeamos visitarla ni cuántos imprevistos nos los impidieron.

¿Lo ha hecho a propósito o no se acuerda?

—Mejor Berlín —replico. Más neutro, menos conectado con nuestra historia—. Uli va mucho con su chica.

—Vale —concede.

Durante unos segundos, la canción llena nuestro silencio. Umberto Tozzi entra en bucle: «*Ti amo, ti amo, ti amo…*». Tengo

que decir algo, lo que sea.

—Si nos preguntan, fuiste tú quien quiso ir en serio. Yo no las tenía todas conmigo.

Álex suelta una carcajada y finge sentirse ofendido.

—¿Y eso por qué?

—Por la distancia. Intuía que iba a ser un problema. —Uy, este dardo se me ha escapado, lo juro.

—Eres un poquito cabrona —responde bajito.

Le doy una palmadita en el hombro.

—Hay cosas que nunca cambian, *amor*.

Y ahora reímos los dos, como cuando éramos dos chiquillos que jugaban a enamorarse.

Capítulo 10

Carpe diem

Veintiún años antes
Septiembre, 2001

Cuando tienes veinte años y estás de vacaciones, la medida del tiempo varía. Las horas se llenan de actividades, sentimientos y anécdotas. Dos días de experiencias resultan como una semana, una semana parece un mes y un mes, medio año. Al menos, eso era lo que sentía, que la relación con Álex era mucho más larga que el mes que estábamos celebrando.

Lo nuestro había surgido de forma natural, sin charlas de lo que representábamos el uno para el otro, ni roces para adaptarnos a la nueva situación. Con Álex había descubierto que la tranquilidad no estaba reñida con la pasión, que las risas en pareja sabían mejor y que la complicidad era afrodisiaca.

Seguía siendo virgen, por si te lo preguntas, aunque esa noche estábamos dispuestos a ponerle remedio.

Álex había preparado una cenita romántica en su casa, aprovechando el último día que su madre estaba fuera de vacaciones. Para organizarla, había tenido que pedirles a sus hermanos que se largaran, algo que tendría que pagar tarde o temprano. Las velas, repartidas por el comedor, alumbraban la estancia mientras un CD de baladas sonaba a media voz.

Yo me hacía la dura y me burlaba de sus dotes en la cocina, porque había preparado unos tristes espaguetis con tomate, y él se reía de mis pobres intentos de comerlos sin mancharme.

—Y esto se lo tenemos que agradecer a Toni —dijo cuando terminamos de cenar—. Si no hubiera echado a correr hacia el cuarto de Cata, aún seguirías huyendo de mí.

—Seguramente. —Me levanté y rodeé la mesa hasta llegar a su silla. Álex me entendió a la primera y me dejó espacio para que pudiera sentarme a horcajadas sobre él—. Me tenías despistada, me mandabas señales confusas.

—¿Yo? Venga ya, Lena. Mi prima y Gin se pasaban el día riéndose de mí y de cómo te miraba. —El muy descarado posó las manos en mi culo y me atrajo hacia él.

—La culpa fue tuya. Si me hubieras besado cuando tocaba, habría caído a la primera.

Álex puso los ojos en blanco.

—Ya estamos… Sabes que no te besé porque tenía que irme. Más me jodió a mí, créeme. Aunque, ¿sabes? Fue mejor así. Yo no estaba bien y me habría comportado como un capullo. —Torció la boca—. Lo siento.

Le acaricié el pelo y mi mano descendió hasta su mejilla, donde le di un pellizquito que le hizo sonreír. No le gustaba hablar del tema, pero suponía que aquella época oscura estaba relacionada con lo poco que veía a su padre desde el divorcio.

—Y yo siento haber perdido el tiempo con mis dudas.

—*Carpe diem* —susurró.

Unimos los labios y las palabras dejaron de ser importantes. Fueron nuestros cuerpos, mucho más hábiles que las bocas, los encargados de transmitir lo que no decíamos por pudor: que estábamos enamorados y nos queríamos con locura.

De la silla pasamos al sofá, donde mi vestido quedó abandonado en algún rincón junto a su ropa. Del sofá nos trasladamos a su cama y, una vez tendida en el colchón, con Álex sobre mí, los nervios me la jugaron y le pedí que parara.

—Yo también necesito respirar —respondió con una sonrisa tierna. Se dejó caer a mi lado y me apretujó entre sus brazos—. ¿Cuánto rato podrías estar abrazada a mí?

Alcé la cara, escondida en su pecho, y nuestros ojos conectaron. Su actitud y la pregunta me sorprendieron tanto que tardé unos

segundos en ser consciente de que tenía el novio más mono del mundo.

—Cinco minutos, máximo —le vacilé.

—Yo podría pasarme días enteros. —Para reafirmar su confesión, movió la cabeza de arriba abajo en repetidas ocasiones con una lentitud deliberada.

Pocas veces he tenido tan claro qué hacer. Extendí el brazo hacia su cuello y anclé la mano en su nuca para atraerlo hacia mis labios.

Aquella noche, entre palabras dulces, alguna que otra risa nerviosa y muchas caricias, perdí la virginidad con el que iba a ser el amor de mi vida.

—¿Vamos? —Álex entrelazó nuestras manos y me lanzó una mirada suplicante para que termináramos cuanto antes.

Lo entendía, yo también estaba nerviosa. Mis padres se habían empeñado en conocerlo y ahí estábamos, frente a mi portal, sin que ninguno diera el paso.

—Me cabrea —gruñí—. Ellos toman decisiones sin consultarme y yo tengo que seguir sus normas.

Habían esperado al final del verano para contarme que mi hermana se trasladaba a vivir a la otra punta del país y que habían decidido mudarse para estar cerca de sus nietos. «Nos haremos cargo de los billetes de avión», me ofreció mi padre. «No notarás los cambios», me aseguraron los dos.

Ya, claro, solo iba a perder mi hogar, a mi mejor amiga, mi novio y una vida a la que regresar. Poca cosa.

Álex reprimió una sonrisa. Sabía que estaba entrando en «modo drama» y que tendría que desactivar mi bomba emocional. Solía hacerlo recordándome que debía centrarme en el presente. Daba igual de lo que me quejara. «*Carpe diem*, Lena», me decía, «aprovecha lo que tienes ahora». Y, a veces, me soltaba un discursito acerca de todo por lo que debía sentirme agradecida: unos padres que me cuidaban, unos sobrinos que me querían y un novio

que pensaba en mí constantemente. Sin olvidar el tema de la salud, que lo nombraba con la misma frecuencia que lo haría un abuelo, no un chico de veinte años.

—A ver, Lena… —Se colocó frente a mí y alzó mi barbilla. Me iba a soltar alguna de las suyas, estaba claro—. Es normal que quieran conocerme porque su hija lleva hablando de mí todo el verano. —Bufé y él sonrió.

—No llevo hablando de ti tanto tiempo, so creído.

—¿Ah, no?

—¡Claro que no!

Su sonrisa se ensanchó.

—Pues la primera vez que te llamé a casa, tu madre dijo: «Así que tú eres el famoso Álex» —y el muy capullo imitó el tonito de mi progenitora.

—Seguro que tú también le has hablado de mí a tu madre.

—Claro —admitió.

—¿Quiere conocerme?

Yo sí sentía curiosidad por conocerla. Había visto fotos suyas de joven y compartía algunos rasgos con Álex. Los mismos ojos oscuros y la misma sonrisa. Sin embargo, en las pocas fotos actuales que había enmarcadas en su casa, transmitía tristeza.

—Le estoy dando largas. —Una sombra cruzó su rostro y lo interpreté como una señal de nerviosismo.

—Estás guapo. —Me puse de puntillas y besé sus labios.

Él tiró de mí hacia la puerta.

La presentación oficial fue mejor de lo que esperaba. Papá no hizo demasiadas bromas ni mamá preguntas comprometidas, aunque el mérito de que saliera tan bien fue de mis sobrinos, que adoptaron a Álex para que jugara con ellos a la Nintendo.

El resto de la semana no fue tan bien. Cada pequeña acción estaba teñida de la nostalgia de las últimas veces. La última partida al parchís con mis sobrinos, el último desayuno en casa con mis padres, el último día de piscina, la última cita con Álex…

La despedida fue difícil y eterna. Ocurrió el once de septiembre, el mismo día que cayeron las torres gemelas en Nueva York. Cada

vez que decíamos *adiós*, uno de los dos se arrepentía y volvíamos a besarnos.

Al final, entre abrazos interminables, nos prometimos que seguiríamos juntos y que haríamos lo imposible por que funcionara.

Aunque no salió bien.

No por la distancia ni por nuestra juventud (que también), sino por todo lo que pasó después y que estaba relacionado con esa sombra que vi en su mirada aquel día.

Capítulo 11

La cena

Cetara, octubre, 2022

Esta es la situación: Mauro, el jefe, me analiza desde el otro lado de la mesa; Silvi, su joven novia española (que se da un aire a Charlize Theron), sonríe, encantada con mi presencia, y Fabrizio, el futuro marido, comenta las maravillas de la *trattoria* mientras los otros dos (cuyos nombres no retengo) están enredados en una conversación que no entiendo. ¿Y qué hago yo? Mostrar una sonrisa serena y permanecer calladita, siguiendo la estrategia de Cata. «Nunca permitas que el enemigo huela tu miedo, jamás les des motivos para criticarte». Quizá sea un pelín exagerado definirlos como «el enemigo», pero la experiencia me ha demostrado que, en situaciones que no controlo, cuanto menos hablo, mayores son las posibilidades de salir airosa.

Doy un trago al vino de la casa y me recreo en el hecho de que voy a cenar en un restaurante típico italiano en Cetara. El olor a tomate, ajo y pan recién hecho impregna el pequeño local, las mesas están vestidas con manteles de cuadros y hay retratos de Sophia Loren y Marcello Mastroianni por todas partes.

—Lena, ¿cuánto tiempo lleváis juntos Álex y tú? —Silvi se recoge su larga melena rubia en un moño improvisado.

Y sí, acaba de joderme la estrategia.

Mi falso novio, sentado a mi lado, posa la mano en mi muslo con el objetivo de tranquilizarme. Consigue todo lo contrario. Y lo digo

por la sorpresa y la zona en cuestión, no porque me haya excitado… ni nada de eso.

—Desde agosto, Silvi —responde Álex por mí—, pero nos conocemos desde hace mucho, ¿verdad, *amor*?

Ahora soy yo la que dirige la mano a su muslo, aunque, en lugar de devolverle una suave caricia, le doy un pellizco que logra que entrecierre los ojos.

—Verdad, cariñito. —Finjo una risita de enamorada.

Álex me lanza un beso al aire y sonríe.

Por un segundo, me meto tanto en el papel que me embobo. Álex, cuando está serio, es guapo, es un hecho. El rostro simétrico, la nariz recta y esos labios proporcionados le otorgan una belleza clásica y elegante. Pero cuando sonríe… Ufff. Cuando sonríe, su belleza se multiplica por cien y se convierte en un hombre inolvidable.

Madre mía, debería centrarme.

El respiro que necesito me lo proporciona la camarera, que se acerca a nuestra mesa y deja un par de platos con boquerones fritos rellenos de *provolone*.

—*Alici di Cetara* —anuncia justo antes de desaparecer.

—Sois muy cuquis —afirma Silvi, entusiasmada.

Su chico, sin embargo, sospecha. No hay más que ver cómo alza esa ceja espesa y oscura.

—*Allora*…, tuvisteis una *relazione*, *ma* no funcionó. ¿*Per* qué? —Mauro se lleva a la boca un boquerón y se lo come enterito. Lo de hablar castellano se le da regulinchi, pero el tío es un hacha yendo a la yugular.

Álex titubea. No nos ha dado tiempo a inventarnos una falsa ruptura. Cada minuto del trayecto lo hemos invertido en cómo nos habríamos dado una segunda oportunidad. Y, siendo honesta, ha sido demasiado sencillo imaginar los detalles.

—Éramos muy jóvenes —intervengo.

Silvi se coloca la servilleta sobre las piernas y nos dedica una sonrisa comprensiva. Creo que me va a caer bien.

—¡Y os habéis reencontrado! ¡Qué bonito!

Fabrizio, que se ha mantenido atento a la conversación (no como los otros dos, que siguen a lo suyo), sonríe de oreja a oreja.

—Yo ya lo dije. —Alza un solo dedo para darle más énfasis a su comentario—. No me hacías caso, Álex, pero te lo dije.

Quiero sonreír y permanecer calladita (de verdad de la buena), sin embargo, mi boca adquiere vida propia y pregunta:

—¿Qué fue lo que le dijiste?

Fabrizio se pasa una mano por el pelo ondulado. Sus ojos avellana brillan antes de palmearle la espalda a Álex.

—Que seguía enamorado de ti.

Mira, este sí que sabe hablar en castellano. Con cinco palabras, acaba de conseguir que mi corazón se detenga.

Silvi suspira, mi ex me mira de reojo y yo parpadeo con lentitud.

—¡Estaba claro! —continúa Fabrizio con su deje musical—. ¡Álex siempre hablaba de ti!

—¡Oh, el amor! —La rubia aplaude con ganas y Fabrizio la acompaña, montando tal jaleo que los otros dos abandonan su conversación y se unen a los vítores.

El único que no aplaude es su jefe, que está tan bloqueado como Álex y yo.

—¡Un beso! —grita el que tiene el pelo cano. El de bigotito añade algo que no entiendo y todos se ríen menos yo.

—Comportaos como adultos, anda —les pide Álex—, que me la vais a asustar.

—Ya estoy asustada —confieso, logrando una carcajada general.

El resto de la velada transcurre en calma. Fabrizio nos pone al día con la agenda de la boda, Mauro se relaja con las carantoñas de Silvi y los otros dos se muestran más comunicativos. Por suerte, ninguno vuelve a preguntar por nuestra supuesta relación.

Tras despedirnos, le propongo a Álex que nos demos una vuelta. Y aquí estamos, caminando el uno junto al otro por el paseo marítimo de Cetara, charlando sobre nuestra gran actuación en la

cena y riéndonos de tonterías. Hace rato que hemos dejado atrás las barquitas pesqueras y nuestros pasos nos acercan a la Torre Vicereale, que divide al pueblo en dos.

Saco el móvil del bolso, hago una foto a la torre iluminada y se la envío a Uli. Quiero que vea que, aunque me preocupo, también estoy disfrutando.

—¿Sabías que la construyeron para defenderse de los piratas? —Y este comentario es tan bueno como cualquier otro para evitar que hablemos sobre lo que ha dicho Fabrizio. Es obvio que Álex no está enamorado de mí y prefiero ahorrarnos esa conversación.

Él me lanza una miradita jocosa, tratando de contener una sonrisa. La luz de una farola ilumina la mitad de su rostro y el mar, a su espalda, es tan oscuro y brillante que, si no supiera que este gesto precede a una burla, volvería a sacar mi teléfono para capturar su imagen.

—¿Cuánto tiempo has pasado estudiando estos pueblecitos? —Y ahí está esa sonrisa que intentaba ocultar, la misma que me ha llevado de cabeza media vida.

—Mucho —confieso.

—Eres una empollona, *amor*.

—Y tú un poco idiota, *cariñito*.

Sus ojos brillan y se le escapa una carcajada de lo más mona.

—Se me había olvidado lo respondona que te vuelves cuando bebes. ¿Demasiado vino?

Meneo la cabeza de izquierda a derecha mientras cuento las copas que he ingerido. ¿Dos? ¿Tres? Cambio la dirección del movimiento de arriba abajo y siento un mareíllo muy gracioso.

—Estoy bien —mis labios se curvan en una sonrisa vacilona—, *peluchín*. —Le doy un pequeño empujón.

—¿*Peluchín*? Lena, me preocupa que el alcohol pueda hacerte volver a las malas costumbres. —Sube y baja las cejas y comprendo que se refiere a vomitar.

Y menos mal, porque había entendido algo totalmente diferente.

—No sufras, he cambiado de hábitos, *churri*.

El mar ruge, una ligera brisa marina nos envuelve y una canción italiana se escucha a lo lejos. Nos sonreímos.

¿Sabes que a veces no te das cuenta de lo mucho que echas de menos a alguien hasta que vuelves a verlo? Pues algo parecido me está ocurriendo a mí, que de pronto soy consciente de lo mucho que extrañaba tenerlo de nuevo a mi lado.

Mi móvil suena y nuestra tonta burbuja explota. Es Uli, que me envía una foto en respuesta a la mía. Miro la imagen de mi hija dormida, suspiro y se la muestro a Álex, que la contempla con ternura.

—Soy una madre horrible —concluyo.

Él pasa el brazo alrededor de mis hombros y me besa la sien.

—No, Lena, solo eres alguien que necesitaba un descanso.

Que me entienda me hace sentir un poco menos culpable.

—¿Y tú? ¿También necesitabas este viaje?

—Ni te imaginas cuánto.

El resto del paseo lo hacemos en un cómodo silencio. Álex está convencido de que cuanto más tardemos en llegar al hotel, más probabilidades habrá de que no coincidamos con su jefe.

Aunque se equivoca, porque eso es justo lo que sucede.

Capítulo 12

Tranquila, Lena

Vietri sul Mare, octubre, 2022

—¡Estábamos hablando de vosotros ahora mismito! —Silvi suelta un gritito adorable y entra en el ascensor. Mauro, a su lado, nos saluda con un movimiento de cabeza. Álex sonríe y yo lo imito, aunque nuestras sonrisas son tan falsas como nuestro noviazgo—. ¡Nos hemos despedido tan rápido que se nos ha olvidado organizar la agenda de mañana!

¿Ha dicho *agenda*?

Las puertas se cierran y el ascensor se pone en marcha. Solo con echar un vistazo al habitáculo, queda claro quién se siente acorralado. Álex y yo compartimos una esquina, mientras Mauro y Silvi ocupan gran parte del espacio. Con disimulo, le lanzo a mi ex una mirada de «ni de coña» que él pilla a la primera.

—Verás, Silvi —le replica—, es que Lena y yo teníamos en mente un plan romántico.

La rubia se sonroja y nos dedica una sonrisita de comprensión. Álex ha estado rápido. Ahora estos dos deben de estar pensando que nos vamos a pasar el día foll…

—Haremos una ruta para visitar los pueblos de la zona —matizo.

Ahora es Álex quien me mira mal.

Las puertas del ascensor se abren en mi planta. Mauro se hace a un lado para dejarnos salir a las chicas primero.

—*Ma questa è* una *occasione per conoscere* a los colegas —señala.

Este hombre me impone, así que avanzo y me giro suplicando ayuda a mi falso novio. El muy idiota, en lugar de echarme una mano, niega con la cabeza.

Vamos, que me apañe.

—Bueno, hay tiempo para todo —resuelvo muy a la española; es decir, dando por hecho que ha entendido que dejarlo tan abierto significa que no tengo ni putas ganas.

Pero de forma educada, claro.

Permito que Mauro me adelante y me coloco al lado de Álex, que repite el movimiento de cabeza. Me da la sensación de que la estoy cagando, aunque no tengo muy claro por qué.

—Perfecto, chicos. —Silvi se posiciona frente a su puerta, la abre y nos mira por encima del hombro—. Entonces mañana concretamos en el desayuno, ¿*okis*? —Acto seguido, desaparece junto a su novio dentro de la habitación.

Ehhh… ¿Qué acaba de pasar?

—Tranquila, Lena.

¿Tranquila? Tranquila estaba esta mañana, antes de coger el vuelo a Ginebra, cuando creía que este viaje me proporcionaría el descanso mental que merecía. Ahora soy lo más alejado a una mujer calmada.

—¿Se puede saber por qué no me has ayudado? —Imito su gesto serio y la negación de cabeza—. ¿Qué coño querías decirme?

—Que dejaras de hablar —responde, como si fuera obvio, desde el otro lado de la cama. Y no, no estamos acostados, sino sentados en el borde del colchón, cada uno en una esquina. Ese es el motivo de que me comporte como una loba enjaulada. En ningún momento hemos hablado de compartir habitación, ambos sabemos que es demasiado peligroso. Una cama, Álex y yo es una mala combinación —. ¿Y tú por qué les has dicho que íbamos a visitar pueblecitos?

Porque no soporto que alguien nos visualice echando un polvo. Porque cuando eso pasa, inmediatamente lo visualizo yo. Aunque no

voy a decírselo, claro.

—Da igual, Lena. —Resopla—. Me quedaré un rato y me iré.

Me repatea lo más grande que esté siendo tan racional.

—Te van a pillar. Lo sabes, ¿no? —le digo, pero no porque quiera que se quede aquí.

Álex contiene una carcajada y me mira de reojo.

—Qué poquito confías en mí.

Bufo y su risa explota.

Mierda, y ahora me río yo.

—Vale. ¿Y qué hacemos con estos dos?

—Mañana les ponemos cualquier excusa y listo.

—¿Como cuál?

—Que nos hemos quedado dormidos, que nos sentó mal la cena o que necesitábamos un poco de intimidad. —Álex sube y baja las cejas. La mirada que le devuelvo detiene el movimiento—. En fin…, que existen muchas opciones.

—La excusa te la inventas tú —le advierto.

—Por supuesto.

Si me dieran una moneda por cada vez que he escuchado estas dos palabras de su boca, sería millonaria. Hubo un tiempo que me daba tanta rabia que lo asaltaba con un beso para no darle opción a que pusiera la misma cara que tiene ahora. Su expresión es seria, pero la risa de sus ojos le delata. Me encanta y lo odio al mismo tiempo. Y hablo del gesto.

Como lo de conocerse no va en un solo sentido, él adivina lo que pienso y sonríe, enseñándome su dentadura perfecta. Está a un tris de echarse a reír otra vez.

—Para —le pido.

Y él… suelta una carcajada. Mira que lo sabía.

—Te lo he dicho y te lo repito: lo más importante para mí es que te sientas cómoda y disfrutes. —De forma inconsciente (creo), echa un vistazo a la cama y suspira. Espero, por su bien, que no esté visualizando…—. Y respira, no quiero dormir contigo.

Asiento, pero, por alguna extraña razón, me siento ofendida. Tampoco era necesario que dejara tan claro que no quiere acostarse conmigo. ¿Qué pasa, que ya no me considera una mujer deseable?

—Será mejor que me ponga el pijama. —Me incorporo, recojo las prendas de la maleta y me meto en el baño. En cuanto cierro la puerta, me apoyo en ella y trato de recomponerme. No me entiendo ni yo.

—Lena —oigo al otro lado—, me he explicado mal. —Espero a que siga, pero lo siguiente que escucho es el clic de la puerta de la habitación al cerrarse.

Se ha ido.

Y yo me quedo con la sensación de que algo se me escapa y de que Álex no está siendo del todo sincero. Aunque, bueno, no sería la primera vez…

Capítulo 13

El secreto de Álex

Veintiún años antes
Diciembre, 2001

—¿Sí? —dije al descolgar el teléfono fijo del salón.

—O no —respondió una voz burlona, la misma que llevaba media hora esperando escuchar.

Chasqueé la lengua y él me devolvió una suave carcajada. Desde la radio de la cocina, Amaia Montero aseguraba que iba a escribir la canción más bonita del mundo.

—Álex, eres un tardón —protesté con una sonrisa boba.

Por aquel entonces, llevábamos cuatro meses juntos, tres de los cuales separados. Tener una relación a distancia era duro. Nos veíamos poco, los billetes de tren eran caros y Álex trabajaba muchos fines de semana. Tirábamos de llamadas, de los SMS e, incluso, quedábamos para hablar por el Messenger. Pero no era lo mismo, claro.

—Lo siento, he tenido bronca con mi hermano. Ha vuelto a llegar a casa borracho. —Me dejé caer en el sofá. Sergio no dejaba de meterse en líos. Álex decía que entendía por lo que estaba pasando y, aun así, no sabía cómo ayudarlo—. ¿Y tu examen? —preguntó, tras desahogarse.

Dejé escapar un largo «pfff».

—Horrible, esa asignatura es imposible. Seguro que suspendo el parcial y, después, el trimestre entero.

—Eres una empollona. Me apuesto lo que quieras a que apruebas.

Cata entró en el salón y me pilló haciéndole burla al teléfono. «Es Álex», le dije bajito, y fue suficiente para que ella se diera media vuelta.

—Tengo muchas ganas de verte, Lena.

Jugueteé con el cable del teléfono.

—Y yo.

—Aún quedan diez días para Nochevieja. —Al escuchar su voz lastimera, se me rompió un poquito el corazón—. ¿Tienes los billetes? Como muy tarde, deberíamos salir de aquí a las cinco para llegar a la casa del pueblo a buena hora.

—Álex, no puedo ir. —Respondió con un «¿qué?» tan triste que tuve que hacer una pausa para continuar—: Mi hermano y su novia solo pueden venir en Nochevieja y mis padres sospechan que van a anunciar que se casan, quieren que estemos todos juntos. ¿Podríamos vernos cuando terminen las fiestas?

Al otro lado de la línea, un denso silencio.

—Había negociado mis turnos para librar en Nochevieja. Espera, déjame mirar el calendario. —Escuché un movimiento de papeles y Álex emitió un chasquido que no auguraba nada bueno—. No, ese finde no puedo, tengo que quedarme en casa y no sé si podré cambiarlo.

¿Quedarse en casa? Evidentemente, no dije nada. No estaba en posición de ponerme borde tras cancelar nuestros planes.

—Si no es ese, puede ser al siguiente —propuse.

—Lena, eso sería casi un mes sin verte.

—O podría ir yo, aunque estés trabajando. Al menos estaríamos algún rato juntos.

—No, por favor. Déjame que lo vea, ¿vale? —Una exhalación—. Te echo de menos, chica maja.

—Y yo, melenas.

Unos minutos después, tras varios «cuelga tú», finalizamos la llamada sin saber que sería una de las últimas conversaciones normales que tendríamos.

Un mes más tarde, me encontraba en aquel tren, rezando para llegar lo antes posible a mi ciudad natal. Entre las manos, mi móvil Alcatel recibía mensajes de Gin. «Está en la UCI». «No les dejan pasar». «Pinta muy mal».

Al otro lado de la ventanilla, distinguí los edificios de las afueras. Calculé que faltaban diez minutos para que entráramos en la estación. Aun así, recogí la mochila del suelo y me puse en pie. Necesitaba sentir que hacía algo, aunque solo se tratara de avanzar hacia la salida.

La sensación de irrealidad me acompañó mientras atravesaba el vagón. Un par de horas antes, recogía mi cuarto para la inminente llegada de Álex, ajena al hecho de que no iba a venir, y ahora era yo la que iba a su encuentro.

Todavía desconocía los detalles.

Daniela me había avisado, vía SMS, que la madre de Álex estaba hospitalizada, pero no respondió a la llamada que le hice a continuación. Tampoco Álex, del que solo había recibido aquel mensaje: «Lo siento, no puedo ir».

Me planté ante la puerta mientras el tren ralentizaba la velocidad. Conté los segundos hasta que se abrió. Quinientos cinco. Y seguí contando mientras salía al andén y avanzaba entre la multitud, hasta que vi a mi mejor amiga esperándome con cara de circunstancias.

—¿Ha sido un accidente? ¿Un ataque al corazón?

Gin me dio un rápido abrazo.

—Tampoco sabías nada —musitó y tiró de mí hacia la salida, donde su coche estaba mal aparcado—. Sube, anda. —Obedecí, confusa, esperando una respuesta que llegó cuando cerramos las puertas del vehículo y Gin, cabizbaja, me dijo—: Lena, la madre de Álex tiene ELA.

Mis conocimientos médicos eran escasos y la única información que poseía de esa enfermedad era que la padecía Stephen Hawking, el científico que hablaba de los agujeros negros. Pero su madre no

podía estar igual de enferma. Ese hombre iba en silla de ruedas, era incapaz de moverse, de ser autosuficiente y…

Algo en mi cabeza hizo clic.

Las constantes referencias de Álex a la salud. Sus desapariciones y sus «tengo que quedarme en casa». Esa época complicada, en la que bebía demasiado. Los problemas del hermano, que él tan bien comprendía. La respuesta tan extraña que me dio cuando le pregunté si su madre quería conocerme. Las fotos en las que ella aparecía triste, rodeada de sus hijos. Incluso la obsesión que tenía Álex con el presente y su *carpe diem*. ¿Era posible que mi novio me hubiera ocultado algo tan importante para él?

—No lo entiendo —admití.

Gin me dio una palmadita en el muslo y arrancó el coche.

—Joder, ni yo, pero eso ahora no importa. Tenemos que estar ahí para ellos, ya habrá tiempo para explicaciones. —Puso el intermitente y se incorporó a la vía.

Clavé la vista al frente: a la lluvia del parabrisas, las luces de la ciudad, los edificios que aparecían y desaparecían.

—Tiene ELA y está en la UCI —repetí mientras procesaba la información—. ¿Puede…?

—¿Morirse? —Suspiró—. No lo sé. Dani me habla como si estudiara Enfermería con ella, no pillo ni la mitad. Está intubada, pero no me he atrevido a preguntar.

No dije nada más. Tenía veinte años y no había pisado un hospital en la vida. Tampoco sabía cómo debía comportarme en una situación como esa. Cuando mi amiga detuvo el coche y salió de él, me limité a seguirla por el aparcamiento, después por el camino hacia la entrada de Urgencias y, finalmente, por los pasillos blancos del edificio hasta que llegamos a una salita.

—Ahí están. —Gin señaló con la barbilla a un grupo que se arremolinaba en una esquina.

Daniela lloraba abrazada a la que supuse que era su madre. Detrás, un adolescente estaba sentado con el torso hacia delante, abrazado a sus piernas. Arrodillados ante él, Álex y una chica trataban de consolarlo, diciéndole que su madre saldría de esta.

—Ey —saludó mi amiga cuando nos acercamos.

Daniela cambió los brazos de su madre por los de Gin y yo me quedé muy quieta, sin ningún recurso del que tirar. Jamás me he sentido tan torpe y estúpida. Fue la madre de Daniela quien se presentó y llamó la atención de su sobrino, que, al girarse, se incorporó igual que si hubiera visto un fantasma.

—La avisé yo —le explicó su prima.

Nunca olvidaré su cara. Desencajado, con los ojos enrojecidos, asustado y aliviado al verme. El instinto de protección guio mi cuerpo, que se vio atraído hacia el suyo, y lo abracé con todas mis fuerzas.

—Siento no habértelo contado —susurró con la voz rasgada y la cara escondida en mi cuello.

No entendía por qué lo había ocultado, pero no podría haberme importado menos. Ver a alguien que quieres roto de dolor es una de las peores sensaciones que se pueden experimentar. Con gusto, habría cargado con parte de su pena si hubiera sido posible.

Álex lloró en mis brazos. Y yo lloré con él. Durante horas, estuvimos esperando noticias. Noticias que llegaron en plena madrugada, cuando creía que mi novio había terminado con su reserva de lágrimas y apareció aquel médico, con el gesto sombrío, para anunciarnos la muerte de su madre.

Entonces Álex se rompió de verdad y se quedó sin corazón y sin voz.

La madre de Álex murió en la madrugada del doce al trece de Enero de 2002 por una insuficiencia respiratoria aguda. Se llamaba Patricia y había sido diagnosticada con ELA en 1995. En el momento de su fallecimiento, apenas podía moverse, se alimentaba por sonda y era dependiente por completo. Sus tres hijos se turnaban para cubrir los descansos de su cuidadora, que costeaba su hermana. De todo esto me enteré en el tanatorio, por conversaciones que escuchaba aquí y allá y que me ayudaron a comprender mejor a mi novio.

Hasta entonces, pensaba que la nula relación que Álex mantenía con su padre se debía al divorcio, pero, gracias a una señora de rostro afable que hablaba mucho más alto de lo habitual, descubrí que no solo había abandonado a su mujer cuando más lo necesitaba, sino también a sus hijos, a los que había dejado solos ante una situación complicadísima, sin más ayuda que la pensión alimenticia por el más pequeño.

De ahí que Álex buscara trabajos precarios en lugar de centrarse en sus estudios.

Fue la madre de Daniela quien nos contó a Gin y a mí que aquel verano se había ocupado de su hermana para que sus sobrinos pudieran descansar. Y la conversación derivó (aún no sé cómo) en la primera vez que pensaron que la perdían, aquella noche que la ingresaron de urgencia, la misma que fuimos al concierto de Amaral.

Sobra decir lo culpable que me sentí por echarle en cara que se fuera sin besarme.

El funeral se celebró al día siguiente.

Antes de despedir al féretro, Álex y su hermana le dedicaron unas palabras a su madre. Ahí entendí que ese *carpe diem* que había escuchado tantas veces de la boca de mi novio. Era un consejo que ella les daba cuando aún podía comunicarse. «Disfrutad de cada momento», les decía, y ellos afirmaron desde el atril que lo intentarían, aunque sin ella el mundo se había vuelto un poco más gris.

Y, después del funeral, todo fue a peor.

Tras la muerte de su madre, nuestra relación se resintió. Álex se encerró en sí mismo y yo no supe llegar a él. Si intentaba que se desahogara conmigo, se quejaba de que lo presionaba o, simplemente, me decía que no quería hablar. Si viajaba para verlo, se mostraba distante.

Todo era difícil, tenso y triste; y la distancia física entre nosotros lo complicó aún más. Las risas fueron sustituidas por silencios. El

tonteo, por peleas. Los «tengo ganas de verte», por «ahora no puedo». Y un día, a finales de febrero, Álex se echó a llorar al teléfono y dijo que no podía más. Pensé que por fin iba a confiar en mí, pero lo que estaba pasando era que estaba rompiendo conmigo.

Capítulo 14

No es tan difícil

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Abro los ojos y estoy en diagonal en una cama enorme. Tardo unos segundos en ubicarme. Hotel, Italia, vacaciones.

Alargo el brazo y cojo el móvil. Son las ocho y media. ¿He dormido nueve horas del tirón? No me lo creo. Compruebo las notificaciones y me quedo más tranquila cuando veo que los veintisiete mensajes que aparecen en la pantalla son de Toni. Ignoro a mi amigo y escribo a mi sobrino y a Irene para preguntarles qué tal les va. Ninguno de los dos contesta. Uli porque estará en plena batalla del desayuno con la peque y mi camarera porque es la hora punta en la cafetería.

Dejo el teléfono en la mesilla. Mi amigo puede esperar mientras remoloneo diez minutos más, que anoche ya me hizo el tercer grado. Pasamos por todas las fases, desde el «¿cómo se te ocurre?» al «¿vais a compartir cama?», terminando con el famoso «o te lo tiras o lo olvidas». Si llego a contarle que nos estamos haciendo pasar por pareja, no me deja dormir.

Y que conste que mi viaje no era ningún secreto, pero mantener el contacto con tus amigos en la edad adulta es complicado. Los hijos, la pareja, el trabajo… Con Toni, por ejemplo, hacía más de un mes que no cruzaba palabra.

Toc, toc, toc.

Alguien golpea mi puerta.

—¡Buenos días! —canturrea Silvi—. ¡Hora de desayunar!

Mauro dice añade algo en itañol, pero no lo pillo.

Me muevo con sigilo hacia los pies de la cama y asomo la cabeza más allá del colchón.

—¿Hooola?

Ni respiro. Mi plan es hacerme la muerta hasta que se cansen, lo que ocurre tras cuatro largos minutos.

En cuanto desaparecen de mi puerta, recibo un mensaje de Álex. Me informa que acaban de llamarlo. Que está controlado, dice, y que esté lista a las nueve.

Pues vale. Un marrón menos.

Me incorporo, cruzo la estancia y abro las puertas del balcón. La vista es tal como la imaginé anoche. El centro de Vietri sul Mare está cubierto por una ligera bruma marina, el mar domina el paisaje y un solitario velero navega por sus aguas.

—Ni en mis mejores sueños —susurro.

Me desperezo ante semejante postal y regreso al interior de la habitación. Antes de que me dé tiempo a darle vueltas al cosquilleo inapropiado, al comentario de Fabrizio o a lo poco que le atraigo a mi ex, decido ocuparme y me pongo en marcha.

Me ducho, me pongo el vestido azul y me pinto un poco. Con el colorete y el brillo de labios me apaño, pero con el rímel casi me saco un ojo. ¿Tanto ha pasado desde la última vez?

Bueno, pues ya estoy preparada y me sobran diez minutos. ¡Será la costumbre!

Me siento en la cama y me calzo las Converse blancas. Compruebo el móvil de nuevo. Uli aún no ha respondido, así que me entretengo con los mensajes de mi amigo. Toni no defrauda. Tengo el chat lleno de *gifs* graciosos, de pepinos y de súplicas para que le informe de lo que suceda. Que quiere fotos, dice, y detalles sucios. Me descojono, está flipadísimo. Pero la última carcajada se me corta conforme veo que ha creado un grupo de WhatsApp con Gin, Daniela y Cata, al que ha llamado «Polvos amalfitanos», donde hace un breve resumen de la situación. A su manera, claro. ¿Y cómo se le ocurre incluir a Daniela, si es la principal confidente de Álex? Voy a cargármelo.

Echo un vistazo y leo los mensajes en diagonal hasta que llego a uno que dice textualmente: «Lena tiene el corazón en la vagina». Toma ya, menuda afirmación. Hay comentarios obscenos por parte de Toni, advertencias de Gin, que insiste en que me centre en los italianos, y frases empoderadas por parte de Cata. La única que se mantiene en silencio es Daniela.

Estoy a punto de intervenir cuando llaman a la puerta. Esta vez es Álex, que se apoya en el marco en plan seductor. Lleva entre las manos una bandeja con zumos, cafés y bollería con chocolate.

—El desayuno —anuncia con un guiño—. Por ser una chica tan maja…

—Paciente y tranquila —termino por él. Se ve que no solo yo estoy reviviendo nuestro pasado—. Esperaba un poquito más del bufé de este hotel —le pico—. Anda, pasa.

Álex lanza un resoplido irónico y accede a la habitación. Qué morro le echa y qué alegría que venga con esta actitud. Estamos en la misma onda, nada de dramas.

—He hecho lo que he podido. —Deja la bandeja sobre el escritorio y analizo su atuendo: camisa azul, vaqueros y zapatillas blancas. ¿De verdad vamos otra vez con los mismos colores?—. No quiero que te enfurruñes y te pongas en plan mojigata —me advierte con un tonito burlón—, pero les he dicho a Mauro y a Silvi que seguías en la cama y que ahí era donde pensaba pasar la mañana.

—¿Mojigata?

Álex se encoge de hombros.

—He llegado a esa conclusión después de tu comportamiento de anoche en el ascensor. —Sonríe con guasa y se repeina el pelo, aún húmedo, dejando al descubierto esas orejas de soplillo que tantas veces he acariciado—. No pasa nada, todos cambiamos con los años. Ahora tú eres una puritana y yo un hombre de lo más formal. —Le arreo un golpe en el antebrazo y se queja como si le hubiera hecho daño. Qué tontito está—. Tenemos dos opciones —cambia de tema—. La primera es desayunar rápido y salir de aquí cuanto antes. La segunda es quedarnos en la habitación durante… —echa un

vistazo a su reloj— una hora para darles tiempo a que se vayan. ¿Cuál prefieres?

Mis ojos vuelan hacia la cama y regresan a Álex.

—Salir de aquí cuanto antes.

Dejamos el coche en el hotel y cogemos el primer ferri a Amalfi. Ya solo el trayecto corta la respiración. Aguas turquesas, montañas verdes, acantilados y pueblecitos de color pastel. El sol brilla en el cielo, la brisa marina nos envuelve y yo no puedo dejar de sonreír.

Al llegar a nuestro destino, Álex me ofrece su mano, que acepto sin dudar. Y así, unidos, recorremos la pasarela que cruza la playa mientras escuchamos el murmullo de las olas y el entusiasmo de los turistas.

La imagen es espectacular. Los edificios de dos y tres alturas, de colores suaves, parecen saludarnos, igual que la torre del campanario, que sobresale un poco más atrás. Al fondo, la montaña escarpada se alza imponente, creando un bonito contraste entre el verde y el azul del cielo.

Ninguna foto que haya visto le hace justicia.

Llegamos a una gran plaza que da entrada al pueblo. Cafés, restaurantes y tiendas de recuerdos se agolpan en los bajos. Pasamos de largo y nos adentramos en el centro, a través de una calle ancha adoquinada. Un negocio que anuncia que vende *tabacchi*, una tienda de pasta tradicional y adivino una escalinata al fondo. Sé dónde estamos, en diez pasos entraremos en la Piazza del Duomo y mi corazón se acelera por la anticipación.

Cuando el espacio se amplía, Álex se detiene junto a la fuente de nuestra izquierda. Hay terrazas por todas partes. Tiro de él y le insisto para avanzar un poco más, hasta que nos encontramos de frente con la gran escalinata que asciende a la Catedral de San Andrea.

Mi cabeza se alza siguiendo el recorrido y la respiración se me entrecorta cuando mis ojos se clavan en la fachada de este edificio

de diferentes estilos arquitectónicos. Los mosaicos, los arcos, la combinación del arena, negro y dorado… He visto miles de imágenes de esta catedral, aunque jamás creí que fuera a sentirme tan diminuta al contemplarla. Tampoco que mi primer pensamiento fuera que hubiera sido un gran escenario para *Juego de Tronos*.

Mis ojos se humedecen. Álex suelta mi mano y me rodea los hombros con su brazo.

—Increíble —susurra.

Y sí, estar aquí con él es increíble.

—¿Nos tomamos un Aperol Spritz? —propone conforme salimos de la tienda de regalos.

—¿Ya estás cansado? —le vacilo.

Yo estoy agotada, pero no voy a admitirlo. Llevamos toda la mañana de arriba abajo por Amalfi. Hemos visitado el interior de la catedral, paseado por las calles principales e, incluso, hemos recorrido unos extraños pasadizos.

—Lo decía por ti —me devuelve, y se lleva una mano a la barba recortada y la acaricia en plan interesante.

Me encanta que podamos picarnos y reírnos de nuestras tonterías. ¿La verdad? Empezaba a plantearme si podríamos comportarnos como amigos, pero estas horas juntos han borrado las dudas de un plumazo. Por mucho que los recuerdos nos asalten, ahora somos dos adultos que han dejado atrás su relación sentimental. Sin peligro. Entre nosotros solo existe un inmenso cariño e intimidad compartida.

—Podemos hacer una pausa —concedo y, unos minutos después, estamos sentados uno al lado del otro admirando la catedral—. A pesar de todo, no está siendo tan difícil, ¿verdad? En la ficción suele complicarse mucho más. —No menciono que me refiero a nuestra falsa relación, aunque sé que me ha entendido.

Lo que ignoro es por qué está creando esta tensión a la hora de responder. Empujo su hombro con el mío y me mira de reojo. Ni

rastro de esa sonrisita juguetona que le encanta llevar como un complemento más de su carisma.

—Lena, deberíamos hablar de lo que ocurrió anoche.

Ah, es eso. Pues no me apetece nada hablar de su negativa a una propuesta que no estaba encima de la mesa.

—Tranquilo, no me tomé en serio lo que dijo Fabrizio —bromeo.

—Me refería al desafortunado comentario que hice y que te sentó mal.

Con toda mi sangre fría, giro la cara hacia él, alzo las cejas y le envío el mensaje mental de que no sé de qué me habla. En respuesta, él alza las suyas, respira fuerte por la nariz y me deja claro que no cuela. Madre mía, si es que podríamos hablar sin mover los labios. Qué cruz lo de conocerse tan bien.

—Muy desafortunado —apoyo, obviando el hecho de que sí, me sentó fatal.

—No me expliqué bien, Lena. —Álex se aclara la garganta. Su nuez sube y baja—. Dije que no quería dormir contigo, cuando debería haber dicho que no *puedo* dormir contigo.

A mí me suena casi igual.

Sin embargo, analizo la frase mientras un músico callejero toca una melodía romántica con su violín. Ante mi cara de incomprensión, Álex suelta una risita desesperada.

—No puedo *solo* dormir contigo —añade, para que me quede más claro. Y, por si no fuera suficiente con tal afirmación, me lanza una mirada intensa.

Bien, pues ahora sí que lo he entendido.

Trago saliva, atascada en sus ojos oscuros, que transmiten algo antiguo, algo que preferiría no recordar.

Álex clava la vista en mis labios y se acerca, despacio.

Yo no retrocedo.

Mi corazón se detiene y mi mente se desconecta.

Estoy perdida. Mi cuerpo está reaccionando por su cuenta.

Su boca está a escasos centímetros de la mía.

Mis labios se entreabren.

Y en el último momento, cuando estoy a punto de rendirme, Álex cambia la trayectoria y recibo un beso demasiado cerca de las

comisuras de mi boca.

¿Qué…? ¿Qué acaba de pasar?

Capítulo 15

Mala madre

Amalfi, octubre, 2022

Debería dejar de mirar a Álex. Ambos sabemos que su parloteo es solo una herramienta para desviar mi atención de lo que acaba de pasar. Y yo…, yo no sé qué hacer ni qué decir, esto me ha pillado por sorpresa.

Álex da un trago a su bebida y me anima a que beba de mi Aperol Spritz. Obedezco sin rechistar. Estoy que no estoy. Aún siento sus labios sobre mi piel y su aliento cerca de mi boca.

Mi móvil vibra dentro del bolso y, por fin, reacciono. Lo busco, doy con él y respiro aliviada cuando veo que es una videollamada de Uli.

—¡Hola! —saluda mi sobrino—. ¡Qué guapa estás, tía! Italia te sienta bien. —Está sentado en el suelo de su apartamento a lo indio, con sus rizos desordenados. Paula, entre sus piernas y con los ojos bien abiertos, apunta su dedito a la cámara.

—¡Mamá! —exclama, y la alegría y la culpabilidad se funden en un solo sentimiento. ¿Quién, en su sano juicio, abandona a esta preciosidad por un viaje? Deberían retirarme su custodia y enviarme a la cárcel.

—¡Hola, peque! —le devuelvo—. ¿Lo estás pasando bien con el tío Uli?

Mi hija se acerca más a la pantalla y repite «mamá» unas siete veces. Es mi sobrino quien responde:

—Se lo está pasando genial. Hemos convertido el salón en un fuerte del oeste. —Gira la cámara para enseñarme el montón de cojines apilados alrededor del sofá y la imagen regresa a ellos dos—. Pau está mejor que en brazos, ¿a que sí? —le pregunta a mi niña. Ella replica con un «síííí» eterno y se ríe—. Come bien, duerme mejor y está feliz con su tío favorito. —Uli la estrecha entre sus brazos y le hace una pedorreta en el cuello. Paula responde con un grito de emoción—. No tienes de qué preocuparte —resume con una gran sonrisa.

Les enseño las camisetas que les he comprado y prometo enviarles las fotos que nos hagamos hoy. En algún momento, Álex se asoma a saludar y mi hija lo reconoce y da palmitas.

—¿Quieres decirle algo más a mamá antes de colgar? —le pregunta mi sobrino a Paula. Ella se frota la barbilla, en un gesto de lo más teatrero, y finge recordarlo levantando un dedo.

—Te *quero*, mamá.

—Y yo, peque. Mucho *mucho*.

Ella sonríe con ganas y deja ver esos dientecitos minúsculos que pienso atesorar en cuanto se le caigan, como una acosadora.

Cuando finaliza la videollamada, me hundo en la silla. Joder, me siento fatal.

«No lo pienses, vete», me aconsejó mi sobrino cuando le conté la propuesta de Álex. «Necesitas volver a sentirte una persona», me dijo Daniela. Ambos tenían razón, mi cuerpo reclamaba unas vacaciones. Ser madre soltera y dueña de tu propio negocio es agotador. No hay descansos, ni tranquilidad, ni tiempo para reflexionar. Había llegado a un punto en el que ya no pensaba en mí, me había convertido en una perfecta (y triste) ejecutora de una lista interminable de tareas. Lo que ignoraba era que, durante este merecido descanso, iba a sentirme tan culpable.

Álex acaricia mi nuca con suavidad y me sorprende lo rápido que me estoy acostumbrando a recibir de nuevo sus muestras de cariño.

Este gesto, tan íntimo como reconfortante, solía hacerlo con frecuencia cuando vivíamos juntos. Sus dedos, largos y delicados, trazaban círculos sobre mi nuca cada vez que notaba que estaba tensa. Era una llamada a la calma, un recordatorio de que me

hallaba en un lugar seguro. Si cerrase los ojos ahora mismo, podría trasladarme a nuestro salón, donde, muy probablemente, habría un par de cervezas frías sobre la mesa y sonaría de fondo un CD de Pereza.

Pero no estamos ahí y Álex ha hecho el amago de besarme.

Recupero la posición en mi asiento y doy otro trago de la bebida naranja.

—Lena, no eres una persona horrible. —Su mano resbala por mi espalda, provocándome un escalofrío.

Apoyo los codos en la mesa y me refroto la cara.

—Lo que soy es una mala madre.

—¿Madre? —inquiere una voz masculina con acento italiano a nuestras espaldas.

Ambos nos giramos.

Mauro, de pie junto a Silvi, tiene los ojos tan abiertos que, por primera vez, me doy cuenta de que el color de su iris tira hacia el marrón barro (o marrón mierda si no eres muy fina).

—¿Tienes un hijo? —quiere saber la rubia, que mantiene un tono de lo más prudente mientras se sientan con nosotros sin esperar la invitación.

Vaaale… Esto acaba de complicarse un pelín más.

—Hija —rectifico—. Se llama Paula. —Le lanzo una mirada rápida a Álex y él me devuelve una mueca. No hemos hablado de incluirla en nuestro plan de hacernos pasar por pareja, lo que confirma lo pésima madre que soy.

—Es una niña preciosa. —Mi falso novio me coge la mano y da un apretoncito—. Como su madre —añade.

—¡Ay, por favor! ¡Ya estás tardando en enseñarme fotos! —Silvi da palmitas, igual que mi hija.

Alcanzo el teléfono, lo desbloqueo y abro una de las doscientas carpetas de fotos de Paula. Silvi pasa las imágenes a una velocidad sorprendente. Las amplia, las reduce y se queda con el más mínimo detalle. Cómo se nota que es de una generación digital. «Qué cuqui», es lo que más repite, y yo sonrío, porque, a pesar de que siento que he abandonado a mi pequeña, se me cae la baba con ella.

—Tiene tu cara, pero con los ojos oscuros —afirma en la última foto, un primer plano de su rostro sonriente. Silvi levanta la vista hacia Álex.

Ay, joder, lo que me faltaba.

—*Quanto anos* tiene? —interviene Mauro.

La verdad es que estoy tentada de responder que solo uno, pero me comporto y contesto que mi hija cumplirá tres años en marzo. Él también desvía los ojos hacia su empleado.

Qué momento más incómodo, por favor.

Y no, Paula no es hija de Álex, pero no le voy a contar a este señor que, a veces, los métodos anticonceptivos fallan y que puedes terminar embarazada de un cabrón que desaparece a la primera de cambio, dejándote sola en plena pandemia con una recién nacida.

Álex percibe mi repentina incomodidad y me regala una sonrisa que pretende transmitirme calma. Lo consigue. Siempre lo consigue. Menos mal que este hombre, a pesar de la distancia, sí estuvo ahí cuando más lo necesitaba. No sé qué hubiera hecho sin él.

Comemos los cuatro juntos en una terraza frente al mar, pese a los intentos de huida por parte de mi ex. Es una batalla perdida, ni Mauro ni Silvi están dispuestos a dejarnos ir. El uno porque quiere mantenernos vigilados y la otra porque debe de aburrirse como una ostra con él.

Al menos, las vistas son bonitas y la comida es fantástica. Álex y yo compartimos un plato de *Scialatielli cozze e vongole* (una especie de linguini con mejillones y almejas) y un tiramisú de los que te hacen gemir (si es que tienes la confianza para hacerlo, que no es el caso).

—¿Y qué vais a hacer esta tarde? —se interesa la rubia.

—A Lena no le gusta tener planes cerrados en vacaciones, ¿verdad, *amor*? —Álex me guiña el ojo. Respondo con una sonrisa—. Pero sigo manteniendo la esperanza —dice en un volumen más bajo — de que me proponga que volvamos al hotel.

Espera, ¿qué?

Le lanzo una mirada de advertencia y Álex me reta con otra que sé exactamente lo que significa: «puritana». Respiro hondo y él contiene una sonrisa que se refleja en sus ojos.

—*Niente* de hotel —protesta Mauro—. *Andiamo* a Ravello.

Me jode reconocerlo, pero era lo que tenía planeado en un principio. Ravello está justo encima de Amalfi y es el único pueblo de la Costa Amalfitana que no tiene salida al mar. Dicen que es precioso y que las vistas son espectaculares.

Sin retirar los ojos de Álex, respondo:

—La verdad es que me encantaría verlo, *cari*. —Y hago un puchero y todo.

Mi ex sacude la cabeza y alza la vista al cielo. Cree que se me ha ido la pinza, pero nada más lejos de la verdad. Simplemente, no estoy preparada para que nos quedemos a solas. Todavía estoy desconcertada con ese beso que no ha llegado a darme. Y sí, sé lo que hago, estoy buscando carabinas.

Aunque sean estos dos.

—Tú mandas, *amor*.

Sin filtro

Gin, Cata, Tú

7 de octubre de 2022

Creaste este grupo
Grupo * 3 miembros

Toni
Esto nos va a dar tanto juego que me niego a limitarme a un solo grupo.

Que quede claro, este es para rajar SIN FILTRO.

Gin
¡Me descojono!

¡Eres como un perro con un juguete nuevo!

Toni
Pues lo has clavado. Muevo el rabo y todo.

Cata
La obsesión que tenéis los hombres con esa parte de vuestra anatomía no es ni medio normal.

Venga, al grano.

Toni
¿Estamos de acuerdo en que van a volver a liarse?

Cata
Van a follar como conejos.

Gin
No, coño. ¡No pueden liarse otra vez!

Toni
Va a pasar, Gin, acéptalo.

Cata
Gin, un viaje con un ex solo puede terminar en la cama.

Gin
Joder… Se viene drama.

Cata
Si es que no aprende…

Los hombres heterosexuales solo sirven para echar un polvo (o dos). Ya lo decía Toni en la universidad, que lo mejor era tirárselos y olvidarse de ellos.

Toni
Me emociona ver cuánto has aprendido de mí.

Tengo los pelillos como escarpias.

Gin
Dice él, meneando su jodido rabo con alegría.

Cata
Con alegría y emoción, Gin. No te olvides de la emoción.

Aunque hace tanto que no veo uno que no me lo imagino.

Toni
(Foto)

Gin
¿Acabas de enviar una fotopolla?

(Puaj)

(Doble puaj)

(Tendré pesadillas por tu culpa, cabrón)

Toni
Si solo se ve de refilón, exagerada.

Cata
Pues yo te lo agradezco.

Curiosidad desbloqueada.

Toni
Siempre serás mi feminista chupapollas preferida.

Gin
Dice él, meneando su jodido rabo con alegría y emoción.

Toni
En realidad, me estoy frotando las manos.

Y discrepo de tu opinión, Gin, aquí no tenemos un drama, sino una comedia.

¡El salseo está servido!

Capítulo 16

Lo tenía controlado

Ravello, octubre, 2022

Cuando atravesamos la plaza principal de Ravello, Álex se gira para fulminarme con la mirada. Casi me dan ganas de agachar la cabeza, poner cara de buena e imitar al rey emérito cuando dijo eso de «lo siento mucho, me he equivocado».

Casi.

En realidad, no me arrepiento. La culpa de que tenga que aguantar a Mauro es suya. Si no me hubiera dado ese beso, no estaríamos en esta situación. Aunque, claro, yo he salido mejor parada, mi acompañante es mucho más simpática y me deja disfrutar de la visita.

Este pueblo es una pasada, es como viajar en el tiempo a la Edad Media. Las piedras antiguas cubren arcos, muros y suelos. El blanco y el gris se mezclan con el verde profundo de la vegetación, que rodea e invade el municipio. Pero lo más espectacular son las vistas. El valle de limoneros se funde con el perfil de la costa y el mar, que hoy tiene un tono azul cobalto.

—Ay, no. —Silvi examina el selfi que acaba de hacerse. Me parece alucinante, pero hasta la cara de asco le queda bien—. Lena, ¿te importaría…? —Me tiende el teléfono y sus bonitos ojos azules, claros como el agua cristalina, parecen hipnotizarme.

No tengo mucho arte, pero accedo y la fotografío en varias poses y capturo la fachada del Duomo de Ravello, el campanario medieval y las macetas de flores que adornan la plaza. La rubia las revisa, da

su visto bueno y, con una sonrisa de felicidad, me hace un gesto con la mano para que ocupe su lugar.

—No hace falta.

—¿Cómo que no? ¡Álex, ven! —Mi ex se gira y casi puedo sentir su alivio al ver interrumpida su aburrida conversación. No camina hacia nosotras, trota para distanciarse lo más rápido posible de Mauro—. Porfi, ponte con Lena —le pide, y él se sitúa a mi lado. Ambos sonreímos a la cámara—. Uy, no. Así no. ¿Qué tal si…? —No llega a terminar la frase, se acerca y nos mueve como a dos muñecos de trapo. Ahora estamos uno frente al otro, mis brazos rodean su cuello y los suyos, mi cintura—. Mucho mejor.

No opino lo mismo. Para nada. Me temo que he caído en la misma trampa que he tejido. Nota mental: fingir ser pareja no distancia a mi ex, lo acerca de una forma muy peligrosa.

—Si os miráis y sonreís, quedará más natural.

Qué fácil es decirlo.

Silvi se aleja paso a paso, sin dejar de apuntarnos con su teléfono, y yo miro a Álex y sonrío, pero natural *natural* no queda. Mi ex, sin embargo, parece que lo está disfrutando.

—Das miedo —dice entre dientes, sin perder la sonrisa.

—Tú también —replico de igual forma.

Sus dedos comienzan a moverse en mis costados para hacerme cosquillas y me bloqueo. Igual que ocurre con determinados olores, hay gestos que, por muy inocentes que parezcan, tienen el poder de transportarte a otro tiempo. Y yo acabo de trasladarme a esas mañanas en las que Álex me hacía cosquillas para despertarme.

Reacciones indeseadas, casi-besos y recuerdos de cuando estábamos juntos… Esto no va bien.

Me recompongo y le lanzo una mirada de advertencia. Los ojos de Álex chisporrotean y se acerca para… darme un beso en la nariz.

Eso ha sido tan tierno como innecesario.

Se la devuelvo dándole un leve tirón en el pelo y él contiene una carcajada, redobla su ataque y no cesa hasta lograr que me ría.

De pronto, ya no estamos posando ni fingiendo. Ambos viajamos al pasado, a aquellas escapadas de fin de semana de un par de jóvenes que sufrían apuros para llegar a fin de mes, cuando, para

hacernos una foto juntos, teníamos que dejar la cámara apoyada en cualquier lado, darle al botón del disparador y salir corriendo hasta aparecer en el encuadre. Una época en la que no solo éramos amigos, sino una pareja feliz que se quería y se miraba como si no existiera nadie más en el mundo.

—Salís monísimos, de verdad. —La voz de Silvi logra que regrese a la realidad. La miro de reojo y compruebo que está centrada en su móvil.

Se acabó la actuación.

Mis brazos resbalan por los hombros de Álex hasta que regresan a su posición habitual. Él, sin embargo, mantiene el agarre sobre mi cintura y sus ojos siguen clavados en los míos.

Ya no se ríe. Y yo tampoco.

—Creo que puedes soltarme —susurro.

Álex asiente con un leve movimiento y parpadea.

—Por supuesto.

De nuevo en el hotel, estoy sentada sobre la cama en plena videollamada de crisis con Gin, que está escondida en el baño y habla en susurros para que Daniela no oiga nuestra conversación.

—Joder, Lena —gruñe—. Me juraste que este viaje no era peligroso, que estaba superadísimo y que solo veías a Álex como un viejo amigo. Eso dijiste, «viejo amigo» —me imita con una vocecita chillona.

—No hablo así —protesto, intentando desviar su atención de lo importante. La verdad es que he elegido bien a quién llamar, no hay nadie mejor para quitarme la idiotez en segundos.

—Explícame lo del beso más despacio —me pide, tirando de paciencia.

Y es lo que hago, darle detalles tontos. Que, cuando se acercó, me temblaron hasta las pestañas. Cómo me miraba. Lo bien que olía. Ese estúpido cosquilleo que sentí. Incluso le confieso que, por

un segundo, deseé que lo hiciera. Vaya, que parezco una adolescente.

Gin alza una mano y me pide que me calle.

—Primero, tenéis el historial más ridículo en cuanto a no-besos. Y, segundo, tía, ¿te has planteado que estáis haciendo lo mismo de siempre?

Lo que ella denomina «lo mismo de siempre» es, en realidad, la dinámica que manteníamos antes de romper el contacto. Básicamente, consistía en que, cada vez que coincidíamos, había una guerra de voluntades, hasta que él o yo nos tirábamos los trastos y terminábamos en la cama. Podía durar una noche o varios días, pero siempre finalizaba con un Álex arrepentido que aseguraba que nos estábamos haciendo daño.

Por un instante, me cuelo en aquella otra habitación de hotel donde estuvimos juntos por última vez. La luz de la mañana, las sábanas revueltas, el calor de su cuerpo pegado al mío y la desagradable sensación de una verdad que se revela.

Qué tonta fui.

Suspiro y agarro un cojín amarillo para abrazarme a él.

—¿Por qué te crees que me he pasado medio día con su jefe y la novia? —Ella se limita a enarcar una ceja—. ¡Para evitar que pasara otra vez!

Que menudo rato. Mauro se ha pasado la mitad de la excursión tratando de averiguar si Álex viajó a España en 2019. Vamos, que está en plan detective para descubrir la paternidad de mi hija.

—Lena, hazme un favor. —Se recoge un mechón de pelo castaño tras la oreja—. Abre esas fotos que has enviado al grupo.

No las he enviado al grupo, que quede claro, sino a mi sobrino, que ha sido la última incorporación a «Polvos amalfitanos». El muy empanado, en vez de reenviárselas a su chica, las ha mandado al maldito grupo que han creado mis amigos para cotillear sobre mí.

Dejo la videollamada en segundo plano, aparto el cojín y me acerco a la pantalla para ver mejor.

—¿Las estás mirando?

—Sí —reconozco.

Silvi tiene un don, las fotos son preciosas. En las tres primeras, salimos haciendo el tonto junto a los bustos romanos del balcón de Villa Cimbrone. El mar Tirreno se extiende por el horizonte mientras abrazamos a las figuras, charlamos con ellas o nos hacemos muecas el uno al otro. En las dos siguientes, nos encontramos bajo una arcada de piedra, con el atardecer sobre el valle de limoneros. Álex, situado a mi espalda, me rodea la cintura y yo alzo mi cara hacia la suya. Y sí, tengo cara de pardilla. Y no, no estaba fingiendo. ¿Lo peor? Que he enviado las fotos más neutras.

Las cierro y regreso con Gin, que tiene el mismo gesto que les dedica a sus pequeños alumnos cuando espera la respuesta más obvia: sus cejas están alzadas y sus labios se curvan en una sonrisita de profe sabelotodo.

—¿Ves cuál es el problema?

Muevo la cabeza de arriba abajo mientras asimilo esta nueva información.

—Estaba convencida de que lo tenía controlado —me defiendo.

Ella me responde con una carcajada tan alta que tiene que taparse la boca con la mano. A pesar de que puede volverse en mi contra, sonrío. Desde que Álex me propuso este viaje, nuestras conversaciones han dejado de girar alrededor de los lamentos de Gin por el distanciamiento de Daniela y mis lloriqueos por una vida llena de obligaciones.

—Controlado, ¿eh?

—Lo de disimular —aclaro, que no quiero que se venga arriba—. La atracción física es lo que no está controlado. Pero es normal que exista, ¿no? Álex y yo llevamos acostándonos juntos media vida. El cuerpo tiene memoria y reclama lo que reclama.

—Y tú la última vez que follaste fue antes de tener a tu niña —apunta, como si yo no lo supiera—. Si es que, Lena, coño, tenías que haber echado un par de polvos antes de subir a ese avión. —Me habría venido bien, la verdad, aunque ha quedado claro que no dispongo de demasiado tiempo libre—. ¿Te has llevado el Satisfyer que te regalé?

—No —admito con la boquita pequeña—. Me rayé pensando que me iban a abrir la maleta.

—Pues ya le puedes dar a las manualidades. —Sus dedos aparecen en primer plano, con un movimiento de lo más específico, tratando de darme una lección de cómo debería masturbarme. Que vale que en los últimos meses ella ha adquirido mucha experiencia con el sexo en solitario, pero eso no se olvida, ¿no?—. Chica, si es que Toni tiene razón: si te tiras a Álex, vuelves de Italia enamorada. Otra vez.

Del susto, el móvil se resbala entre mis dedos y rebota con delicadeza sobre la colcha. ¿Se ha vuelto loca? Una cosa es bromear sobre la tensión sexual que existe entre Álex y yo y otra muy distinta, mencionar sentimientos que hace siglos que están sepultados.

—¿Lena?

Recupero el teléfono y finjo una mueca burlona.

—Ese grupo es un despropósito —me quejo.

Mi amiga sonríe.

—Toni lo ha cambiado de nombre tres veces. Tengo que reconocer que es muy gracioso.

—«Lena tiene el corazón en la vagina» —recito.

Gin se descojona.

—Con respecto a Álex, sí. El tío te la mete y te atonta. Debe de hacerlo muy bien.

Pues sí, y creo que ha quedado claro que prefiero no recordarlo.

La sonrisa de Gin desaparece y mira fijamente a la cámara.

—Ten cuidado, ¿vale?

Asiento con un ruidito. Ella deja escapar el aire por la nariz.

—Lena, hablo en serio. No dejes que el pasado te joda el futuro.

Qué frase más rotunda y acertada.

—Vale. ¿Algún consejo para controlar ese cosquilleo?

Gin medita su respuesta.

—Cuando vuelva a aparecer, quiero que recuerdes cómo te sentiste cuando Álex se fue.

Al mencionar el día de la ruptura, la segunda y definitiva, mi cuerpo se tensa.

Capítulo 17

El día de la ruptura definitiva

Álex

Diez años antes
Marzo, 2012

El amor es hacer todo lo que está en tu mano para que la otra persona sea feliz. Facilitarle el camino, ayudarle a que alcance sus sueños y que obtenga todo lo que desea de la vida, aunque, para lograrlo, la única opción sea apartarte y mentir.

Así lo veía entonces y así lo sigo viendo ahora.

Cargado con la última maleta, cerré la puerta de nuestro piso a mi espalda e ignoré el maullido de nuestro gato, que lloriqueaba como si intuyera lo que estaba ocurriendo. No me permití sentir. Si lo hubiera hecho, habría corrido el riesgo de derrumbarme. O peor aún: de dar marcha atrás y tener una vida con Lena en la que estaba seguro de que la haría infeliz.

Avancé hacia la escalera y descendí cada escalón, despacio, mientras procuraba no mirar más allá de mis pies. No quería sentir esa nostalgia que ya me envolvía, ni revivir nuestros mejores momentos. Tenía la energía justa para salir de allí.

Daniela, en el centro del portal, con mis últimas pertenencias a sus pies, me hizo la única pregunta que podía amenazar mi escudo:

—¿Estás seguro?

Temblé antes de responder con un leve gesto de cabeza y seguí avanzando para dejar atrás los siete años más felices de mi vida.

—Creo que te estás equivocando —añadió mi prima con pesar.

Abrí la puerta, haciendo un último esfuerzo por parecer entero, y pronuncié un escueto «no» que me rompió en mil pedazos.

Capítulo 18

Despacio, Álex

Álex

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Si resumiera mi historia en una sola frase, sería de lo más simple: «soy el gilipollas que perdió a la chica». En cambio, si tuviera que desarrollarlo, se complicaría (y mucho). En mi defensa, podría alegar que tuve una juventud difícil, que aprendí a callar lo que no quería asumir y que mi concepto de *amor* era sinónimo de *cuidar*. Aun así, la conclusión sería la misma. La triste realidad es que me he pasado media vida mintiendo y tratando de alejar a la persona que más quería.

Gilipollas, ya te lo he dicho.

—Fui la primera en apoyar este viaje, pero ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —pregunta Daniela al otro lado de la pantalla.

—¡Sí! —grito para que me oiga, porque estoy fuera de cámara, semidesnudo.

—He visto las fotos, Álex —me dice en ese tonito que no augura nada bueno—. De los dos juntos —puntualiza—. Y ambos salíais con cara de bobos.

Asomo la cabeza.

—¿Qué fotos? ¿Y tú por qué estás en la terraza?

Mi prima respira hondo.

—Para-que-Gin-no-me-oiga —pronuncia cada palabra como si yo fuera idiota. Que ya ha quedado claro que lo soy (o que lo he sido), aunque no es necesario hacer sangre con el tema—. Y hablaba de las fotos de esta tarde. —La muy cabrona se dedica a imitar mi pose, mi sonrisa y mi supuesta cara de enamorado.

Intento no reírme, pero fracaso, así que opto por la huida.

—¿Salíamos guapos? —Abro el armario y cojo los chinos negros y la camisa del mismo color. Un *look total black* siempre es elegante (o eso me ha dicho Silvi).

Daniela suelta un bufido que deriva en una risa seca. Es una pena que me pierda esa imagen, porque, desde la pandemia, sus risas escasean. Los turnos en el hospital, las guardias y los recortes camuflados son los culpables de su bajo estado de ánimo. Pero es que mi prima (como tantas otras) es una enfermera vocacional, de las que sufren por sus pacientes. Es un asco que, tras los aplausos, no seamos capaces de defender los derechos de nuestro personal sanitario.

—Qué manera más básica de buscar un cumplido —se burla—. ¿Necesitas que tu prima lesbiana te suba la autoestima?

Ahora sí, me pongo la camisa de cualquier manera y corro hasta el móvil para ver su mueca de desdén.

—Sí, lo necesito. —Y adorno el comentario con un guiño.

Daniela quiere resistirse, pero sus labios se curvan en una débil sonrisa. Algo es algo.

—Salíais los dos muy guapos —cede con desgana mal fingida—. Y sabes que esa no es la cuestión, lo que importa es cómo os estabais mirando. Conozco todas vuestras miraditas, Álex, nos habéis convertido en espectadoras de vuestro drama. —Hace una pausa, inclina la cabeza y su pelo corto le roza los hombros. Empieza a enumerar—: Está la miradita ilusionada, la de decepción, la de tristeza máxima, la intensa mirada de odio, sin olvidarnos de mi preferida, la de indiferencia (que nunca es tal).

¿Existen tantos tipos de miradas? Me ha dado tiempo a abrocharme todos los botones.

—¿Y cómo era esta? —pregunto. Daniela me amenaza con un gruñido digno de un minino. Me siento en la cama y me pongo los

pantalones—. No he visto esa foto —me justifico, a pesar de que sé el momento en el que se ha tomado y lo que sentía al mirarla.

—Una de las que vaticinan problemas —sentencia. Y me alegro muchísimo de no haberle contado que casi la he besado en la terraza de Amalfi. Eso ha sido una cagada—. Ahora sois amigos, amigos de verdad —matiza antes de que proteste—, y os ha costado mucho llegar hasta aquí como para que volváis con el mismo juego. —Tiene razón, por eso me callo—. Así que te lo pregunto de nuevo, Álex: ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? ¿Tienes claro hacia dónde te lleva esto?

Supongo que podría mentir, pero me he propuesto comenzar a mostrar lo que siento, así que…

—Sí. Y aún no.

Mi móvil vibra con un mensaje de Fabrizio, que me envía la localización de su pueblo. Me cuenta que está un poco nervioso (o sea, mucho) por la serenata y, luego, me toca los cojones con el tema de mi falsa novia. «Me gusta», se atreve a soltarme después de la que lio anoche con el comentario del enamoramiento. Tiene suerte de que Lena se lo tomara a broma. Lo más gracioso es que mi amigo conoce mi historia de sobra.

«Céntrate en lo tuyo», respondo, antes de levantar la vista de la pantalla y localizar a Lena en la entrada del bar.

Está impresionante.

En los escasos segundos que ella tarda en ubicarme en la barra, me da tiempo a mirarla como no me permito hacerlo cuando estamos juntos. Me fijo en la melena castaña, suelta y con ondas naturales, en los ojos, de un azul océano, en su nariz diminuta y en sus labios entreabiertos. Desciendo por su cuello y el escote en pico de su vestido, negro y corto, hasta llegar a las piernas desnudas. Unas piernas que recuerdo suaves alrededor de mi cuerpo.

—Jo-der —murmuro mientras Lena camina con timidez hacia mí.

—Qué elegante —me piropea.

Y yo tengo que morderme la lengua para no responderle que ella me quita el aliento. Pero no ahora, sino siempre, desde la primera vez que la vi y me dijo que era una tía maja. Supongo que mi reacción ante su presencia ha sido la responsable de tantas recaídas, aunque también debería agradecérselo a mi absoluta falta de control cuando se trata de ella.

«Despacio, Álex», me recuerda la voz de Daniela. Sí, esto está yendo demasiado rápido en la dirección equivocada.

—Estás guapísima, Lena.

Ella desliza la mirada por mi camisa y echa un vistazo a los pantalones. Después, observa su vestido.

—Vamos los dos de negro. —Su frente se arruga—. Otra vez conjuntados.

—Pues sí. Qué casualidad. —Sonrío—. Lo mismo estamos conectados. —Antes de decir otra estupidez, me obligo a no posar la mano en su cintura. Lo malo es que termino haciendo un gesto pomposo en el aire para indicarle que podemos irnos.

Malditos nervios.

Caminamos hacia el vestíbulo y, cuando subimos al ascensor, Lena se mantiene a una distancia prudente.

—¿Todo en orden? —pregunto sin andarme con rodeos. Ella asiente con la vista clavada en sus zapatos de tacón—. ¿Has hablado con Uli?

Consigo una pequeña sonrisa.

—Me ha dicho que deje de enviarle mensajes a todas horas, que Paula está bien.

—Me alegro.

Las puertas del ascensor se abren y cometo el error de salir hacia el coche sin esperarla. Aunque lo mejoro cuando abro el vehículo, me meto dentro y trasteo con el GPS para introducir la dirección que me ha enviado Fabrizio. ¿Qué coño me pasa?

La conversación con Daniela, eso es lo que me pasa.

Hasta ahora he actuado por impulsos, pero debo empezar a hacerlo con cabeza.

Lena entra en el coche unos segundos después.

—Lo siento —me disculpo—, volvemos a llegar tarde.

Ella me hace un gesto con la mano para restarle importancia y se pone el cinturón.

Definitivamente, algo le ocurre. La Lena que conozco no habría desaprovechado la oportunidad de meterse conmigo. Pero no quiero presionarla. A veces, necesita espacio para rumiar lo que sea que le preocupa antes de hablarlo.

El trayecto hasta el pueblo de Fabrizio es tan largo que nos da tiempo a escuchar entera la lista de reproducción de canciones italianas que preparé para el viaje. Dejamos atrás la costa y los limoneros, que son sustituidos por montañas, castaños y olivos. Una carretera, una autovía, otra carretera y, finalmente, un camino de tierra que, según mi amigo, indica que ya estamos cerca de Capriglia. Lena disfruta del cambio de paisaje con la frente pegada a la ventanilla, en silencio.

Cuando por fin llegamos y aparco, el sol amenaza con esconderse.

—Fabrizio va a matarme.

Lena no responde, se limita a salir del coche y a seguirme por la minúscula acera mientras obedezco las instrucciones del Google Maps. Empiezo a preocuparme, esto no es normal en ella. Lena nunca se calla lo que piensa o lo que siente, por eso es una de las personas más valientes que conozco.

—Oye, ¿estás bien? —El sonido de nuestros pasos acelerados se mezcla con el borboteo de agua de una fuente—. ¿Lena?

Un suspiro.

—Mi corazón está a punto de salir expulsado por la boca, pero todo bien. —Siento tanto alivio al escuchar un comentario punzante que me río. Como premio, recibo un manotazo—. Hablo en serio —protesta—. Me estoy jugando los tobillos.

Qué desastre, me había olvidado de que lleva tacones.

Me detengo y me giro. Lena apoya el brazo en una pared encalada y respira con esfuerzo.

—Sube. —Le ofrezco mi espalda para que se monte a caballito. Ella duda—. Lena, venga, que a este ritmo no llegamos.

Suelta un resoplido, pero termina cediendo.

La sensación de tener sus piernas rodeando mi cintura, sus brazos alrededor de mi cuello y su pecho aplastado contra mi espalda logra que mi mente se desconecte del presente y se traslade a ese pasado en el que compartíamos caricias y jadeos.

Vale, necesito un segundo para bloquear los recuerdos, las ganas de girarla y… Ufff, ni siquiera sé de dónde agarrarla.

—Peso mucho, ¿verdad?

La miro por encima del hombro y mi nariz roza la suya.

Joder.

«Despacio, Álex», las palabras de Daniela se reproducen en bucle en mi cabeza. «¿Estás seguro de lo que estás haciendo?», me ha preguntado en nuestra videollamada. Y sí, lo estoy, no tengo dudas de lo que siento por Lena. «¿Tienes claro hacia dónde te lleva esto?». No, porque ignoro cuál será su reacción cuando, por fin, me sincere.

Mi prima, siempre tan prudente, me ha aconsejado que no me embale antes de hablar con ella y, básicamente, que deje de marear con tanto tonteo. Sus consejos son sabios y, en teoría, debería ser sencillo seguirlos. Sin embargo, la realidad es un poquito más complicada.

Vuelvo a mirar al frente y replico:

—Soy más fuerte de lo que parezco. —Le doy mi móvil, entrelazo mis brazos con sus piernas y procuro no tocar de más.

—Y mucho más engreído de lo que crees, también.

Me río bajito y comienzo a caminar con ella a cuestas, que me va dando indicaciones. «Sigue recto», «gira a la derecha», «trota un poco». Qué graciosilla, aunque, al menos, parece que he conseguido cambiarle el humor.

—¿Sabes? —le digo—. Probablemente lleguemos tarde, pero lo haremos con estilo.

—Sí, con el estilo español de las pelis de los sesenta. —Lena suelta una carcajada cerca de mi oreja y me provoca un cosquilleo, igualito que cuando era un crío y me enamoré de ella.

Capítulo 19

Serenata

Capriglia, octubre, 2022

Llegamos los últimos y sin estilo.

Fabrizio le dedica unos cuantos insultos en italiano a mi ex y el grupo entero nos observa. Aun así, Álex no hace el amago de bajarme, ni yo el mínimo intento de tocar el suelo. Por eso disfruto del camino hacia la serenata montada a su espalda.

Desde la altura, realizo una visita exprés a este pequeño y antiguo municipio. Las calles son estrechas; el empedrado, irregular y las casas de piedra tienen fachadas de colores cálidos. Durante el trayecto, Silvi se convierte en la protectora de mi trasero para evitar que lo conozcan todos los habitantes de Capriglia mientras Álex finge que ya no lo recuerda.

Ya, seguro. Tanto él como yo podríamos hacer un mapa exacto de nuestra anatomía. De hecho, si me lo propusiera, sería capaz de localizar los lunares de su espalda sin que se quitara la camisa.

Aunque prefiero no pensar en ello.

Mucho menos cuando tantas partes de nuestros cuerpos están en contacto y el olor de su colonia inunda mis fosas nasales, provocando que…

Debería bajar. Ahora mismo.

Las mandolinas comienzan a tocar «*Oh, sole mio*». Hemos llegado a nuestro destino, un patio decorado con hileras de bombillas. Desde el balcón, se asoma la madre de la novia y avisa a su hija. Al mismo tiempo, Fabrizio tira de Álex para que lo

acompañe, y a él no le queda más remedio que bajarme al suelo y seguir a su amigo.

Menos mal.

—¡Qué romántico, por favor! —Silvi entrelaza nuestros brazos como dos viejas amigas—. ¿Sabes, Lena? Nunca había visto a tu novio tan contento. Le favorece, se nota que le haces feliz.

Su afirmación me extraña, Álex es la persona más sonriente que conozco, aunque reacciono con rapidez.

—Él también me hace muy feliz. —Y acompaño la frase con una cara de tonta enamorada.

Silvi, encantada, suelta una risita adolescente que provoca un traqueteo en su escote. Y yo deslizo la vista hacia Álex, que entona (como puede) bajo el balcón de la novia. Fabrizio le agarra por los hombros y lo gira para que me dedique una estrofa. Él se ríe y le sigue el juego, alzando los brazos al aire como un gran tenor.

Qué mal canta y qué difícil es no reírse con él.

El recuerdo del último concierto al que asistimos juntos me envuelve en un segundo. Para desgracia de los que nos rodeaban, Álex cantaba a voz en grito «Maldita dulzura», de Vetusta Morla. Y yo, con la espalda apoyada en su pecho, me llevaba la peor parte mientras él me rodeaba con sus brazos. Desde entonces, no he sido capaz de escuchar esa canción sin visualizar a Álex viviéndolo fuerte y desgañitándose como un gato en plena pelea callejera.

Mierda, ¿hay alguna forma de bloquear estos recuerdos? Me confunden. No quiero pensar en Álex como en mi pareja, es mi mejor amigo. El que volvió a hacerse un hueco en mi vida tras la desaparición del donante de esperma. El que consiguió sacarme sonrisas con cada videollamada cuando estaba hundida. El que me enviaba la compra a casa porque yo no daba más de mí. El que me prestó dinero cuando las ayudas a mi negocio tardaron en llegar… No es el mismo Álex que se fue de casa ni tampoco el hombre con el que jugué con fuego hasta quemarme. Uno forma parte del pasado (y ahí debe quedarse) y el otro es la persona en la que más confío en estos momentos.

—Las veces que nos hemos visto —prosigue Silvi—, Álex estaba muy serio. ¡Ay, eso ha sonado fatal! Es un tío muy *cool*, de verdad,

pero siempre he pensado que no estaba… ¿cómo decirlo? ¿A gusto? —prueba, como si la palabra fuera muy antigua o no supiera si la ha utilizado correctamente. Y aquí tengo que morderme la lengua para no soltar que lo mismo el idiota de su novio tiene algo que ver—. Es que míralo ahora, cantando y riendo. Es otra persona, te lo juro.

Si no creyera que la tengo convencida, pensaría que está intentando venderme a mi ex. Casi estoy a punto de rogarle que no tire por tierra la conversación que he tenido con mi mejor amiga. Ya bastante tengo con lidiar con los guiños que Álex me lanza en la distancia.

«*Oh, sole mio*» finaliza y la novia aplaude desde el balcón, y anima así al grupo para que continúe. Por si no les ha quedado claro, su madre mueve los brazos (muy en plan italiano) y grita algo que no pillo. Ellos obedecen y comienzan a cantar otra vez.

Álex trata de huir, pero Fabrizio lo retiene. Mi ex me dedica una mirada suplicante y yo suelto una carcajada al comprobar que lo que ocurre es que no se sabe la canción.

—Él es así —afirmo, sin saber qué más añadir.

Silvi deja escapar un suspirito.

—Jo, ojalá Mauro fuera un poco como él.

Detecto en su tono que no está muy contenta con el energúmeno de su novio, aunque solo hay que verlo para que te entre mal rollo. Ahí está, a un lado del grupo, cruzado de brazos y cantando de mala gana mientras nos lanza miraditas gruñonas.

—¿Por qué estás con él? —se me escapa. Acto seguido, me tapo la boca con la mano, como si con este gesto pudiera borrar mi comentario.

Silvi realiza un escaneo visual para comprobar que no tenemos a nadie conocido alrededor. Tengo que reconocer que lo hace con estilo. Yo la imito a mi manera (que resulta menos elegante y mucho más absurda, dado que, literalmente, conozco solo a seis personas de las que están aquí).

—Esto queda entre tú y yo, ¿sí? —Muevo la cabeza de arriba abajo, solemne, y ella acerca su boca a mi oído—. Al principio era por el sexo, ¿sabes? Los hombres mayores no van tan a saco como los chicos de mi edad. Además, me gustaba que me invitara, claro —

admite—. Pero ahora…, ni lo uno ni lo otro. —Se separa y tuerce los labios en una mueca de disgusto.

—Entiendo.

Es mentira, no lo entiendo. En realidad, lo que estoy pensando es que la pobrecilla tiene el síndrome del padre ausente.

¿Le ocurrirá lo mismo a mi hija? Ay, no, por favor.

—Debería cortar con él, ¿verdad?

Antes de que pueda replanteármelo, respondo:

—Sin duda.

Las mujeres que sobrepasamos los cuarenta estamos tan perdidas como las de treinta. O las de veinte. La única diferencia es que tenemos más años de experiencia (y, por tanto, se entiende que algo más de conocimiento). Sin embargo, aquí estoy, en un pequeño local italiano, llenito de gente gritona, poniéndome hasta arriba de embutidos, queso y vino, con mi recién estrenada amiga Silvi mientras tonteo con mi ex.

—Queremos otra copa, *cariñito* —le pido con un ligero empujón de cadera.

Álex me mira de reojo y contiene una sonrisita gamberra.

—No es buena idea, *amor*.

—Vino —exige Silvi, y muestra su copa vacía. Es más rápida absorbiendo líquido que una bayeta de microfibra.

—¿Dónde están los refuerzos? —Mi ex estira el cuello en busca de sus compañeros, que hace rato que han desaparecido. Y ya puede buscar…, porque aquí está medio pueblo. Los que vamos vestidos de fiesta nos mezclamos con los vecinos, que van como les da la gana—. Me han dejado solo ante el peligro —se queja, encantado de la vida.

—Son unos sosos. —Silvi sigue meneando la copa vacía.

—Venga, *cuchicuchi* —lo animo—. Vamos a divertirnos un poco. —Para apoyar mi propuesta, alzan el volumen de la música cuando suena «*Farfalle*», el éxito de Sangiovanni.

Álex se gira hasta quedar frente a mí. Con un solo dedo, alza mi barbilla y me mira muy serio. No engaña a nadie, no puede ocultar que esto le divierte, sus ojos sonríen y se le forman esas puñeteras arruguitas sexis.

Por favor, qué ojazos tiene y qué cerquita está.

—Lena, dime la verdad. ¿Cuántas copas has bebido?

—Dos —miento.

—Tres —me corrige la rubia.

—Dos —me mantengo.

Álex entrecierra los ojos. «Voy bien», intento decirle con mi mejor cara de niña buena. Él responde con un bufido (barra risa silenciosa) que significa un «ya, seguro».

—Si nos traes otra copa, Lena te da un beso —propone Silvi, como si hubiéramos sufrido una regresión a los doce.

—Si nos traes vino, te doy un beso, *mi vida* —la apoyo.

Álex se descojona en mi puta cara.

—No vas a beber más —me advierte.

—Tranquila, Lena, no le necesitamos —afirma Silvi. Y desaparece contoneándose entre la multitud.

Pero ni Álex ni yo hacemos el menor amago de movernos. Y tal vez deberíamos, porque estamos a dos palmos.

—No puedes reírte de mí. —Le apunto al pecho con el dedo. Él alza ambas cejas—. Tienes que mantenerte en el papel.

—Y tú no has seguido las normas. Dijiste que nada de besos.

—Se permitían besos castos, igual que el que iba a darte, listillo.

Sus labios dibujan una sonrisa lenta.

—Por supuesto.

O lo que es lo mismo: que no se lo traga.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué? —pregunta, vocalizando cada sílaba.

Me pongo de puntillas, me aproximo a su oreja y susurro:

—No puedo *solo* dormir contigo —lo imito. Para rematarlo, le doy un beso *casto* muy cerquita de sus labios y regreso a mi posición.

Sé que he ganado este juego cuando soy consciente de que Álex ha cerrado los ojos. También de que lo he perdido en cuanto los abre y me lanza una mirada de puro deseo.

—Un poquito de aire, parejita. —Silvi se hace sitio entre los dos y nos tiende una copa a cada uno—. ¡He traído vino para todos!

El corazón me late con furia y las piernas me flaquean. Sin embargo, logro desviar la vista hacia la rubia y aceptar la bebida que me ofrece.

—¿Brindamos por los novios?

Álex se aclara la garganta y responde con un escueto «claro» mientras yo finjo que es la mejor idea que he oído jamás.

—¡Por Fabrizio y Giulia!

Los tres chocamos nuestras copas. Silvi y yo damos un sorbito. En cambio, mi falso novio se lo bebe de un trago. Después, se disculpa y se marcha en busca de sus compañeros.

Bueno, pues parece que los dos hemos llegado a la misma conclusión: hemos estado a punto de meter la pata hasta el fondo.

Me da vergüenza reconocerlo, pero llevo un rato escondida en el baño. Por mucho que se lo haya explicado, Silvi no quiere entender que mi tope son cuatro copas de vino. Le he argumentado que ya tengo una edad y que, si bebo más, sería capaz de bailar flamenco encima de una mesa. A ella se la sopla, sigue trayéndome más. Así que aquí estoy, apoyada en la pared junto a la puerta, haciendo tiempo mientras leo los mensajes del grupo que se ha formado en mi honor.

Mis amigos son un poco cabrones, la verdad. He leído de todo: apuestas de cuándo voy a caer, a quién se lo voy a contar…, incluso se han inventado términos. A raíz del comentario de que tengo el corazón en la vagina, Cata ha afirmado que lo mío era un caso claro de «coracoño». Entonces, Gin le ha respondido con un *gif* de Joey Tribbiani abriendo la boca con asombro y Uli con otro de Sheldon Cooper respirando en una bolsa de papel. A partir de aquí, todo han sido mensajes de carcajadas. Hasta Daniela ha enviado una carita partiéndose de risa.

Hago una peineta a la cámara y envío la foto al grupo.

En fin… Ya es hora de que salga de mi escondite.

Me encamino hacia la puerta, la cruzo y voy tan achispada que no veo al ser humano de considerable altura con el que me doy de bruces.

—*Sorry* —me disculpo, aunque no me preguntes por qué lo hago en inglés.

El hombre alto se ríe.

Espera un momento, esa risa la conozco. Es Álex, ¿no?

Echo la cabeza hacia atrás y confirmo mi teoría.

Nuestros ojos conectan. Sus carcajadas se extinguen. El aire entre nosotros se solidifica.

Cinco segundos después, mis manos se aferran a su camisa, mi espalda choca contra la pared y sus labios están sobre los míos. Ignoro si he sido yo quien ha tirado de él o si ha sido Álex quien me ha arrinconado, aunque no puede importarme menos. ¿Te acuerdas que te decía que uno no sabe cuánto ha echado de menos algo hasta que vuelve a tenerlo? Pues yo no tenía ni idea de cuánto extrañaba sus besos.

Nuestras lenguas bailan, nuestros labios se acarician y mi corazón se acelera como si llevara mil años dormido. No quiero respirar ni comer ni dormir. Quiero más. Mucho más.

Sin embargo, mi ex se aparta de mi boca como si quemara.

—Despacio, Álex —susurra.

Recupero el aliento, confundida. En todos estos años, hemos jugado al gato y al ratón más veces de las que recuerdo, pero nunca hemos dejado nada a medias. Así que la pregunta es: «¿qué me estoy perdiendo?».

Álex se toquetea la barba, nervioso. Mis manos sueltan el agarre sobre su camisa y descienden en el aire con lentitud, sin saber dónde deben situarse.

—¿Lo siento? —dice, y no sé qué me deja más a cuadros, que lo pregunte o la mirada que me lanza.

Una mirada que está repleta de culpa y desesperación, y que me recuerda a nuestro reencuentro tras la primera ruptura.

Capítulo 20

Reencuentros

Dieciocho años antes
Septiembre, 2004

Los globos plateados colgaban del techo, un cartel fucsia felicitaba el cumpleaños a Gin y la música resonaba por nuestro salón. «Bulería», de Bisbal, había dado paso a «En tu cruz me clavaste», de Chenoa, y, tras los triunfitos, era el turno de Fangoria, con su tema «Miro la vida pasar».

Así me sentía yo, viendo la vida pasar.

Me aproximé a la mesa de las bebidas y me serví un ron con cola. Era alucinante la cantidad de personas desconocidas que se encontraban en aquella habitación.

—¿Me pasas una cerveza? —Daniela, desde la otra punta de la mesa, se estiraba con elegancia para alcanzar un botellín. Se lo acerqué—. ¿Qué tal lo llevas?

Podría haber admitido que me sentía fuera de lugar o que vigilaba la puerta por si aparecía cierto melenas, pero fingí una sonrisa.

—Muy bien.

—¿Dónde está Toni?

Señalé con la cabeza a la esquina contraria del salón. Mi amigo —el mismo que me había asegurado que mudarnos a mi ciudad natal sería una aventura, que el máster de *marketing* nos cambiaría la vida y que íbamos a pasar dos años pegados como lapas— me

había abandonado a la primera de cambio para tontear con un armario.

Nunca hay que fiarse de un hombre hormonado.

—Y Gin está con sus amigos de Magisterio —murmuró—. Espera, que voy. —Esquivó a un grupo de chicas, rodeó la mesa y se plantó frente a mí—. No me digas nada —me advirtió—, estoy aquí porque quiero. ¿Sabes cuánto te hemos echado de menos? —No me dejó responder, se lanzó a mis brazos y yo… me sentí una mierda.

Tras la ruptura con Álex, me había distanciado de Gin y de Daniela. No había sido algo buscado, pero era imposible mantener la relación con ellas y no recibir información de la vida de mi ex.

—Yo también os he echado de menos —le dije.

—Con Gin aquí, te vas a hartar de nosotras.

Sí, era genial que mi mejor amiga se hubiera mudado con Toni y conmigo. La parte negativa era que tenía que aceptar el paquete que venía con ella, es decir, a la misma persona que no quería ver.

Daniela deshizo el abrazo y me regaló una bonita sonrisa. Por encima de su hombro, vi cómo la figura de un chico alto y moreno cruzaba el salón y achuchaba a Gin. Llevaba el pelo corto, una barba de un par de días y parecía más adulto, pero era él, ¿verdad?

Solo habían pasado dos años desde nuestra ruptura, aunque daba la sensación de que formaba parte de otra vida. La peseta había dejado de circular, Internet se había colado en nuestras casas, me había reconciliado con mis padres y Álex y yo nos habíamos convertido en unos desconocidos.

Ay, joder.

Mi corazón era gilipollas. ¿Por qué se desbocaba? ¿No se había enterado de que ese chico nos había hecho daño?

Álex me vio. Lo sé porque no podía apartar la vista de él. Los vaqueros oscuros y la camiseta azul marino se pegaban a su cuerpo de tal forma que era imposible no prestarle atención. Y, definitivamente, el pelo corto y la barba le sentaban bien.

Mi respiración se volvió superficial. Me quedé paralizada. Y las reacciones indeseadas aumentaron de intensidad cuando comenzó a aproximarse. Quería huir o, al menos, no parecer asustada, y lo

único que conseguí fue no desmayarme cuando mi ex tapó los ojos de su prima y le preguntó al oído:

—¿Quién soy?

Ambas dimos un pequeño brinco, aunque ella pudo echar los brazos alrededor de su cuello y yo tuve que actuar con indiferencia.

—Hola, Lena —me saludó en un tono frío y distante que no encajaba con lo que transmitían sus ojos.

—Hola, Álex.

—Estás distinta. —Sus ojos volaron a mi pelo, se deslizaron por el rostro y, con más rapidez, echó un vistazo a mi cuerpo. De pronto, mi melena, alisada y teñida de rubio, me resultó frívola, igual que los labios rojos y el top negro con aire oriental—. Y más delgada —añadió.

—Gracias.

—No era un cumplido —dijo con suavidad, y me quedé tan cortada que no pude replicar.

Tenía razón, que conste, estaba delgadísima. Como tantas otras chicas de mi generación, había aprendido a odiar mis curvas.

Tras unos segundos de tenso silencio, Álex se dirigió a su prima:

—Nos vemos luego, ¿vale?

En cuanto desapareció, Daniela acarició mi brazo y me ofreció una tímida sonrisa.

—Falta hielo —murmuré, y hui hacia la cocina antes de que se le ocurriera consolarme.

Allí me quedé un buen rato, apoyada en la encimera jugando a la Serpiente con mi viejo Nokia 3310 mientras se me ocurrían respuestas mordaces al comentario de mi ex: «Yo estaré más delgada, pero tu imbecilidad ha engordado», «Bonito corte de pelo, se te ven mejor las orejas», «Ah, ¿puedes verme? Creía que era invisible».

—¿Qué haces aquí? —Toni, en el umbral de la puerta, frunció el ceño. Me encogí de hombros por no contestar lo obvio, que me estaba escondiendo—. ¿MejorqueJordanCatalano? —adivinó. Asentí de mala gana—. Anda, ven.

Crucé la cocina y Toni abrió los brazos para que me acoplara a su cuerpo.

—Ay, mi pequeña Marilyn… No te hundas, ¿eh? La primera vez que te encuentras con un ex siempre es un horror, pero ¿sabes qué? —Levanté la cara y él me limpió una lágrima. A veces, era difícil tomárselo en serio con ese pelo teñido de rubio pollo. Otra moda absurda de aquellos años, junto a las cejas finas y la manía de llevar jerséis que tapaban nuestras manos—. Tienes que enfrentarte a la realidad, el chico por el que estás llorando ya no existe, murió el día en el que te rompió el corazón. —Sonrió con malicia y supe que iba a decir alguna barbaridad—. Puede que te parezca que es él, pero te aseguro que no. Es otro, que le ha robado el cuerpo. ¿Lo entiendes? Es un roba-cuerpos. —Solté un amago de risa triste—. En serio, Lena, son tus recuerdos los que te hacen daño, déjalos guardados en un cajón y disfruta con tu mejor amigo de esta fiesta.

Y eso fue lo que hice, seguirle como un perrito faldero, dejar que me emborrachara y reírme de sus ocurrencias, que siempre eran muchas y variadas.

Pero todo el mundo sabe que no se puede huir de los problemas y, una hora después, cuando abría la puerta para salir del baño, me encontré, frente a frente, con el roba-cuerpos.

Álex, con los brazos extendidos sobre el marco, me empujó con suavidad al interior del aseo y cerró la puerta tras de sí. Su mirada era la misma que cuando nos habíamos saludado. En ese momento lo entendí: sus ojos transmitían desesperación.

—Te he seguido —confesó. Me quedé tan descolocada que solo pude parpadear—. Lena, necesito hablar contigo.

Retrocedí un par de pasos y él se toqueteó el pelo, nervioso.

—Me odias y lo entiendo. Si yo hubiera estado en tu lugar, también me odiaría. —Bajó la vista al suelo—. No te merecías la forma en la que te dejé ni que no respondiera a tus cartas.

Mis cartas.

Le había enviado cinco, después de aceptar que no iba a devolver mis llamadas. En cada una de ellas le suplicaba que me dejara estar a su lado.

Me senté en el borde de la bañera. Había imaginado tantas veces esa conversación que me costaba asimilar que estuviera sucediendo.

—Lena, aunque no sirva de nada, quería decirte que lo siento. Yo… yo… no… pude. —Se le rompió la voz y cerró los ojos con fuerza.

Estuve tentada de levantarme y consolarlo. Pero no lo hice.

Él tardó unos segundos en recomponerse y volver a abrir los ojos, que fijó en los míos.

—No fue por ti, ¿vale?

—Vale —respondí, porque no sabía qué decir.

Álex hizo un intento de sonrisa que se quedó en una mueca triste.

—Se me vino todo encima.

—Lo sé.

—Me porté fatal contigo.

—Sí.

—No puedo arreglar lo que hice.

—No.

—Y ahora voy y te secuestro en un baño.

—Ya.

Álex arrugó la nariz y yo me di permiso para respirar.

—Si alguna vez quieres que te lo explique, aquí estoy, ¿vale? —Ladeó la cabeza, como si estuviera planteándose si le estaba escuchando o me había quedado en *shock* (las dos respuestas eran correctas)—. No puedo cambiar el pasado, aunque si me dieras la oportunidad de empezar de cero, como amigos, te demostraría que soy capaz de hacerlo mejor.

Ante mi silencio, abrió la puerta.

—Siento si… Bueno, lo siento todo.

Aún tardé un rato en salir de aquel baño y, cuando lo hice, fui en busca de Toni para seguir escondiéndome. Aunque fue evidente que había ocurrido algo entre nosotros cuando Álex se plantó frente a mí y dijo:

—Hola, tú debes de ser Lena, ¿verdad? Yo soy Álex, el primo de Daniela.

Estuve a punto de mandarle a la mierda. De verdad. Pero esos malditos ojos oscuros me suplicaron que le siguiera el juego.

—Creo… Creo que ya nos hemos visto antes —respondí, sin poder evitarlo.

Álex dejó escapar el aire que había estado reteniendo y yo supe lo que iba a decir antes de que abriera la boca. También fui consciente de lo que implicaba.

Él sonrió, y fue una sonrisa bonita.

—Me confundes con otro —susurró.

Y así comenzó una nueva era, en la que Álex y yo intentamos ser amigos y… fracasamos estrepitosamente.

Capítulo 21

Segunda parte

Dieciocho años antes
Diciembre, 2004

—¿Por qué tenemos que ver *La boda de mi mejor amigo*? —Toni me lanzó un cojín desde el otro lado del sofá. Lo atrapé antes de que me atizara en la cara.

—Porque estoy hasta aquí —alcé la mano por encima de la cabeza— de vuestras películas intelectuales. Son todas tristonas y me dan ganas de cortarme las venas. —Gin y Daniela, desde el segundo sofá, me abuchearon—. Eh, que lo mismo después os gusta, que se puede ser fan de Los Piratas y disfrutar de «Yo quiero bailar», de Sonia y Selena.

—Es un temazo —se defendió mi amigo.

—¿Dónde me siento? —Álex, cargado con dos cuencos de palomitas, me tendió uno a mí y otro a las chicas.

—¡Con Barbie y Ken! —coreó la parejita.

Toni y yo protestamos por el mote que hacía referencia a nuestros tintes mientras Álex tomaba asiento entre los dos.

—Pues Cata está de acuerdo conmigo. —Toni mostró la pantalla de su teléfono como prueba—. Dice, literalmente: «Lena es un ejemplo de lo que las comedias románticas nos han hecho a las mujeres. Vive en la mentira del príncipe azul».

Joder con Cata, ya le valía. ¿Me odiaba por mudarme o qué?

—Tío, apaga el móvil. —El responsable de esta petición me dio un apretoncito en el pie.

«Gracias», le dije sin hablar. Él respondió con un guiño que me hizo sonreír.

Si alguien me hubiera dicho tres meses antes que iba a estar tan cómoda con mi ex, no le habría creído. Tras el cumple de Gin, habíamos llegado a un acuerdo: íbamos a conocernos como amigos. Sin secretos esta vez.

Aquella charla fue dura.

Acudí a la cita con una actitud a la defensiva. Álex, en cambio, fue con la intención de abrirse por completo. Con la mirada perdida en la gran cristalera de la cafetería, me habló de la enfermedad de su madre, de los problemas con su padre y de su fase oscura. Sé que no fue fácil para él, pero lo hizo. Y, cuanto más profundizaba, más consciente era de que había una parte muy importante de mi expareja que desconocía. Aunque lo más jodido fue cuando me contó cómo la pérdida de su madre había eclipsado todo lo demás. «No podía sentir», llegó a decirme, y a mí se me rompió el corazón al imaginarlo tan roto.

A veces, lo único que necesitamos para perdonar a alguien que nos ha herido es entenderlo. Pueden pedirte disculpas mil veces, pero cuando comprendes los sentimientos del otro y eres capaz de ponerte en su lugar, el cariño hace el resto del trabajo y el dolor desaparece. Y yo, que estaba dolida, acabé empatizando con Álex y le di otra oportunidad, que él no había desaprovechado.

Daniela apagó la luz y pulsé el *play*.

Una hora y media después, los únicos que permanecíamos en el salón éramos Álex y yo, que nos habíamos enredado en una postura de lo más extraña. Su cuerpo estaba encajado entre mis piernas y su cabeza descansaba en un cojín sobre mi tripa. En algún momento, nuestras manos se habían entrelazado y él apretaba la mía para consolar mi llanto.

—Es un asco de final. —Me limpié las lágrimas con la mano libre —. Se querían, ¿por qué no han acabado juntos?

Álex, que mantenía la vista fija en los créditos de la película, alzó la cabeza en mi dirección.

—Supongo que se dieron por vencidos. Pero lo mismo hacen una segunda parte.

—¿Tú crees?

—Seguro. El amor siempre puede con todo. O eso dicen. —Sus labios se curvaron en una sonrisa tierna.

—Oye… —Él, más que responder, hizo un ruidito de lo más mono —. ¿Estás bien? Estos días te he visto más tristón.

—Hay días que aún me cuesta —reconoció, y yo me atreví a acariciarle la espalda para mostrarle mi apoyo. Durante unos segundos, permanecimos en silencio—. ¿No vas a decir nada? Normalmente, la gente suele presionarme para que hable.

—Estoy usando la técnica del gato callejero.

Sus ojos se rieron un segundo antes de que lo hiciera su boca.

—Cuéntame de qué va.

—Ya sabes, la estrategia que sigues cuando te encuentras a un gatito asustado. Para evitar que huya, en lugar de perseguirlo, te quedas callado y muy quieto para que sea él el que se acerque.

—¿Me estás comparando con un gatito aterrorizado?

—Sí —dije muy convencida—. Te cuesta hablar de ti mismo, así que, cuando te lanzas, procuro estar atenta y calladita.

—Lena, tú puedes decirme lo que quieras.

—¿Seguro? —Álex encogió un solo hombro y me retó a que probara—. Pues… pienso que a tu madre no le gustaría verte así. ¿Qué crees que te diría?

Dejó escapar una exhalación.

—Que lo sintiera todo y que siguiera adelante… Era un poco intensa, ¿sabes? Solía aconsejarnos que hiciéramos muchos planes, que no diéramos nada por supuesto y que lucháramos por lo que queríamos… Era bonito escucharla cuando todavía podía hablar, pero era una idealista. Los planes se pueden llevar a cabo si tienes dinero, siempre acabas dando cosas por supuestas y, aunque luches, no siempre obtienes lo que quieres.

—Me gusta más la visión de tu madre que la tuya. Te obligo a que imagines un plan ahora mismo.

El muy idiota susurró:

—¿Y cómo piensas obligarme?

El calor fue instantáneo. El palmetazo que recibió en la mejilla, también. Álex se quejó como si le hubiera partido la cara.

—Chssst… Vas a despertar a los chicos. Va —insistí.

—Me gustaría viajar. Con la situación de mamá ni me lo planteaba, aunque puede que ahora sea posible.

—¿Y adónde te gustaría ir?

—Empezaría por algún sitio cerca. Portugal, por ejemplo.

—Iremos —dije muy convencida.

Y, por primera vez desde nuestra ruptura, en la oscuridad del salón, me planteé si lo nuestro tendría segunda parte.

—¿Me pones una cerveza? —Apoyé los codos en la barra mientras tarareaba «Toda la noche en la calle», de Amaral, la canción que sonaba por los altavoces del bar.

—¿Qué me das a cambio? —Álex me guiñó el ojo, fue hacia la nevera y cogió un botellín.

Habían pasado dos semanas desde el «momento sofá» y el tonteo entre nosotros había subido de nivel. Las miraditas eran más frecuentes, las risas, un poco bobas y los roces, menos fortuitos. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

Lo miré de arriba abajo, con chulería. Estaba guapo. Los vaqueros desgastados le hacían un buen culo y las dos camisetas superpuestas le daban un rollito moderno.

—Un euro cincuenta, como mucho.

Gin, a mi lado, silbó por lo bajo y yo sonreí como una mema.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Daniela, recién llegada del baño.

—Toni está bailando con dos maromos —Gin apuntó con la barbilla hacia la pista—, y los heterosexuales de nuestro grupo siguen tonteando sin llegar a nada.

Eché un vistazo rápido a Álex en busca de su reacción. Él permanecía inmutable, con la sonrisa en los labios y las palmas apoyadas en la barra, en una postura de lo más relajada. Yo, en cambio, me sentí expuesta.

—Solo somos amigos —repliqué en un murmullo.

La sonrisa de Álex desapareció al instante.

—Por supuesto —farfulló, justo antes de irse hacia la otra punta de la barra.

—Una jugada maestra, Lena. —Gin me dio un par de palmaditas en el hombro mientras mi cuello se deslizaba siguiendo los movimientos de Álex, que saludaba a una pelirroja que me resultaba familiar.

—¿Esa es…?

Daniela entrecerró los ojos.

—Rox.

—Y esa es la mirada de psicópata —señaló Gin.

—¿Sí? Pensaba que no era real —respondió la otra, ignorando que estaba a medio metro.

—Soy fan de esa mirada. —Toni se plantó ante nosotras con una sonrisilla de listillo dibujada en el rostro—. Lena, Lena, Lena… ¿Qué te he dicho siempre? O te lo tiras o lo olvidas. Mírame a mí, bailando con dos tíos y disfrutando de la vida. —Tuvo el descaro de girarse para saludarlos con la mano—. Si no tengo su número de aquí a un rato, desaparecerán de mi mente. Sin embargo, tú, pequeña Marilyn, te complicas la existencia. Piensas en él, pero lo niegas. Quieres, aunque no lo aceptas. ¿Y sabes lo que consigues? Ya te respondo yo: quedarte en el mismo sitio.

—Joder, tiene muchísimo sentido. —Gin hizo el amago de aplaudir, lo que le valió un suave empujón de Daniela.

Ignoré sus comentarios casi tanto como los celos que sentía. Lo que no pude ignorar fue la rabia que inundó mi cuerpo al ver cómo la pelirroja se abalanzaba sobre la boca de Álex.

Podría haber esperado a ver su reacción o aceptar la derrota con dignidad, pero tenía veintitrés años y lo que hice fue coger mi chaqueta y huir del local. Ni siquiera di tiempo a que mis amigos me acompañaran a casa.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, me topé con un paquete envuelto con papel de periódico sobre la mesilla. Sobre él, una nota con la letra de Álex que decía «Llámame». Pasé de ella, igual que había pasado de sus SMS de la noche anterior, y lo abrí.

Eran cartas.

Los dedos me temblaron al rasgar el primer sobre y descubrir que estaba fechada un mes después de nuestra ruptura.

27 de marzo de 2002

Estos meses han sido como una puta pesadilla, Lena. No parecían de verdad. Ni de lejos estaba preparado para vivir algo así. Estoy destrozado. Me siento como si tuviera un agujero en el pecho y fuera incapaz de llenarlo.

Puede parecer estúpido, pero siempre tuve fe en que la medicina descubriría un tratamiento antes de que esto pasara. ¡Estaba tan convencido! Sin embargo, ahora mi fe la deposito en la gente a la que quiero. Como tú, que me escribes aunque no recibas respuesta.

Te echo de menos, chica maja. Y es la primera vez, en meses, que siento algo distinto a la ansiedad y al dolor. Pero, probablemente, no tengo derecho a decírtelo.

Te quiero.

Abrí el resto de los sobres. Dos del 2002, cinco en el 2003 y cuatro del 2004. Cogí la carta fechada en septiembre de 2004, justo cuando nos habíamos reencontrado.

3 de septiembre de 2004

Hoy te he visto, Lena, y casi me da un infarto. Eras tú, aunque no eras la misma. Ahora llevas el pelo rubio, estás mucho más delgada y tus ojos reflejan una tristeza de la que me siento responsable. Si hubiera sido más valiente, te habría abrazado y te habría confesado cuánto te he echado de menos, pero he terminado reteniéndote en el baño. ¿Te lo puedes creer? Yo no.

Aunque tampoco me creo que vayas a darme una oportunidad.

Te quiero.

¿Estaba alucinando? ¿Y dónde coño estaba la última carta? Madre mía, era del día anterior.

17 de diciembre de 2004

¿Te acuerdas de cuando me contaste lo que te costaba visualizarte en el futuro? Uno de tus profesores del máster quería que practicarais las preguntas que suelen realizar en las entrevistas de trabajo y tú te veías incapaz de responder a cómo sería tu vida en cinco años.

¿Sabes cómo me veo yo en cinco años? Contigo.

¿Y en diez? Contigo también.

Lena, siempre has sido tú.

Te quiero.

Escuché un golpeteo en la puerta y alcé la cabeza. Álex, despeinado y ojeroso, se asomó a mi habitación.

—Estaba esperando a que te despertaras. —Su tímida sonrisa se esfumó cuando analizó mi cara y echó un vistazo a los papeles sobre la cama. Cerró la puerta tras de sí—. Se suponía que tenías que avisarme antes de abrirlo. ¿Estás cabreada?

Ni siquiera sabía cómo me sentía. Rabiosa. Flipada. Aturullada. ¿Mareada?

Con prudencia, Álex se acercó a la cama y se sentó a mi lado.

—Tras la muerte de mi madre, los tres fuimos al psicólogo, ¿sabes? —Fruncí el ceño. ¿Por qué me contaba eso ahora?—. A uno de la Seguridad Social, al que no pudimos ver más que en un par de ocasiones. Nos aconsejó que plasmáramos lo que sentíamos sobre el papel. Decía que ayudaba. Sergio le escribió una carta a mamá, Beatriz empezó un diario y yo… Yo te escribí a ti.

De inmediato, la rabia se esfumó y la curiosidad ocupó su lugar. Lo miré de reojo.

—Nunca llegaste a enviar ninguna carta. ¿Por qué?

Álex se masajeó la nuca.

—No va a gustarte mi respuesta.

—Dijimos que seríamos sinceros —le recriminé.

Asintió, despacio.

—Pensé que si enviaba las cartas, volveríamos juntos. No quería que eso sucediera sin estar seguro de que no iba a hacer otra espantada. Después…, cuando tus cartas dejaron de llegar, di por sentado que me habías olvidado y escribirte se convirtió en mi terapia. —Abrí la boca para protestar—. Ya te dije que no podía cambiar el pasado —me recordó.

Sí, lo había dicho, aunque dolía saber que podríamos haber tenido una oportunidad.

—Tengo preguntas —le advertí.

Sus labios temblaron y formaron una débil sonrisa.

—Por supuesto. —Levantó la mano derecha, realizando el mismo gesto que si estuviera a punto de hacer un juramento—. Prometo responder con la verdad.

A pesar de que me negaba a premiar su payasada, sonreí.

—¿Qué pasó con Rox? —pregunté sin andarme con rodeos.

—Nada más que lo que viste. —Mi expresión debió de decirle que necesitaba saber más, porque entrecerró los ojos y soltó el aire por la nariz—. Quería ver si reaccionabas y terminé enviando señales a quien no debía… ¿Contenta? —Pues sí, para qué iba a negarlo—. Has dicho que tenías más preguntas. —Su mano voló a mi cabeza, donde peinó mi cabello con los dedos y descendió hasta acariciar mi mejilla—. Hazlas.

—¿Por qué ahora?

Su expresión se ensombreció un instante.

—Te lo debía. —Sus ojos estaban clavados en los míos. Tragó saliva—. Y quería que supieras que voy en serio.

—¿Es verdad? —No hizo falta que dijera que me refería a lo que había escrito. Álex asintió. Mis latidos se dispararon y el vértigo se adueñó de mi estómago. ¿El chico que tenía frente a mí, por el que había llorado y suspirado a partes iguales, me quería?—. ¿Y ahora qué?

—Supongo que depende de ti, Lena.

—Cinco años me parecen muchos —le vacilé con la voz temblorosa. Él ladeó la cabeza y me lanzó ESA mirada.

—Dije diez —respondió bajito. Me acerqué a su boca—. Quizá veinte —dijo sobre mis labios—. Pero no voy a besarte.

No dejé que se retirara. Me lancé a por mi beso y a por el que, desde ese día hasta siete años después, se convertiría en mi chico.

Capítulo 22

No hasta que hablemos

Álex

Capriglia, octubre, 2022

Los ojos azules de Lena están clavados en los míos y no sé ni qué decir. Yo solo iba al baño. No entiendo cómo hemos terminado enrollándonos como dos puñeteros adolescentes contra una pared. ¿He sido yo o ha sido ella?

Lena analiza mi rostro. Me jode que busque respuestas que no puedo darle. No en cinco minutos y al lado de los baños.

—¿Lo siento? —pruebo, y soy tan gilipollas de preguntarlo en lugar de afirmarlo.

No puedo pensar con claridad, aún tengo el pulso acelerado, la respiración agitada y el sabor de su boca en la mía.

—¿Lo sientes?

—No. —Mierda, Álex—. Sí —corrijo en el acto.

—Ah… Vaya. —Lena hace una respiración profunda.

Yo también la necesito, urgente, para que me llegue oxígeno al cerebro.

Joder, diga lo que diga, voy a empeorarlo.

A veces, solo es necesario pronunciar una frase para que todo salte por los aires. Un «te quiero» dicho a destiempo, una verdad incómoda o un deseo que no es compartido. Las palabras se

deslizan por la boca y ya no hay marcha atrás. Lo has dicho y te han oído. Y, aun así, la explosión siempre parece pillarte por sorpresa.

Lo curioso es que lo que no llegamos a decir tiene el mismo poder de destrucción. Se enquista, te quema. Y, cuando te sientes preparado para hablar, se atasca en la garganta, como si se negara a abandonarte o adivinara que es demasiado tarde.

Sé de lo que hablo, lo que callé hace diez años me destrozó por dentro y ahora convivo con el miedo de que, cuando tenga el valor de verbalizarlo, destruya la confianza de la persona más importante de mi vida.

La puerta del baño de caballeros rechina. Un señor de mediana edad aparece en el pasillo y nos mira con complicidad. Estamos demasiado cerca para negar lo evidente. Retrocedo un par de pasos y dejo espacio entre nosotros para que pase.

En cuanto desaparece, Lena se acomoda el pelo tras la oreja. Odio verla así. Confusa. Decepcionada. Vulnerable.

—¿Podríamos comportarnos como si no me hubieras hecho la cobra?

Mis cejas ascienden hasta el techo, al contrario que sus ojos, que apuntan al suelo.

—¿Qué? —Me acerco y enmarco su cara con las manos. A tomar por saco la distancia prudente—. No ha sido así, ¿me oyes? Nos hemos besado los dos. Pero, Lena, hemos bebido —le digo, a pesar de que una sola copa no puede justificar mi comportamiento—. He parado antes de que hiciéramos algo de lo que pudiéramos arrepentirnos mañana.

Conforme sale por mi boca, me doy cuenta de que puede malinterpretarse. He hablado en plural, aunque no seré yo quien lo lamente. Antes de que pueda arreglarlo, Lena se adelanta:

—El peligro del vino. —Sus labios dibujan una diminuta sonrisa de mentira—. Deberías soltarme antes de…

Sí, tengo que alejarme. En cualquier momento, uno de los dos se lanzará a los labios del otro y… no hay nada que me apetezca más. Pero no debemos. No hasta que hablemos.

—Por supuesto. —Me retiro, en contra de los impulsos de mi cuerpo. Ella se abraza a sí misma, en un claro gesto de protección—.

¿Quieres quedarte? ¿Estamos bien?

—Sí, ¿no? —Su duda es como una bofetada. Necesito que reaccione. Y es lo que ocurre cuando alza la barbilla, orgullosa, y me suelta—: Somos adultos y solo han sido un par de besos.

—Somos adultos y me siguen temblando las rodillas —le confieso. Lena curva sus labios en una sonrisa burlona.

—Yo casi me desmayo.

—No te habría dejado caer al suelo —le aseguro.

—Eso faltaba.

Se me escapa una carcajada y Lena me acompaña con una risa suave. Adoro a esta mujer.

—Tú y yo siempre estaremos bien —declaro, con una seguridad que no tengo. Ojalá sea así. No lo concibo de otra forma—. ¿Vamos, *amor*? —Le ofrezco mi brazo y ella lo acepta.

—Vamos, *cariñito*. —Avanzamos hacia el final del pasillo y atravesamos la puerta para regresar al bullicioso local—. ¿Tú qué crees? ¿Debería beber para olvidar?

—Tú puedes hacerlo. Yo, mientras tanto, seguiré padeciendo mi temblor de piernas y te llevaré al hotel sana y salva.

—¿Hasta mi habitación? —me provoca.

Si supiera lo que me está costando controlarme, no jugaría con fuego.

—Hasta tu cama, si hace falta.

Y eso es lo que finalmente acaba sucediendo, que Lena se duerme en el coche y yo tengo que cargar con ella hasta su cama, al más puro estilo de *Oficial y Caballero*.

No recupero la respiración hasta que pongo un pie en el pasillo.

Al menos, hemos logrado evitar viejos errores. De lo que no me libro es de los recuerdos, que a veces se divierten atormentándome.

Mientras avanzo hacia el ascensor, mi mente se recrea en aquella primera vez que metimos la pata tras la ruptura. Como si, por revivirla, fuera capaz de hacer algo distinto.

Capítulo 23

La primera vez que metimos la pata

Álex

Tras la ruptura definitiva, diez años antes
Junio, 2012

—¿Cómo estás? —La cabeza de Daniela asomaba por la puerta de su habitación de invitados. Su sonrisa cauta reflejaba la inquietud que sentía por mi respuesta.

Sin mirarla, guardé el iPod en el bolsillo y me até los cordones de las zapatillas. Iba a salir a correr. Necesitaba agotarme y silenciar los pensamientos intrusivos, aquellos que me jodían diciéndome que todo se iría a la mierda y que no podría hacer nada. O los otros, los relacionados con Lena, que aseguraban que no sería capaz de olvidarla, que me había equivocado de pleno y que siempre había otra opción.

La había, aunque también implicaba que ella renunciara. Y ahí era cuando volvía al punto de partida. No podía flaquear por egoísmo.

Sin embargo, era evidente que necesitaba una mejoría. Habían pasado tres meses desde la ruptura y todavía me costaba respirar. ¿Alguna vez lo superaría? ¿O aprendería a convivir con su ausencia, como había ocurrido con mi madre?

—Estoy bien. —Me incorporé, besé a Daniela en la mejilla y la esquivé para salir de la habitación.

Estaba tan acostumbrado a mentir que no me supuso ningún esfuerzo. En casa todos fingíamos por un bien mayor, mantener la ilusión de normalidad y evitar la pena —la nuestra y la ajena—. Hasta que nos explotó en la cara, claro.

Daniela me siguió por el pasillo.

—Álex, ha llamado Sergio.

Me detuve. Mi hermano era tan insistente como mi prima. Ambos tenían que aceptar mi decisión.

—Por favor —le rogué en voz baja—, deja el tema. No voy a hacerlo.

Ella dejó escapar un triste resoplido, resignada, y yo aproveché para huir hacia la cocina, donde Gin cantaba «Te he echado de menos», a dúo con Pablo Alborán.

—¿Dónde vas con esas pintas? —Mi amiga, que preparaba la cena, me miró de arriba abajo. Le respondí con un bufido que no logró esconder mi sonrisa—. ¿A la cancha de baloncesto a hacerte amigos nuevos? ¿Me tengo que sentir ofendida?

—Sabíamos que algún día llegaría. Necesito relacionarme con machotes.

Mientras Daniela me perseguía con su eterna cara de preocupación, Gin se pasaba el día diciéndome chorradas. Cada una, a su manera, intentaba que me sintiera mejor. La diferencia era que una sabía por lo que estaba pasando y la otra no.

—¿Te valgo si no me depilo y me pongo un calcetín en la entrepierna? —Negué con la cabeza—. ¿Y si me la rasco?

Daniela, que a veces tenía complejo de princesita, nos censuró con un gritito ahogado. Gin y yo alzamos las manos, en señal de rendición, y compartimos una mirada cómplice.

El primer móvil en sonar fue el mío. Un «bip, bip» que anunciaba que tenía un nuevo mensaje. Acto seguido, fueron los teléfonos de Gin y Daniela los que sonaron. El de mi prima con un dulce tintineo y el de mi amiga con un estruendoso bocinazo.

—Qué raro —murmuró Gin. Sacó el móvil del bolsillo posterior de sus pantalones, lo desbloqueó y soltó un exabrupto.

—¿Qué pasa? —Miré por encima de su hombro y vi el nombre que era incapaz de sacarme de la cabeza: Lena.

Lisboa está muy enfermo. Tiene una obstrucción en la uretra y van a operarlo de urgencia.

Lisboa, nuestro gato, al que no había visto desde que me había ido de casa. ¿Cómo había sido tan capullo? Aunque la verdadera pregunta no era «cómo», sino «por qué». Y la respuesta era simple: me había negado a visitarlo por miedo a cruzarme con Lena.

—Nos vamos. —Apagué la encimera y le lancé una mirada desesperada a mi prima—. ¡Ya!

—Tranquilo, Álex —suplicó Daniela desde el asiento de atrás.

—Y reduce la velocidad.

A pesar de la exigencia de Gin, mi respuesta fue apretar el volante hasta que mis nudillos se tornaron blancos.

—Álex… —Daniela apretó mi hombro, a modo de advertencia. Respiré hondo y comencé a reducir.

Joder, estaba desbordado.

Echarla de menos. Las presiones de mi familia. Los problemas de mi hermano. Las cuentas, que no salían para lo que necesitaría en un futuro. Y ahora la enfermedad de nuestro gato.

Lo habíamos adoptado durante nuestro segundo año de convivencia, cuando, una noche de invierno, al llegar a casa, nos encontramos con una bola negra y peluda en una esquina del portal. Era diminuto, estaba muerto de frío y sus grandes ojos verdes suplicaban un poco de cariño, igual que su agudo maullido lastimero. «Solo por hoy», dijimos, pero bastaron cuatro mimos para entender que no podríamos dejarlo marchar.

Llegamos al Centro Veterinario, aparqué y permanecí agarrado al volante. Mi prima se asomó por el hueco de los asientos.

—¿Prefieres que vayamos nosotras?

—No. Claro que no.

—¿Estás preparado? —Gin se desabrochó el cinturón y abrió la puerta.

—Sí —mentí, porque ni de coña estaba preparado para verla. Nadie lo está cuando se encuentra con la persona que ama tras una separación.

Las piernas me temblaron cuando atravesamos la entrada y un nudo se instaló en mi estómago al acceder a la sala de espera. Lena, sentada en una esquina, abrazaba sus rodillas mientras las lágrimas le inundaban el rostro.

Desconocía cómo reaccionaría al verme, pero, en cuanto nuestros ojos conectaron, se incorporó y corrió a mis brazos.

—Álex…

La abracé, protegiendo su cuerpo con el mío, y besé su pelo. Por un segundo, agradecí la desgracia que había hecho posible que pudiera tocarla de nuevo. Solo un segundo. Después, recordé los ojitos de Lisboa y me sentí un miserable.

—¿Te han dicho algo?

—Le están operando.

Daniela y Gin se unieron al abrazo.

—Saldrá bien —dijeron casi al mismo tiempo.

Lena no me soltó el resto de la noche y yo no opuse resistencia. Tampoco me negué cuando me pidió que durmiera con ella en nuestra antigua casa, tras saber que Lisboa estaba fuera de peligro. Y, desde luego, no hice nada cuando las caricias de consuelo se convirtieron en algo más.

Aquella noche fue la primera vez que traspasamos la línea. No fue solo sexo, pero ambos quisimos convencernos de que había sido fruto de un momento de debilidad compartido, una dulce despedida.

El problema llegó después, cuando las visitas para comprobar el estado de Lisboa se convirtieron en una excusa recurrente. Y repetimos una y otra vez, sin saber soltarnos del todo, transformando nuestra relación en un «sí, pero no» que no iba a ninguna parte.

Y yo, que siempre había querido que Lena fuera feliz, me convertí en una fuente de frustración e infelicidad para ella.

Capítulo 24

Fase uno

Vietri sul Mare, octubre, 2022

El agua resbala por mi cuerpo y se lleva con ella los restos de jabón y el olor a vino italiano. Sin embargo, esa pesada bruma que atenaza mi cabeza no desaparece. No recuerdo cómo volví anoche a la habitación ni por qué decidí meterme en la cama vestida. Solo tengo imágenes difusas. Silvi brindando conmigo, un baile encima de la mesa con una aldeana de Capriglia, Álex sujetando mi cintura para ayudarme a bajar…

Una diminuta alarma se enciende en mi mente, hay algo que estoy pasando por alto, pero ¿qué? Ni idea.

Pues qué bien, estoy agilipollada nivel máximo.

Me apoyo en el alicatado y dejo que los chorros del hidromasaje hagan su trabajo. Con cada punto de presión que recibo, quiero pensar que estoy un pelín más lejos del despojo humano que se ha arrastrado a la ducha y más cerca de… ¿una señora que juega a tener veinte años?

Ufff, qué bajón.

Cierro el grifo y me enfundo en una toalla blanca y esponjosa. Sería una sensación maravillosa si no recordara, en este preciso instante, que soy madre y se me ha olvidado preguntar por mi hija.

Gracias, sentimiento de culpa perpetuo. Ahora me siento mucho mejor.

Me encantaría decirte que corro hacia el móvil en plan épico, pero no. La realidad es que el camino hacia la mesita de noche es

largo y tortuoso. Me tiemblan las piernas y mis pasos son cortos y vacilantes. Soy una mezcla de una geisha y una potrilla recién nacida, con la tenacidad de una zombi tratando de acelerar. Cuando por fin llego a la cama, me dejo caer sobre el colchón y repto hasta el cabecero. Me cuesta la vida alcanzar el puto teléfono, pero, cuando lo logro, recibo un premio por el esfuerzo. Uli me ha enviado un vídeo de Paula. Mi hija sale desayunando, con el pelo despeinado y los ojitos brillantes, mientras su tío le cuenta un cuento de cosecha propia.

Lo reproduzco tres veces seguidas. Si no llego al cuarto visionado es porque recibo un nuevo mensaje del grupo «Polvos amalfitanos», donde hay tropecientos más sin leer. La curiosidad me puede, así que detengo el bucle de amor de madre cansino y deslizo la pantalla hasta el inicio para echar un vistazo. Cada uno de los integrantes del grupo ha mandado un selfi en respuesta al que envié ayer. Toni pone morritos y me devuelve una peineta doble, Gin aparece bizca y saca la lengua, Cata frunce el ceño y sonríe y el traidor de mi sobrino se tapa los ojos con una mano. Hasta Daniela se ha animado a enviar una foto, en la que aparece con cara de sorpresa.

Esta gente está fatal.

Los muy mamones no han parado ahí, ¡claro que no! Después del carrusel de imágenes y un montón de emoticonos partiéndose de risa, Toni ha hecho varias encuestas para debatir:

1) Si estaba borracha (80% sí).

2) Si el alcohol me haría cometer alguna locura (60% sí).

3) Si anoche pasó algo entre Álex y yo (aquí hay empate).

Me reiría. De verdad que lo haría. Pero mi cabeza elige este momento para recuperar la información perdida y una sucesión de imágenes se superpone en mi mente y explota como un millón de fuegos artificiales en una noche oscura. La espalda en la pared, los labios de Álex sobre los míos, el corazón a punto de salirse del pecho… y las ganas de más.

¡Madre mía, ayer nos enrollamos al lado de los baños!

Durante unos instantes, el mundo a mi alrededor se tambalea. Si no me desmayo, es porque mi organismo es sabio y reconoce que no tiene energía suficiente para reactivarse tras la desconexión.

—Joder, la he liado parda.

Pardísima. He mezclado la dinámica del Álex-pareja con la del Álex-amigo, cuando pertenecen a realidades distintas. El primero fue el amor de mi vida y me rompió el corazón. El segundo es el que me lo recompuso, el que me ayuda a hacer la declaración de la renta, el que escucha mis movidas sin juzgarme y con el que intercambio canciones que nos gustan.

Hago un intento de pataleo que se queda en un espasmo. La culpa es de esa maldita atracción. A estas alturas, no debería existir.

No te engañes, te mueres por repetir.

Claro que no, lo que quiero es rebobinar la película de mi vida y evitar esos besos a toda costa. Son un signo del apocalipsis.

La sensación de ahogo se intensifica conforme recuerdo que fue él quien se apartó (y no yo) y que me dedicó esa mirada desesperada. No la he visto demasiadas veces, pero sé que no traerá nada bueno.

Álex debe de intuir que estoy pensando en él, porque, en este preciso instante, decide enviarme un mensaje para preguntarme si estoy en condiciones de bajar a desayunar.

Un escalofrío me recorre la columna, aunque ignoro si es de placer o de puro pánico.

Ya le has besado y sigues viva. ¿Tan malo sería ir un poco más allá?

A pesar de mi lamentable estado, la parte superior de mi cuerpo abandona el colchón como un resorte.

Joder, ¿estoy en fase uno? No, ni de coña.

¿Que qué es eso de fase uno? Verás, durante estos años, he logrado identificar cuatro fases en mi particular proceso de autodestrucción:

1) Planteamiento: Empiezo a preguntarme si sería tan horrible liarme con él. Y cuanto más me lo planteo, mejor idea me parece.

2) Negación: Paso por alto cualquier consecuencia y me convenzo de que he venido a esta vida a disfrutar.

3) Amnesia: Olvido el dolor que llega después, las ilusiones rotas y el tiempo que tengo que invertir en recuperarme.

4) Ejecución: Me tiro de cabeza.

La velocidad de esta autoinmolación siempre depende de la primera fase, porque, en cuanto la supero, cojo carrerilla y atravieso las tres restantes como en un esprint.

Sacudo la cabeza y logro arrastrarme hasta el borde de la cama. Paso de gilipolleces. Me vestiré, bajaré a desayunar y me comportaré con mi ex como una adulta.

Una adulta que se lo quiere tirar.

Arrastro los pies por el salón del bufé mientras agradezco el invento de las gafas de sol. ¿De verdad era necesario iluminar tanto esta sala? Ya te digo yo que no. Hago un barrido visual y localizo a Álex sentado en una pequeña mesa de dos. Ni siquiera me sorprendo al descubrir que lleva una sudadera de color melocotón, exactamente igual que el tono de mi conjunto deportivo.

Nunca me había planteado la existencia de un ser superior, pero ahora estoy convencida de que alguien ahí arriba se está descojonando a mi costa.

Álex me sonríe en la distancia y me anima por señas a que me una a él. ¿Es mi resaca o la sala se mueve?

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta cuando me dejo caer sobre la silla. Como si no fuera evidente—. Mira que te dije que no bebieras más, pero tú erre que erre…

—Tengo lagunas —suelto con más morro que indiferencia.

Su carcajada consigue sacarme de mi pose, porque el maldito me hace reír a mí. ¿No voy a conseguir nunca resistirme a ese sonido?

No.

—Toma, anda. —Desliza un blíster de Paracetamol sobre el mantel blanco—. ¿La señorita olvidadiza quiere un zumo y un café para aterrizar en esta dimensión?

—Lo necesito. —Me bajo las gafas de sol hasta la mitad de la nariz y le lanzo una mirada suplicante. Álex ladea la cabeza y me devuelve otra, que viene a significar que tengo mucho morro, pero que él es buena gente y me traerá lo que le pida.

Se incorpora sin esfuerzo. A mí, sin embargo, me cuesta un mundo alzar el cuello y dedicarle una sonrisa agradecida. Y es una putada porque, al realizar el movimiento a cámara lenta, me distraigo donde no debería. En el frontal de sus vaqueros oscuros, en el trozo de piel que queda al descubierto cuando se despereza, en los anchos hombros y… en sus labios, que se curvan en una media sonrisa.

¿Me ha pillado dándole un repaso? Creo que sí.

—¿Añado un cruasán de Nutella? —Su gesto burlón se desinfla en cuanto posa los ojos sobre mi boca.

—Por favor —logro responder con un nudo en la garganta.

Álex permanece clavado en el sitio. Congelado. Hipnotizado. ¿Visualizando?

¿De verdad sería tan malo besarlo?

Él parpadea y sacude levemente la cabeza.

—Por supuesto.

Antes de alejarse, me da un apretoncito en el hombro. Mi cuerpo reacciona con una oleada de calor.

Esto va mal. Muy muy mal.

Capítulo 25

Esa vocecita venida del infierno

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Desayuno a toda velocidad. Mi objetivo es meter nutrientes al cuerpo y despejar la mente lo más rápido posible. Álex alucina al verme tragar de esa manera y yo me esfuerzo en obviar su presencia. Lo consigo a ratos, cuando no se mete conmigo o me contagia la risa. Pero, cuando termino, de lo que me siento más orgullosa es de no haber tenido ni una sola visualización de lo que ocurrió anoche entre nosotros. Me limpio con la servilleta, me recuesto en la silla y me doy un par de palmaditas imaginarias en la espalda. ¡Crisis superada!

Mentira. No has olvidado la sensación de esos labios jugosos y apetecibles sobre los tuyos.

Me niego, no voy a entrar al trapo.

—¿Te encuentras mejor? —Álex, con el codo apoyado sobre la mesa y la barbilla sobre la palma, me observa mientras intenta reprimir una sonrisa. Fracasa conforme sus labios comienzan a temblar.

¿Recuerdas cómo era sentir esa sonrisa sobre tu boca?

Vale, sí, los besos estuvieron muy bien, ¿y qué? He besado a más hombres en mi vida y no he montado tanto drama.

Besar a Álex no es como besar a cualquier otro, y lo sabes.

Si no me doliera la cabeza, me daría golpetazos contra la mesa hasta reiniciar el sistema.

—No sé si preocuparme —comenta con una ceja alzada.

—Perdona, estaba… —*¿peleándome con una vocecita cachonda? ¿tratando de evitar la fase dos?*—… distraída.

Álex da un último trago a su tercer expreso y echa un vistazo a su reloj.

—La boda empezará en unas cuatro horas. Había pensado que podríamos darnos un paseo por aquí. ¿Qué te parece?

Una putada. Eso es lo que me parece. Ojalá no me apeteciera conocer Vietri sul Mare. Así podría encerrarme en la habitación y mantenerme alejada de él. Tan solo un ratito, el suficiente como para recordarme que este camino ya lo he transitado y siempre termina mal.

—Bien —respondo con la boquita pequeña.

Salimos del salón justo cuando Silvi y Mauro entran. La rubia también lleva gafas de sol, pero ella va vestida con un conjunto blanco que parece sacado de una revista y yo voy más del estilo «mamá no quiere arreglarse». Silvi y yo nos saludamos con una sonrisa cómplice. A Mauro, sin embargo, solo le deseo *buongiorno*.

—No soporto a tu jefe —le confieso a Álex cuando atravesamos las puertas del hotel.

Una de sus comisuras se eleva.

—Yo tampoco.

Al tiempo que recibo los primeros rayos de sol en la cara, caigo en la cuenta de que Álex también está manteniendo las distancias conmigo. No ha hecho el amago de cogerme la mano y tampoco me ha dado ningún beso inocente. El único gesto cariñoso que me ha dedicado ha sido ese extraño apretón en el hombro.

Perfecto, nuestras mentes están en sintonía.

Cruzamos la calle y tomamos el camino descendente que nos llevará al centro del pueblo. Álex, con las manos en los bolsillos, reprime un resoplido que sale expulsado por la nariz. Me tenso de inmediato. Sé lo que significa, que más me vale sacar un tema de conversación antes de que se le ocurra hablar de lo que pasó en la serenata.

—¿Por qué no dejas la empresa?

Álex da una patada a una piedrecita de la vía y se toma unos segundos para elegir sus palabras.

—Estoy en ello.

—Ah. —Mi vista se desliza por las fachadas encaladas, que se intercalan con terrazas de limoneros y palmeras. Espera, ¿ha dicho que está en ello?—. Si quieres irte, ¿por qué estamos haciendo el paripé? —A mi izquierda, Álex se ríe bien fuerte. Sus carcajadas me hacen sonreír.

—Fingimos porque es divertido hacerle rabiar. ¿O no?

Suelto un bufido y esquivo una rama de buganvillas moradas que sobresale en el camino.

—Pensaba que te estaba ayudando.

—Lo haces. Me ayudas para que mi jefe, que nos cae mal, sufra un poco. —Su cuerpo choca con el mío en un movimiento suave, que es del todo intencionado. Por suerte, esta vez, su contacto no me provoca más que una sensación de camaradería. Bien, estoy mejorando, los pensamientos cabrones están desapareciendo—. Tampoco me vendría mal la subida de salario —añade—. Podría ahorrar un poco más, antes de regresar a España, y así prepararme para el futuro.

Un par de gaviotas sobrevuelan el camino mientras analizo las frases al ritmo lento que va mi cabeza. «Prepararme para el futuro». «Volver a España»… Hemos tenido cientos de conversaciones al respecto y nunca le he oído decir nada parecido.

Me paro en seco.

—¿Estás pensando en volver?

Álex se detiene un paso por delante. Se gira y alza un solo hombro.

—Lo echo de menos, ¿sabes? La familia, los amigos, tener una vida de verdad…

Ignoro el motivo, pero mi pulso se acelera.

Mentira.

Sé exactamente por qué. La Lena de hace unos años deseaba que Álex tomara esa decisión y regresara con ella. Pero la Lena de ahora hace tiempo que daba por hecho que permanecería en Suiza y que nuestra relación se mantendría a distancia.

Visto lo visto, es la única forma de estar a salvo.

Álex me lanza una media sonrisa y mis ojos traicioneros se deslizan a su boca.

Lena, no es momento para tonterías.

—Bueno, ya era hora de que tomaras esa decisión —le apoyo. Porque soy su *amiga* y me *alegro* por él—. Llevas años viviendo para el trabajo, sin dejar espacio para nada más. —Álex contiene la respiración y asiente con un leve movimiento—. El Álex que conocí quería disfrutar de cada momento y veía el trabajo como un medio, no un fin. —Extiendo el brazo y alcanzo su muñeca izquierda, que expongo para que él mismo vea el mensaje de su tatuaje: *Carpe diem*. En un acto inconsciente, lo acaricio con el pulgar—. Me alegro de que empieces a ser tú de nuevo. Y sí, te mereces ser feliz de una puñetera vez.

Sus ojos están clavados en los míos. Brillan, sonríen, bailan. Madre mía, podría perderme en esos iris casi negros.

—Estoy trabajando en ello. —Sonríe con timidez.

Bésalo.

Suelto su muñeca y giro la cabeza. A tomar por culo la vocecita venida del infierno.

—¿Tienes una fecha en mente o es un plan abierto? —Inicio el paso y él me sigue.

—¿Para volver a España? No creo que tarde mucho.

—Te estás haciendo el interesante —le recrimino—. ¿Sabes al menos dónde podrías mudarte?

—Sé dónde me gustaría, y también estoy en ello. —Tira de mi brazo para evitar que meta los pies en un socavón y me suelta conforme me desvío.

¡Otra vez ese maldito calor! En serio, ¿qué coño me pasa?

En realidad…, ya lo sabes.

Trago saliva.

—Cuánta información —me burlo.

—Es que no solo depende de mí.

—Ya, claro. Dependerá de dónde consigas trabajo, ¿no?

Álex suelta una carcajada y yo me río con él, aunque no sé qué tiene tanta gracia.

Nos detenemos frente a un mirador decorado con cerámicas de distintos colores. La vista es impresionante. Las tejas anaranjadas rodean una cúpula de distintos colores, el cielo está despejado y el mar tranquilo. ¿Ves, Lena? Lo has conseguido. No era tan difícil lidiar con esos malditos pensamientos. Aquí estás, con tu buen amigo, en un pueblecito precioso, charlando de la vida y de los planes de futuro, sin mencionar…

—Respecto al beso… —Álex, a mi lado, apoya las manos en la barandilla y se aclara la garganta. Mi corazón da un saltito—. ¿Estás bien?

No aparto los ojos de la vista.

—Estar al aire libre es milagroso. —Y sí, mi voz ha salido tan aguda que acaba de joderme la pose.

—No quieres hablar del tema —adivina.

Exacto, Álex, prefiero actuar como si no hubiera ocurrido.

Por toda respuesta, le sonrío y le propongo que sigamos. Él se traga una carcajada y comienza a avanzar.

Capítulo 26

La ragazza

Álex

Vietri sul Mare, octubre, 2022

El casco antiguo de Vietri sul Mare está compuesto por edificios blancos encajonados en callejuelas estrechas. La ropa tendida en los balcones es tan característica como los azulejos de colores vivos, pintados a mano, que adornan las fachadas de los negocios, los números de las casas e incluso murales enteros. Al menos, eso es lo que cuenta Lena, que pasea a mi lado y recita toda clase de información sobre el municipio. «En castellano, se llamaría *Vidrio sobre el mar*», «el burro es el símbolo del pueblo», «tienen señales de tráfico de cerámica».

Sonrío al imaginarla delante del ordenador, memorizando cada dato, igual que cuando éramos dos veinteañeros que estudiaban juntos. Aunque usar el plural en esa frase es del todo incorrecto. Yo, más que estudiar, la memorizaba a ella.

La verdad es que no soy capaz de recordar ningún momento en el que no haya estado colado por ella. Aun cuando no quería reconocerlo, Lena seguía presente en mi organismo, como un virus resistente.

—Dicen que los colores de la cúpula de la iglesia de San Juan Bautista representan al sol, la vegetación y al mar. Por eso es amarilla, verde y azul. —Lena señala con el dedo hacia el

monumento mientras su otra mano hace la función de visera—. Brilla tanto que los marineros la usaban como faro.

Además de empollona, Lena es de las que habla sin descanso cuando está nerviosa, y es evidente que los besos de anoche la tienen tan alterada como a mí.

—Interesante —murmuro sin apartar la vista de ella.

Cada pequeño avance que veo en ella lo es.

Hasta este viaje, creía que era imposible que Lena y yo tuviéramos otra oportunidad. Estaba convencido de que mi única opción era mantenerme en el papel de amigo. Pero la esperanza es un sentimiento jodido: resistente como el miedo y flexible como el amor más puro. Y la muy cabrona aparece cuando la dabas por perdida y se expande con un solo gesto.

Eso fue lo único que necesité para desenterrarla: un abrazo en un aeropuerto. Nuestros cuerpos pegados, el tronar de sus latidos contra los míos, sus manos aferradas a mi espalda. Y a partir de ahí…, mi ilusión se ha alimentado de cada mirada que me lanza, de sus pullas y, aunque esté feo decirlo, también de sus nervios.

Lena entrecierra los párpados.

—¿Ese «interesante» es irónico?

—Para nada.

Lena suelta una maldición y mis ojos vuelven a traicionarme al deslizarse a sus labios. Es la sexta vez que ocurre esta mañana. Lo empeoro al descender y quedarme agilipollado con su clavícula, justo en el lugar exacto que ayer me moría por lamer. Intento corregirlo y asciendo rápido a sus ojos, que hoy son de un azul turquesa y están abiertos de par en par. Quiero volver a besarla. Ahora. Borrar sus dudas, sus inseguridades y también el dolor que ha sufrido por mi culpa.

Pero no debo. Los besos no borran nada.

Tampoco las palabras, ya que estamos. Aunque estas, al menos, servirán para que Lena comprenda por qué hice lo que hice.

—Cúpula, colores, faro —repito, y mi voz sale más ronca de lo habitual—. Te estaba escuchando —le aseguro.

—Bien. —Cruza los brazos sobre el pecho y cambia el peso de una pierna a otra. Todo en ella me está advirtiendo que no vuelva a

mirarla así. Y lo intento, de verdad. Aunque dudo que sepa cómo me mira ella a mí—. Sigamos. —Se coloca las gafas de sol y avanza hacia el final de la calle, sin esperar a que me ponga en movimiento.

Me trago las emociones y camino detrás de ella. Tengo que hacer un esfuerzo por recordarme que el objetivo de este viaje no es recuperarla, sino contarle por qué me fui. Mi plan es hacerlo mañana, cuando no tengamos compromisos a la vista ni gente que pueda interrumpirnos. De esta forma, tendrá tiempo para asimilarlo y realizar las preguntas que considere pertinentes.

Perdonarme es otra historia.

El puto problema es que mi mente y mi cuerpo están en una constante guerra. Como muestra, están los tonteos continuos, los besos de anoche… O cómo me recreo en la figura de Lena ahora mismo, a pesar del sermón que me acabo de dar. Ella se contonea hacia una heladería y yo fantaseo con arrancarle esos pantalones anchos de un tirón.

Céntrate, Álex.

Lena se gira en mi dirección, a tan solo unos metros de distancia, y se muerde el labio inferior.

—¿Me sentaría mal un helado? —pregunta.

Tropiezo con mis propios pies al imaginarla lamiendo un cucurucho.

—Fatal —atino a responder.

Lena me analiza. Yo me enderezo y me llevo una mano al pelo.

—Eso creo…, aunque me apetece mucho.

Y tal vez sea mi imaginación, pero creo que no se refiere al helado.

El último tramo del paseo lo realizamos por la Villa Comunale, un parque con terrazas ajardinadas con vistas al Golfo de Salerno, que desciende hasta la Marina di Vietri. Las balaustradas, bancos y escaleras están recubiertas de teselas, a modo de mosaico en distintos colores. El resultado es de lo más extraño, da la sensación

de que el Parque Güell, de Gaudí, se ha hecho un hueco en la Costa Amalfitana.

Lena fotografía cada rincón mientras yo, en un intento de tranquilizarme, apoyo los antebrazos en la barandilla cerámica y observo la inmensidad del mar Tirreno. Ella ha dado en el clavo hace un rato cuando ha dicho que ya no disfruto como solía hacerlo. Desde que me mudé a Suiza, siempre he pasado las vacaciones con mis hermanos, aunque nunca hemos viajado juntos. Este lugar, por ejemplo, les encantaría. Si estuvieran aquí, Beatriz estaría junto a Lena, haciéndose selfis, y Sergio se colocaría a mi lado y se pondría en plan profundo.

En un acto reflejo, me refroto el tatuaje de la muñeca y contengo el escalofrío de terror que suele acompañarme cuando recuerdo las palabras de mi madre: *Carpe diem*. Suenan más bonitas si no hay una amenaza detrás, ¿verdad?

—*Amico!* —La palmada en la espalda llega antes de que pueda girarme en busca del dueño de esa voz—. ¿Qué haces aquí? —me interroga Fabrizio con su deje musical.

—Podría preguntarte lo mismo.

Él extiende sus brazos y, en un solo gesto, se señala el traje de pingüino.

—¡Las fotos con la familia! —exclama—. ¿Y la *ragazza*?

Al escuchar el apelativo con el que nos referimos a Lena, se me escapa una sonrisilla involuntaria. ¿Cuántas veces habremos hablado de ella? ¿Un millón? ¿Dos? Este hombre, que otea por el parque en busca de la mujer de mi vida, ha sido mi confidente desde que me mudé a Suiza.

No me dio ninguna opción, también lo digo.

Lo conocí la misma mañana que llegué. La empresa me había proporcionado una habitación en un piso compartido con otros trabajadores y Fabrizio era uno de ellos. Yo tomaba un café en aquella vieja cocina cochambrosa mientras volcaba mis pensamientos en un cuaderno. Él apareció bostezando en la puerta, con el torso desnudo, y, tras su *buongiorno*, el muy descarado se asomó por encima de mi hombro a echar un vistazo a lo que había escrito.

—*Il Libro delle Lamentazioni* —dijo justo antes de dejarse caer en una silla.

El gesto y el nombre con el que había bautizado al cuaderno me dejó bloqueado durante unos segundos. Era cierto que estaba lleno de lamentos. En él, me quejaba de lo duro que había sido tomar la decisión de marcharme y despedirme. Pero necesitaba ganar mucho más si quería hacer frente a los gastos que vendrían, y mudarme me había proporcionado una excusa para salir del bucle emocional en el que estaba metido con Lena.

—*Lena è la tua ragazza?* —preguntó sin cortarse un pelo.

Y a partir de ahí, no me quedó más remedio que contarle mi historia.

—¿Por qué está tan lejos de ti? —inquiere Fabrizio con el ceño fruncido—. ¿Ya has hablado con ella? —Niego con la cabeza y él sacude la suya, en un gesto que podría interpretarse como que soy un imbécil—. ¿Qué le has hecho?

—*Niente*, capullo.

Mi amigo me lanza una mirada que habla por sí sola. Le he escuchado criticar tantas veces mi comportamiento que no es difícil imaginar la rastra de insultos que me está dedicando mentalmente. Estúpido, anormal, imbécil, gilipollas… A su lado, he aprendido un montón de palabras en italiano.

Cruzo los brazos a la altura del pecho.

—Le estoy dando un poco de espacio —le explico a regañadientes.

Lo que me callo es que también me lo estoy dando a mí.

Fabrizio bufa y se descojona en mi cara.

—¿Más, *stupido spagnolo*? ¿El tiempo sin hablar y los dos años de amistad a distancia no son suficientes? —Qué bien habla en castellano, el muy mamón, cuando se trata de lanzarme puñales. Antes de que pueda replicar, Fabrizio grita—: *Ciao*, *Lena!*

Giro el cuello lo justo para ver cómo Lena le devuelve el saludo con la mano y comienza a caminar hacia nosotros. Por cómo arrastra los pies, es evidente que, ahora mismo, no hay nada que le apetezca menos que interpretar el papel de mi novia.

—Ni se te ocurra liármela —le advierto.

Fabrizio me ignora, le regala a Lena una de sus sonrisas encantadoras y se abalanza sobre ella cuando llega a nuestra posición para abrazarla.

—¿Tengo que pegar al *mio amico*? —susurra, en un volumen tan alto que lo escuchan hasta los abuelos que están sentados en el banco, cinco metros atrás.

Ella me lanza una mirada interrogativa.

—Ignóralo —le aconsejo.

—Pegarle, ¿por qué?

Fabrizio se distancia lo justo para colocar ambas manos sobre sus hombros y mirarla con intensidad.

—Por no darte el amor que mereces. —Lena parpadea con lentitud y yo quiero asesinar a mi amigo, aunque sea el día de su boda—. Álex es un hombre enamorado, pero, a veces, es un poco *stupido*. —Y termina con una sonrisa de oreja a oreja y un guiñito de ojos que logra que Lena se ría.

Decidido: lo mato.

—Eh, no llames estúpido a mi chico. —Fabrizio la suelta y ella se coloca a mi lado—. Me ha elegido a mí, ¿no?

Ignoro a cuál de los dos nos gusta más su respuesta.

Tampoco quién sonríe más, si mi amigo o yo.

Lo retiro. En los dos casos soy yo, seguro.

—*Su chico* —repite Fabrizio con guasa. Alguien de su familia lo llama y él hace un gesto con la mano para indicar que ya va—. Qué bien suena, ¿eh, Álex? La *ragazza* y *su chico*.

En un acto del todo inconsciente, ahora soy yo el que busco el contacto del cuerpo de Lena. Rodeo su cintura con el brazo.

—Suena muy bien —concedo mientras mis ojos buscan los de Lena, que me mira como si la farsa se hubiera convertido en realidad, como cuando estábamos juntos y yo esperaba el momento perfecto para regalarle aquel anillo.

Capítulo 27

Cuando estábamos juntos

Once años antes
Octubre, 2011

—Te quiero.

Álex había detenido nuestro paseo frente a la fachada de la catedral solo para besarme. La luz anaranjada de la tarde le iluminaba el rostro sonriente y sus mechones oscuros oscilaban a causa del viento. La chaqueta —larga, negra y abierta— contrastaba con la camisa gris piedra y los vaqueros azules. Sus ojos, clavados en los míos, se derretían de amor, igual que el fuego funde el chocolate.

Sin duda, sabía cómo cambiarme el estado de ánimo. Un minuto antes, caminaba por la calle despotricando de mi día de mierda y, de pronto, tenía la certeza de que el mundo se podía ir al infierno. Lo único que necesitaba era que él me mirara igual que lo estaba haciendo en ese momento. ¿Qué más daba si odiaba mi trabajo y me sentía vacía ocho horas al día?

—Lena, no lo he dicho esperando una respuesta…, pero ¿vas a decir algo?

Alcé un solo hombro, haciéndome la interesante, y él curvó los labios en una sonrisa gamberra mientras deslizaba las manos por debajo de mi jersey.

—Bueno… —Contuve la risa—. Supongo que yo también te quiero.

—¿Supones? —Sus labios rozaron los míos, en una caricia que solo podía definirse como una provocación—. ¿A esto hemos llegado después de seis años juntos?

Casi siete, estuve a punto de replicar. En cambio, dije:

—Eso parece. —Álex me pellizcó en el costado y yo mantuve la pose—. Aunque tengo que confesarte que, cuando empezamos a salir, no creí que fuéramos a durar tanto.

Álex fingió sentirse ofendido y cerró los ojos con fuerza.

—Auch. Eso ha dolido.

Me reí por la nariz.

La verdad es que nuestro inicio había sido complicado. Amarlo era fácil; aceptar que ocultaba partes de sí mismo, no tanto.

Esa manía suya de callarse los problemas fue la responsable de la mayor parte de nuestras discusiones. La falta de dinero, la responsabilidad de ocuparse de Sergio, la ruptura definitiva con su padre… Todo se lo guardaba para sí mismo.

Hasta aquel día que Toni anunció que regresaba a la ciudad donde habíamos estudiado para vivir con Cata. Una noticia que desató nuestra peor crisis, al año y medio de noviazgo.

—Daniela ha decidido mudarse aquí con Gin, podrías venirte tú también —le sugerí esa noche en la cama. Su cuerpo, pegado al mío, se tensó al instante—. ¿Te parece muy pronto?

Tardó una eternidad en responder un «no sé» que sonó más a un «dejemos el tema» que a «lo pensaré».

Tras aquel breve intercambio, llegó un periodo de silencio y evitación que duró dos semanas y al que puse fin aquella tarde que fui a buscarlo a la salida del trabajo.

—No puedo mudarme, Lena —me soltó, después del beso más soso de la historia—. Significaría dejar a Beatriz sola con Sergio, y no voy a hacerlo hasta que se valga por sí mismo. No es justo pedirte que esperes.

La bronca que vino a continuación fue larga, y también el punto de inflexión que necesitábamos. Álex entendió que no me importaba retrasar nuestros planes, que lo que me dolía era su silencio, y yo que mi novio no iba a cambiar de un día para otro, que implicaría un proceso, mucha paciencia y empatía.

Y ahí estábamos, varios años después —tras muchas conversaciones difíciles y ganas de entendernos—, viviendo juntos en nuestro piso de grandes ventanales con techos altos. La convivencia era fácil, nos adorábamos y habíamos adoptado a un gatito. ¿Qué más podía pedir?

Un coche se detuvo en el semáforo más cercano con las ventanillas bajadas. «Princesas», de Pereza, sonaba a toda pastilla, y el ruido espantó a un par de palomas.

—Vaya, la situación es grave. —Álex me dio un cachete en el trasero—. ¿De verdad no vas a decirlo?

Rocé sus labios y sonreí.

—Te quiero, Álex. Eres mi persona favorita del mundo.

—Y tú la mía —susurró antes de volver a besarme—. Y ahora que este tema está aclarado… —su rostro se alejó lo suficiente como para tener una visión completa del mío—, ¿qué tal si aceptas mi propuesta de tomarte un tiempo? Con el nuevo trabajo en la empresa de renovables, podría mantenernos a los dos mientras averiguas cómo cumplir tu sueño.

Mi sueño.

¿Cómo era posible que lo recordara si solo me había atrevido a verbalizarlo una vez?

—Y sí, me refiero a esa cafetería con libros que imaginabas a los veinte. —La mirada cargada de amor de la que, minutos antes, aseguraba que no podría cansarme nunca, me resultó agobiante. Retrocedí un paso.

—Soy demasiado mayor para perder el tiempo con los sueños de una chiquilla.

Él soltó una carcajada.

—Lena, tenemos treinta. No somos tan mayores.

Entonces, fui yo la que se rio, con sarcasmo. Tonta de mí, creía que con treinta era toda una anciana.

Álex dejó escapar un silencioso suspiro y acercó sus labios a mi oído.

—¿Sabes lo que te diría mi madre? Que somos instantes, un ahora donde todo es posible.

El gesto y la frase me pusieron la carne de gallina.

Sus intenciones eran buenas, pero la realidad era otra. Montar una cafetería requería inversión, experiencia y enfrentarme a mis padres. Ellos jamás iban a entender que me dedicara a la hostelería después de pagarme una carrera universitaria y un máster.

Escondí la cara en su pecho. Álex comprendió que necesitaba pausar aquella conversación antes de que me sobrepasara.

—Mira. —Me señaló la entrada de la catedral. Levanté la vista. Un coche antiguo acababa de detenerse en la calle colindante y una chica vestida de novia salía de él con la ayuda de su padre—. ¿Te lo imaginas así?

—¿El qué?

—Nuestra boda. —Estudió mi reacción y su boca dibujó una tímida sonrisa—. Tal vez sea demasiado formal, ¿no? Nos pega más una boda pequeñita.

La tensión desapareció y decidí seguirle el juego. Era mucho más divertido hablar de sueños que podíamos cumplir que perder el tiempo con imposibles.

—Álex, ¿me estás proponiendo matrimonio?

—¿Quizás? —Alzó una sola ceja.

Lo miré muy seria.

—No pretenderás que te responda si ni siquiera lo tienes claro, ¿verdad?

Su sonrisa se amplió y mis labios respondieron curvándose hacia arriba.

—Puede que te esté sondeando.

—¿En serio? —Con mucho teatro, me llevé una mano al pecho—. Pues te responderé cuando estés seguro de lo que estás haciendo. Y si algún día te atreves a pedírmelo, más te vale tener un anillo.

Sus carcajadas nos hicieron vibrar a los dos.

—Por supuesto —respondió.

Pero nunca hubo anillo ni boda. Cinco meses después, ya no estábamos juntos.

Capítulo 28

Negación, qué típico

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Tras el paseo, me ducho y me pongo al día con algunos asuntos de la cafetería que Irene no puede solventar. Después, llamo a Paula, que alucina con mi vestido. Y, cuando cuelgo, todavía me sobra tiempo, así que pulso el botón de la videollamada y espero a que respondan…

Seamos honestos, los consejos que recibimos no son aleatorios si elegimos a la persona que nos los da. Hay amigos que te arropan, otros que te animan y alguno que otro que te mete caña. Si hubiera querido que me dieran un consejo brutalmente sincero, habría hablado con Cata. Si hubiera preferido que me dieran un toque, lo habría hecho con Gin. Sin embargo, estoy llamando a Toni, lo que debería darte una pista de lo que busco.

—Estaba esperándote —dice nada más aceptar la videollamada, sin un «hola» ni un «¿qué tal estás?». Está sentado en su sofá con una pose de lo más relajada y estudiada. Recto, con una pierna sobre la otra y el brazo extendido sobre el respaldo—. Has tardado… —Se da varios toques en la barbilla para hacerse el interesante en un gesto que mi hija ha copiado de él—. ¿Treinta y seis horas? Chica, es todo un récord.

Respondo con un bufido y dejo el móvil en el escritorio.

—Oye, qué guapa. —Mi amigo silba—. Ese vestido te queda de escándalo.

Pues sí, no voy a negarlo. Es mi *outfit* preferido para ir a las bodas. Corto, de escote asimétrico, drapeado y de un llamativo color calabaza. Es cómodo, me queda bien y soy muy fácil de localizar. Me doy una vuelta para que Toni me piropee un poco más y, cuando me canso, me planto ante la cámara, pongo los brazos en jarras y lo suelto:

—Anoche nos besamos.

—Vaya, vaya… Qué sorpresa —ironiza. Se incorpora del sofá y la cámara capta su movimiento hasta la cocina, donde deja el teléfono en la encimera y abre un armario para coger una taza—. Y me llamas a mí —se señala el pecho con un dedo, el muy teatrero—, para que te anime a dar rienda suelta a tu pasión, ¿verdad?

—Te llamo porque parece que estás muy interesado en mi vida.

—Negación, qué típico en ti. —Toni rellena la taza de agua y me da la espalda para meterla en el microondas. Después, da media vuelta y acerca su cara a la pantalla—. Vamos al grano, Lena, ¿quieres tirártelo o no?

Retiro la silla que hay bajo el escritorio y me siento con cuidado de no arrugar el vestido.

—Sí…, pero no.

Toni echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada al aire.

—¿Te preocupa que tu «coracoño» te la juegue?

—Ese término no existe. —Suspiro, exasperada.

Su microondas avisa con un «ding» y mi amigo se dirige hacia él mientras niega con la cabeza. Recoge la taza, incorpora la infusión y la deja reposar.

—Chica, dale una alegría a tu cuerpo y no lo pienses tanto. A nuestra edad, hay que disfrutar de lo que nos regala la vida.

Me lo merezco.

¿Estoy entrando en la fase dos? No, espera, ¿y las consecuencias?

—Pero, Toni, somos amigos.

—Dos amigos que se han comido la boca —me recuerda—. Sorpresa, esa línea imaginaria que no querías cruzar, ya la has cruzado. —Y el muy cabrito abre mucho los ojos para simular que, realmente, está sorprendido.

Ya has cruzado la línea, solo te falta rematar.

Apoyo los codos en el escritorio y le proporciono un primer plano de mi cara maquillada.

—Si me lío con él, caeré con todo el equipo. Ahora soy madre, ya no se trata solo de mí, ¿sabes? —Toni asiente, poco convencido—. No puedo tirármelo y, después, pasarme tres o cinco meses jodida. Tengo que cuidar de Paula y, para hacerlo bien, debo estar en perfectas condiciones.

Toni se lleva el móvil y la taza al salón y los deja sobre la mesita de centro. Se sienta con las piernas abiertas, apoya los brazos sobre ellas y se acerca al teléfono. No sé si está analizando la situación o creando tensión dramática, pero me está poniendo de los nervios.

—Di algo, Toni.

Él resopla y, cuando habla, su tono es mucho más suave:

—Estás dando por hecho que caerás en una espiral de amor.

—Me baso en hechos.

—No, te basas en el pasado. Siempre dices que ser madre te ha cambiado biológicamente, ¿qué pasa si esa mutación te hace ser más fuerte a los encantos de nuestro querido Álex? Eso no te lo habías planteado, ¿a que no? —Y me dedica una caída de ojos, muy de sabiondo.

—Pues no. Vaya teoría.

Ya lo veo presumir por un estudio que nunca escribirá: *La mutación de las madres*, por Antonio Laguna.

—No tengo ni puta idea de esos temas, ¿vale? Pero si tu objetivo principal en la vida es proteger a Paula, quizá ahora tu corazón esté donde debe de estar —se señala el pecho, como si no supiera dónde se localiza— y no en tu vagina. —Y aquí se ahorra lo de apuntarse a los bajos, menos mal—. Vamos, que lo mismo tu «coracoño» ha muerto. —Sonríe—. Que descanse en paz.

Me echo hacia atrás en la silla y me apoyo en el respaldo. A ver, es un planteamiento raro de cojones, pero igual tiene algo de razón. Ya no soy la misma y mis prioridades han cambiado. Antes, el amor de pareja era uno de mis objetivos vitales. Ahora, sin embargo, estoy centrada en mi hija y en mí.

—Además, no creo que Paula esté más contenta con una madre que no folla y que echa a perder oportunidades.

Aquí frunzo el ceño.

—A los niños no les preocupan esas cosas, no seas burro.

—Claro que no. Los hijos somos egoístas, pero nos influye ver a nuestros padres felices o tristones.

Eso es verdad. Mierda, ¿por qué tiene sentido?

—Entonces, ¿crees que soy capaz de tener sexo con Álex y no autodestruirme?

—Ay, Lena, siempre tan dramas… —Toni pone los ojos en blanco y apunta con un dedo a la pantalla—. Si no te sirve ninguno de mis estupendos argumentos, te regalo otro: ¿qué diferencia hay entre darle tantas vueltas y hacerlo de verdad? —Me deja un segundo para que responda, pero, como me quedo bloqueada, continúa con su discurso—: Es evidente que te mueres por follar con Álex. Hazlo y ya está. Si tiene alguna consecuencia, la afrontas y sigues. No vas a morirte por echar unos cuantos polvos.

Joder, estoy medio convencida, creo que acabo de traspasar la fase dos y la fase tres.

—Vale —digo tan bajito que no sé si lo escucha.

—¿Ves? No era tan difícil. Bienvenida al mundo del sexo sin compromiso. —Mi amigo me hace una reverencia y me dedica una sonrisa burlona, aunque su gesto cambia a uno más serio en cuestión de segundos—. Pero no te lances a lo loco, ¿vale? Ten cuidado y céntrate solo en el sexo.

No respondo, porque adivino lo que calla. No quiere verme sufrir. Igual que Gin.

El consejo de mi mejor amiga se reproduce en mi mente antes de que pueda detenerlo: «Cuando vuelva a aparecer ese cosquilleo, quiero que recuerdes cómo te sentiste cuando Álex se fue».

Joder, odio recordar ese día. Y no por la ruptura, precisamente.

Capítulo 29

El día que odio recordar

Diez años antes, el día de la ruptura definitiva
Marzo, 2012

Cuando hablamos de tomar una decisión, solemos decir que existen tantas opciones como nos atrevamos a imaginar. Sin embargo, en los duelos solo hay dos caminos: el largo y el corto. Ambos tienen el mismo destino, un lugar llamado Villa Aceptación, que comunica directamente con la Ciudad del Olvido. La única diferencia es que uno de ellos conlleva una dosis de sufrimiento mayor. ¿Adivinas cuál?

El día que Álex y yo rompimos, pude elegir cuál de ellos transitar. Y me equivoqué por completo.

Ahí estaba, sentada en el suelo del salón, aferrada al único jersey que había dejado en casa. Inhalaba su perfume y lloraba sin consuelo. Gin, a mi lado, me retiró el pelo de la cara y me ofreció un pañuelo.

—¿Sabes que nunca nos pusimos de acuerdo en qué día era nuestro aniversario? —Abracé mis piernas y apoyé la barbilla sobre ellas. Era incapaz de asimilar que Álex se hubiera ido de casa esa misma mañana.

«Es lo mejor», había dicho con la voz tan rota como lo estaba mi corazón, «queremos cosas distintas». Yo le había asegurado que lo único que quería era amarlo y que solo me importaba estar con él. No había servido de nada.

—Para mí —continué con la voz tomada—, era la fecha en la que me dio las cartas. Para Álex, el día de nuestra primera cita oficial.

—Por eso celebrabais los dos, ¿no? —Gin dejó la cabeza sobre mi hombro y Lisboa me dio un dulce cabezazo en el costado.

Asentí con la mirada perdida. Mis ojos se habían quedado atascados en la estantería del salón. En la tercera balda de la derecha, había una foto enmarcada donde Álex y yo nos besábamos con el puente 25 de abril de fondo, en nuestro viaje a Lisboa. A la misma altura, a la izquierda, nos reíamos mientras sujetábamos la llave de nuestro piso. Dos baldas más arriba, bailábamos en algún concierto y nos comíamos con los ojos. Y, sobre la cómoda, había cinco fotos más con versiones antiguas de lo que habíamos sido, imágenes que seguirían sonriendo, felices, hasta que lograra atreverme a quitarlas de allí y las guardara en un cajón.

Ambas nos quedamos en silencio. Ella, como más tarde admitiría, sin saber qué hacer o qué decir para que me sintiera mejor, y yo dándole vueltas a la misma pregunta: ¿cómo era posible que hubiéramos llegado a ese punto?

No lo entendía.

Unos meses atrás, bromeábamos sobre bodas y niños y, un día, sin motivo aparente, había comenzado a distanciarse.

Ocurrió en noviembre, pero empeoró al terminar el año, cuando tuve la brillante idea de proponerle que nos lanzáramos a la paternidad. Menudo chasco me llevé. Álex reaccionó igual que si le hubiera confesado que le había puesto los cuernos. Después, se cerró en banda y me fue apartando cada día un poquito más.

—Gin, dime la verdad. ¿Crees que está con otra persona?

—¿Álex? Joder, no.

—Lo mismo le gusta alguien —insistí. Los últimos meses nos habíamos distanciado tanto que no me habría sorprendido—. Rox, por ejemplo… ¿Sabías que había entrado a su empresa?

Gin frunció el ceño.

—No, no lo sabía… Pero que trabajen juntos no implica que haya pasado nada entre ellos.

—Podría haber ocurrido. Una cerveza después del curro, una conversación de cuando estaban juntos…

—Lena, no te hagas pajas mentales. —Me dio un beso en la mejilla y se incorporó—. ¿Quieres que te prepare otra tila?

No me dio tiempo a responder. Mi amiga se dirigió hacia la cocina y me dejó a solas con Lisboa, que maulló para llamar mi atención. Como buena esclava de mi gatuno, me senté a lo indio y le permití que se tumbara sobre mis piernas.

—¿Tú sabes algo? —Le acaricié detrás de la oreja y cerró sus grandes ojos verdes—. Ya, lo imaginaba. Pero seguro que estás de acuerdo conmigo en que Álex ha estado muy raro, ¿verdad?

Lisboa ronroneó y me lo tomé como un sí.

Si no había alguien más, me resultaba complicado entender nuestra ruptura. ¿Por unos hijos imaginarios que aún no teníamos? Era de lo más absurdo.

Gin regresó al salón con una taza humeante entre las manos.

—Por si cambias de opinión —se justificó al dejar la tila sobre la mesa de centro—. ¿En qué piensas?

Me encogí de hombros. Pensaba en todo y en nada al mismo tiempo. Los recuerdos bonitos de nuestra relación se reproducían en mi mente, como en un videoclip de la MTV, y se mezclaban con detalles que no terminaban de cuadrar. ¿Por qué sacaría el tema del matrimonio si no estaba preparado? ¿Por qué jugaría a buscar nombres para nuestros futuros hijos?

Rompí a llorar.

Aquella Lena no se veía capaz de superarlo, creía que no podría vivir sin el apoyo incondicional de Álex, sin sus distintas sonrisas ni sus mensajes telepáticos. Que nadie podría desafiarla como él ni leer sus estados de ánimo con tanta facilidad. Que era imposible que pudiera querer tanto a otra persona.

Aquella Lena estaba rota y tenía la maldita costumbre de poner el foco en los demás.

Gin se arrodilló y me abrazó con fuerza para calmar mi ataque de llanto.

—¿Y si está pasando por la crisis de los treinta? —sugirió.

Solté un bufido.

—Lo mataría. No lo perdonaría ni con un millón de tulipanes. —Mi amiga se separó unos centímetros y me miró ojiplática.

A pesar de la tristeza, dejé escapar una tibia carcajada.

—¿Has dicho «tulipanes»?

—Es una tontería nuestra.

Ni siquiera recordaba en qué película lo habíamos visto, solo que la protagonista recibía flores a modo de disculpa. Yo, muy indignada, le había advertido a Álex que, si alguna vez estaba en la misma situación, no me ablandaría con un simple ramo (y menos de rosas), y él había tomado nota de cuáles eran mis flores favoritas. Aunque nunca le había hecho falta recurrir a ese truco. El muy sinvergüenza, cuando metía la pata, solía decirme aquello de «Me confundes con otro» y a mí me hacía tanta gracia que se me olvidaba el motivo del enfado.

—Gin, ¿crees que volverá?

Ella dejó su frente sobre la mía.

—Él te quiere, pero no lo sé… Tal vez recapacite.

Al escuchar de boca de mi mejor amiga que veía factible que Álex se replanteara nuestra ruptura, dejé de llorar.

No hay nada que alimente más la esperanza que una duda compartida. Ni nada más peligroso para un corazón roto que ilusionarse con una reconciliación.

Estaba tan desesperada que preferí aferrarme a una mentira, en lugar de enfrentarme al hecho de que Álex no iba a volver. Elegí el camino largo. Un sendero que estuvo repleto de excusas, autoengaño y dolor.

«Terminará dándose cuenta de que me quiere», me decía. «Sé paciente». «Dale otra oportunidad». «No te rindas». «Esta vez será distinto». No me importaban las hostias ni el daño que me autoinfligía. Yo sola me metí en una cárcel emocional autoimpuesta, donde me aferré tanto a los recuerdos que olvidé mi propia vida. Y así me quedé, en un bucle sin salida, del que tardé cinco años en escapar.

Por eso odio recordar aquel día.

Coracoño peligroso

Gin, Cata, Tú

8 de octubre de 2022

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Toni
¡Noticias frescas, señoras!

¡Lena quiere echar un polvo con Álex!

Cata
Oh, qué sorpresa.

¡Nadie podría habérselo imaginado!

Toni
(Y ahora sí que muevo el rabo con alegría).

Gin
Uf, cállate, joder.

Hoy he tenido pesadillas con ese rabo.

¿Has hablado con ella?

Toni
Ahora mismito.

Y confieso que puede que la haya animado a hacerlo.

(Solo un poquito, eh, que ella lo está deseando).

Gin
¿Sabes que el otro día tuve que esconderme en el baño para convencerla de lo contrario?

A Dani le va a dar algo.

Si te tengo delante, te doy tal rodillazo en ese rabo alegre que no vuelves a catar varón.

Toni
Uy, chica, qué violenta.

Cata
Bueno, pues es oficial: el «coracoño» de Lena no tiene ni una oportunidad.

Toni
Discrepo.

Gin
Y yo espero (por tu bien) que Lena termine usando sus puñeteros dedos en lugar de caer con Álex.

Toni
Qué boca más sucia, Gin.

Y, aunque no me lo hayáis preguntado, tengo una teoría muy interesante de lo que va a ocurrir.

Cata
Cuenta.

Gin
No quiero ni oírla.

Capítulo 30

Puñetera estadística

Álex

Vietri sul Mare, octubre, 2022

—No es que me moleste, pero ¿vas a llamarme todos los días? Lo digo porque, si me avisas, te evito el espectáculo. —Me señalo el torso desnudo y mi sonrisa se esfuma en cuanto percibo que Daniela lleva su pijama de enfermera. Ella no suele usar el teléfono en el hospital—. Eh, ¿qué pasa?

Mi prima suspira por la nariz.

—¿Sabes que hay un par de grupos para cotillear sobre lo que está pasando en ese viaje?

Me aguanto la risa y acerco la cara a la pantalla.

—¿De verdad estás usando tu descanso para decirme que nuestros amigos son unos chismosos? Porque eso no es ninguna novedad. —Entrecierro los ojos y la observo. A su espalda, hay un cartel sobre el incremento de agresiones al personal sanitario y, en su rostro, ni rastro de una mísera sonrisita.

—Álex, hay apuestas sobre cuándo vais a liaros —continúa, ignorando mi comentario—. Y, por lo visto, hoy hay muchas posibilidades de que ocurra.

Ahora sí, me río.

—Ya sabes más que yo. —Dejo el móvil en la mesilla y alcanzo la camisa blanca de la percha.

—Lo que quiero decir es que uno de los dos se lo está planteando.

—¿Qué? —Me asomo. Solo me ha dado tiempo a meter un brazo en una manga—. Yo no —le aseguro.

Daniela chasquea la lengua.

—Lo sé. Por eso te llamo.

—Puedes hacerlo —me animo, a pesar de que la imagen que me devuelve el espejo es todo menos creíble.

¿Ves esa sonrisa que no puedo borrar? Es mi ego, que está por las nubes después de saber que Lena quiere acostarse conmigo. ¿El ligero temblor de mis manos? Nervios aderezados con anhelo. ¿La arruga de mi frente? Preocupación. ¿Y qué me dices de esos ojos tristes? Es la mirada de un tío que se siente culpable.

Mi móvil vibra sobre la encimera del baño e interrumpe mi intento de charla motivacional. Echo un vistazo a la pantalla flotante y compruebo que se trata de un mensaje de Fabrizio, que dice, literalmente, que adora a la *ragazza*.

Ya somos dos.

—Venga, Álex, concéntrate. —Me aliso la camisa con las manos y pruebo a hacerlo de nuevo con un poquito más de entusiasmo—. ¡Tú puedes!

Joder, qué pena doy.

Sería mucho más sencillo si tuviera que controlar mi deseo, no el suyo. También si la puñetera estadística no jugara en mi contra.

¿Cuántas veces he podido encontrarme en la misma situación? ¿Veinte? ¿Treinta? Y solo me he comportado como debía un ridículo cinco por ciento de ellas. Ni mi traslado a Suiza ni el regreso de Lena a la ciudad donde estudió lograron poner fin a ese juego en el que perdíamos los dos. Bastaba que coincidiéramos en un cumpleaños o en cualquier reunión de amigos para que todos nuestros avances saltaran por los aires.

—¿Podrías pensar en positivo? —me reprendo.

Inspiro hondo frente a mi reflejo y borro el rastro de la preocupación y de la culpa. *Eso es pasado*, me recuerdo. Ocurrió durante los cinco años posteriores a nuestra ruptura, no representa lo que somos ahora.

«Pero fue ella quien le puso fin», susurra una voz demasiado parecida a la de mi prima cabreada, no a la dulce Daniela que ha colgado sintiéndose culpable por meterse en mis asuntos.

Y es cierto, fue ella la que rompió el ciclo en otra boda, no yo. Ni siquiera pude hacer eso bien.

Pero ya te dije desde el principio que fui un gilipollas.

Capítulo 31

La otra boda

Álex

Tras la ruptura definitiva, cinco años antes
Mayo, 2017

Para un adicto, el momento más peligroso de su recuperación llega cuando cree haberlo superado. Esa falsa sensación de control es la responsable de que baje la guardia… y recaiga.

En mi caso, la recaída fue épica y ocurrió en la boda de Gin y Daniela.

Acudí con mis hermanos, convencido de que la historia con Lena era agua pasada. Al menos, había hecho todo lo posible para que así fuera. Vivíamos a más de mil trescientos kilómetros, coincidíamos pocas veces en nuestra ciudad natal y las conversaciones se habían reducido casi al mínimo. Y parecía que la estrategia funcionaba: ella había comenzado a salir con un tal Roger, mientras que yo mantenía una relación informal con Chiara.

Por fin habíamos pasado página.

Eso era lo que creía… hasta que la vi en la puerta del ayuntamiento. Mi pulso se detuvo y el estómago se me contrajo como si me hubieran dado un puñetazo. La sensación empeoró cuando descubrí que no venía sola. Su acompañante era un tipo atractivo —si te gustan los idiotas que se ponen gafas sin graduar

para parecer más listos— y llevaba puesta una sonrisita de suficiencia que se la podía haber metido por el mismísimo culo.

—Álex, ¿verdad? —El muy imbécil dio un paso al frente y me tendió la mano.

Se la estreché. Qué remedio.

—¿Gerard? —pregunté, aunque sabía que no era su nombre.

—Roger. —Su sonrisa se tensó mientras rodeaba la cintura de Lena. Un gesto para marcar territorio y una jugada que le salió fatal cuando ella se deshizo del agarre y se acercó para abrazarme.

—Tenía ganas de verte —me dijo al oído y, al instante, me pregunté por qué quería quedarme a vivir ahí.

Estaba tan descolocado que no recuerdo cuándo saludé a Toni y a Cata. Tampoco cómo subí las escaleras hasta la sala de ceremonias ni en qué momento entraron las novias. De pronto, me encontré sentado entre mis hermanos escuchando los votos. Perdido. Agobiado. Confuso.

Durante la comida, la situación no mejoró. A pesar de que Gin y Daniela se habían asegurado de que Lena y yo no compartiéramos mesa, era plenamente consciente de dónde se encontraba y qué hacía en todo momento. Cada vez que oía a Lena hablar o escuchaba su risa, sentía un pinchazo en el pecho, un recordatorio de lo que fue y no volvería a ser, una prueba de que, hiciera lo que hiciera, nunca lo superaría. Fue entonces cuando a Sergio le dio por interesarse por Chiara y, cuanto más preguntaba, más me daba cuenta de que era un mero entretenimiento, que no tenía nada que ver con…

—Sigues enamorado de ella —afirmó mi hermano. Levanté la vista del plato y le lancé una mirada de advertencia—. Lo siento, es una putada. Aunque podrías contarl…

—No.

—Álex, joder. —Soltó un resoplido—. ¿Entiendes que no puedo quedarme callado mientras haces el imbécil? No vives, no te abres, estás constantemente pensando en lo que podría pasar.

—Por favor, no puedo tener esta conversación contigo.

—Nunca quieres tenerla —respondió en un murmullo—. Solo deseo que seas feliz.

Y yo no fui capaz de decirle que deseaba lo mismo para él.

El baile tras la comida fue aún peor. Ver a Lena moverse mientras ese energúmeno arrimaba las caderas a su trasero fue repugnante, pero ser testigo de sus arrumacos fue demoledor. Nunca pensé que ver cómo otro tío besaba el hombro de mi exnovia me haría tambalearme. No un beso con lengua ni una metida de mano. No. Un puto beso en el hombro. Un gesto delicado que trasmitía intimidad y confianza y que, desde aquel día, se convertiría en una pesadilla recurrente.

Solo deseaba largarme.

Y eso hice, esconderme en la oscuridad del jardín. Lo que no imaginaba era que acabaría siendo testigo de una conversación que no debí escuchar.

—*Friendly reminder*: han pasado más de cinco años desde vuestra ruptura, debes superarlo de una vez. —Toni salió por la puerta de cristal. Tras él, Lena puso los ojos en blanco. De inmediato, me oculté detrás del tronco de una palmera—. Primero: no deberías haber venido con ese repelente para buscar una respuesta de tu ex. Y segundo (y más importante): si Álex quisiera estar contigo, estaría contigo. Así de simple. —Le ofreció un cigarrillo, que ella encendió.

—Para ti es fácil decirlo, no dejas que nadie se acerque lo suficiente como para sentir algo más que una atracción. Te los tiras y los olvidas, ¿no? No tienes ni idea de lo que es seguir enamorado de un ex.

Me asomé al tiempo de ver a Toni sonreír.

—Ilústrame.

Lena dio una larga calada.

No estaba preparado para lo que ella dijo a continuación.

Ni de lejos.

—Es como seguir bailando en plena pista cuando la música ha dejado de sonar. —Sus labios temblaron—. Es vivir a medias, de

recuerdos, de posibilidades que nunca tendrán opción a ser. Es comparar a los chicos que conoces con el que ya no está y que siempre acaben mal parados, porque ¿quién, en su sano juicio, cambiaría el sabor del mejor chocolate con leche por el de un dulce para diabéticos? Nadie, ¿verdad? —Esperó una respuesta hasta que Toni se atrevió a negar con la cabeza—. Es intentar asumir que debes seguir adelante y, de pronto, saber algo de él y que todo se venga abajo de nuevo. Es hacer una cuenta atrás de los días que faltan para que lo vuelvas a ver. Es tenerlo frente a ti, notar que todavía hay algo entre los dos e ilusionarte, aunque después te des una hostia de realidad, porque lo que tú esperas que pase, no pasa nunca. Es vivir en un jodido bucle, estar dentro de un laberinto en el que no encuentras la salida. En resumen: es una puta mierda, ¿de acuerdo?

Había puesto en palabras lo que yo no sabía expresar. Me sentí expuesto, sin coraza. Peor. Quería salir de la oscuridad y abrazarla.

Y quizá fue ese anhelo —esa necesidad repentina de dejar de esconderme— lo que provocó que, diez minutos después, me atreviera a hablar con ella.

Capítulo 32

La última vez

Álex

Tras la ruptura definitiva, cinco años antes
Mayo, 2017

No debí hacerlo.

Tendría que haberme quedado donde estaba y tragado las ganas, porque sabía lo que iba a ocurrir. Por supuesto que lo sabía. Y aun así, no pude detenerme.

Podría justificarme diciendo que no era capaz de pensar con claridad o que aún no estaba preparado para contarle por qué me había ido.

Serían excusas.

Simplemente, tomé el camino conocido porque la alternativa me aterraba. Ahora lo sé. No entonces, que esperé hasta que Lena se quedó sola, sentada en el bordillo del camino, sin zapatos y con el pelo revuelto.

—¿Qué haces fumando? —El crujido de la grava bajo mis pies amortiguó el sonido de sorpresa que emitió ella al ver que salía de entre las sombras.

—Necesitaba espacio —respondió con sinceridad—. Y Roger odia el tabaco.

Si Roger lo odiaba, no sería yo quien le dijera que era un hábito poco saludable. Me acerqué y me senté a su lado. Cerca, muy cerca,

lo bastante como para oler su perfume, pero no tanto como para tocarla. Ella me tendió el cigarro que sujetaba entre sus dedos. Yo le di una calada y me tragué la tos.

—Flojucho. —Lena soltó una dulce carcajada que me hizo sonreír.

—Un poco sí —reconocí. Al fin y al cabo, había quedado más que demostrado. Después de esconderme para evitarla, me encontraba justo a su lado—. ¿Desde cuándo fumas?

Lena frunció sus labios y quise entender que desde que salía con Roger.

—¿Me guardas un secreto? —Recuperó el pitillo y cogió su copa para apurar el contenido.

—Por supuesto.

—Por supuesto —me imitó—. Cada vez que lo dices, me dan ganas de…

Nuestros ojos conectaron y mi estúpido corazón se paró.

—¿De…?

Desvió la vista hacia el frente y reprimió un bufido.

—De decirte que hay más formas de responder. Podrías decir «claro», «vale» o un simple «sí».

—Por supuesto. —Lena me miró de reojo y muy mal—. ¿Cuál es ese secreto? —Recibí un manotazo en el hombro y me reí.

—Me gusta tu risa —afirmó, bajito.

—Eso no es un secreto, es de dominio público.

—Siempre me hace sonreír —continuó, haciendo caso omiso a mi broma.

—A mí me pasa lo mismo —confesé, tratando de que sonara como un comentario sin importancia.

«La mujer de verde», de Izal, comenzó a sonar al otro lado de la sala. Lena apagó la colilla y giró su cuerpo hacia el mío. Su pierna plegada rozaba el suelo y su pie descalzo estaba tan al alcance de mi mano que tuve que retener el instinto de masajearlo.

—Pensé que, si invitaba a Roger, estaría más protegida, pero ha sido un fracaso absoluto. —Analizó mi rostro para tratar de encontrar una reacción que no llegó a materializarse. Me había vuelto a dejar petrificado, sin aliento. ¿Cómo era posible que fuera tan valiente para expresar lo que sentía sin miedo? La admiraba, la quería aún

más por ello—. Olvídalo, la bebida está hablando por mí. —Agachó la cabeza y sus manos palparon el asfalto en busca del paquete de tabaco entre las sombras.

Debí ignorar sus palabras. Pero no lo hice.

Levanté su barbilla con los dedos, despacio. Ella se humedeció los labios y la luz que se colaba por el gran ventanal los tiñó de rosa. Qué difícil fue no mirarlos.

—Siento exactamente lo mismo.

Pasaron tres segundos. Uno para registrarlo. Otro para asimilarlo. Y en el tercero, Lena dejó de respirar y se aferró a mi camisa, dándome un permiso silencioso para que mi boca fuera al encuentro de la suya.

El beso fue urgente, loco, apasionado, y tuve la absurda sensación de que llevábamos media vida esperándolo.

—Vámonos —suplicó contra mis labios.

No supe decir que no.

No quería decir que no.

Pero debí hacerlo.

La noche fue larga y apenas dormimos. Fue perfecta. Intensa, desenfrenada, cómplice, cálida… Y bastó una sola mirada para que todo se desmoronara.

—Te quiero.

Abrí los ojos. Lena, acurrucada entre mis brazos, tenía la cabeza alzada y me miraba con esperanza. Quise decirle que yo también la quería, que no era capaz de olvidarla, pero me mantuve en silencio, porque era lo mejor para ella.

Eso me dije, al menos.

Su sonrisa se desvaneció y me odié por ello.

—Conozco esa mirada, Álex. Me sé de memoria la intensidad que transmite, la forma exacta en la que tus párpados se entrecierran y el ángulo de tus cejas. Por favor, no digas que ha sido un error.

Acaricié su espalda desnuda para tranquilizarla, aunque el gesto no pudiera arreglar lo que estaba a punto de romper.

—No quiero que nos hagamos daño —susurré mientras su cuerpo se tensaba bajo mi mano.

—¿De verdad? ¿Vas a hacer lo mismo de siempre? —No respondí. O no supe cómo hacerlo—. Es increíble. ¡Increíble! —Lena se deslizó por la cama hasta llegar al mismo borde. La sábana blanca resbaló por su piel cuando se incorporó, dándome la espalda—. Sé que tú también me quieres, puedo sentirlo, pero ¿sabes qué? —Me miró por encima del hombro—. Que tus sentimientos no importan si no sabes qué hacer con ellos. No puedo seguir queriendo a alguien que no está dispuesto a luchar por mí.

Mis manos temblaron. El terror me paralizó.

La vi yendo de un lado a otro de la habitación mientras recuperaba su ropa del suelo.

—Por favor, no te vayas —le supliqué.

Lena no respondió. El portazo fue su última palabra.

Capítulo 33

Si esto fuera una película

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Si esto fuera una película, sería la típica escena en la que el rostro de la protagonista aparece en primer plano y transmite esa seguridad de quien sabe que su vida está a punto de cambiar. La cámara se iría alejando y veríamos a una mujer empoderada y sexi saliendo del ascensor al ritmo de una canción de Beyoncé. Tiene un objetivo y se dirige hacia él con una determinación inquebrantable. Lo visualizas, ¿verdad?

Pues ahora imagina todo lo contrario. O sea, yo, cagada de miedo, dando pasitos cortos hacia el bar del hotel, donde Álex me espera, mientras trato de que el temblor de mis piernas no me haga caer al suelo de bruces. Vamos, que si mi particular paseo tuviera banda sonora sería la canción de Yurena, «A por ti».

Lo sé, no suena bien, pero, a veces, las decisiones que tomamos nos generan más miedos que certezas.

Traspaso las puertas del bar y localizo a Álex sentado en una pequeña mesa, la mar de guapo y sereno. Qué bien le quedan el traje oscuro y la camisa blanca.

Venga, Lena, es hora de sacudirse las inseguridades. Me he liado con Álex mil veces. ¿Qué importa si no recuerdo la última vez que llevé la iniciativa? ¿Qué más da si no ha visto los cambios que ha realizado mi cuerpo tras la maternidad? Somos Álex y yo. Solo debo relajarme y dejarme llevar para que fluya la energía que hay entre nosotros.

Me dirijo hacia él y, cuando levanta la vista y me mira, siento el cosquilleo. Esta vez no hago nada por detenerlo, permito que se extienda y me traspase entera. Voy a recrearme en cada puñetera sensación.

—Álex, si sigues mirándome así, voy a pensar que quieres comerme. —Le guiño el ojo con descaro.

El movimiento de su nuez lo delata. Se ha puesto nervioso. Se incorpora con torpeza, se acerca y besa mi mejilla.

—No puedo hablar —confiesa.

Le doy un repaso de arriba abajo, sin prisa, y termino en sus ojos, que transmiten un deseo contenido. Álex enarca una ceja y yo le devuelvo una sonrisa enigmática.

—Joder, Lena. —Suelta un resoplido y su mano vuela hacia el cuello de su camisa, del que tira como si necesitara aire.

Vale, lo ha pillado.

—¿Vamos? —Entrelazo mi brazo con el suyo y alzo la cara en su dirección—. ¿Puedes andar?

Álex respira hondo y me mira de reojo.

—No las tengo todas conmigo.

Me río y tiro de él. Sé que lo intuye, pero hoy será el día en el que volvamos a echar un polvo.

Entramos al jardín del hotel y la decoración me deja con la boca abierta. No debía de ser suficiente con los limoneros, las vistas al mar y las pérgolas de madera cubiertas de buganvillas, porque han colocado detalles monísimos por todas partes. Por ejemplo, el carro de madera antiguo decorado con margaritas donde se encuentran las bebidas. O el rincón *vintage* del horno decorado con cerámicas de colores, donde un cocinero prepara pizzas.

Aprieto el brazo de Álex, emocionada, y él se ríe con suavidad.

Hay gente por todas partes. Varios grupos se encuentran en la terraza, otros pululan alrededor de la comida y la mayoría están posicionándose en las mesas altas desperdigadas por el jardín. Los

únicos que faltan son los novios, que están celebrando un enlace íntimo, aunque no tardarán en llegar.

—¿Vamos a por un Aperol Spritz y después comemos algo? —No sé para qué pregunto si ya estoy empujándolo en la dirección que me interesa.

—Cuidado, Lena, que los italianos son muy bestias a la hora de comer.

—No será para tanto. —Suelto su brazo, esquivo a un par de parejas y me acerco al carrito de las bebidas. Cojo dos copas anaranjadas y me giro. Álex me ha seguido y se encuentra a medio metro. Le ofrezco su bebida y alzo el brazo para brindar con él—. Por que este día sea inolvidable. —Su copa choca con la mía y ambos bebemos. Él, un pequeño sorbo; yo, un señor trago.

—Lena… —Sus ojos terminan la frase que no se atreve a verbalizar. «Acuérdate de lo que pasó anoche».

Doy un paso hacia él y poso mi mano sobre su pecho.

—No pienso contenerme. ¿Y tú?

Juro que noto cómo se le acelera el corazón y su respiración se agita. Esto va muy requetebién. Es evidente que este hombre quiere lo mismo que yo.

Álex deja escapar un suave resoplido y da un paso atrás.

—¿Vamos a por una pizza? —A pesar de que quiero algo muy diferente, la pregunta me deja tan cortada que ni respondo—. ¿No querías comer?

Álex extiende el brazo y me ofrece su mano. Me agarro a ella y, juntos, cruzamos el jardín hacia el pequeño horno, donde nos damos de bruces con su jefe y sus compañeros de trabajo.

Mierda.

—Eh, *non sapevo dove*… —No pillo más de lo que dice Mauro. Aun así, entiendo que nos estaban buscando.

—Necesitábamos un poco de intimidad. —Álex suelta mi mano y me rodea con el brazo.

Aprovecho el movimiento y me apretujo contra su cuerpo, lo que le confunde un pelín. Mi estrategia es clara: matar dos pájaros de un tiro.

—Lo veo tan poco… —Me pongo de puntillas y lo beso en la mandíbula. Álex entrecierra los ojos una milésima de segundo y después me sigue el juego, aunque, en vez de darme un beso sexi, elige besarme la frente. ¿En serio? En fin, no puedo arrugarme ahora—. Lo tengo medio convencido para que se mude conmigo a España. ¿Verdad, *cariñito*?

Como esperaba, Mauro se tensa.

—Verdad, *amor*. —Álex me sonríe con los labios apretados, tratando de contener la carcajada que le vibra en el pecho.

—*Ma la Svizzera è molto bella.* —El italiano mueve las manos con entusiasmo mientras sus otros dos empleados asienten. Y esto es todo lo que pillo de un monólogo eterno sobre las ventajas de vivir en el país de Heidi.

Con sigilo, me acerco a la barra para coger dos porciones.

—¿Y Silvi? —pregunto.

Ipso facto, recibo una mirada asesina del italiano. Mauro responde en itañol que su novia se ha ido a dar una vuelta. No me extraña, querrá perderlo de vista. Y por la cara de aburrimiento de Álex, diría que él también.

—*Cariñito*, me encantaría hacerme unas fotos allí. —Y apunto con el dedo a la zona más alejada del jardín, ignorando al gruñón de Mauro, que a estas alturas debe de querer cortarme en pedacitos. Me da igual, a mí el único que me interesa es mi falso novio, que me regala una mirada agradecida y se despide a toda prisa de sus compañeros.

—Te debo una. —Álex choca su copa con la mía en cuanto estamos unos metros más allá del grupo.

—Y me la pienso cobrar —respondo.

En carnes, a poder ser.

Devoramos nuestras pizzas en una mesa alta, bajo un limonero, mientras nos reímos de las caras de su jefe. Le hago ojitos, le toqueteo el brazo y aplico todos los trucos de lenguaje no verbal que

me ha enseñado Instagram. Sin embargo, Álex, en lugar de seguirme el coqueteo, desvía la mirada, se ríe con nerviosismo y hace respiraciones profundas.

—Voy a por otra ronda si prometes tomártelo con calma. —Señala nuestras copas vacías y le respondo con una mirada que pretende ser seductora.

Él, más que irse…, huye. Empiezo a mosquearme. ¿Qué hago mal? ¿Estoy tirándole los trastos muy a saco?

—¡Lena! —Silvi aparece tras un grupo y agita la mano. Lleva un precioso vestido largo de color amarillo limón que combina estupendamente con el mío, color calabaza. Vamos, es que podríamos ser la versión humana de Epi y Blas—. Uy, menos mal que te encuentro, ya no sabía dónde meterme —dice en cuanto llega hasta mí. De verdad, vernos juntas debe de ser como ver un chaleco reflectante—. ¿Te importa si me quedo contigo y con… ¿Dónde está Álex?

—Imagino que… —Estiro el brazo, cierro un ojo y señalo con el dedo, igualito que si fuera una francotiradora, hasta que lo localizo —. Ahí, en el carro de madera, tratando de hacerse con un par de copas.

Álex adivina que está siendo observado y se gira hacia nosotras. En cuanto distingue a Silvi, alza la mano para saludarla y juraría que suspira con alivio.

Vale, lo he pillado. Lo estoy acojonando.

—¡Tu novio es tan cuqui! —Silvi suelta un suspirito y baja la voz —. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Asiento, convencida de que no será nada importante, y ella se recoloca un mechón de pelo rubio tras la oreja—. Estáis tan bien juntos que no entiendo por qué rompisteis. ¿Quién lo decidió?

El grupo de amigos que tenemos en la mesa de al lado estalla en carcajadas, proporcionándome unos preciosos segundos para reaccionar. Sin embargo, los desaprovecho cuando repito como una boba:

—¿Que quién…? —Mierda. Con todo el tiempo que hemos tenido y no hemos solucionado esa pequeña laguna en nuestra historia de

ficción. Espera, ¿no decía Álex que era más creíble una mentira combinada con la verdad?—. Él.

—¿Y cómo fue? —Silvi apoya el brazo sobre la mesa alta para crear una falsa sensación de intimidad.

Dicen que cuando mientes, tus ojos se desvían hacia la derecha. ¿O era a la izquierda? Los míos se deslizan hacia el horizonte, a la línea donde el cielo y el mar se unen, esperando el milagro de que la naturaleza pueda darme las respuestas.

Mira, a tomar por saco. Voy a decir la verdad.

—Teníamos muchos planes. —Imito su postura y me llevo una mano a la boca, igual que cuando era una cría y quería contarle un secreto a Gin—. Queríamos comprarnos una casa, casarnos y tener hijos, pero nuestros tiempos no coincidieron. A mí me traicionó el reloj biológico y él no estaba preparado.

Los recuerdos me la juegan y me traslado a aquel momento. Su comportamiento distante y la angustia. Mi ansiedad por no ser capaz de llegar hasta él. El miedo a perderlo. El dolor cuando decidió que no podíamos seguir así.

—No lo entiendo. —Las palabras de Silvi me devuelven al presente. Y menos mal, de verdad que odio recordar nuestra ruptura —. ¿Y qué tuvo que ver la distancia?

Ay, joder, si es que yo no sé mentir.

—Vivíamos en ciudades diferentes —me invento a toda prisa y, antes de que siga indagando, le pregunto—: Y a ti, ¿qué te pasa con Mauro?

La sonrisa de Silvi se desvanece y sus labios tiemblan. Al percatarme de que está a punto de echarse a llorar, extiendo los brazos para ofrecerle consuelo. El problema es que ella acepta, y lo hace con tanto entusiasmo… que termino con la cabeza entre sus tetas.

Vaya, este no era el tipo de contacto que esperaba tener esta noche.

Silvi llora y yo la dejo, porque soy de las que piensan que la tristeza es mejor sentirla que retenerla.

Cuando mi joven amiga se calma y consigo separarme lo suficiente como para respirar, le pregunto:

—¿Qué ha pasado con Mauro?

—Que es imbécil. —Se limpia las lágrimas con delicadeza.

Mira, ahí estamos las dos de acuerdo.

Álex llega justo para escuchar la última frase y sus cejas salen disparadas hacia arriba.

—Esto se queda aquí, ¿sí? No puedo con él. Os lo juro, está insoportable.

—Sí, está más gruñón que de costumbre. —Álex le ofrece su copa a Silvi y se coloca a mi lado.

—Os lo voy a contar, pero, por favor, no os enfadéis. —Inspira hondo y exhala, despacio—: Chicos, Mauro está un pelín obsesionado con vosotros. Dice que no le cuadra que estéis juntos, que todo es mentira. Yo le digo que solo hay que ver cómo os miráis y, al final, terminamos peleados.

Los hombros de Álex se hunden y realiza una mueca. No hay que ser muy lista para adivinar que se siente culpable.

—Mauro está preocupado por si Álex deja la empresa —le explico a la rubia—. Y supongo que esa preocupación lo ha llevado a comportarse como un gruñón. Pero ¿sabéis qué? Que nadie tiene derecho a que sus emociones amarguen a los demás. —Silvi emite un ruidito de conformidad y Álex se endereza—. Vamos a brindar, que aún queda mucha boda.

Tomamos otra copa antes de que lleguen los novios. Y una más mientras ellos se pasean saludando a los invitados. Por las veces que he ido al baño, deduzco que empiezo a ir un poco tocada (aunque la risa tonta también me da una pista). Hemos probado toda clase de olivas (riquísimas), embutidos de la zona (espectaculares) y quesos (un poco fuertes para mi gusto). Ni una porción de pizza más. Silvi es la encargada de vigilar la posición de Mauro y afirma que no se ha movido del sitio.

Con la llegada de los recién casados, han aparecido camareros con bandejas que se pasean por el jardín con nuevas delicias.

Mozzarela, tartar de atún al limón, berenjenas a la parmesana, mejillones gratinados…

—*Oh, my god*, empiezo a estar llena. —Silvi acaricia su vientre plano y suelto una carcajada seca de incredulidad—. Has comido tres bocaditos.

—No como nosotros —Álex palmea su tripa inexistente y la curiosidad guía mi mano, que se posa en ella, y compruebo que la zona está dura como una piedra. Mi falso novio retiene la respiración y yo levanto la mirada, centímetro a centímetro, recreándome en su cuerpo hasta llegar a sus ojos oscuros, que se funden con los míos.

—Voy a por… —Silvi se marcha a toda prisa.

Álex alza la mano hacia mi mejilla y su pulgar me acaricia con suavidad.

—Lena, no deberíamos beber más. —Cierro los ojos y ladeo la cabeza para disfrutar del contacto de su piel contra la mía. Definitivamente, el alcohol me está afectando. Debería decirle que tiene razón, disculparme por toquetearlo y…—. Por favor —me suplica. Sus labios están tan cerca que rozan los míos en un suave beso—. No me provoques más, quiero hacerlo bien.

Abro los ojos y distingo en los suyos el tormento tras el deseo. Es hora de aceptarlo: no va a ocurrir. Álex no quiere herirme ni estropear nuestra amistad. Retrocedo un paso. Su mano sigue anclada en mi mejilla y se niega a dejar de tocarme.

—No te provocaré, lo prometo. —Me obligo a sonreír.

Si esto fuera una película, la cámara captaría la sonrisa que no llega a los ojos de la protagonista y la música subiría de volumen para darle más dramatismo a la escena. Sin embargo, esto es la vida real y por nada del mundo desearía que este hombre se sintiera culpable por no ir más allá.

—Tu jefe nos está mirando. —Subo y bajo las cejas con un entusiasmo que no siento.

Álex localiza a Mauro entre la multitud. La sonrisa que me devuelve es tan de mentira como la mía. Lo sé por sus ojos, que hablan en un lenguaje al que le he dedicado años de estudio.

Capítulo 34

El banquete romano

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Las bodas italianas son muy parecidas a los banquetes de los antiguos romanos. Los platos se suceden, uno tras otro, en una tortura gastronómica a la que es imposible resistirse. Hasta el momento, hemos comido cuatro variedades de pasta, dos pescados, dos carnes y estamos esperando los postres.

Juro que estoy a puntito de tirarme al suelo de rodillas, alzar mis brazos al cielo y suplicar clemencia. Y lo haría…, si no supiera que el peso de mi barriga me haría volcar en el suelo.

Al menos, la comida me ha distraído de mi pobre intento de seducción con Álex, al que tengo sentado en frente y no deja de lanzarme miraditas. «¿Estás bien?», parece preguntarme con esos ojos casi negros desde el otro lado de la alargada y ancha mesa.

Y sí, lo estoy. Quería sexo y no podré tenerlo. Puedo vivir con ello. He sentido la frustración, la he aceptado y la he dejado ir. Ya era hora de que me comportara como una adulta y no como una señora que está viviendo su segunda juventud. Otra historia es la vergüenza que siento, pero dame tiempo.

Silvi, a mi lado, lleva un rato divagando sobre la mejor forma de poner fin a su relación con Mauro. Lo hace con total libertad, ya que el susodicho está sentado un par de puestos a nuestra izquierda.

—¿Cuándo se lo digo?

—¿No habías decidido hacerlo en el aeropuerto?

—Sí, para evitar una pelea y el polvo de despedida. Los polvos de despedida son muy peligrosos, Lena. —Su mirada se pierde en el vacío, levanta una ceja y sus labios se entreabren—. Uy, no debería estar pensando en esto, ¿verdad?

Hago una mueca y doy un trago a mi copa de vino. No soy la mejor persona para hablar de polvos, y menos de polvos de despedida. He tenido tantos en mi vida que llegaron a convertirse en un mal vicio del que no podía desprenderme.

—Romper una relación no es fácil, Silvi, y dejar marchar a alguien a quien has querido, a veces, parece una tarea imposible. —Sin pretenderlo, mis ojos se deslizan hacia Álex, que intenta entenderse en itañol con un primo de Fabrizio, un movimiento que no le pasa desapercibido a la rubia.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Miro hacia arriba, arrugo la frente y finjo que hago memoria, cuando, en realidad, estoy tratando de recordar qué narices dijimos en la cena de Cetara.

¿Noviazgo en la veintena?

—Dos años —miento, a pesar de que me encantaría decirle la verdad, que nuestra primera relación duró seis meses; la segunda, siete años, y la etapa de recaídas intermitentes, una maldita eternidad.

Las perfectas cejas depiladas de Silvi se elevan y sus ojos se abren con sorpresa.

—¿Dos años? *Oh my God* —vocaliza en un susurro—. Eso suena superserio. Ahora entiendo que pensarais en casaros. —Inclino la cabeza, en un gesto que podría traducirse como un «ya ves», y doy otro sorbito al vino. Una sonrisa lenta se extiende por el rostro de la rubia—. Y ahora que volvéis a estar juntos…, ¿vais a retomarlo donde lo dejasteis?

Casi estoy a punto de responderle que ojalá lo retomáramos donde lo dejamos, en aquella habitación de hotel, aunque, esta vez, a poder ser, sin dramas que enturbiaran el encuentro.

—Iremos despacio, Silvi.

—¿Despacio? Pero si Álex está dispuesto a abandonar todo para irse contigo. ¡Es de cuento! ¡O de comedia romántica!

Curvo mis labios hacia arriba e interpreto, una vez más, el papel de mi vida, el de novia afortunada.

—¿Verdad? Es tan bonito que no parece real.

Tras los dos postres, los novios cortan la tarta mientras unos preciosos fuegos artificiales iluminan el cielo. A lo tonto, son más de las seis de la tarde y ya ha oscurecido. El jardín está iluminado por velas y farolillos, colocados aquí y allá, y la luna brilla cerca del mar.

Aprovecho la ausencia de Silvi, que ha hecho una escapadita al baño, para revisar mi teléfono. Uli me ha mandado varios vídeos de Paula y el grupo de «Polvos amalfitanos» tiene unos cuarenta mensajes comentando las fotos de la boda. Gin dice que Álex con traje es jodidamente peligroso y Toni le responde que la peligrosa soy yo, incluyendo un emoji con la boca cerrada con una cremallera. Cómo le gusta el salseo a este hombre. Cata, por su parte, huye de este tipo de comentarios y, después de afirmar que los dos estamos muy guapos, añade que las bodas son una costumbre antigua basada en la idea de pertenencia. Si no lo dice, revienta. Mientras que Daniela se mantiene en un perfil bajo y solo envía corazones para demostrar que sigue viva.

—Te dije que los italianos eran unos brutos con la comida. —La voz de Álex al otro lado de la mesa me hace levantar la vista. Ha estado pendiente de mí todo el tiempo, aunque los más de dos metros de distancia entre nosotros y el alboroto han impedido que habláramos. El pobre ha tenido que gritar para hacerse oír por encima de tanto ruido—. ¿Estás muy llena?

Pongo las manos alrededor de mi boca para que actúen de altavoz y elevo el volumen:

—¡Embarazada de tres meses! —Y como tengo algún tipo de imán para estas situaciones, todo el mundo se queda en silencio cuando voceo.

—*Cazzo!* —Este es Mauro, que acompaña el insulto con un golpe sobre la mesa.

Álex esconde la cara entre las manos y sus hombros se agitan. Se está descojonando. Yo me río, pero por no llorar. Y la señora que tengo a mi lado, que lleva toda la tarde dándome codazos para que coma, me toca la abultada tripa con descaro.

—*Bambina* —dictamina.

Las escandalosas risotadas de mi exnovio desvían la atención de mi persona durante un segundo.

—*Bambina* no. —Me apunto a la tripa y hago el gesto de negación con el dedo.

—*Bambino?*

Joder.

—Yo *manjare molto*. —Le escenifico que me llevo un trozo de comida invisible a la boca. La mujer entrecierra los ojos y me retira el vino. Pues qué bien.

El mamón de mi ex se está ahogando en su propia risa. Le tiro un trocito de pan (que le roza el pelo), un corcho (que le da en el pecho) y hasta mi servilleta hecha una bola (que le da en la cara). Al final, no me queda más remedio que rendirme a sus carcajadas y reírme con él. Armamos tal escándalo que el novio se acerca a cotillear.

—¿La *ragazza* y su chico han comido bien? —Fabrizio palmea la espalda de Álex con una amplia sonrisa. Apenas lo conozco, pero me atrevería a decir que el brillo de sus ojos se debe a que esta situación le hace mucha gracia.

—Demasiado —respondo.

Álex trata de contener una última risotada y Fabrizio desliza la vista hacia mi tripa.

—*Congratulazioni per la tua gravidanza*.

Álex gira el cuello hacia su amigo, perplejo, y yo tardo dos segundos en darme cuenta de que me ha dado la enhorabuena por el embarazo en italiano.

En italiano. Él sabe hablar español.

Miro de reojo hacia donde está situado Mauro y, después, centro mi atención en Fabrizio. Todo en él parece animarme a que le siga el juego.

—Gracias, estamos muy ilusionados.

Las cejas de mi ex se alzan y me lanza una mirada interrogativa. «¿Qué estás haciendo?», parece decir. En respuesta, sonrío y poso la mano sobre mi vientre abultado. «Conseguirte el aumento, *peluchín*».

—Me imagino que querréis un recuerdo de este bonito momento. —Fabrizio extrae su móvil del esmoquin y trastea con él. Al segundo, suena un «bip bip» en el teléfono de Álex que, al ver la notificación, se lleva una mano a la frente.

—¿De verdad acabas de enviar un vídeo al grupo del trabajo? ¿Quieres provocarle un infarto?

Fabrizio sonríe con malicia y se encoge de hombros.

—Un embarazo es una feliz noticia. —Me guiña el ojo e inicia un aplauso, que crece de intensidad hasta que la boda al completo nos ovaciona.

Misión cumplida.

Dos cafés, una visita al baño y un *limoncello* después, el banquete infernal finaliza y los novios inician el baile en el salón interior con «*Vivo per lei*», de Andrea Bocelli. Como es habitual, los invitados rodeamos a la feliz pareja y disfrutamos del espectáculo.

—Mauro me ha interceptado en el aseo. —Álex, a mi derecha, posa su palma en mi espalda y acerca su boca a mi oído—. Me ha ofrecido el doble.

—Nos vendrá bien. —Me acaricio la tripa con mucho teatro y le miro de reojo. Sonríe.

—Le he dicho que no.

—¿Qué? ¿No es lo que esperabas? —Me alejo para ver su cara, que refleja que es mucho más de lo que creía—. ¿Entonces?

—Si le digo que sí, se acabaría la diversión. —Le doy un sueve codazo y él se ríe—. No, no es eso. Le he estado dando muchas vueltas desde esta mañana y no quiero aceptar el aumento si eso significa retrasar más mi vuelta. —Me sorprendo tanto que paso del baile y giro mi cuerpo hacia el suyo. Con el movimiento, su brazo

resbala y ancla la mano en mi cadera—. Tenías razón, Lena, he estado tan centrado en el trabajo que no he disfrutado como debía. Si antes de este viaje lo tenía claro, ahora más.

Quiero decirle que me alegra que haya tomado esa decisión, que quiero que sea feliz y también preguntarle qué ha cambiado para que acelere sus planes. En cambio, lo que hago es achucharlo porque, por alguna extraña razón, las palabras no me parecen suficientes para expresarle lo que siento.

—Me he reído más en estos días que en el último año —dice, y adivina una vez más qué estoy pensando—. No quiero volver a renunciar a eso.

Me separo y levanto la cara en busca de la suya. Necesito saber a qué se refiere con «eso», pero la balada termina y comienza a sonar una melodía italiana tradicional que hace enloquecer a todo el mundo.

—¿Qué…?

—La tarantela. —Es lo único que puede explicar Álex antes de que una señora tire de su brazo y se lo lleve.

No me da tiempo a retirarme. Un hombre de mi edad enlaza su brazo con el mío y es imposible seguirle el ritmo. Saltitos, giros, palmas y mucho brazo arriba. Lo intento, claro, aunque más que bailar, me da la sensación de que estoy aplastando uvas mientras saludo.

Tras muchas vueltas y un par de intercambios de pareja, me reencuentro con Álex. Ambos estamos despeinados, con el corazón acelerado y una amplia sonrisa en la boca.

—¿Y Silvi? —Busco entre la gente y no la localizo. La pista está llena, la música tradicional ha sido sustituida por la comercial y los invitados se mueven con ganas—. Hace rato que no la veo, ¿y tú? —Álex pone cara de circunstancias y se toquetea el pelo.

—Estaba con Mauro, en el baño.

—¿Discutiendo?

La sonrisilla que veo a través de los mechones de pelo desordenados me dice que no.

—Diría que estaban haciendo justo lo contrario.

Ambos exhalamos al mismo tiempo.

—Polvo de despedida —decimos a la vez.

Un par de niños pasan corriendo entre nosotros y se colocan en el centro de la pista, junto a los novios. Fabrizio y Giuglia los cogen en brazos y bailan con ellos.

—En fin… —Me plancho el vestido con las manos mientras Álex me ayuda a peinarme como puede—. ¿Y ahora qué hacemos?

Mi ex me mira con ternura.

—¿Nos tomamos una copa y celebramos mi gran decisión?

—¿Don «no deberíamos beber más» me está incitando a tomar más alcohol?

—Solo si tu falso embarazo te lo permite, claro. —Me ofrece su brazo y me cuelgo de él—. Una copa —puntualiza—. Y por tu estado me temo que tendrás que beber a escondidas.

Pero no tomamos una copa, sino tres, lo que explica que, una hora después, ni Álex ni yo nos estemos portando bien.

Capítulo 35

Adiós, control

Álex

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Dicen que el ser humano es el único animal que tropieza con la misma piedra una y otra vez. La mía tiene nombre de mujer y ha prometido portarse bien, pero me provoca sin pretenderlo. Cuando sonríe, cuando me reta, cuando roza mi piel o cuando me mira justo como lo está haciendo ahora, como si fuera capaz de leer mis pensamientos.

Y, a veces, puede.

Por eso desvío la vista hacia el centro de la pista de baile. Suena «*Sarà perché ti amo*», de Ricchi e Poveri, y Fabrizio salta con Giulia mientras ríe como pocas veces le he visto hacerlo.

Me apoyo en la barra y sonrío. Puede que esta sea la primera boda en años en la que no me pongo en plan melancólico. En parte, se debe a la misma mujer a la que estoy evitando mirar, pero también a que he recuperado la esperanza de que puedo ser feliz.

—Me estás emborrachando. —Lena apoya la cabeza sobre mi brazo y sus ojos buscan los míos.

—¿Yo? —Finjo indignarme y me apunto con el dedo—. Eres tú la que pides *gin-tonics* como si no hubiera un mañana.

—Son «agua con gas», y la idea ha sido tuya.

—La primera copa ha sido idea mía —la corrijo—. Las otras dos forman parte de tu estrategia para atontarme.

A Lena se le escapa una risita y aprovecho para recordarme que no debería beber más, podría hacer una tontería en cualquier momento.

—¿Bailamos? —Sube y baja las cejas, en un gesto que sugiere que es una propuesta peligrosa.

En cierto modo, lo es.

—¿Será bueno para el *bambino*?

—Es fuerte, ha sobrevivido al alcohol y a la tarantela —me asegura.

Contengo una carcajada. ¿He dicho ya que adoro a esta mujer? No hay nadie en este planeta que me haga reír más que ella.

—No me convences.

—Antes eras más divertido —me pica.

—Y más joven. —Apuro mi copa y ella finge un suspirito.

—¿Sabes? Tienes razón, todos cambiamos. —Me lanza una mirada vacilona.

—¿Me estás desafiando?

Lena levanta un solo hombro.

—Puede.

Me da un empujón. Luego, otro. Hasta que acepto a regañadientes y me dejo llevar hasta la pista de baile, donde comienza a moverse de esa forma tan suya. Libre, sin complejos. Tan pronto hace el payaso como se contonea igual que una diosa. Y este era el motivo por el que no quería bailar. Porque, si Lena me atonta con su sola presencia, cuando baila, mi cuerpo entero cosquillea.

Antes de que me meta en un lío, Fabrizio acude al rescate y me obliga a bailar el vals con él.

Los móviles en alto nos rodean y graban el momento. Mi amigo está encantado, Lena se muere de risa y yo… me dejo llevar.

Cuando el novio da por finalizada la gracia, nos abandona. Aunque, antes de irse, me hace un gesto italiano con la mano, que entiendo como: «haz algo de una vez».

Lena gira, levanta los brazos y da palmas. Yo orbito a su alrededor, imito sus pasos e intento, por todos los medios, no caer en su embrujo. He estado controlándome durante todo el día, no debería ser tan difícil… Y, sin embargo, lo es.

Mis manos vuelan hacia su cintura. Lena se ríe, cierra los ojos y agita la cabeza de un lado a otro, al ritmo de la música. Mis caderas buscan su roce y se mueven sin permiso. Ella se restriega contra mí y pasa un brazo alrededor de mi cuello.

«Despacio, Álex», insiste una vocecita que cada vez escucho a un volumen más bajo.

Con toda mi fuerza de voluntad, me separo de su cuerpo y la hago girar. Necesito espacio, oxígeno y un puto milagro, pero no obtengo ninguna de las tres cosas. Lena regresa como un bumerán y su pecho impacta contra el mío. Por instinto, miro hacia abajo y ella me guiña el ojo.

Adiós, control.

Mis brazos la envuelven y la distancia entre nosotros desaparece. Me sobra ropa, gente y la conciencia.

Lena alza la cara y nuestros ojos conectan. Los suyos transmiten un anhelo que trata de mantener a raya. Los míos se deslizan hacia su boca.

Un cosquilleo lleno de anticipación me atraviesa de pies a cabeza. La respuesta me sorprende, aunque no debería, hace tiempo que sé que hay ciertas reacciones de mi cuerpo que solo le pertenecen a ella.

No puedo pensar. Tampoco quiero hacerlo.

Mi mano asciende por su espalda y se acomoda en su nuca. Ella entreabre los labios y… lo mando todo a la mierda cuando me agacho hasta encajar mi boca con la suya.

Los labios juegan, las lenguas se enredan y nuestras respiraciones se acompasan. Nos besamos con hambre, pero sin prisa. Parece que ambos somos conscientes de que esto solo es el comienzo.

Espero que así sea.

—Álex, esto no es portarse bien —dice contra mi boca.

No, no lo es. Y no quiero dar la oportunidad de que nos lo replanteemos. Por eso, vuelvo a besarla.

Lena sonríe, juguetona. «Estamos dando el espectáculo», parece decirme cuando sus dedos se clavan en mi espalda. Yo señalo con los ojos al hotel y levanto una ceja. Ella responde tirando de mi camisa y arrastrándome fuera de la pista.

Esta vez no voy a echarme atrás. No podría aunque quisiera.

El camino se nos hace eterno. Hacemos paradas en cualquier rincón que nos oculte de miradas fisgonas. Detrás de un limonero, en el baño de la planta baja e, incluso, en el ascensor. Los besos aumentan de intensidad, las manos se cuelan bajo la ropa y los gemidos son tan difíciles de disimular como nuestra excitación.

Cuando conseguimos llegar a su habitación, sus medias están en mi bolsillo y mis pantalones, desabrochados. Puede que mi conciencia me grite que debo hacerlo mejor, pero llevo tantos años fantaseando con este momento que la acallo de un plumazo. No puede haber tanta diferencia entre hablar hoy y hacerlo mañana, ¿verdad?

—Ven aquí. —Lena desobedece su propia orden, me empuja contra la pared y se lanza hacia mi boca.

Mis manos vuelan a su espalda y se pelean con la cremallera de su vestido. Necesito tocar más piel, que la ropa se desintegre y que mis ganas no me hagan ir demasiado rápido. Quiero disfrutarla y que ella descubra cuánto he echado de menos tenerla entre mis brazos.

Lena, impaciente, tira de su cremallera con ansia. Aprovecho su movimiento y me deshago de la chaqueta y la camisa. Su vestido cae al suelo. Mis pantalones, también.

—Estás igual —se queja con el morro torcido.

—Y tú estás mejor.

Ambos sonreímos. Ella porque cree que es un halago y yo porque sé la suerte que tengo.

Lena tira de mi mano y me lleva a la cama. Nos acostamos de lado y quedamos frente a frente, a medio palmo de distancia. La impulsividad que nos ha traído hasta aquí ha dado paso a la timidez.

Ella respira hondo. Yo contengo el aliento.

—Álex, hace mucho que yo no… —Sus ojos, que unos segundos atrás estaban llenos de fuego, ahora reflejan una inseguridad que me pellizca el corazón.

Peino su pelo y mi mano termina en su mejilla, que acaricio con el pulgar. Estoy más nervioso que en nuestra primera vez. Entonces ignoraba cómo sería acostarme con ella, pero ahora sé que hasta un polvo rápido con Lena es mucho más, porque no se trata del *cómo*, sino del *con quién*.

—Yo tampoco —respondo. Ella pone los ojos en blanco, dando por supuesto que sus tiempos y los míos son muy distintos—. Lena, la última vez que me acosté con una mujer fue antes de la pandemia.

El gesto de burla desaparece y su boca se entreabre por la sorpresa. Lo que me callo, para no asustarla, es que, desde aquel primer mensaje por WhatsApp no he sentido el más mínimo deseo por nadie que no fuera ella.

—¿Nos acordaremos? —Se le escapa una risilla.

—Hasta ahora lo estábamos haciendo muy bien. —Mis dedos exploran su cuello, su perfil curvilíneo y terminan en la cadera, donde un pequeño tatuaje que consta de dos palabras llama mi atención. «Somos instantes»—. ¿Te tatuaste el nombre de tu cafetería? —Lena niega con la cabeza y se muerde el labio inferior—. La llamaste así por este tatuaje —deduzco, y ella asiente con un leve gesto—. ¿Por qué?

No responde con palabras, se limita a coger mi muñeca izquierda y acariciar mi c*arpe diem*. Dos mensajes distintos pero complementarios. Disfrutar del ahora, ser en presente. Mi pecho se calienta y el pulso se dispara. La calma, la timidez y el sentido común desaparecen.

Tiemblo entero cuando me atrevo a deslizar hacia abajo su tanga y el corazón amenaza con entrar en taquicardia cuando Lena se desprende del sujetador. Ni siquiera soy consciente del momento en el que me desnudo por completo ni cómo me coloco entre sus piernas.

Sentir su piel bajo la mía es incluso mejor de lo que recordaba. Asciendo hasta su cuello, donde deposito un suave beso, y continúo

subiendo hasta que llego a sus labios.

—Hola, chica maja.

—Hola. —Su respiración se entrecorta y me besa, despacio.

Nuestros labios vuelven a bailar como cuando éramos unos chiquillos. Sin urgencia, sin pausa, sin ningún otro objetivo más que besarnos y dejar los nervios atrás.

Los juegos llegan después. Una caricia en mi espalda. Un mordisquito en su cuello. Sus dedos, que se enredan en mi pelo, mientras mis manos exploran el contorno de sus pechos. Sus piernas, que me envuelven en un abrazo, aumentando la fricción entre nuestros cuerpos. Mi boca pegada a su piel. El deseo desbordado a través de gemidos.

Pierdo la noción del tiempo y, al mismo tiempo, siento que todo va demasiado deprisa. Si ahora mismo me concedieran un deseo, sería multiplicarme por tres. Un Álex para lamerla entera, otro para abrazarla y el último para, simplemente, mirarla mientras disfruta. No quiero perderme nada. Ni una caricia, ni un suspiro, ni la expresión de sus ojos.

Me entretengo en sus pechos. Los acuno, los lamo y succiono con devoción mientras Lena me tira del pelo y gime de esa forma tan suya que consigue volverme loco.

Juro que nunca he escuchado un sonido mejor.

—Álex… —suplica. Y ya tengo que desdecirme porque este se ha convertido en mi nuevo sonido favorito para los restos.

Doy un último beso a su perfecto pezón y deslizo la vista hacia su cara. Sus mejillas están encendidas, sus labios, hinchados y, por la mirada que me lanza, entiendo que no desea que me detenga.

Yo tampoco quiero.

Desciendo hacia la cintura, su ombligo y al mismo centro de su cuerpo, donde aspiro su olor, que para mí sigue siendo mi hogar. Lena contrae los músculos y agita las caderas, en una petición silenciosa para que los dedos y la lengua entren en acción. Sonrío al tiempo que ella se desespera y cuela su mano para indicarme por dónde debo empezar. No ha cambiado nada, sigue siendo una mandona y una impaciente. Como castigo, le doy un ligero

mordisquito junto a la cadera. Lena se ríe, gime y resopla, todo a la vez.

No me demoro. Recorro sus pliegues con la lengua. Necesito reconectar con esta zona que antes conocía tan bien. Mis dedos se unen pronto a la fiesta y se introducen por su húmeda abertura. Lena responde con jadeos, lo que me da la información necesaria para acelerar, soplar y succionar.

Su cuerpo es un puto espectáculo. Se retuerce y se contrae mientras sus manos se aferran a las sábanas. Y yo abandono el último vestigio de mis nervios para arrastrarla hasta el orgasmo, que explota en gemidos escandalosos.

—Ay, joder —repite, una y otra vez, sorprendida.

Escalo por su cuerpo, me dejo caer a su lado y le retiro el pelo de la cara. Está preciosa, relajada y extasiada. Su brazo, lánguido y perezoso, se dirige a mi torso, donde comienza una danza de delicadas caricias.

Estoy tan excitado que me cuesta respirar.

Lena sustituye la sonrisa serena por otra ladeada y muy gamberra, tantea en el cajón de la mesilla y rueda hasta colocarse a horcajadas sobre mí. La imagen se me graba en el cerebro. Pelo alborotado, labios entreabiertos, mirada lobuna y ese cuerpo que parece una escultura griega.

¿Cómo he sido capaz de vivir sin esto?

Me incorporo y la beso, con mucha lengua y sin un atisbo de dulzura. Ella profundiza el beso y me come entero.

Vuelvo a perderme.

Mis manos se deslizan por su cuerpo y las suyas se entretienen rasgando el envoltorio del condón. Es ella quien introduce mi miembro en su abertura a voluntad. Sube y baja, ondea y se retuerce. Yo me limito a clavar mis manos en sus caderas, seguirle el ritmo y no morir en el intento.

Qué dulce tortura contener mi orgasmo mientras ella baila sobre mí.

Lena me da la señal de que está cerca de una segunda explosión cuando cuela su mano entre nuestros cuerpos. No quiero que termine, pero no puedo más. Nuestros gemidos se mezclan, los

jadeos se intensifican y las palabras inconexas hacen acto de presencia. Ella estalla y yo lo hago unos segundos después, creyendo que voy a morir de placer.

Tras unos segundos, minutos o siglos, las respiraciones se calman. Lena me abraza y nuestros latidos se mezclan creando una melodía perfecta, esa que nunca debería haber dejado de sonar.

Capítulo 36

La mañana después

Vietri sul Mare, octubre, 2022

Cuando abro los ojos, mi cabeza descansa sobre el pecho de Álex. Me recreo en el sonido de sus latidos y una sonrisa traviesa se extiende por mi cara.

Lo he hecho.

Esta noche he echado varios polvos con mi ex y no he muerto de amor, ni me estoy haciendo ilusiones, ni tampoco me imagino con él en un futuro. Solo ha sido sexo. Un sexo perfecto y muy satisfactorio, pero nada más.

¿Estoy curada? ¡Casi estoy por despertarlo y celebrarlo!

—Lena…

—Buenos días. —Le sonrío, feliz. Álex me devuelve una mirada que conozco bien, una que he visto demasiadas veces en las mismas circunstancias, pero esta vez no voy a dejar que lo estropee—. No digas nada. —Mi mano vuela hacia su pelo, que acaricio—. Nada de dramas. Yo estoy contenta y tú… —Analizo su rostro—. Estás sorprendido, pero satisfecho —resuelvo—. Esto es lo que vamos a hacer: nos levantaremos, nos ducharemos y no tendremos conversaciones incómodas repletas de justificaciones.

—Pero…

Le tapo la boca.

—Lo único que necesito saber es si vas a ducharte conmigo o si pretendes volver a tu habitación. Por hacerme a la idea, más que nada.

Sus ojos se oscurecen. También conozco esa expresión.

Sonrío, victoriosa.

Cinco minutos después, estamos en la ducha. Y, a diferencia de anoche, no hay nada dulce y tierno en la forma en la que follamos.

Tenías razón.

He mutado.

Incluyo emojis de calabacines, melocotones y flamencas. Toni responde con una carita amarilla a la que le explota el cerebro y varios aplausos.

Esto de la tecnología nos ha vuelto gilipollas. Aquí estamos, dos cuarentones comunicándonos a través de dibujitos.

Toni

Detalles, por favor.

Ni de coña.

Suelto una carcajada y guardo el móvil. Las puertas del ascensor se abren. Asomo la cabeza, compruebo que el pasillo de mi planta está despejado y me deslizo cual ninja (si los ninjas cargaran maletas, claro).

Vengo de la habitación de Álex, de recoger todas sus cosas, para evitar que Mauro o Silvi le vean saliendo de la mía con el traje de la boda. Y ojalá no me pillen a mí, porque la excusa que hemos improvisado es tan pobre que no se la creería ni mi hija.

Por suerte, llego sin incidencias.

Álex me espera sentado en la cama, envuelto en una toalla. La estampa sería de lo más sexi si no tuviera la misma expresión preocupada que cuando se ha despertado.

—Oye, Lena…, deberíamos hablar, ¿no?

No, Álex, no voy a dejar que te cargues mi buen humor.

Dejo su maleta junto a la mía, me acerco y me siento a horcajadas sobre él, Álex protesta con un gruñido tan poco convincente como la mirada de advertencia que me lanza.

—Esto no debería haber ocurrido así —dice bajito.

Mis brazos rodean su cuello y le dedico una mirada burlona.

—Ah, ¿es que habías planeado que sucediera de otro modo?

Álex suelta un suave resoplido y sus labios se curvan en una pequeña sonrisa.

—No había un plan, aunque sí muchas ganas —confiesa—, pero…

—Pero nada —le corto—. Ha pasado, y varias veces. Supéralo. —Se le escapa una risita incrédula y yo sonrío.

Me encanta el efecto que el sexo casual está teniendo en mí.

—No me dejas pensar. —Sus manos se cuelan por debajo de mi vestido color cereza.

—Por eso no deberíamos hablar ahora. Tenemos dos días para hacerlo —le recuerdo—. ¿Por qué quieres estropear el momento? —Él duda y aprovecho para darle un beso—. No me engañas, no estás ni un poquito arrepentido —le vacilo sobre sus labios.

Álex me da un cachete en el culo y gruñe de nuevo. También lo hacen mis tripas.

—¿Bajamos a desayunar? —propone.

—Solo si no tenemos la charla del día después.

Álex respira hondo.

—De acuerdo.

—Además, vas a dejarme elegir el color de tu camisa. Se acabó lo de ir conjuntados.

Álex cumple su palabra y desayunamos en el bufé del hotel entre planes, bromas y risas. Él con una camisa gris marengo y yo con mi vestido cereza. Hasta que a Toni se le ocurre enviarle un mensaje diciendo, textualmente: «Vaya giro más inesperado». Así, sin ningún

tipo de explicación, y Álex, que no es nada idiota, suma dos más dos.

—Joder, Lena. —Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos un segundo.

—Lo siento. —Me encojo de hombros—. Ha sido el subidón del sexo. —Me río y su cara preocupada se transforma en una llena de orgullo, como si supiera que la noche ha sido tan increíble que no he sido capaz de mantener la boca cerrada.

Bueno…, en realidad, así ha sido.

—Lo va a contar, tenlo claro —me asegura, y tiene razón. Mi amigo posee muchas cualidades, pero guardar secretos no es una de ellas—. Y cuando lo cuente, serás la responsable de que mi prima me mate.

En un intento de ganar algo de tiempo, le doy un bocado a mi tostada. Si Toni habla, no solo Álex recibirá una buena bronca, Gin también tendrá ganas de asesinarme. Es lo justo. Si mareas a tus amigos con tus dramas, después opinarán de cada una de tus decisiones.

—Le escribo. —Dejo la tostada en el plato, cojo mi teléfono y le pido al bocazas de mi amigo que se mantenga calladito. Él responde con el emoji de una mano con el dedo pulgar hacia arriba y, acto seguido, Álex recibe otro mensaje.

—Un *sticker*. —Me muestra la pantalla de su móvil, donde veo una barra de estado con la palabra «Asimilando»—. ¿Va a estar así todo el día?

—Es bastante probable. ¿Has avisado al hotel de que llegaremos más tarde? —cambio de tema.

Antes de la interrupción de Toni, habíamos decidido salir de aquí para visitar varios pueblecitos y retrasar nuestra llegada al hotel en Salerno, que está en dirección contraria.

—Ya he avisado. Y no nos alojamos en un hotel, sino en un *Bed and Breakfast* que me ha recomendado Fabrizio.

—¿Otra sorpresa?

Él entorna los ojos. Sabe lo que estoy haciendo: evitar todo lo posible esa maldita conversación. ¿Para qué vamos a hablar? ¡A mí no me hace falta!

—Te agobiaste un poco con este hotel, así que busqué una alternativa más económica para que te sintieras más a gusto.

El gesto me enternece y me nacen las ganas de darle un beso. Si no se lo doy es porque soy nueva en esto del sexo casual e ignoro las reglas de comportamiento. ¿Están permitidas las muestras de cariño fuera del dormitorio?

—¿Una habitación o dos? —Mi pregunta consigue que las cejas trepen por su frente.

—Dos —murmura, descolocado.

Álex se peina el pelo con los dedos y yo me muerdo el labio inferior con saña. Es oficial, esto no se me da nada bien. Quiero dejarle claro cristalino que deseo repetir, pero, si saco el tema, me meteré de lleno en la charla que quiero evitar.

Joder, qué difícil.

Enarco una ceja y le lanzo una mirada seductora. Sus pupilas se agrandan y una de las comisuras de su boca se eleva. «Quiero más», es el mensaje que trato de enviarle, y por su reacción intuyo que ya lo está pillando. Puedo llevar mucho tiempo fuera del mercado, pero aún distingo cuándo un hombre me desea. Y Álex quiere que volvamos a echar un polvo tanto como yo. Bien por la comunicación no verbal. Dudas resueltas.

—¡Buenos días, parejita! —Silvi coge una silla y se sienta en nuestra mesa con una sonrisa tan llamativa como su aspecto de recién follada. Echa un vistazo a la comida y se ríe—. *Oh, my God*, por aquí alguien necesita recuperar energías. ¿Puedo? —Sin que nos dé tiempo a responder, se mete a la boca un trozo de tarta de chocolate y gime de placer.

Álex y yo intercambiamos una mirada y movemos los labios al mismo tiempo: «Polvos de despedida». Sonreímos.

—¿Cómo te encuentras? —Acaricio su brazo con dulzura.

—Fantástica. —Suspira y sus ojos se pierden en una recreación que no necesito visualizar—. ¿Y tú? ¡Qué calladito te lo tenías!

No entiendo a qué se refiere hasta que planta su mano en mi tripa. Ay, joder. Mi cara de lerda combina perfectamente con la carcajada contenida del supuesto padre. ¿Por qué a él le toca siempre la parte más fácil?

—Nos enteramos ayer —me invento—. No queríamos robarles el protagonismo a los novios.

Silvi parpadea con lentitud.

—¿Has tenido dos faltas y no te has hecho ninguna prueba?

Asiento, poco convencida. Es mejor quedar de imprudente que de mentirosa, ¿verdad?

Silvi abre mucho los ojos y se lleva una mano al pecho.

—Uyyy, pobrecita mía… Creías que era la menopausia, ¿sí?

Ahora la que abre mucho los ojos soy yo.

—Era una posibilidad —interviene Álex—. Pero muy remota —añade cuando le lanzo la mirada de psicópata.

—¡Otro final feliz! —La rubia aplaude—. ¡Qué cuqui todo!

—¿Otro?

—¡Sí! ¡Mauro y yo vamos a darnos una segunda oportunidad!

Antes de que abra la boca, Álex me da una patadita por debajo de la mesa y me muerdo la lengua. Hace bien en detenerme. Por experiencia, sé que no serviría de nada aconsejarla. Yo nunca escuché a mis amigos.

Ojalá que, con el tiempo, Silvi se dé cuenta de que se está aferrando a esa relación para que sea como ella quiere y no como es en realidad.

—*Buongiorno*. —El enanito gruñón aparece y le hace un gesto a Silvi para que se levante—. Álex, *parliamo*. —Y mueve su mano para indicar que se refiere a que quiere hablar después.

Durante el resto del desayuno logro desviar la atención de Álex para que olvide el discursito que tenía planeado echarme. Una miradita por aquí, un rocecito por allá y, con la excusa de recoger nuestras maletas, regresamos a mi habitación, donde, por supuesto, pasamos olímpicamente de nuestro equipaje.

Qué le voy a hacer, el sexo es adictivo y, por lo visto, llevamos el mismo retraso a la hora de practicarlo. Tendremos que ponernos al día, ¿no?

Un rato después, salimos de la habitación relajados, con el pelo enmarañado y soltando muchas risitas tontas.

—¡Uy, menos mal que todavía no os habéis ido! —Silvi se echa a mis brazos y Mauro me escanea de arriba abajo.

—El *vestito é* del revés —masculla.

Estoy tan zen que ni me inmuto y tan venida arriba que le digo a la rubia:

—Apunta mi número. Llámame cuando quieras poner verde a este.

Antes de despedirnos, hay más besos y abrazos (de Silvi y míos) y muchas miradas asesinas (de Mauro todas).

—Hoy conduzco yo —afirmo cuando nos aproximamos al coche. Ya está bien de dejarse llevar por costumbres de otra vida.

Álex rebusca en los bolsillos de la chaqueta y me lanza las llaves.

—A sus órdenes.

Se me escapa una risita al montarme en el vehículo y colocar el asiento. Álex aprovecha el momento y me pasa un papelito que está doblado en dos. Lo abro y la cifra que hay escrita me escandaliza.

—¿Esto es más de lo que te ofreció ayer? —Él asiente y sus labios se curvan en una sonrisa orgullosa—. ¿Y has aceptado?

—Aún no. Le haré sufrir hasta que vuelva. El aumento me vendrá bien hasta que encuentre otro trabajo.

—Entonces hemos cumplido nuestro objetivo.

—Gracias a ti. —Álex posa la mano en mi muslo y el calor asciende hasta… ¿En serio? ¿No se sacia nunca?

—Gracias al *bambino*. —Arranco el coche y Álex suelta una carcajada—. Es curioso, ¿no? —Meto la marcha atrás y hago retroceder el vehículo. Álex emite un ruidito mientras su pulgar juguetea con el borde de mi vestido. ¿La verdad? No sé si seré capaz de conducir si no retira esa mano de ahí—. Álex… —le advierto al tiempo que freno.

—¿Qué es curioso? —pregunta con fingida inocencia.

Pongo los ojos en blanco y decido seguirle la corriente.

—El tema de los clichés. —Le lanzo una mirada asesina a su mano, que me responde con un último apretón antes de retirarse. Álex chasquea la lengua y a mí me da la risa. Ahora sí, avanzo hasta

salir del aparcamiento—. Estaba pensando que, en las historias de parejas falsas, siempre los pillan y acaban enamorados, pero nosotros no hemos cumplido ninguno de los dos puntos. —Giro el cuello para no perderme su carcajada, que no llega.

Álex asiente, distraído, y enciende la radio.

—¿Canciones italianas o cambiamos?

—Lo que tú quieras, *cariñito*.

Una vez más, su reacción me despista. Su sonrisa es tibia y sus ojos se entrecierran. Aunque empiezo a preocuparme de verdad cuando, después de tres canciones, continúa en silencio.

—Álex, ¿estás bien?

Él me mira de reojo.

—Sí, solo un poco cansado.

Pero no volvemos a hablar hasta que llegamos a Sorrento.

El enigma de la mutación

Gin, Cata, Tú

9 de octubre de 2022

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Gin
Toni, me tienes hasta las tetas con los cambios de nombre.

Toni
Calla, que tengo una actualización importante.

¡HAN ECHADO UN POLVO!

Cata
Empieza a incomodarme tanta información.

Esto no puede estar bien.

Somos tres cuarentones cotilleando sobre la salud sexual de su amiga.

(Y cero sorprendida, por cierto)

Toni
PRIMERO: No hay ni un cuarentón que acepte los años que tiene.

SEGUNDO: Estamos viviendo los segundos veinte.

TERCERO: Cotilleamos porque nos preocupamos por ella.

Cata
¿Tienes respuesta para todo?

Toni
Sip.

¿Hemos perdido a Gin?

Gin
Estoy aquí, pero preocupada por Lena. No tengo ni puñetera idea de cómo se lo voy a contar a Dani.

Toni
Se lo digo yo y un marrón menos.

Gin
Acabo de escuchar un grito.

Toni
¡Hecho!

Cata
Cuenta qué te ha dicho Lena.

Toni
Os va a encantar…

Dice que ha mutado y que no está enamorada.

Cata
Jajajajajajajaj

Gin
¿En serio?

Toni
Y tan en serio.

Señoras, soy un crack.

¿Quién os dijo que esto iba a pasar?

Capítulo 37

Lo más importante

Sorrento, octubre, 2022

Las enormes puertas enrejadas del Grand Excelsior Albergo Vittoria de Sorrento se alzan sobre nosotros. Están entreabiertas. Al otro lado, se extiende un enorme jardín con olivares, palmeras, limoneros y unas preciosas vistas al mar.

—¿Nos dejarán visitarlo?

Álex se encoge de hombros y emite un ruidito que interpreto como un sí, así que tiro de su brazo y lo arrastro al interior. No sé qué le pasa. Yo hablo, hablo y hablo… y lo máximo que consigo sacarle son un par de monosílabos. Tengo la garganta seca, lo juro. Y él debe de tener los ojos cansadísimos, porque no deja de mirarme en plan intenso.

Ni siquiera Paula ha logrado que se riera en nuestra videollamada diaria. Y no es porque sea su madre, pero mi hija es muy graciosa. Pone unas caritas que es para comérsela entera.

En fin, que Álex está como el cielo, encapotado y gris.

—Dicen que este hotel fue construido sobre la antigua villa del emperador Augusto. —Me cuelo por un caminito de tierra y él me sigue, arrastrando los pies. Lo miro de reojo, a la espera de que me lance una pulla. Nada. Está en su mundo. No me dice ni un triste «empollona»—. Qué listo el romano, ¿eh?

Álex hace el amago de abrir la boca, pero se lo piensa mejor y asiente. No entiendo nada. Se suponía que esta iba a ser la mejor

parte del viaje. Él y yo solos, como dos buenos amigos, sin necesidad de fingir.

Dos buenos amigos que follan. No te olvides de esa parte.

Acelero el paso y me dirijo a un pasillo de pérgolas cubiertas de buganvillas fucsias. Deslizo la mano por la superficie rugosa de la barandilla de piedra que se encuentra a mi izquierda y me asomo para ver la profundidad del desfiladero que desemboca en el puerto, donde los barcos están amarrados por riesgo de tormenta.

—Qué maravilla. —Dirijo la vista hacia los edificios colgantes, los muros de piedra y al trocito de agua grisácea que se adivina al fondo —. Álex, ven a ver esto. —Me giro y lo encuentro al otro lado del camino, junto a una hilera de arbustos que podría haber sido recortada por el mismísimo Eduardo Manostijeras. Tiene las manos metidas en los bolsillos, la frente arrugada y la mirada perdida en el horizonte. Venga, Lena, haz otro intento—. ¿Sabías que a Sorrento se la conoce como la «Tierra de las Sirenas»? Según la mitología griega, vivían aquí.

Una corriente de aire ondea mi vestido y una gaviota grazna sobre nuestras cabezas. Álex enfoca sus iris en los míos y responde con otra de esas miradas largas que no sé qué narices significan.

—¿Me haces un favor? —le pido. Álex arquea las cejas—. ¿Puedes decir una frase? Solo una.

Asiente, abre la boca, la cierra.

Mira, me rindo. Prefiero mil veces tener la puñetera charla sobre la culpabilidad que seguir un minuto más con esta versión de mudito.

—Venga, Álex, dime qué te pasa y acabemos con esto.

Él fija sus ojos en algún punto indeterminado del jardín. El viento mece las buganvillas.

—No sé ni por dónde empezar, Lena.

Contengo un gruñido de frustración. ¿Que no lo sabe? ¡Si hasta yo me sé el discurso! Recorto la distancia que nos separa y me cuelgo de su brazo.

—Prueba por el principio.

Una pequeña y tímida sonrisa aparece en su rostro.

—Sigo sin recordar la noche en la que te conocí.

—Y sigue siendo imperdonable —replico, iniciando el paso.

—Como tantas otras cosas…

Me quedo a la espera de que continúe, aunque no lo hace. Debe de haber algo mucho más interesante en el suelo, que es donde centra su atención ahora.

—También podrías ir directo a lo importante —sugiero.

Álex respira hondo y se aclara la garganta.

—Lena…, no quiero asustarte.

Esto es ridículo.

—Álex, ya sé lo que me vas a decir.

Con la cabeza gacha, aprieta la mandíbula y se traga un suspiro.

—Lo dudo.

Joder, qué difícil me lo está poniendo.

—Álex, que no es para tanto. Sentimos atracción el uno por el otro y no hacemos daño a nadie. —Se detiene en seco y alza la cabeza—. Podemos disfrutar del momento —añado.

Me lanza otra mirada que no soy capaz de descifrar.

—¿Y si no es solo atracción? —La pregunta me pone tan nerviosa que me río—. ¿Qué ocurre si alguno de los dos siente algo más? —continúa—. ¿Te parecería bien seguir con esto?

Bien, ya hemos llegado al punto clave. Tiene miedo de que me haga ilusiones. Todavía no ha entendido que no soy la misma Lena de antes, que, bien sea por la experiencia o por la maternidad, he cambiado.

—Los dos sabemos que no va a ninguna parte, ¿no?

El viento ruge y Álex reanuda el paso. Su nuez sube y baja. Una, dos, tres veces.

—¿Y si no fuera así?

Mi pulso se acelera. ¿Por qué narices se acelera?

Llegamos al final del camino. Un muro de piedra separa el jardín del acantilado. Apoyo mis brazos en él y me pierdo en el gris azulado del mar.

—Álex, no es el caso. —Siento su cuerpo a mi lado y giro el cuello para mirarlo. Algo se me escapa, aunque no logro saber qué es—. ¿Por qué haces todas esas preguntas?

Álex me devuelve una mirada suave, cálida, tierna. Peligrosa.

—Me has pedido que empiece por lo más importante —dice en voz baja—. Es lo que intento hacer, decirte que no quiero solo un lío de vacaciones.

Un rayo cruza el cielo, seguido de un trueno ensordecedor. Todo se detiene: mi corazón, mis pensamientos, mi respiración. Lo único que se mueve es mi cara, que me deja en evidencia con esta expresión de lerda. Boqueo y me cae una gota en la nariz. Recompongo el gesto y me cae otra en la frente.

—Ah —logro decir, aunque lo mejoro muchísimo cuando añado—: Está lloviendo.

Álex me regala una sonrisa lenta, una que dice «voy a darte tiempo para que lo asimiles». Su mano se posa en mi espalda y me quema.

—Eso parece. Será mejor que busquemos un sitio donde refugiarnos.

Me limito a mover la cabeza de arriba abajo. Dudo que exista un lugar donde pueda escapar de sus palabras.

La tormenta nos obliga a resguardarnos bajo un soportal, donde nos quedamos uno al lado del otro, contemplando la lluvia en silencio. Yo porque sigo en *shock* y él porque me está dejando espacio para que lo procese.

Álex se pasa una mano por el pelo mojado.

—Sabía que te asustaría. ¿En qué nivel de acojone estás?

Resoplo. No lo sé ni yo.

—Un ocho —dudo—. Bueno, quizá un nueve.

Me da un empujoncito con el hombro.

—Lena, somos tú y yo, podemos hablarlo.

Asiento a desgana. Es una de las personas más importantes de mi vida y, precisamente por eso, no quiero hacerle daño. Qué ironía, justo cuando soy capaz de echar un polvo sin implicarme, él quiere más.

—Tranquila, cuando estés preparada —añade.

Una grieta de luz se abre entre las nubes. La lluvia amaina. Mi pulso, sin embargo, continúa acelerado.

—¿Sigues queriendo ir al Fiordo de Furore o…?

—Sí —respondo antes de que termine. Iría a cualquier sitio con tal de no continuar esta conversación.

El trayecto hacia la cala se convierte en un espejo de lo que ha ocurrido esta mañana. Álex es el que rellena mis silencios con anécdotas de Fabrizio y yo soy la que le lanza miradas intensas.

Casi hemos llegado cuando suenan por los altavoces los primeros acordes de «*Cuore*», de Rita Pavone. El inicio se asemeja al latido de un corazón acelerado.

Como el mío.

Por desgracia, me sé esta canción de memoria. Cuando era pequeña, mi madre solía ponerla en el viejo tocadiscos para que mi padre la sacara a bailar en nuestro salón. Cuenta la historia de un amor no correspondido y del sufrimiento de seguir amando a quien ya no está interesado en ti. Vamos, que podría haber sido la banda sonora de mi vida.

Aparcamos en la estrecha carretera. El motor sigue en marcha cuando apago la radio y decido lanzarme:

—No funcionaría. Vivimos en países distintos.

Él suelta el volante del Fiat 500 y ladea la cabeza.

—Pero voy a volver.

Sí, ya. Aun así…

—Tengo una hija —digo, como si él no lo supiera.

—A la que me muero por conocer en persona.

Su sonrisa me desarma. Parpadeo, perpleja.

—Pero tú no querías tener niños.

—Eso no es del todo cierto. —Revisa los retrovisores y sale del vehículo.

Yo tardo unos segundos más en hacerlo, necesito registrar sus últimas palabras. Básicamente, ese fue el motivo por el que

rompimos diez años atrás, ¿no? Aunque, claro, diez años dan para mucho y puede haber cambiado de opinión.

Abro la puerta y lo sigo.

Él camina delante; yo, detrás, hasta que llegamos al puente de piedra que une los acantilados. Este lugar quita el aliento. Mis ojos recorren la pequeña playa escondida bajo el puente y se deslizan hacia el otro lado, al mar abierto, que se funde con el cielo en un mismo gris plomizo. Álex se detiene y una fuerza invisible tira de mí en su dirección.

El mar Tirreno ruge y el viento aúlla cuando él se gira y quedamos frente a frente.

Trago saliva.

—No sé si puedo darte lo que buscas.

Sus ojos oscuros se llenan de comprensión.

—Lena, no tienes que decidirlo ahora. —Con delicadeza, me retira un mechón húmedo de la cara. Después, muy despacio, sus dedos acarician mi mejilla—. De hecho, no debes. Tenemos que hablar de muchas cosas antes de que llegues ahí… Y desde ya, te aviso que me va a costar hacerlo. Yo… Yo solo quería que supieras dónde estoy.

Me tiembla el cuerpo entero.

—No quieres un lío —musito—, quieres una relación.

La mirada que me lanza es tan dulce como su sonrisa.

—Yo te quiero a ti, Lena.

El mar, el viento, la piedra… Todo se desdibuja. Solo permanece Álex ofreciéndome su corazón, sin escudos, sin esperar nada a cambio.

Puede que lo que estoy a punto de hacer sea el movimiento más impulsivo, incoherente y estúpido de mi historia, pero mi mano asciende hasta su nuca y tiro de él. Nuestros labios chocan con furia, igual que las olas arremeten contra la piedra, y nos besamos. Nos besamos hasta quedarnos sin aire. Y, cuando eso ocurre, nos besamos un poco más.

Capítulo 38

SOS

Salerno, octubre, 2022

Enfundada en una toalla, paseo de un lado a otro de la habitación del *Bed and Breakfast*. Me cuesta respirar, el pecho me arde y tengo un revoltijo en la tripa de lo más desagradable.

Tras los besos en el Fiordo di Furore, Álex me ha propuesto que nos lo tomáramos con calma. Y eso es lo que hemos hecho: seguir con el plan y visitar Minori, en lugar de venir aquí y dedicarnos a echar polvos como dos veinteañeros. Lo más extraño es que, mientras estábamos juntos, no me he sentido incómoda en ningún momento. Al contrario, estaba en paz mientras paseábamos por las calles mojadas del municipio costero, bromeábamos sobre nuestra situación o nos besábamos aquí y allá… Demasiado en paz, añadiría, como si mi sistema nervioso reconociera a Álex como su lugar seguro.

La situación ha cambiado al llegar a nuestro alojamiento en Salerno. Él ha preferido no acompañarme a la habitación para darme espacio. El problema es que, cuando me he quedado sola, ese espacio se ha convertido en ruido en mi cabeza.

¿Qué coño estoy haciendo?

Me dejo caer en el colchón, extiendo el brazo hacia la mesilla de aire retro y alcanzo mi móvil. Tengo varias llamadas perdidas de mis padres, que no voy a devolver porque ignoran que estoy de viaje con Álex, y un mensaje de Irene, que me pregunta si ya he experimentado, al que me niego a responder.

Hace rato que le he enviado a Toni un mensaje de SOS para que me llamara, pero mi amigo no contesta.

El teléfono suena en mis manos. Es una videollamada de Cata, que rechazo. No tengo el cuerpo para hablar de «coracoños» ni de teorías sobre la educación patriarcal.

No me ha dado tiempo a dejar el teléfono sobre la mesilla cuando recibo un mensaje.

Cata
Soy la única que está disponible.

Mi móvil suena otra vez.

Respiro hondo, me incorporo y descuelgo. Unos ojos castaños y saltones aparecen en pantalla. La imagen es terrorífica.

—Empiezo a tener vista cansada —protesta mientras el encuadre se amplía y veo a mi amiga sentada en su sofá, con el pelo revuelto y un pijama negro de satén—. Y a ti, ¿qué te pasa?

Me hago la sorprendida y me apunto el pecho con el dedo.

—¿A mí? Nada.

Cata frunce el ceño y sonríe con los labios apretados.

—Lena, has enviado una llamada de auxilio —me dice con un tono de lo más hastiado. Voy a negarlo, pero se me adelanta—: Lo sé. Gin, Toni y yo tenemos un grupo aparte.

¿En serio? Serán cabrones. Eso explica por qué el dichoso chat de «Polvos amalfitanos» ha estado tan tranquilo todo el día. Podría decir muchas cosas, pero lo primero que sale por mi boca es una pregunta de lo más absurda:

—¿Cómo se llama?

—Ya conoces a Toni, ha tenido muchos nombres. —Ante mi cara de seta, Cata pone los ojos en blanco—. Vale… Empezó llamándose «Sin filtro», después pasó a ser «Coracoño peligroso» y ahora es «El enigma de la mutación». ¿Contenta?

¿Que si estoy contenta de que mis amigos hablen de mí a mis espaldas y se cuenten mis intimidades? Muchísimo. Salto de alegría. Es lo que siempre he deseado.

Mi silencio y la mirada de psicópata responden por mí.

—Lo siento, tengo un mal día. —Cata hace una mueca—. Mi exmarido se ha llevado al niño al parque de atracciones en vez de ayudarle a estudiar.

Dejo mi cabreo de lado y me centro en ella. Para sorpresa de todos, Cata fue la primera en casarse y lanzarse a la maternidad, aunque su relación duró lo que tardó en darse cuenta de que su pareja la veía como una fuente inagotable de servicios no remunerados (sus palabras, no las mías).

Mi amiga se desahoga de las putaditas que le hace su ex y, mientras ella habla, me pongo unos vaqueros y una camisa azul. De alguna forma, escuchar su drama eclipsa al mío y calmarla me tranquiliza también a mí.

—Cuando eres madre te cae todo el peso del patriarcado encima —se queja. Se mete en la boca un trozo de chocolate, lo mastica y arruga la frente—. ¿Qué te ha pasado con el príncipe azul?

Miro el reloj para saber de cuánto tiempo dispongo y me llevo el teléfono al baño.

—¿Qué sabes? —Apoyo el móvil sobre el soporte del secador y agarro mi cepillo.

—Polvos, mutación, SOS —enumera mientras me peino, y tengo que admitir que es un gran resumen—. En definitiva, que has vuelto a caer en la trampa del romanticismo.

Me asomo a la pantalla del móvil.

—Esta vez es distinto. —Le cuento la declaración de Álex y sus intenciones. Cuando termino, Cata tiene los ojos tan abiertos que parece un dibujo animado japonés—. ¿Soy mala persona por dejarme llevar?

—No —responde con rotundidad, aunque está tan flipada que no añade nada más. Vamos, es que ni se mueve.

Me pinto los labios, me espolvoreo un poco de colorete y aplico máscara en las pestañas. Cata, al otro lado de la pantalla, se come otro trozo de chocolate.

—¿Qué harías tú? —me intereso.

—Follármelo.

Han pasado más de veinte años y sigue siendo igual de burra. Lo peor es que, según su consejo, no voy mal encaminada.

—¿No tendrías ningún dilema moral? —insisto.

—Pues no. —Muevo la mano para indicarle que lo desarrolle. Cata frunce el ceño y resopla—. A ver, Lena, es justicia kármica. Te has pasado mil años deseando volver con Álex y él follaba contigo cuando le daba la gana, ¿no?

Nunca lo he visto así, pero no voy a empezar una discusión con mi amiga feminista sobre la responsabilidad afectiva de nuestros polvos de despedida. Puede que yo siguiera enamorada, sin embargo, no puedo escudarme en un sentimiento para justificar el bucle de cagadas en el que me metí solita. Madurar significa asumir nuestros actos y sus consecuencias. Y, si le pones un poquito de empeño, aprender de tus errores. Algo que, por lo visto, he hecho a medias.

—Cata, si te hago caso, la que tendría mal karma sería yo.

—Cierto. —Y la muy cabrona sonríe al mismo tiempo que, en la pantalla flotante del móvil, aparece un mensaje de Álex que dice «Lo saben». A buenas horas.

Recojo el teléfono y salgo del baño. Esta conversación no me está convenciendo. Quizá no me he explicado bien.

—No deseo venganza ni hacerle sufrir. Quiero a Álex. Lo que ocurre es que ya no siento ese tipo de amor por él, ¿sabes?

—Ya no estás enamorada —afirma, y juraría que contiene una sonrisa.

—Eso he dicho. —Me acerco al armario y recojo mi chaqueta de cuero negra—. Venga, dime, ¿qué harías?

Cata se acerca la cámara a la cara.

—Follármelo, Lena. —Suelto una carcajada, incrédula, y ella sonríe de medio lado. ¿No es raro que todos mis amigos estén tan obsesionados con el sexo?—. ¿Qué? ¡Estás de vacaciones! Él te quiere y tú lo haces a tu manera. ¿Dónde ves el problema?

—¿No me has escuchado? ¡Álex quiere tener una relación conmigo!

—¿Y…?

Que es mi amigo, que no quiero perderlo.

Que no salió bien. No una, sino dos veces.

Que no puedo exponerme a que me hagan daño otra vez.

Mi amiga me observa con atención, a la espera de una respuesta. Suspiro.

—Que esto no es real, Cata. Cuando regrese a casa, mi vida volverá a ser la misma: Paula y mi negocio. No habrá espacio para nada más. Empezar una relación con alguien conlleva un tiempo y un gasto de energía que no tengo. Sería complicado si estuviera enamorada, pero mucho más si no lo estoy.

Ella asiente despacio, y me vuelve a dar la impresión de que sabe algo y no quiere decírmelo. Será por esa sonrisa que esconde o por la expresión de sabelotodo.

—Ay, Lena… El amor romántico, tal y como tú lo ves, es un constructo social, no existe. Las burbujitas, el latido desenfrenado y la respiración agitada son síntomas de ansiedad. —Mis cejas vuelan hacia arriba, aunque no sé de qué me sorprendo, era de lo más lógico que terminara soltándome algo así. Cata me pide calma levantando el dedo índice—. Sin embargo, lo que sí existe —y ahora habla con más suavidad— es el amor, entendido como amistad, cariño y compañerismo. Los seres humanos no seríamos capaces de sobrevivir sin esos lazos. —Mi cara debe de seguir reflejando confusión, porque mi amiga añade—: Lena, el príncipe azul te está ofreciendo todo esto. No lo descartes porque tus sentimientos no tengan la misma intensidad que los suyos.

La aparente calma que me había proporcionado hablar con ella desaparece de un plumazo y es sustituida por el vértigo.

Tal vez solo aquellos a los que les han roto el corazón entiendan el pánico que siento.

Capítulo 39

¿Has hablado ya con Lena?

Álex

Salerno, octubre, 2022

Sergio
¿Cómo vas? ¿Has hablado ya con Lena?

Leo el mensaje de mi hermano tumbado en la cama y le respondo que todavía no. Lo que me callo, porque él ya lo sabe, es que me da pavor contarle la verdad.

No puedo perderla otra vez. No ahora. No por los errores de un pasado que no puedo corregir. Ojalá pudiera volver atrás y decirle a aquel Álex que decidió romper la relación que se está equivocando. O darle una hostia a aquel otro que se dejaba llevar por sus sentimientos y después reculaba. Y ya que estoy, no me importaría patearle el culo al Álex que tuvo la oportunidad de ser sincero cuando reinició el contacto con Lena, en la pandemia. Ahora me toca a mí arreglar sus desastres.

Sergio me envía ánimos y me recuerda que está ahí si necesito hablar. A veces, me sorprende que el chico problemático se haya convertido en un adulto funcional y que se atreva a darme lecciones de vida.

El móvil me suena en la mano. Otro mensaje.

Fabrizio

Estoy al aeropuerto con Giulia y solo puedo pensare si el stupido spagnolo le ha contado a la ragazza la historia del elefante.

Pero ¿qué pasa hoy? ¿Se han puesto de acuerdo para ponerme más nervioso? Le contesto lo mismo que a mi hermano y, acto seguido, recibo un audio:

—*Sei uno stronzo, un ritardato mentale*. *Stupido come una capra*… —Y sigue y sigue, hablando tan rápido que pillo la mitad de los insultos que suele dedicarme.

En otras circunstancias, hasta me reiría.

Fabrizio trata de calmarse con varias respiraciones profundas y su tono de voz cambia:

—Álex, *amico mio*, hace mucho tiempo que te dije que podías perder tu amor por no luchar por él. Tú amas a la *ragazza*, cuéntale la historia del elefante y pelea por ella.

Le respondo con un seco «OK» y espero que pille que no quiero hablar más de ello. Si fuera tan sencillo como contar una historia, no tendría este nudo en el pecho.

No he dejado el móvil sobre la mesita de noche cuando suena de nuevo.

En serio, ¿qué le ha dado a todo el mundo? ¿Hoy es el día de presionar a Álex y no me he enterado?

Mierda, una videollamada de Daniela.

Me siento recto en la cama y finjo una sonrisa antes de deslizar el dedo por la pantalla.

—Hola, prima. —Su cara cabreada tiene poco que envidiar a la mirada de psicópata de Lena. Mandíbula tensa, ceño fruncido, ojos que chisporrotean con ira contenida. Estoy jodido—. Hoy me pillas vestido. —Trato de mantener la sonrisita, aunque hasta yo me doy cuenta de que me tiembla.

—¿Qué-estás-haciendo? —gruñe entre dientes.

La última vez que me habló así, yo tenía diecinueve años y acababa de saludar a Lena borracho. No volví a emborracharme.

Gin se asoma y me hace un gesto con la mano, que interpreto como que mi prima está que arde. Genial. Toni no ha tardado ni doce horas en irse de la lengua y voy a recibir la bronca del siglo.

—Puedo explicarlo —me defiendo, sabiendo que no hay ni una sola conversación que comience así que tenga un final satisfactorio.

Daniela arquea una ceja y yo aprovecho la pausa dramática para enviarle un mensaje a Lena, antes de que reciba una llamada de Gin. «Lo saben», escribo. Me siento como un puñetero crío al que han pillado en mitad de una travesura.

—Habla —masculla en un tono tan bajo como firme.

Me paso veinte minutos justificando mis acciones. Las que puedo justificar, claro, que con las otras tengo que entonar el *mea culpa*. Gin se queda un rato a cotillear, pero, cuando llegamos a la parte más delicada, mi prima la echa sin ningún miramiento.

—No me puedo creer que aún no se lo hayas contado.

—Esta noche hablaré con ella —le prometo.

Daniela asiente, muy seria.

—Álex, no quería llegar a esto, pero si no lo haces tú, lo haré yo. —Alza la mano cuando ve que voy a protestar—. Sabes que no he estado de acuerdo con muchas de las decisiones que has tomado y, aun así, las he respetado. Pero ocultarle el motivo de vuestra ruptura a Lena no solo te ha afectado a ti. —Tiene tanta razón que no me permito agachar la cabeza ni desviar la vista—. ¿Tienes idea de cuántas veces la he visto preguntarse por qué lo vuestro no podía ser? —El dardo da en la diana y el nudo en el pecho se acrecienta. Es la primera vez que me habla tan claro de las consecuencias de mis actos—. Y ahora que por fin te había superado, te lías con ella, te declaras y no le dices la verdad. Bravo, Álex, te doy mi enhorabuena, no podrías haberlo hecho mejor.

Le doy unos segundos, por si quiere añadir algo más. Aunque mi gesto sea serio, le agradezco en el alma la bronca. La necesitaba para ponerme las pilas.

—La situación se me ha ido de las manos —confieso—. Pero no voy a retrasarlo más —le aseguro.

Lena y yo caminamos juntos bajo el paraguas que compramos en Minori. La lluvia es fina, las calles de Salerno están desiertas y el sonido de nuestras pisadas contra el asfalto llena el silencio que hay entre nosotros. Ignoro qué le ha podido decir Cata, pero es evidente que le ha afectado tanto como a mí la presión de mis amigos.

Me sudan las palmas de las manos, el nudo del pecho ha subido hasta la garganta y mi corazón late al doble de su velocidad habitual.

He pensado muchas veces en cómo empezar esta conversación. Muchas. Hace cuatro años que la ensayo en mi cabeza y, aun así, sigo acojonado por su reacción.

—Creo que es aquí. —Lena comprueba la ubicación de la *osteria* que nos envió Fabrizio y levanta la vista hacia el pequeño pasaje iluminado con hileras de bombillas que cuelgan del techo—. Sí —confirma cuando se planta en la entrada—, es aquí.

El sitio es de lo más romántico, no le falta detalle. La música suave, las velas, las mesas pequeñas que invitan a las confidencias… Es el lugar ideal para soltar una bomba.

¿Podría retrasarlo un día más? No, no puedo. Cuanto más lo retrase, más posibilidades habrá de que el miedo me venza; y Lena merece la verdad.

Mientras nos acomodamos en nuestra mesa y pedimos la cena, trato de controlar mi respiración. No es necesario que se lo suelte a lo bruto, podemos cenar y mantener una conversación normal antes de joderlo todo, ¿no?

—Álex, estaba pensando… —Lena sonríe con timidez—. ¿Te he dado las gracias por este viaje?

La tibia luz de las bombillas, unida a la que proyectan las velas de la mesa, le confieren a su rostro un aspecto etéreo. Su expresión, entre vulnerable y valiente, despierta instintos que, por el momento, prefiero que se mantengan dormidos.

Me trago el suspiro tonto y respondo:

—Soy yo el que debería darte las gracias. Estar contigo me ha ayudado a replantearme mis prioridades. —Sus mejillas se tiñen de rojo—. ¿Demasiado intenso?

—No. —Hace una ligera negación con la cabeza y se coloca la servilleta de tela sobre las piernas—. Yo iba a decirte algo peor.

Apoyo los codos sobre la mesa, entrelazo mis manos y dejo la barbilla sobre ellas, indicándole que soy todo oídos. No lo sabe, pero su confesión era lo que necesitaba para comenzar a calmarme.

—Estos días me han ayudado a que volviera a sentirme una persona —continúa—, no la mamá de Paula o la dueña de una cafetería. Solo yo, Lena. —Su voz titubea al pronunciar ese «solo yo»—. He estado en lugares que soñaba con visitar, he reído y bailado. He sentido inseguridad, deseo, me he emborrachado y he tenido la peor resaca en años. —Lena sonríe de medio lado y sus ojos brillan—. Madre mía, dicho así, es obvio que la mayoría del tiempo me he comportado como una adolescente y no como una adulta. —Me río y su sonrisa se amplía—. En definitiva —resume—, que estoy muy contenta de haber venido. —Extiende el brazo sobre la mesa en busca de mi mano. La entrelazo con la suya, en un gesto que estos días se ha vuelto natural.

—Me alegro de que hayas vuelto a sentirte una persona —respondo con sinceridad—. De eso se trataba.

—Ah, ¿no era una estratagema para llevarme a la cama?

Chasqueo la lengua y arrugo la nariz con mucho teatro.

—Me has pillado. Me ha costado dos años convencer a Fabrizio para que se casara. El que la sigue, la consigue.

Entrecierra los ojos y contiene una carcajada.

—Te podría haber salido fatal.

—Tenía un plan B —afirmo todo lo serio que soy capaz.

—Mierda, ¿he caído con el plan A? Qué facilona.

Una carcajada brota de mi garganta y Lena se ríe conmigo. No quiero estropear el momento. Me encantaría pasarme la noche entera diciendo tonterías con ella y terminar en su cama, donde las risas se intercalarían con besos y caricias, pero no debo postergarlo más.

Inspiro hondo y exhalo. Mi sonrisa desaparece.

—Lena, tengo que contarte algo importante y puede que quieras matarme después —me obligo a decir—. Pero, antes de empezar, quiero que sepas que ha sido genial volver a estar contigo y que sigues siendo la misma chica que un día me robó el aliento.

Ella me mira fijamente.

—¿De qué nivel de ganas de matarte hablamos?

Me lo pienso un segundo.

—Peor que las cartas.

Sus labios se curvan en una sonrisa nostálgica.

—¿Crees que lo que vas a decirme terminará igual de bien?

La miro y me grabo su imagen en la retina. El brillo de sus ojos azules, la expresión juguetona de su rostro y la calma que transmite su cuerpo. Sé que, en cuanto hable, desparecerá.

—Lo dudo —respondo.

Capítulo 40

Di algo, por favor

Salerno, octubre, 2022

En cuanto Álex abre la boca, la camarera aparece con la jarra de vino en alto.

—*Spagnolo*? —Ambos asentimos y la chica nos enseña sus uñas extralargas decoradas—. *Adoro* Rosalía. —Deja la jarra sobre la mesa y se aleja, bailando al ritmo de una música que solo ella escucha.

—Estoy intrigada. —Sirvo el vino y choco mi pequeño vaso con el suyo, que permanece intacto en la mesa. ¿Me extraña? Un poco. Aun así, doy un pequeño trago.

Álex se humedece los labios y frunce el ceño. Tiene las palabras en la punta de la lengua, aunque percibo su miedo a la hora de dejarlas salir. Mi inquietud se incrementa cuando la mesa comienza a agitarse. No necesito mirar debajo de ella para saber que es la pierna de Álex quien la mueve. Es mala señal, la última vez que vi ese traqueteo fue el día de nuestra ruptura.

—¿Tan grave es?

Su rostro se contrae y el mío actúa como un espejo.

—Di algo —le suplico.

Álex detiene el movimiento de su pierna. Cuando consigue hablar, su voz está rota.

—Hace unos años… —Exhala—. Hace unos años, descubrimos que la enfermedad de mi madre era genética.

Un frío denso se extiende lentamente por mi organismo y lo convierte en piedra. Hasta yo sé que una enfermedad genética es una enfermedad hereditaria. Mi mente, en cambio, funciona a toda velocidad, recuperando información sobre su madre.

No podía moverse ni hablar.

Su enfermedad era degenerativa.

No tenía cura.

Ahora es Álex quien permanece a la espera de una reacción por mi parte que no llega. Mi pecho retumba, siento náuseas, los oídos me zumban. Su mano, entrelazada con la mía, tiembla por encima de la mesa.

—Lena, nos aconsejaron que nos hiciéramos un análisis para detectar la enfermedad. —Estudia mi rostro para comprobar que lo he entendido. Y sí, lo he hecho, pero mis pensamientos son tan horribles que no soy capaz de verbalizarlos.

—¿Tú…? —Niego con la cabeza.

No quiero que responda. No podría soportarlo.

Que no lo diga, por favor.

Parpadeo con fuerza para evitar que las lágrimas caigan por mis mejillas. No puedo llorar. Es absurdo, nadie llora por algo que no es real.

Eso es, Lena, recomponte.

Pero las palabras vuelven a quedarse atascadas en mi garganta y lo único que sale de mi boca es un balbuceo.

Álex aprieta mi mano.

—El análisis de Sergio fue positivo y…

El aire regresa a mis pulmones de golpe. A Álex no le ocurre nada, está bien. Es su hermano el que está enfermo.

—Sergio —murmuro, aliviada.

Él asiente con tristeza.

—Beatriz y yo… —Su voz se quiebra.

Mis piernas se mueven solas. Me incorporo, rodeo la mesa, y me acurruco en su regazo. Le abrazo fuerte, muy fuerte, y acomodo la cabeza sobre su hombro. Él me atrae hacia su cuerpo con la misma intensidad. Me encantaría decirle que siento que su hermano haya

heredado la enfermedad, aunque no es así. El alivio es más fuerte que la pena.

Álex repite mi nombre y me acaricia el pelo hasta que nuestros latidos y respiraciones logran ralentizarse.

—Tranquila, Lena. Por el momento, mi hermano está bien, la enfermedad aún no se ha desarrollado. —No se me escapa que puede que más adelante sí podría hacerlo.

Apoyo las manos en sus hombros y me separo de su torso.

—¿Cuándo…?

Álex fija sus ojos en los míos. Sus músculos se tensan.

Antes de que pueda responder, las palabras que dijo ayer, antes de la boda de Fabrizio, aquellas a las que no llegué a darles sentido, se reproducen en mi cabeza igual que el estribillo de una canción: «Por lo que pueda pasar».

—Por eso era tan importante el dinero y por eso no regresabas a España —afirmo, no pregunto—. Querías ahorrar por si Sergio lo necesitaba en el futuro.

Álex no aparta la mirada, en un gesto que me invita a leer en ella su verdad. Le acaricio el rostro. Beso su barba, sus labios, su frente.

Sigue siendo el mismo chico que pone por delante a los suyos, el que cuida y protege. Y yo siento en cada fibra de mi ser que deseo enamorarme de él.

Tal vez no esté ahí ahora, pero quiero que suceda.

Durante la cena, Álex me explica que la ELA no suele ser genética, y que, si lo es, hay un cincuenta por ciento de probabilidades de heredarla. Se explaya con las mejoras de los tratamientos y critica el poder de las farmacéuticas al afirmar que están más interesadas en cronificar enfermedades que en curarlas. Y, finalmente, se cabrea por lo poco que se invierte en la investigación de enfermedades raras.

Yo apenas intervengo, dejo que Álex hable a su ritmo, pero una vocecita dentro de mí se plantea por qué ha tardado tanto en

contármelo si hablamos todas las semanas. Sin embargo, no pregunto. Conozco al hombre que está sentado frente a mí. Le cuesta hablar de aquello que le duele. A veces, es exasperante no poder llegar hasta él, aunque sus silencios siempre están justificados por alguna extraña razón que suele dejar sus necesidades en segundo plano.

Estoy segura de que, más tarde o más temprano, será capaz de contarme la historia completa, porque ahora no lo está haciendo. Se está desahogando y suelta información desordenada, pero noto que hay algo que se está dejando en el tintero. Me lo dice su expresión corporal. Su postura es tensa y sus ojos se desvían de los míos si me centro en ellos.

No importa, él está bien.

Tras la cena, regresamos a nuestro alojamiento dando un paseo por las calles casi desiertas de Salerno. El reloj marca las diez y media de la noche, pero es domingo y se nota. Álex rodea mis hombros con el brazo y yo no me despego de su cuerpo ni un poquito. Necesito su contacto más que respirar.

—Estás temblando —percibe cuando estamos a dos manzanas del *Bed and Breakfast*. Me aprieta contra su costado para que entre en calor, a pesar de que la causa de mis temblores no sea el frío—. He vuelto a asustarte, ¿verdad? —pregunta a media voz.

—Sí —admito, porque no serviría de nada negarlo. Sin embargo, quiero evitar que se sienta mal, por eso añado—: Sospecho que lo has hecho para ablandarme. —Él se ríe por la nariz y me da un beso ligero en la sien.

—¿Y ha funcionado?

Me alivia tanto el cambio de tono que respondo:

—Estoy pegadita a ti, ¿tú qué crees?

Rodeamos un charco y, en cuanto lo sobrepasamos, Álex me achucha fuerte y dirige su boca hacia mi oreja.

—Que debería haberme declarado y haberte dado pena el primer día del viaje. —Su aliento me eriza la piel del cuello.

Protesto y lo empujo con el hombro.

—No te confundas. No me das pena. Empatizo contigo, que es diferente.

Ante la seriedad de mis palabras, sonríe y asiente, despacio.

Unos minutos más tarde, nos encontramos ante la puerta de mi habitación. Álex se despide con un «buenas noches» y hace el amago de irse. Yo tiro de su chaqueta y lo meto en la mía, sin opción a que replique.

Cierro la puerta y no enciendo las luces. Lo beso. Lo beso muchísimo. Con ternura, con desesperación y con furia. Y me aferro a su cuerpo, igual que lo haría si estuviera a punto de caer por un precipicio.

El primer polvo fue sexo de reconocimiento: curioso y divertido. El segundo, pasional. El de esta mañana, en la ducha, ha sido sucio (o limpio, según se mire). El del después del desayuno, un «aquí te pillo, aquí te mato» en toda regla. Pero el de esta noche no será como los anteriores, porque aquí voy a poner el corazón.

Capítulo 41

¿El resto de la historia?

Capri, octubre, 2022

El pequeño barco turístico reduce la velocidad al aproximarse a los Faraglioni de Capri, las dos formaciones rocosas que aparecen en cualquier imagen publicitaria de la isla. Contemplo embobada los acantilados que se alzan en el mar, entre las aguas turquesas y el azul pálido del cielo. Álex, situado a mi espalda, me envuelve en un abrazo y, por puro instinto, mi trasero se acopla a su cuerpo y obtiene una respuesta muy interesante.

—¿En serio, Álex?

El motor de la embarcación se detiene, los turistas se dirigen a la borda de estribor y yo dejo caer la cabeza hacia atrás, sobre su hombro.

—Culpa tuya —gruñe, con la nariz en mi cuello.

El sonido del chapoteo de las olas se mezcla con las conversaciones animadas de los turistas. Álex clava los dedos en mis costados y asciende, con una lentitud medida, hasta llegar a la curva de mis pechos.

—Nadie nos mira —señala. Sus pulgares me acarician los pezones en movimientos circulares—. Están distraídos sacándose fotos.

Mis muslos se tensan, la vista se me nubla.

Joder, me lo tiraría aquí mismo. Estoy igual de salida que la protagonista de un *romantasy*.

—Álex…

—¿Demasiado porno? —Desliza la lengua por mi hombro—. ¿Del uno al diez?

—Cinco —le vacilo con la respiración entrecortada—. Apruebas por los pelos. —Hago el amago de dar un paso. Él me retiene.

—Ni se te ocurra.

—Yo también quiero hacerme una foto —le provoco.

—Pues vamos —responde, muy digno.

Atravesamos la cubierta pegados el uno al otro y a pasos cortos. Al llegar a la barandilla, Álex nos hace girar al ritmo de un chotis en un geriátrico, y yo, que he conseguido contener la risa hasta este momento, exploto en carcajadas.

—No era tan difícil —se jacta. Acto seguido, saca su móvil del bolsillo y posa para la cámara.

Por lo menos, hace diez fotos. Y en todas salgo con los ojos achinados, riendo con la boca abierta. Él, en cambio, está guapísimo. Despeinado, con la camisa blanca arremangada hasta los codos y el rostro iluminado de felicidad.

Todavía me cuesta entender cómo he llegado a este punto en pocos días. Las burbujitas molestas ahora me resultan de lo más placenteras; la ilusión, que no me permitía sentir, hoy campa a sus anchas por mi organismo, y la alegría que me provocan estas sensaciones transforman todo a mi alrededor, como si, de alguna forma, estuviera más despierta.

Sí, estoy de lo más tontita y moñas. ¡Hasta me he puesto el vestido blanco para que fuéramos conjuntados! Y no, no quiero darle vueltas a lo que podría ocurrir en el futuro; si esto nos llevará a alguna parte o si será otra cagada que sumar a nuestra lista.

—Una foto más —le pido—. He tapado a Stella. —Él me lanza una mirada interrogante—. La roca más bajita, la del túnel.

Un destello de diversión brilla en sus ojos.

—Me pones muchísimo cuando te pones en plan empollona. —Extiende el brazo y nos fotografía con su móvil—. ¿Quieres revisarlas?

Asiento y me cede el teléfono. En cuanto lo tengo entre las manos, aparece un mensaje en la ventana flotante. Dice, textualmente: «¿Cuándo vas a contarle a Lena el resto de la

historia?». ¿Me sorprendo? Poco. Anoche ya me di cuenta de que su relato tenía vacíos, solo me queda confiar en que hoy se abra conmigo.

—Unas fotos preciosas —murmuro.

Álex recupera el móvil y se lo mete al bolsillo. Ni siquiera lo mira, está demasiado ocupado dándome un mordisquito en la oreja.

El calentón lo mantenemos durante el paseo por Capri. También en el viaje en minibús hasta Anacapri. Solo nos damos un respiro cuando subimos al Monte Solaro, el punto más alto de la isla, y gracias a que el acceso al telesilla es individual. Sin embargo, el descanso dura lo que dura el trayecto, porque, una vez que estamos arriba, volvemos a acoplarnos como dos monos en celo.

Si me llegan a decir hace unos días que iba a estar en el mirador más famoso de la isla de Capri y, en lugar de disfrutar de la vista, estaría de espaldas a la barandilla, saboreando la boca de Álex, no lo habría creído. ¿Yo, perdiéndome algo con lo que he estado soñando durante tantos años? ¡Imposible! Aunque, bueno, también he fantaseado un millón de veces con volver a besarlo. Así que, en una carrera imaginaria entre mis sentidos, el gusto y el tacto ganan a la vista por goleada.

—Lena… —Álex se separa unos centímetros y arruga la nariz—. No quiero estropear el momento, pero deberíamos aprovechar el último día también para hablar, no solo para…

—Lo sé. —Le retiro un mechón de pelo que, por efecto de la brisa, le cubre parte del rostro. Él curva sus labios hacia arriba, en una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Anoche no me preguntaste cuándo supimos lo de Sergio.

—Estaba esperando a que me lo contaras. La estrategia del gatito callejero, ¿recuerdas?

Un par de chicas se ríen a nuestro lado mientras se hacen un selfi. Álex traga saliva.

—Ven. —Tira de mi brazo hacia el interior del mirador, donde nos apoyamos sobre una gran roca, uno al lado del otro. Álex coge mi mano y cuadra la mandíbula—. Lena, fue a finales de 2011.

La sonrisa comprensiva, que he mantenido hasta ahora, se diluye. Aún estábamos juntos.

—Nos habíamos distanciado —musito. Aunque no imaginaba que tanto como para que no confiara en mí en una situación tan jodida.

Su frente se arruga.

—No, Lena, fui yo el que se distanció.

Su afirmación no borra la culpabilidad que comienza a reptarme por el pecho. Debí haberme dado cuenta. Aquellos silencios, la falta de energía, su aislamiento. Todo cuadraba con ese Álex que ocultaba los problemas y los gestionaba solo. Sin embargo, me obsesioné con que había tenido un desliz con Rox, con su falta de interés por la paternidad y con otras mil razones que nunca terminaban de explicar lo que había ocurrido.

Un grupo de amigos vocifera en la barandilla, una pareja de mediana edad se sienta a nuestro lado y un adolescente fotografía a sus padres mientras el sol desaparece tras una gran nube.

Álex me acaricia la mandíbula y mi atención se centra de nuevo en él.

—Tú querías que tuviéramos un hijo —me recuerda—. Y, Lena, yo… —Desvía la mirada hacia nuestras manos unidas.

Rozo su dorso con el pulgar.

—Te presioné, tú no querías dar ese paso, y nunca te he pedido perdón por aquello.

Alza la vista.

—Soy yo el que debería disculparse.

Sacudo la cabeza.

—¿Sabes? Ni siquiera yo estaba preparada, por mucho que pensara que sí. Me obsesioné con formar una familia, con el puñetero final feliz que nos han vendido a todas. En realidad, lo que necesitaba era sentirme realizada. —Tomo una bocanada de aire y la presión en el pecho se aligera—. Es una mierda que no supiéramos hacerlo mejor, pero forma parte del pasado y no podemos cambiarlo, ¿verdad?

Álex me da un apretoncito en la mano cargado de cariño e intensidad.

—No, no podemos —acepta con tristeza—. Aun así, me gustaría contarte qué pasó. —Asiento, despacio, y mi teléfono comienza a sonar—. Tranquila, cógelo.

No tengo intención de responder la llamada. No, hasta que echo un vistazo a la pantalla y veo el nombre de mi sobrino.

—Solo será un momento —le prometo.

Una promesa que incumplo conforme Uli me dice que Paula está enferma. Entonces, la conversación pendiente pasa a un segundo plano.

Mi hija tiene diarrea, náuseas y un poquito de fiebre. No es grave, ha tenido los mismos síntomas mil veces y, aun así, bombardeo a mi sobrino con mensajes que responde con paciencia.

—Paula está dormida y bien cuidada. Y desde aquí poco puedes hacer. —Álex, sentado a mi lado en el ferri, me atrae hacia su pecho y yo me dejo acunar. Tiene razón, aunque la lógica y las emociones rara vez van de la mano—. ¿Cada cuánto estás preguntando por ella? ¿Cada media hora? —Realizo un movimiento casi imperceptible con la barbilla—. Vale. ¿Y qué te parece si te pones una alarma y lo haces cuando suene? Así tendrías veintinueve minutos para disfrutar de nuestra última tarde.

La bocina del ferri anuncia que estamos cerca del puerto y los turistas salen disparados hacia las escaleras para subir a la zona descubierta. Álex tamborilea los dedos sobre mi hombro y me pregunta en silencio si me animo a levantarme.

Tardo treinta segundos en ceder y otros tantos en programar mi móvil. El sentimiento de culpa no desaparece, claro, pero me autoconvenzo de que puedo ser una madre preocupada y, al mismo tiempo, estar presente en este momento.

Accedemos a la proa y nos hacemos un hueco en la barandilla. Álex entrelaza nuestras manos y me dedica una mirada de orgullo,

que me ayuda a validar mi decisión.

—Mañana, cuando la veas, te reirás de este susto y podrás contarle cómo llegamos a Positano.

Eso es.

Me doy permiso para deslizar la vista hacia el pueblo costero. La imagen impresiona, aunque por algo se lo conoce como la joya de la Costa Amalfitana.

Edificios blancos, rosas y amarillos se superponen unos a otros de forma escalonada, desafiando la gravedad. Entre ellos, jardines con palmeras, escaleras empinadas y terrazas decoradas con buganvillas.

Una lágrima desciende por mi mejilla. Álex la limpia con sus dedos, porque, por supuesto, no está pendiente del paisaje, sino de mí.

Algo antiguo calienta mi pecho (o tal vez sea algo nuevo, no sé), y es la certeza de que este hombre nunca me fallará.

Tardamos hora y media en llegar a la parte alta de Positano. O lo que es lo mismo: tres mensajes cansinos de madre preocupada. Tras recorrer el puerto, subir sus más de trescientos escalones y pasear por las calles cubiertas de pérgolas, hemos decidido darnos una tregua en uno de los cientos de miradores del municipio.

Está atardeciendo. Los edificios se bañan de la luz anaranjada y las luces del municipio comienzan a encenderse.

Me siento en el murete de piedra y Álex, pegado a mí, se mantiene de pie mientras le da un lametón al helado de fresa que compartimos.

—Paula sigue dormida y la fiebre no sube —comento—. Tengo que admitir que tu sistema ha funcionado mejor de lo que esperaba. Sigues teniendo el superpoder de calmarme.

—Por supuesto —bromea.

Se levanta una brisa marina y me sujeto el sombrero de paja que se ha empeñado en regalarme. Álex acerca el helado a mi boca. Lo

aparto con una sonrisa.

—Siento haberte dado el día.

—No me has dado el día. Y yo también estoy preocupado. —Me da un dulce beso en los labios.

La cercanía, que esta mañana estaba cargada de deseo, ahora es pura intimidad y un avance de la nostalgia que sentiré mañana.

—Si seguimos con esto… —me obligo a decir. Álex frunce el ceño a modo de protesta por el condicional—. Quiero que sepas lo que hay —me defiendo—. No sería como estos días. Soy mamá, Álex, Paula y yo vamos en el mismo lote.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. No es lo mismo estar con un niño un ratito a que tu vida gire alrededor de él. Es completamente diferente. ¿Estás seguro de dónde te metes?

—Segurísimo. —Se distancia lo suficiente como para que vea que está hablando en serio—. Puede que no tenga ni idea de lo que implica —admite—, pero soy consciente de las circunstancias y me adaptaré. Iremos despacio. O deprisa. Como prefieras. Tú marcas el ritmo.

Siempre he dicho que Álex tenía la capacidad de comunicarse a través de las distintas miradas y sonrisas, pero lo de este momento es de otro mundo. Sus ojos están llenos de promesas, de planes a futuro y de amor.

¿La verdad? No tengo ni la más remota idea de cómo podría funcionar, aunque eso no impedirá que lo intente con todas mis fuerzas.

Capítulo 42

La llamada

Álex

Salerno, octubre, 2022

La voz nerviosa de Lena me despierta de madrugada. Habla por teléfono en el baño. Estoy demasiado dormido para entender lo que dice, pero capto «urgencias» y «gastroenteritis» y me incorporo de inmediato.

¿Le ha pasado algo a Paula?

Desnudo como estoy, avanzo hacia la luz fría que se cuela por la puerta entornada y asomo la cabeza. Lena, vestida tan solo con mi camisa blanca, camina de un lado a otro, como una leona enjaulada.

—¿Como que la ingresan? —La barbilla le tiembla.

Me acerco por detrás y la abrazo. Ella apoya la espalda en mi pecho, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Su respiración se ralentiza.

—Uli, dime la verdad, ¿Paula está asustada?

En el silencio de la noche, escucho con claridad la respuesta de su sobrino:

—Está atontada, Lena. Estamos más acojonados Salo y yo.

—¿Llevas el libro de familia y la autorización que te dejé?

—Sí, pero no está firmada ante notario. Como llegas en unas horas, espero que no haya problema. Te paso con el médico, ¿vale?

Del resto de la conversación, solo pillo palabras sueltas y algún término clínico. No importa, ya me lo contará Lena después. Ahora quiero calmarla, que sienta que no está sola.

—He entendido la mitad —se lamenta al colgar—. Necesito que alguien me lo explique. ¿Daniela estará despierta?

—Prueba.

Lena le envía un mensaje. Mi prima responde al instante, está de guardia.

—Voy a preparar las maletas —le digo bajito.

Ella cabecea, ausente. Le beso la sien y salgo del baño.

«No debería viajar sola en este estado», pienso mientras recojo nuestra ropa del suelo. Anoche volvimos a entrar a trompicones en la habitación y…

Mierda. Tendría que haber hablado con ella.

Las excusas que me han servido de escudo se vienen abajo, una detrás de otra. «No era el momento». «Estaba demasiado asustada». «Lo haré mañana». ¿No he aprendido nada? ¿Cómo puedo ser tan gilipollas? Lo he retrasado tanto que nos hemos quedado sin tiempo.

A menos que…

A menos que me vuelva con ella a España.

No lo pienso. Busco la compañía de su vuelo en el móvil y compruebo que hay billetes disponibles. Compro uno. ¿Qué más da si Mauro se cabrea conmigo? Que le jodan. Esto es más importante.

Regreso sobre mis pasos, dispuesto a informar a Lena de mi decisión, y me detengo antes de entrar al baño, cuando escucho que murmura:

—No debería haber venido.

Capítulo 43

La culpa

España, octubre, 2022

Echo un vistazo rápido por la ventanilla del taxi. Joder, no llegamos nunca.

—Ya casi estamos —dice Álex, a mi lado, en ese tono dulce y pausado que lleva usando desde que recibí la noticia. No lo miro, tampoco respondo, me limito a bajar la cabeza y vigilar la pantalla del teléfono.

El estómago se me revuelve al pensar en esos ocho mensajes que me envió mi sobrino antes de que se atreviera a llamar. Ocho. No escuché el sonido de mi móvil ni una malita vez. La sesión de sexo me había dejado tan exhausta que dormía profundamente.

Siento la mano de Álex en mi pelo y me tenso.

—Paula tiene que verte bien, si no, se asustará. —No espera a tener permiso, tira de la goma de mi muñeca, me peina con los dedos y me hace una coleta.

Es un gesto tierno, pero me molesta. Igual que su presencia. Me recuerda lo egoísta que he sido.

¿En qué momento pensé que merecía tomarme un descanso? Cuando eres madre, no tienes derecho a desconectar, es algo inherente al cargo.

El taxi se detiene en un semáforo en rojo y el traqueteo de mi pierna aumenta de velocidad. ¿Cuánto falta? No reconozco la calle en la que estamos.

—El hospital está en la siguiente manzana —me informa Álex.

Odio que me lea con esa facilidad.

Él hace una respiración profunda, tirando de paciencia. Yo también cojo aire, necesito tranquilizarme. Cuando entre en la habitación de Paula, no puedo ser el manojo de nervios que soy ahora, debo transmitirle serenidad, protección, amor. Porque sus sentimientos son los que importan, no los míos.

Imaginar cómo estará Paula me atormenta. Uli no ha dejado de decirme que se encuentra bien, que no es para tanto, pero mi cabeza la visualiza pálida, sudorosa, con sus cejas formando una uve invertida, como cada vez que se siente frustrada. Necesito borrarle esa expresión con un beso, decirle que mamá ya está con ella y que no pienso separarme de su lado nunca más.

Necesito llegar ya, joder.

Tardamos en recorrer la puñetera manzana una eternidad. Un coche se detiene de golpe, otro pita y yo me cago en los muertos de todos.

—Tranquila, Lena. —Álex deja su mano sobre mi pierna al ver que la mía está en el tirador de la puerta, preparada para abrirla. Solo quedan unos metros.

—Yo me encargo —escucho antes de saltar del taxi y correr hacia la entrada del hospital.

No detengo mi carrera al cruzar las puertas, solo la reduzco. Atravieso pasillos interminables y subo los cuatro pisos a pie hasta la planta de Pediatría, donde trato de localizar la habitación de mi hija.

Tengo que luchar por ignorar el trasiego de las enfermeras y la luz antinatural que envuelve este ambiente. Voy a ver a mi hija, eso es lo que importa.

Llego a la puerta y doy un par de suaves toques. Al otro lado, mi sobrino pregunta con mucho teatro:

—¿Quién será?

Respiro hondo, ajusto mi coleta y controlo el nudo en la garganta. No puedo llorar. No debo llorar. Me pinto en la cara una amplia sonrisa y entro.

Paula está tumbadita en la cama, tapada hasta la barbilla. Sus ojos legañosos se abren de par en par.

—Mami —susurra.

Mi corazón se alborota igual que si cientos de gorriones se echaran a volar al mismo tiempo. «Mami», cuánto amor encierra esta palabra y qué poco la valoramos.

—Hola, peque. —Con un par de zancadas, elimino la distancia que nos separa y beso su frente, que está caliente. Ella alza sus brazos y se cuelga de mi cuello.

—Mami —repite, como si no terminara de creerse que estoy aquí. Y yo tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar el llanto.

—Te he echado muuucho de menos. —Inspiro su olor y la beso. La beso mucho. Ella se ríe—. ¿Y tú a mí?

—*Zi*.

Paula me abraza con fuerza y yo la mezo, con mi nariz pegada a su cuello, como la primera vez que la sostuve entre mis brazos. Rememoro lo diminuta que me pareció y la fragilidad que transmitía. El amor que no sabía que era capaz de sentir: sin límites ni condiciones. Sus deditos, minúsculos. El vértigo. Su forma de llorar, tan parecida a un maullido. El contacto piel con piel que calentó mi alma. La sensación de orgullo.

La sonrisa tensa de Roger.

Unos brazos fuertes me rodean por la espalda, espantando la imagen del donante de esperma. Es Uli, que, como buen Oso Amoroso, no pierde la oportunidad de unirse a nuestro abrazo.

—No voy a tenerte en cuenta que hayas pasado de mí —bromea.

—Menos mal. Era mi mayor preocupación —ironizo.

Mi sobrino me besa en la mejilla y se separa al escuchar el sonido de unos pasos acelerados que se frenan en la puerta.

—Gracias por acompañarla, Álex —dice.

—No podía dejarla sola.

No me giro, no cambio de posición, continúo meciendo a Paula, pero eso no me impide que oiga los palmetazos en la espalda que le propina mi sobrino a Álex.

Es mi hija (y no yo) la que se asoma a cotillear.

—*¿Ale?*

—Hola —saluda él.

Paula abre la boca de forma exagerada y se la tapa con sus dos manitas. Qué ganas tenía ella de verlo en persona y qué pocas

tengo yo de que esté aquí.

—¿Has visto a quién te he traído? —Finjo un entusiasmo que no siento y le indico a Álex que se acerque.

Está pálido y sus manos tiemblan. Conozco el motivo que se esconde detrás de estas reacciones: odia los hospitales. Mi hija me mira, se ríe y se esconde en mis brazos, muerta de vergüenza.

—Anda, después de la paliza que me has dado con él, ¿este es el caso que vas a hacerle?

Paula mueve la cabeza de arriba abajo y le mira de reojo. Yo también lo hago. Grave error. Un rápido vistazo es suficiente para que lea en sus ojos un amor que no deseo ver.

No ahora.

Capítulo 44

En el maldito hospital

Álex

España, octubre, 2022

Me acomodo en el sofá de polipiel y mantengo la vista fija en Lena y Paula, que duermen abrazadas. Hace apenas unas horas creía que era imposible que pudiera aguantar más de dos minutos dentro de este edificio. El olor —esa horrible mezcla de lejía y desinfectante— me ha golpeado de lleno al cruzar las puertas del hospital, trasladándome a la peor noche de mi vida. Después ha llegado el temblor de piernas y manos… Y, finalmente, la falta de aire y la parálisis, igual que en esa pesadilla, donde quien ocupa la cama del enfermo somos Sergio, Beatriz… o yo.

No exagero si digo que llegar a la habitación de Paula ha sido una odisea. Y, una vez aquí, estaba dispuesto a dejar la maleta de Lena y despedirme, hasta que he visto esos ojitos asomándose por encima del hombro de su madre.

—*¿Ale?*

Solo ha necesitado una palabra para embelesarme. Solo una. Y el instinto de protegerla, el mismo que me nace al ver a Lena, se ha activado y ha hecho desaparecer las ganas de huir.

Lena suelta un ronquido suave y Paula responde con un resoplido.

—Ey —Uli, desde el umbral, me saluda con la mano.

Desvío la vista un segundo, le sonrío y vocalizo un «hola» silencioso. El pobre está agotado. Después de pasar la noche sin dormir, lleva toda la mañana yendo y viniendo del hospital y, aun así, su sonrisa perenne sigue ahí.

—Álex, vete —me dice por lo bajo mientras se señala el pecho con el dedo, en un gesto que traduzco como un «yo me ocupo, tranquilo».

—Estoy bien —miento, pero tardo dos segundos en aceptar su ofrecimiento e incorporarme. Solo hay un sofá y no pienso dejar que se quede de pie—. Avísame si hay alguna novedad, ¿vale? No tardo, voy a hacer una llamada al trabajo.

En realidad, voy a por un café. Paso de Mauro y de sus tropecientos mensajes. En todos estos años no le he pedido ni un solo día libre para asuntos personales, ni uno, y, en lugar de respetarlo, el italiano se ha dedicado a bombardear mi teléfono con preguntas absurdas.

No he respondido a ninguna.

El trayecto hacia la salida me resulta igual de agobiante que el de esta mañana. Solo cuando traspaso las puertas de cristal y pongo un pie en el exterior, me doy cuenta del esfuerzo que estoy haciendo. Mis músculos se relajan, el nudo del pecho se afloja y mis pulmones se llenan de aire puro.

También noto el cansancio por no dormir, el viaje, la tensión y las tres horas de hospital. Pero ni me planteo no volver a entrar a este maldito edificio.

Cierro los ojos y alzo la cabeza hacia el sol.

—¿Álex? —¿Esa es la voz de mi prima? Me giro. Su cara de sorpresa compite con la mía—. ¿Estás con Lena? Pensaba que habías vuelto a Suiza.

Una chica cruza por el espacio que hay entre nosotros. La esquivamos y nos encontramos a mitad de camino.

—No podía dejarla sola —respondo. Daniela me regala una tibia sonrisa, como si por fin hubiera hecho algo bien. Y menos mal, porque ahora no soportaría otra bronca—. ¿Has venido sola? —Por el gesto que me devuelve, entiendo que sí—. ¿Te apetece un café?

Mi prima acepta y terminamos en un bar fuera del recinto del hospital, donde los gritos de los clientes se mezclan con los sonidos de la máquina tragaperras.

—¿Lena está más tranquila? —Daniela da un sorbito a su café y me mira por encima de la taza.

—La verdad es que, desde anoche, no está muy comunicativa conmigo. —Mis ojos se clavan en la superficie metálica de la mesa. Me froto la nuca. Decirlo en voz alta pesa; le da forma a la distancia que se ha creado entre nosotros. Entiendo que el miedo y la culpa la bloqueen, pero entenderlo no implica que duela menos.

—Desde anoche… —repite mi prima. Alzo la vista y ella enarca una ceja—. Entonces hablaste con ella.

Joder, joder, joder.

Mentiría si dijera que se me ha olvidado que tengo una conversación pendiente con Lena. Y también mentiría si afirmara que lo he tenido presente en las últimas horas. Trago saliva, respiro hondo y me preparo para enfrentarme a las consecuencias de mis actos. Daniela me va a despellejar vivo.

—Le conté que es una enfermedad genética y que Sergio se había hecho el test, pero no…

Mi teléfono suena encima de la mesa. Es Uli. Descuelgo de inmediato.

—*Álex, la doctora está de camino.*

—Voy para allá.

Soportar la presencia de la doctora supone un nuevo esfuerzo. Si hay algo que odio más que estar en un hospital es tener delante a un médico.

Pero me aguanto.

La doctora Garrido nos informa de que Paula mejora, aunque prefiere dejarla ingresada una noche más. Daniela le hace preguntas, usando un vocabulario ininteligible, y después nos resume la conversación diciendo que todo va bien.

—Por cierto, hemos intentado localizar al padre —comenta la doctora antes de abandonar la habitación—. El teléfono de contacto que figura en la ficha ya no está operativo.

Lena finge una sonrisa educada.

—Mami va a salir un momentito —le dice a la peque, que se aferra a su jersey—. Si no me sueltas, me haré pipí encima —susurra con los ojos muy abiertos.

—Pipí —repite Paula mientras se ríe.

Lena se incorpora y contiene un suspiro hastiado. Atraviesa la estancia con la intención de hablar con la doctora Garrido en privado. Odia dar explicaciones sobre el padre ausente. Unas explicaciones que, además, no debería ser ella quien las diera.

—¿Quién quiere jugar al escondite? —Uli levanta el brazo y Paula lo imita.

Daniela me mira de reojo.

—Dale su espacio —dice entre dientes, como si hubiera adivinado lo que estoy a punto de hacer.

Uli se tapa la cara con ambas manos.

—¡Cuento hasta diez! Uno…, dos…

En el «tres» ya estoy en el pasillo.

Lena tiene la espalda contra la pared. Sus ojos están acuosos. Acaricio su nuca, tal y como hacía antes para calmarla. Ella no retrocede, pero evita que nuestras miradas se crucen.

—¿Has pensado en contratar a un abogado para eliminar sus derechos? Si no lo solucionas, podrías tener un problema en el futuro.

La mirada que me devuelve es feroz.

—Métete en tus asuntos —sisea.

Lo que duele no es la frase, sino lo que leo entre líneas. No tengo derecho a opinar porque no soy nada, le molesta mi presencia, no me quiere aquí.

Y me lo trago. Entero. Es lo mínimo que puedo hacer después de lo que hice.

Capítulo 45

Cuando llega la tranquilidad

España, octubre, 2022

El silencio es absoluto. Paula está encogida sobre sí misma en la cama del hospital, con el dedo gordo metido en la boca, y duerme como una bendita.

Casi me dan ganas de despertarla con mil besos.

Por desgracia, ese impulso activa el recuerdo de Roger, quien me dijo algo parecido la mañana siguiente de nuestro reencuentro. «Siempre te despertaré con besos, Lena». Qué ingenua fui y qué ojo tengo para los hombres. Estaba convencida de que por fin había encontrado a alguien capaz de borrar el fantasma de Álex. Todo eran palabras bonitas: «eres la mujer de mi vida», «formaremos una familia», «seremos felices». Hasta que Paula nació y la realidad se impuso sobre la fantasía. Roger no estaba preparado para asumir la responsabilidad. Al menos, eso decía la nota que dejó el día que se fue de casa a escondidas.

La pantalla de mi móvil se ilumina y me devuelve a la habitación. Tengo un mensaje de Álex, una canción. «Justo cuando el mundo apriete», de Viva Suecia. No es necesario que la reproduzca para saber lo que quiere decirme, que puedo contar con él.

Recibo otro mensaje.

Álex
Espero que estés dormida, pero si estás despierta, puedes llamarme (si te apetece).

Me remuevo en el asiento, muy consciente de que me he portado como una bruja con él.

Álex
De todas formas, mañana estaré ahí a primera hora para despedirme. Mi vuelo sale a las 19:00.

Guárdame unas cuantas miradas de psicópata, un par de bufidos y alguna de esas frases que me dejan en el sitio.

Mis labios se curvan en una sonrisa, la primera del día. No sé cómo lo hace, pero incluso cuando quiero mantenerlo lejos, consigue romper los escudos con los que intento protegerme.

Álex cumple su palabra y llega a las ocho. La palidez con la que atraviesa la puerta desaparece cuando mi hija alza los brazos, reclamando un achuchón. ¿Se me cae la baba al verlos? Sí.

—¿Has dormido algo? —pregunta desde el otro lado de la cama mientras Paula sigue riéndose.

Quiero decirle que he dormido lo suficiente como para darme cuenta de que lo traté fatal, pero la vergüenza me puede.

—Un poco —respondo.

Él sonríe, como si adivinara lo que me callo. No pide explicaciones ni exige un perdón, solo sonríe.

Pasamos el resto de la mañana jugando con Paula, hasta que, a las doce, le dan el alta. Entonces, los tres cogemos un taxi y nos vamos a casa.

—¡Tito! —Paula se lleva las manos a la cara cuando abro la puerta y el gato se asoma. Sus grandes ojos verdes analizan las posibles rutas de escape mientras se estira. Después, se restriega contra las piernas de mi hija y avanza con sigilo hacia la planta de plástico del rellano. Está obsesionado con ella—. ¡Mamá, Tito! —insiste, señalándolo con el dedo.

—Ya voy… —Me agacho, lo cojo y lo mezo entre mis brazos—. Venga, todos para dentro.

Paula desfila sin rechistar. Álex, en cambio, se queda congelado en el umbral, con los ojos clavados en nuestro gato.

—Hola, tú —susurra con la voz áspera—. ¿Sabes quién soy?

Lisboa maúlla como un bebé. Él se acerca y le acaricia la cabeza negra. Y yo no sé si es porque me emociona o porque siento que estamos a salvo, pero mis ojos se humedecen y me permito llorar. No lo he hecho desde que entré al hospital.

Álex me envuelve en un abrazo. Lisboa ronronea.

—Es culpa mía —digo contra su jersey—. Si hubiera estado aquí…

—No es culpa de nadie —me interrumpe—. Y todo está bien. —Aun así, lloro un poco más y él no me suelta. Solo Lisboa se revuelve —. Oye, ¿por qué Paula lo llama Tito?

—De gatito.

Su risa contagia la mía.

—Son las cinco y media. Es hora de irse. —Álex, sentado en mi sofá, se incorpora, se peina con los dedos y hace una mueca tristona.

Imito su mohín. Qué rápido ha pasado el tiempo. ¿De verdad tenemos que despedirnos?

—Te acompaño a la puerta. —Me levanto, con cuidado de no despertar a Paula. Hasta hace escasos minutos, los tres estábamos dormidos, enredados en un lío de piernas y brazos.

Cruzo el salón arrastrando los pies. Él me sigue y caza al vuelo mi mano, entrelazando nuestros dedos.

Llegamos a la entrada. Álex me mira con tanta intensidad que agacho la cabeza y observo mis pantuflas.

—Tenemos un par de conversaciones pendientes —dice bajito.

Alzo la mirada.

—Ya habrá tiempo.

Él realiza un leve gesto de asentimiento. Mira mis labios.

—Volveré pronto —promete.

Suelto su mano y le rodeo el cuello con mis brazos. Álex clava sus manos en mi cintura. Le doy un beso. Luego otro. Le debo un millón de ellos.

—Más te vale. —Le lanzo una mirada de advertencia que le arranca una carcajada.

Nos despedimos entre susurros, con planes a medio hacer y un beso rápido en los labios que nos sabe a poco a los dos.

Sin embargo, cuatro horas después, no quiero volver a saber nada de él.

—¿Qué tal la peque? —se interesa Daniela, al otro lado del teléfono.

—Acabo de meterla en la cama. Está muy blandita, pero bien. —Activo el «manos libres» y recojo el vestido azul del suelo. Mi dormitorio es un caos de ropa después de deshacer la maleta.

—¿Y qué tal tú? ¿Cómo has llevado este tsunami?

Me siento en el borde de la cama y suelto un resoplido interminable, que corto en cuanto recibo la notificación de un mensaje. Confío en que Daniela no se moleste por hacerla esperar, pero voy a echar un vistacito. Álex y yo llevamos media hora mandándonos mensajes como dos adolescentes. Es demasiado divertido como para dejarlo pasar.

Álex

Acabo de llegar a casa. ¡Me voy directo a la ducha!

Me muerdo el labio inferior. Es una información de lo más interesante.

¡Manda foto!

—Demasiadas emociones, ¿no?

—Demasiadas —confirmo. Igualito que si hubiera hecho un *tour* por la película *Del revés*: miedo, ira, alegría, tristeza… Solo me ha faltado asco.

Uy, he recibido una foto.

La abro y me encuentro con la imagen de una mano bajo el chorro de la ducha. Qué graciosillo.

—No te fustigues —me aconseja Daniela—, que también venías tocada. —El ruido que sale de mi garganta le deja claro que no tengo ni idea de qué habla—. Me refiero a lo que te contó Álex —matiza.

—Aaah, sí, sí.

Idiota. No me refería a ese tipo de foto.

—Sobre la enfermedad genética y el test —añade.

—La verdad es que me impactó muchísimo.

Daniela guarda silencio unos segundos.

—Pensaba que te lo tomarías peor. Me alegro de que no haya sido así.

Mi primera reacción es preguntarle de qué me está hablando, pero esa parte de mí que sospechaba que no podía ser tan bonito me obliga a detenerme.

—Supongo que ha pasado mucho tiempo de aquello —respondo con cautela.

—Unos diez años, ¿no?

Al escuchar su comentario, recupero el recuerdo de la conversación interrumpida en el mirador del Monte Solaro y me envaro. Trago saliva con dificultad.

—Al principio me costó entenderlo —digo, con menos confianza de la que me gustaría.

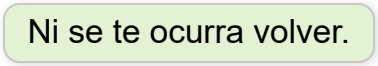
—Es normal. —Daniela hace una respiración profunda y, cuando creo que no voy a sacarle más información, suelta—: Habría sido más fácil si Álex te hubiera contado por lo que estaba pasando en lugar de romper contigo.

Ignoro quién toma el control de mi cuerpo —tal vez una versión de mí misma mucho más fría—, pero sigo tirando del hilo, hasta que Daniela me cuenta lo que Álex me ha ocultado durante diez años. Las piezas de la historia que no terminaban de encajar se ensamblan a la misma velocidad que se rompen los planes y la confianza.

¿Te acuerdas que he dicho que solo me faltaba por sentir asco? Pues aquí está.

—Qué hijo de puta —murmuro, antes de colgar.

No suelto el móvil, busco el chat de Álex y escribo:



Y bloqueo su contacto.

Como cajón que no cierra

Gin, Cata, Tú

12 de octubre de 2022

Gin
He tardado diez minutos en encontrar el puto grupo. ¿Cuándo coño has vuelto a cambiarle el nombre?

A ver, ha pasado algo. Algo MUY gordo.

Dani ha llamado a Lena y no sé qué cojones le ha contado, pero dice que no quiere volver a saber nada de Álex.

Toni
¿Quéééé?

Se terminó el amor de tanto usarlo

Gin, Cata, Tú

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Cata
A veces te pasas, Toni. Solo a ti se te ocurre poner una referencia a Rocío Jurado en estos momentos.

Toni
Puedo estar preocupado por mi amiga y acordarme de la más grande.

Gin, dinos algo.

¿Podemos llamar a Lena o tenemos que fingir que no sabemos nada?

Cata
Buena pregunta.

Modo CSI

Gin, Cata, Tú

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Gin
Toni, deja de tocarme los ovarios a dos manos con los nombrecitos de los cojones.

Tengo a Dani llorando por toda la casa y no sé cómo calmarla.

Toni
Tiene que ser algo fuerte.

Acabo de llamar a Lena, no lo coge.

Cata
Yo también la he llamado y nada.

Oye, lo mismo se ha enterado de que le puso los cuernos cuando estaban juntos.

Toni
¿Le puso los cuernos?

Cata

Es una posibilidad, ¿no? Mira mi ex. Mientras yo trabajaba y criaba a su hijo, él se lo montaba con todas las que podía. Lástima que lo descubriera después del divorcio.

Toni

¡Gin, dinos algo!

Gin

En cuanto me entere.

Capítulo 46

Fin de ciclo

Álex

Ginebra, octubre, 2022

La radio de Luigi suena al otro lado de la pared. «Hoy es jueves, son las seis de la mañana y la temperatura exterior es de siete grados», dice una voz masculina en francés. Durante un par de segundos —los que tardo en espabilarme—, miro a mi alrededor y me siento cómodo. El escritorio con el portátil frente a la ventana, la estantería medio vacía cerca de la puerta y el retrato de mi familia sobre la minúscula mesita de noche. Estoy en Ginebra, en la habitación que tengo alquilada en el piso compartido, y es un día cualquiera. Me levantaré, me daré una ducha y tomaré un café antes de ir al trabajo, donde pasaré las siguientes doce horas y, después, le haré una videollamada a Lena.

Me quedo sin aire.

«Ni se te ocurra volver».

Increíble. No llevo despierto ni dos minutos y ya quiero ahogarme con mi propia almohada.

Lo peor es que me he despertado de la misma forma cada día de la última semana, atrapado en mi propia versión del día de la marmota. Primero aparece el *shock* y las emociones me sobrepasan, después llegan los lamentos («¿cómo ha podido pasar?») y, al final,

mi mente me tortura con las voces de mi prima, mi hermano y mi amigo.

Daniela me reprende por no ser sincero, Sergio me explica que he actuado desde el miedo y Fabrizio me insulta, diciéndome que soy el rey de los imbéciles.

Me refroto la cara con las manos y me recuerdo que hoy es un día importante.

Muy importante.

—¿Mauro está reunido? —pregunto al atravesar la puerta de la pequeña habitación que precede a su despacho.

Silvi, sentada con las piernas cruzadas en el puesto vacío de la secretaria, se encoge de hombros con una mueca de fastidio. Pobrecilla. Mauro la convenció para que pasara el resto de sus vacaciones aquí y todas las tardes la encuentro con la misma expresión aburrida, esperando a que él decida que su horario ha terminado.

—¿Cómo estás? —me intereso.

Ella sonríe con tristeza, como si fuera incapaz de expresar lo que siente.

Me acerco a la mesa y apoyo las palmas sobre la superficie.

—Voy a meterme donde no me llaman —le advierto en voz baja —, pero…

—Estoy siendo una tonta, ¿sí?

Niego con la cabeza, despacio.

—Mauro está siendo un idiota, no tú. —Mi respuesta le gusta, lo sé porque ahora me observa con verdadero interés—. Te mereces más, Silvi.

La rubia hace un mohín.

—¿Sabes? Pensaba que esta vez sería diferente.

La entiendo tanto que le doy el mismo consejo que estoy a punto de aplicarme:

—No es el momento de autocompadecerte, sino de tomar decisiones. —Retrocedo un paso, después otro y le guiño el ojo antes de dirigirme hacia la puerta de mi jefe, donde toco tres veces con energía. Silvi sonríe, adivinando lo que voy a hacer—. Mauro, ¿puedo hablar contigo un momentito?

—*Avanti* —gruñe al otro lado de la puerta.

Entro a su despacho. El italiano desvía la vista del ordenador y me hace un gesto con la mano para que me acerque.

—*Dai* —me anima.

Me siento frente a él, tomo una bocanada de aire y lo suelto a bocajarro:

—Me marcho.

Mauro mira al techo y gesticula con ambas manos, como si yo fuera tan imbécil como para hacerle perder el tiempo con despedidas tontas.

—*Ciao*. —Gira la silla hacia su pantalla. Al ver que no me muevo, bufa con hastío—. *Che cosa vuoi*?

A pesar de que me siento igual que un edificio en ruinas, contengo una sonrisa. He visualizado esta escena demasiadas veces como para no disfrutarla.

—Mauro, me voy de la empresa.

Él rebuzna, como buen asno, sin apartar la vista del ordenador.

—*Offerta finale* —replica entre dientes, haciendo referencia a que no piensa subirme más el sueldo. Me recreo en su mandíbula apretada, en sus cejas fruncidas y en la tensión de su cuello. ¿Está mal que esto me divierta un poco?

—No me marcho por dinero.

Me mira de reojo y alza una ceja.

—*È per il bambino?*

Si este hombre se hubiera portado mejor conmigo, le confesaría que Lena no está embarazada, que hace mucho que no soy feliz aquí y que quiero disfrutar de la vida, pero como no es el caso, no malgasto mi tiempo.

—Mauro, solo quería avisarte. Mi ciclo en Suiza ha terminado. —Me incorporo—. Ve buscando a alguien que me sustituya.

—Hablemos —dice en un español perfecto.

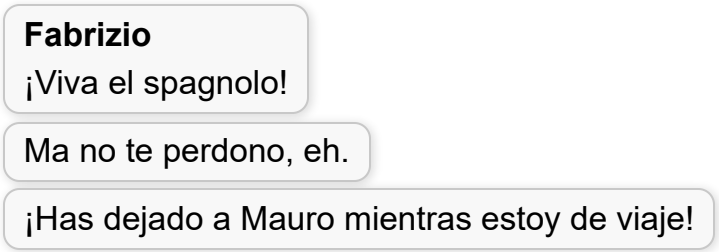
Curvo mis labios hacia arriba en una sonrisa educada y paladeo cada palabra que sale de mi boca:

—Nada de lo que digas podría hacerme cambiar de opinión.

Me tumbo en la cama, con el móvil entre las manos, y procuro distraerme del hecho de que hoy sigue siendo jueves y de que no he hablado con Lena. Sin embargo, lo que hago es revisar nuestras fotos del viaje y torturarme. Después, echo un vistazo a la cuenta de Instagram de su cafetería y me torturo un poco más. Y, cuando ya estoy tocado y hundido, aún saco tiempo para releer nuestras últimas conversaciones en WhatsApp.

¿Es cosa mía o la tecnología es lo peor para sobrellevar el duelo?

Recibo un mensaje.



Sonrío y le respondo a mi amigo que ya se lo compensaré con un relato minucioso. Acto seguido, dejo el teléfono sobre la mesilla de noche y observo la foto de mi familia. Los tres hermanos rodeamos a mamá, sonrientes.

Por aquella época, solíamos reírnos de su torpeza. A veces, se le caían objetos que sostenía entre las manos o se tropezaba con algún escalón. Ella nos seguía el juego y nos respondía que ya llegaríamos a su edad. Más tarde, aparecieron los calambres, a los que tampoco dimos importancia. Pero todo cambió aquel día en que comenzó a hablar raro.

Recuerdo que, cuando mis padres nos dieron la noticia, Beatriz preguntó si nos ocurriría lo mismo. Mi madre nos aseguró que

estábamos a salvo, que su médico le había explicado que el origen de su enfermedad era desconocido, no hereditario.

Después, murió. Y el que empezó a tener temblores, calambres y problemas al hablar fui yo.

Me diagnosticaron ansiedad.

Diez años después, mi hermano se realizó aquel test que salió positivo y la pesadilla que habíamos dejado atrás volvió a nuestras vidas. La enfermedad de mi madre era genética, Sergio la había heredado y Beatriz y yo teníamos el cincuenta por ciento de posibilidades de estar en la misma situación.

Mi hermana, siempre tan valiente, decidió hacerse la prueba. Negativo. Yo, sin embargo, fui incapaz. Preferí seguir en la ignorancia antes de que un resultado condicionara mi vida.

Lo que es de lo más irónico porque fue exactamente lo que pasó. Mientras yo trataba de encontrar la manera de contárselo a Lena, ella me propuso que fuéramos padres. Y llegó el bloqueo.

Suficiente por hoy.

Dejo el teléfono en la mesilla de noche y apago la luz, pero la pantalla se ilumina con un nuevo mensaje.

Toni
Chico, tu plan es un asco. ¿Qué quieres, cabrearla?

Una parte de mí sabe que tiene razón, que es actuar a la desesperada, pero luego hay otra que se niega a rendirse sin luchar. Ya renuncié a Lena hace tres años. Esta vez voy a pelear para ganarme la oportunidad de explicarme.

Capítulo 47

La historia del elefante

Álex

Tras la ruptura definitiva, tres años antes
Julio, 2019

Aún sueño con aquel día. A veces, logro cambiar el final. Otras, simplemente, observo la escena desde fuera y le grito a mi «otro yo» que no se dé por vencido. Lo que no cambia es la angustia al despertarme.

Recuerdo que aquella mañana hacía calor. O tal vez era yo, que tenía el cuerpo acostumbrado a la temperatura de Suiza. Llevaba la chaqueta colgada en el brazo, mis pies estaban anclados a la acera y la vista clavada en la cafetería que Lena había abierto en la ciudad donde había estudiado.

Tan solo debía recorrer diez metros y abrir la puerta, pero era incapaz. La necesidad de contarle la verdad me había llevado hasta allí. La ausencia de un plan para hacerlo y la certeza de que llegaba siete años tarde me mantenían en el sitio. O como mínimo, tres meses, el tiempo que había transcurrido desde aquel audio que recibí de madrugada.

Fabrizio y yo estábamos repantigados en el sofá cuando mi móvil vibró encima de la mesa.

—¿Una *ragazza*? —quiso saber.

Alargué el brazo con pereza.

Eran las dos de la mañana y no tenía ganas de lidiar con la borrachera de nadie. Lo único que me apetecía era pasar el fin de semana entre siestas y películas y que llegara el lunes cuanto antes para perderme en el trabajo. Era la estrategia que me mantenía en pie desde la boda de Gin y Daniela: agotarme para no sentir y evadirme de la realidad.

Desbloqueé el teléfono y accedí al WhatsApp. Cuando vi su nombre en la pantalla, mi corazón adormecido comenzó a latir a toda velocidad.

—No es una *ragazza*, es «la» *ragazza* —atiné a decir con los dedos tembloroso—. Un audio.

Mi amigo, que no sé en qué momento había juntado su cabeza a la mía, me dio un fuerte palmetazo en la espalda.

—*Dai!* —me animó.

Pulsé el botón de reproducción.

Durante unos instantes, solo escuchamos el ruido de fondo: gente hablando a gritos, risas, Leiva cantando «Como si fueras a morir a mañana». Después, quedó amortiguado, como si se hubiera alejado de la fiesta.

Un suspiro.

—*Estoy un pelín borracha.* —Se rio—. *Qué tontería, eso ya lo sabes. No habría desbloqueado tu número si no hubiera bebido.*

Hizo una pausa, en la que me dio tiempo a recordar el breve lapso de tiempo que tuvo mi número desbloqueado, justo cuando su cafetería comenzaba a rodar. La imaginaba grabando ese audio sentada en algún portal, sola, frotándose la frente. Deseé teletransportarme para abrazarla.

—*Hoy he pensado en ti* —dijo con un hilillo de voz—. *Pienso en ti muchos días, pero hoy ha dolido más.* —El sonido de su respiración agitada se mezcló con la mía, a miles de kilómetros de distancia—. *La verdad es que me he cruzado con alguien que me ha recordado a la última vez que te vi. Con Roger, ¿te acuerdas de él?*

Un escalofrío me recorrió la columna. Claro que lo recordaba, todavía tenía pesadillas con aquel beso en el hombro.

—*Me ha invitado a cenar y le he dicho que sí. Algo que debería haberme alegrado, ¿no? Él parece un buen chico y yo estoy soltera.*

Pero no…, me he puesto triste. Como si supiera que estoy poniendo fin a una etapa, ¿sabes? Como si, por fin, pudiera decir que te estoy olvidando. —Un chasquido de lengua—. *Mierda, ¿por qué estoy enviando esto?*

El audio se cortó.

—*Dai! Dai! Dai!* —Fabrizio movió los brazos realizando tantos gestos que no sé cómo no se dislocó algún hueso—. Álex, siempre será tarde si te das por vencido antes de empezar.

El nudo en la garganta me impedía hablar, así que tecleé un mensaje.

No he podido olvidarte.

Fabrizio me arreó un capón para que fuera más concreto, más romántico o vete a saber qué. Sin embargo, su entusiasmo cedió en cuanto vimos que el mensaje no llegaba a su destino.

Había vuelto a bloquearme.

—*Cazzo!* —Soltó un resoplido que terminó convirtiéndose en un suspiro silencioso. El temblor de mis dedos se propagó a las manos y el móvil cayó al suelo. Fabrizio lo recogió y, con un tono de voz mucho más sosegado, me dijo—: Eh, no significa nada, solo estás nervioso.

—Por supuesto.

Era lo mismo que yo me repetía cada vez que los temblores aparecían, que no eran un signo de la enfermedad de mi madre, sino el estrés o la puñetera ansiedad, pero no lograba calmar el miedo helado que solía instalarse en mi pecho.

—*Amico…* —Levanté la vista y le supliqué que no terminara la frase—. Estás bien, ¿sí? Lo que tienes está en tu cabeza.

Qué fácil era decirlo. Él no entendía la bomba de relojería que llevaba siempre conmigo. Los síntomas cuadraban y tenía un cincuenta por ciento de posibilidades.

Poco se habla de los traumas de los familiares del enfermo —mucho más si la enfermedad es hereditaria—. El miedo a revivir la experiencia al otro lado. La angustia de convertirte en aquel que

perdiste. La culpa anticipada por aquellos que deberían cuidarte. El terror a pasarle la enfermedad a tus hijos. La tristeza de renunciar a la vida que soñabas. Y, sobre todo, lo rápido que asumes que estar contigo significa una condena a largo plazo.

Regresé al presente y mis ojos se deslizaron por la fachada del local. El cartel con el nombre de la cafetería, Somos Instantes, tenía un aire *vintage* y sus grandes ventanales dejaban ver lo que ocurría en su interior. Las mesas llenas, las estanterías repletas de libros, los camareros yendo de aquí para allá… Y Lena luciendo una sonrisa preciosa.

Sentí orgullo. También urgencia.

Di un paso hacia la puerta y vi cómo ella hacía lo mismo. Su gesto era tenso y, por un momento, creí que se debía a que me había localizado.

—¡Ahora vengo! —gritó y salió corriendo.

Como un acosador, la seguí hasta la farmacia más cercana y esperé a que saliera. No sé qué imaginaba que sucedería, pero no que se quedara petrificada, en la misma puerta, cuando me reconoció. Tampoco que, del susto, se le escurriera la pequeña bolsa que tenía entre las manos, logrando que su contenido rodara por el suelo. Lena se agachó y yo me acerqué a ayudarla, sin retirar mis ojos de los suyos, que permanecían muy abiertos.

—Hola, chica maja.

—¿Qué… qué haces aquí? —Su mano atrapó una caja de la acera y yo palpé el suelo hasta alcanzar otra. Ambos nos incorporamos y nos desplazamos un par de metros para no interrumpir el paso.

—He venido por trabajo —mentí—. Y ya que estaba aquí, he querido pasarme a verte. Estaba a punto de entrar a tu cafetería y…

—Típico. —Soltó una risita histérica—. Y tenía que ser hoy, ¿verdad?

No me dio tiempo a inventarme una salida ingeniosa, simplemente, le devolví el envase que había recogido del suelo.

Sus ojos se clavaron en él. Los míos también lo hicieron.

Era un test de embarazo, y entre sus manos llevaba otros dos.

La vida, en ocasiones, se ríe en nuestra cara. O, tal vez, lo que ocurre es que, más tarde o más temprano, recibimos nuestro merecido.

«¿Alguna vez has pensado que todo lo que creías de ti mismo era una mentira?», la pregunta que Lena me había hecho en aquel botellón me había perseguido la última semana, el mismo tiempo que llevaba en el bolsillo el resultado de los análisis. La respuesta era obvia: sí. Y lo peor eran las decisiones que había tomado basándome en una creencia errónea.

No, rectifico: lo peor era saber que el miedo me había llevado hasta ese punto.

Esa emoción que estaba diseñada para protegerme de los peligros había sido la culpable de que me bloqueara y aislara.

Y así, sin más, me había convertido en el personaje de un cuento con moraleja. Como aquel elefante del circo que criaban atado a una cadena para que aprendiera que sus esfuerzos por liberarse eran inútiles. Solo cuando el pobre animal dejaba de luchar, el domador sustituía la cadena por una cuerda, consciente de que nunca intentaría romperla.

Yo había actuado igual que un elefante atado a una jodida cuerda. Había dado por hecho que estaba enfermo (cuando no era así) y había alejado a Lena para que no tuviera que sufrir lo mismo que yo con mi madre. Había renunciado a la vida que deseaba para que la persona que más quería tuviera lo que soñaba y, al final, resultaba que podía haberlo tenido todo conmigo.

Sin duda, era el rey de los gilipollas.

—¿Estás seguro? —Lena sujetaba las tres cajitas de cartón y me estudiaba desde el otro lado de la mesa.

Después de ver lo asustada que estaba, me había ofrecido a acompañarla durante el proceso. Porque querer es cuidar, ¿no? Es estar ahí cuando el otro te necesita y sostener su mano para decirle que todo saldrá bien.

—¿Y tú? —le devolví—. ¿No prefieres hacerlo con… otra persona? —Sus ojos aterrados respondieron por ella y yo sonreí para tranquilizarla—. ¿Necesitas ayuda?

—¿Para mear en tres palitos o para criar a un bebé?

Tuve que hacer un gran esfuerzo para forzar una carcajada. Lena sonrió.

—Ve, anda. No lo retrases más.

Esperé hasta que regresó. Dejó las tres pruebas de embarazo, cada una de una marca diferente, sobre la mesa.

—Hay que esperar tres minutos. —Se hundió en la silla y suspiró —. Por favor, cuéntame algo para distraerme.

Me revolví el pelo, intentando ganar un poco de tiempo, y opté por la vía más cobarde, aquella que no me exponía a mí, sino a ella.

—¿Le quieres? —pregunté, y me odié por hacerlo. Lena no tenía por qué darme explicaciones.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, como si estuviera sopesando qué información darme.

—¿A Roger? Aún es pronto, pero creo que… podría llegar a quererlo. —Cerré los ojos con fuerza para que no leyera en ellos el daño que me había hecho—. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien especial en tu vida?

No respondí. Solo la miré, con la esperanza de que esta vez sí leyera en mis ojos lo que no me atrevía a decirle.

Ella desvió la mirada.

Durante unos instantes, el sonido de la cafetería rellenó nuestro silencio. Eché un vistazo alrededor. Ni de lejos tenía el encanto de su local.

—La tuya es más bonita —solté.

—Lo es. —La sonrisa regresó a su rostro—. ¿Sabes? A veces, me gustaría haberme atrevido a hacerlo antes. Perdí tanto tiempo trabajando en algo que no me gustaba. Estaba convencida de que no tenía más opciones.

Era imposible que fuera consciente de cuánto la entendía. Si me hubiera atrevido a hacerme la maldita prueba antes, la situación entre nosotros sería muy distinta.

Alargué el brazo, cogí su mano y le di un apretoncito.

—No te he preguntado por Lisboa.

—Ha engordado, pero es feliz. —Lena desbloqueó su móvil y lo giró para que viera una foto del que había sido nuestro gato.

Sonreí con tristeza. Lo echaba casi tanto de menos como a su dueña. Lena bajó la vista y sus ojos se deslizaron de nuestras manos unidas al test que rozaba mi brazo.

—Positivo —susurró, y su mirada voló hacia los otros dos—. Son todos positivos, Álex. —Fue como recibir un puñetazo en pleno estómago. Peor. Sentí que la sangre se me congelaba, que mi corazón se partía y que un agujero negro absorbía mi alma—. Estoy… estoy embarazada.

Obviamente, no me atreví a iniciar la conversación por la que había viajado hasta allí. Lena tenía que decidir qué iba a hacer; y con quien debía hablar no era conmigo, sino con el padre biológico de la criatura.

—¿Desbloquearás mi contacto para contarme qué has decidido? —le pregunté al cruzar la puerta de la cafetería, antes de que nuestros caminos se separaran. Lena, a mi lado, se limitó a hacer un movimiento imperceptible de cabeza. «No»—. Por supuesto —murmuré—. Supongo que eso significa que no podemos ser amigos, ¿no? —probé a la desesperada.

Otra triste negativa.

Asentí, besé su frente y susurré un *adiós* que creí que sería el definitivo.

Como he dicho al principio, aún sueño con aquel día. A veces, logro cambiar el final. Dejo de lado la moralidad y le cuento la historia del elefante. Otras, simplemente, revivo cómo renuncio a Lena y me desespero. Lo que no cambia es la angustia al despertarme.

Capítulo 48

Estoy perfecta

España, octubre, 2022

Las farolas siguen encendidas mientras avanzo por la calle a paso ligero. Son las ocho de la mañana y ya voy acelerada. Da igual a qué hora me despierte, siempre tengo algo que hacer. Si no recojo la casa, dejo la comida preparada para varios días. Luego despierto a Paula, desayunamos juntas, la llevo a la guardería y corro a la cafetería para empezar la jornada laboral. Cuando termino, no descanso, vuelvo a ejercer de madre soltera: baños, cenas, juegos…, hasta que mi peque se duerme. Entonces, si me queda un ápice de energía, repaso la contabilidad de mi negocio.

No puedo ni respirar.

Lo más gracioso es que, hasta hace dos semanas, me quejaba de mi vida. Necesitaba unas vacaciones, decía. Y ahora me sumerjo en la rutina para mantenerme ocupada y olvidar ese maldito viaje.

Y funciona. Estoy perfecta.

Atravieso la puerta de Somos Instantes y el tintineo de la campanilla me da la bienvenida. Tras la barra, Irene prepara cafés a la velocidad de la luz mientras Uli toma nota entre las mesas. Deslizo la mirada por el local y mis pulsaciones se ralentizan. Me encanta la pared cian, las estanterías llenas de libros, la mesa alta de madera y todos esos pequeños detalles que elegí y que la hacen diferente, única y mía.

Abrir esta cafetería supuso invertir mis ahorros, trabajar como una mula y enfrentarme a las críticas de mi familia, pero sigo

pensando que es una de las mejores decisiones que he tomado.

Nunca te conformes con la vida que los demás han soñado para ti. No merece la pena. Yo tuve que pasar por un despido y una crisis existencial antes de llegar a esa conclusión.

—¡Buenos días! —saludo con energía.

—¡Buenos días! —me responde la clientela a coro.

De un vistazo, distingo al grupito de jubiladas, al octogenario y a Salo, la novia de Uli, que no despega la nariz del libro que está leyendo. Lanzo una sonrisa amable y me dirijo hacia el cuartucho que usamos de almacén.

Mi camarera abandona su puesto y me sigue.

—Deberías estar relajada y feliz. —Cierra la puerta a su espalda. No sé qué me molesta más, si el comentario o que invada mi espacio personal. Este cuarto es casi un armario, no está pensado para que lo ocupen dos personas—. Tú no has experimentado en el viaje, ¿verdad?

No la mando a la mierda porque está haciendo un esfuerzo por mostrarse empática, a pesar de que preferiría que se comportara como el robot sonriente que suele ser.

—No menciones el viaje. —Me quito la chaqueta, la dejo sobre la balda y cojo mi delantal negro. En un burdo intento de recordarle que soy su jefa, la miro de arriba abajo. Ella pasa de mí y tensa un poco más su coleta rubia.

—Lena, das miedo. —Y me lo dice ella, que tiene el apodo de la Dementora. Debo de lanzarle la mirada de psicópata, porque se marcha a toda velocidad.

Conforme cierra la puerta, saco el pequeño espejo que guardo en el bolso y me miro. Mi pelo es un nido de cigüeñas, la palidez de mi piel podría competir con el blanco de un folio y las ojeras están tan pronunciadas que, si fuera más joven, me daría un aire a Bella Swan.

Qué cabrón es el cuerpo, por mucho que finjas que todo va bien, él siempre muestra la verdad que intentas ocultar.

—Tía… —Uli llama mi atención en la distancia mientras hace equilibrios con la bandeja. Son las doce de la mañana y la cafetería continúa llena—. Alguien ha venido a visitarte.

Sigo la dirección del movimiento de su cabeza y mis ojos aterrizan en la mesa de los sillones de cuero mullidos. Toni, Cata y Gin agitan sus manos en el aire.

Mierda.

Les devuelvo el saludo y huyo hacia la barra. Ni de coña voy a permitir que me hagan una intervención. Que se marchen a Suiza y se la hagan a él, que ha sido quien ha ocultado información relevante durante diez años. Me arde la sangre cada vez que me acuerdo. ¿Cómo ha sido capaz de mentirme a la cara durante tanto tiempo? Álex era la persona en la que más confiaba, con la que llegué a plantearme…

No, no, no… Nada de comerme la cabeza.

Mi móvil vibra en el bolsillo del delantal y, a pesar de que existe una alta probabilidad de que sea Daniela disculpándose de nuevo, no tardo ni dos segundos en mirar el mensaje que acabo de recibir. Lo que sea por dejar de pensar en…

Silvi
OMG, tu chico te echa tanto de menos que va por la vida como alma en pena.

¿En serio, Silvi? ¿Tú también?

La siguiente media hora, consigo esquivar a mis amigos. Atiendo a clientes, me entretengo con llamadas que no son urgentes y seco vasos y tazas. Pero, cuando la actividad de la cafetería desciende, las excusas se diluyen y no me queda más remedio que acercarme.

—Tengo mucho trabajo —suelto nada más llegar.

Toni alza una ceja desde el sillón orejero y hace un barrido visual de las mesas ocupadas. Tres, contando la suya. Cata, sentada en el Chester frente a él, frunce el ceño. Y Gin, a su lado, juguetea con las manos y me regala una sonrisa triste.

—Por suerte para ti, tenemos tiempo. —Con un ligero movimiento de barbilla, Toni señala los dos portátiles abiertos sobre la mesa baja—. Te-le-tra-ba-jo. —Y sí, acaba de decírmelo como si fuera lerda y no entendiera el concepto. Traducción simultánea: que no piensan moverse hasta que hablemos.

—¿Y tú? —Miro a Gin, que alza un solo hombro.

—Me he pedido el día para conducir más de cien kilómetros y que pases de mí. —Inclina ligeramente la cabeza y hace un mohín.

—Diez minutos. —Cojo una silla de la mesa contigua y me siento —. Y si alguien menciona su nombre, me voy.

—¿No vamos a hablar del príncipe azul? —Cata recibe un codazo de mi mejor amiga—. Pues vale.

Gin apoya la mano en mi rodilla.

—Lena, ya lo sabemos. Solo queríamos estar contigo.

¿Me relajo? Ni por un segundo. Cruzo brazos y piernas para formar una barrera imaginaria. Si mi actitud fuera una escena de película, sería Gandalf berreando «No pasarás».

—No era necesario que vinierais. —Finjo una sonrisa—. Estoy bien.

Toni esconde una carcajada burlona detrás de su taza, Cata pone los ojos en blanco y Gin resopla por la nariz.

Vamos, que no se lo tragan.

—Señoras, si queremos que Lena se abra, tendremos que hacerlo nosotros primero. —Toni se inclina hacia delante y baja la voz—. Empiezo yo: he conocido a alguien.

—¿A quién? —preguntamos las tres a coro.

—*Quid pro quo*. —Toni sonríe sin disimulo, orgulloso de haber picado nuestra curiosidad, y hace un gesto teatrero con la mano para indicarme que es mi turno.

Qué cabrito, solo hablará si suelto prenda. El problema es que no quiero abrir la caja de Pandora.

—No me permito pensar en lo que ha ocurrido —admito. Los cuellos de Gin y Cata se giran de golpe hacia mí—. Lo ignoro, sigo con mi vida y me va fenomenal.

—Lena, Lena, Lena… —Toni cierra los ojos y menea la cabeza de un lado a otro—. Lo tuyo es muy fuerte. No te conformas con visitar

Villa Negación, tú te compras una casita y vives allí la mitad del tiempo. —Nuestras miradas se baten en duelo. La suya es afilada, como su lengua. La mía, de asesina—. De acuerdo. —Alza ambas manos, con las palmas hacia arriba—. Se llama Federico, quiere ser mi novio y estoy aterrorizado.

Ninguna de las tres parpadea. ¿Está hablando de tener pareja? ¿Toni? ¡Si él no conoce a chicos, se los tira y los olvida!

Mi amigo me señala con la barbilla y vocaliza: «Te toca». Yo niego con el dedo y él cede con un chasquido de lengua.

—Está bien, tú ganas. —Se reclina en el sillón y cruza las piernas en una actitud de lo más relajada—. Señoras, tendrán que echarme una mano y mojarse. ¿Quién empieza?

—He terminado con los hombres heterosexuales —se lanza Cata. Nadie reacciona—. Lo digo en serio. No me compensa el tiempo que debería invertir para encontrar a un tipo que sepa gestionar sus emociones —levanta el dedo índice—, que sea feminista —ahora es el turno del dedo corazón— y que, además —alza el anular—, me elija a mí.

Casi puedo escuchar cómo mi escudo se resquebraja. La entiendo tanto que duele. Mis padres, mi hermano, el «donante de esperma», Álex. Ninguno me eligió a mí. Tomaron una decisión y me dejaron atrás, como si fuera el movimiento más sencillo.

—Tal vez debería probar en el otro bando. —Cata desvía la vista y le da un repaso a mi camarera.

Respiro hondo y me obligo a abrirme. Solo un poco.

—Puede que mi reacción de bloquearlo fuera impulsiva, pero es lo mejor. No puedo estar con alguien en quien no puedo confiar. Y menos, con una hija.

«Nunca entendí por qué no te contó lo del test», las palabras de Daniela se reproducen sin que pueda detenerlas. «Él quería todo contigo, Lena. El matrimonio, los hijos… Estaba preparado para dar ese paso».

Gin adivina que estoy a punto de venirme abajo; busca mi mano y la aprieta.

—Es normal que te sientas traicionada —interviene Cata—. Además, tuvo una actitud de lo más paternalista y estúpida. —Me

trago un bufido y me mentalizo del tipo de frase que viene a continuación—: Pero todos hicimos alguna estupidez a los treinta, ¿no? Yo me casé con un imbécil, por ejemplo, Gin se empeñó en que sus padres aceptaran a Daniela y Toni se dedicaba a los tríos.

—No me lo recuerdes. —Toni arruga la nariz—. Ser el artista invitado en una pareja da demasiado trabajo. Tienen tantas expectativas puestas en ti…

Mis labios se curvan hacia arriba. También los de Cata. Gin, en cambio, mantiene los suyos en una línea horizontal. Sabe que es su turno y, por su cara, diría que está asustada.

—*Mecagoenlaputa*. —Resopla—. Hay días que pienso que no hay forma de salvar la relación con Dani. —Cata se tapa la boca con la mano y a Toni se le cae la sonrisa—. La semana pasada, estuve hablando con una abogada. Solo para informarme —matiza—. Y no es que haya dejado de quererla, es que no puedo seguir remando sola. No sé si tiene sentido, pero cuanto más la quiero, menos me quiero a mí.

Se me corta la respiración.

—Tiene todo el sentido del mundo —musito—. A veces, el esfuerzo que inviertes en que una relación funcione es proporcional al amor propio que dejas en el proceso. —Joder, esto no va bien. La empatía es una trampa—. ¿Sabéis? De lo único que me alegro es de que esta vez no estoy enamorada.

Mis amigos permanecen un segundo quietos como estatuas. El primero que se ríe es Toni, después le sigue Cata, y, finalmente, Gin estalla en carcajadas.

—Que no está enamorada, dice. —Toni se seca una lágrima imaginaria—. Ay, por favor, es lo más gracioso que he oído nunca.

—No le veo la gracia.

—¿De verdad? —Cata inclina la cabeza—. ¿Otra vez con esa historia? Tía, no has aprendido nada. —¿Me enfurruño? Un poco. ¿Lo demuestro? Sí, murmurando por lo bajo que son unos cabrones —. A veces, me desesperas. En serio. —Cata suelta un bufido cargado de hartazgo—. Es muy simple. Cuando somos críos, nos enamoramos sin querer. Conocemos a un idiota, la química actúa y ¡pum, enamorada! Sin embargo, a nuestra edad, la historia cambia,

porque ya nos hemos llevado varios chascos. ¿Me sigues? —No espera a que le diga que sí—. Para abrirte a otra persona y sentir ese tipo de vínculo, tienes que querer hacerlo. Tú eliges si dejas que ocurra o no. Lo más ridículo de todo esto es que tú ya has dejado que pase y ni siquiera te has dado cuenta. —Protesto con un balbuceo y Cata alza una mano—. Cuando hablas de la relación que tienes con Álex, nombras la amistad, la complicidad, la atracción, el cariño… ¿Tengo que seguir o te haces una idea? Has despedazado los ingredientes de una relación amorosa. Y ya te lo dije cuando estabas en Italia, puede que tus sentimientos sean de menor intensidad, pero están ahí.

Decir que me ha dejado en el sitio es quedarse muy corta.

Como si fuera una paciente con amnesia, mi mente me muestra lo que no he querido ver. Las videollamadas llenas de confidencias y risas. Cómo me ha apoyado desde que Roger se fue. El cosquilleo del primer abrazo, tras años sin vernos. La certeza de haberlo echado de menos. El deseo que experimenté en el viaje, que parecía no saciarse. Las ganas de dejarme llevar, cuando me confirmó que deseaba una relación.

—Qué bien hablas, Cata. —Toni hace un amago de aplauso—. Yo no habría podido explicarlo mejor.

Y yo no podría estar más jodida.

La campanilla de la cafetería suena cuando se abre la puerta. No me giro, estoy concentrada en mantener mis labios pegados. Si digo algo más, me romperé y no puedo permitírmelo.

—Lena, es para ti —grita Irene desde la barra.

Giro el cuello y veo aproximarse a un mensajero. Lleva entre los brazos un enorme ramo de… ¿tulipanes blancos?

—Deben de quererla mucho. —El buen señor sonríe mientras me tiende las flores, que recibo con manos temblorosas.

Pobre, soy incapaz de devolverle la sonrisa.

—Muchas gracias —se adelanta Toni, que se incorpora de un salto y busca la tarjeta—. No puede evitarlo —dice al leerla—. Los grandes gestos siempre le han sacado del problema.

Un calor desagradable se instala en mi pecho y asciende por el cuello hasta enrojecer mis orejas. Tal vez mis amigos tengan razón y

esté algo confundida con mis sentimientos, pero eso no cambia tanto la película.

—Esta vez no va a ocurrir —espeto.

Capítulo 49

La dragona y sus flores

España, noviembre, 2022

Dicen que si repites una mentira las suficientes veces, se convierte en una verdad. Y es una auténtica gilipollez. El mejor ejemplo lo tienes conmigo, que, en las últimas dos semanas, he dicho en tantas ocasiones que estoy bien que he perfeccionado el tono suave, el tipo de sonrisa serena y la actitud desenfadada con que lo repito. Pero ¿lo estoy? Ni de coña. Tampoco ayuda que Álex siga enviando esos malditos ramos de tulipanes como si fuera el protagonista de una comedia romántica de los noventa. Ni que mis clientes me hayan convertido en el nuevo cotilleo de la cafetería, que se llena a la hora que suele pasar el repartidor.

—Las doce menos cinco —me avisa Irene.

Un par de jubiladas se dan codazos entre ellas, un veinteañero saca su teléfono móvil, dispuesto a grabar el espectáculo, y Toni se frota las manos.

—Es el mejor momento del día —declara.

Si no tuviera que dar ejemplo por ser la dueña del negocio, me giraría para responderle a mi amigo que vaya mierda de días debe de tener para que esto sea lo mejor, pero me limito a ignorarlo y avanzar hacia la barra, donde dejo la bandeja.

—Me gusta lo que te has hecho en el pelo. —Uli, al otro lado de la barra, echa un vistazo a mi moño deshecho y arruga la frente. Mis pintas deben de ser horribles si mi sobrino, el adulador y zalamero, no es capaz de decir algo mejor—. Te das un aire a… —No termina

la frase, se queda en la inopia, e Irene aprovecha el momento para darle un culazo.

—¡Un té verde y un café con leche descafeinado para la mesa tres! —vocifera mientras Uli eleva los ojos al cielo y murmura un improperio.

Ni me inmuto. Esta es la dinámica habitual de mi cafetería. Ella, mandona y gritona, nos pone a todos las pilas. Mientras que él, tan adorable como empanado, nos regala momentos surrealistas. ¿La verdad? Aquí nunca me aburro.

—¿Llego a tiempo? —Cata, con el pelo revuelto y sus ojos saltones bien abiertos, cruza la puerta con el portátil entre las manos y mira a un lado y a otro—. ¿Ya ha pasado?

—Aún no —le responde mi sobrino con una sonrisita que deja ver que esto le hace mucha gracia.

Cata me da un beso rápido en la mejilla y corre hacia la mesa de Toni. Está claro que no hay nada mejor que un drama en directo para reunir a los amigos.

Dejo el codo apoyado en la barra y miro con disimulo hacia su mesa. Cata y Toni parlotean mientras mi amigo, con un auricular puesto en la oreja, saluda a alguien al otro lado de la pantalla de su móvil. Me apuesto el dedo meñique a que está hablando con Gin, que, ayer mismo, reconoció que el nombre del grupo que han creado a mis espaldas oscila más que las predicciones del tiempo. «El retorno del príncipe», «Destino final», «La dragona y sus flores». Son tan cotillas como mis clientes. Aunque, después de sus confesiones, casi me alegro de convertirme en una fuente de diversión.

—Esto es de lo más absurdo —me quejo.

Irene se tapa la boca con una cremallera imaginaria y Uli sale disparado de la barra para evitar decirme lo que ya sé: que es culpa mía por montar un espectáculo. Si no destrozara las flores y rompiera la tarjeta cada vez que el repartidor se marcha, mi clientela no aplaudiría como en una *performance*.

En definitiva, que no sirve de nada mentir porque una vez al día me convierto en esa dragona de la que mis amigos se descojonan. Es que me falta escupir fuego por la boca, vaya.

—Ahora vengo —le informo a mi camarera, que enarca una ceja —. Inventario —explico mientras me dirijo a la despensa. Hoy tengo el firme propósito de comportarme, aunque, para lograrlo, tenga que esconderme.

Cierro la puerta tras de mí, apoyo la espalda en ella y dejo las palmas cruzadas por encima del pecho, en una postura que suele calmarme.

En la oscuridad del cuartucho, me regalo unos minutos para sentir lo que no debo: la pena por lo que podría haber sido, la ausencia de mi mejor amigo, el estúpido anhelo de que todo se arregle por arte de magia y ese dolor particular de corazón, que parece que solo le pertenece a él.

Los recuerdos llegan después. La sonrisa encantadora de Álex cuando aparecía su rostro en la pantalla. Sus labios sobre mi cuello, aquella noche en Salerno, mientras susurraba que mi olor le hacía sentir seguro. Los mensajes tontos que me enviaba cuando sabía que estaba desbordada. El abrazo del aeropuerto, que sacó a la luz emociones que no quería asumir. Aquella videollamada en la que estuvimos veinte minutos sin parar de reír. Su mirada, cargada de amor, cuando me dijo que iríamos al ritmo que yo marcara.

¿Por qué, cuando más necesitamos olvidar, más se empeña nuestra mente en mostrarnos recuerdos bonitos?

Ojalá pudiera saltarme esta parte e ir directa a la etapa en la que ya lo he superado.

Me recompongo y salgo de la despensa. Esta vez ignoraré los puñeteros tulipanes. Mi sorpresa es gigantesca cuando no los veo por ninguna parte. ¿Estoy un pelín decepcionada? Puede. Pero lo disimulo mejor que mis clientes, que vigilan la puerta como si estuviera a punto de entrar un actor de Hollywood.

—Se está retrasando —apunta el octogenario.

—Lo mismo le ha pasado algo al pobre hombre —aventura una de las jubiladas.

—¿Y si no viene nunca más? —se lamenta una señora.

—Quizá su admirador ya ha visto qué hace con las flores —sugiere el veinteañero del móvil—. Los vídeos cada vez tienen más visualizaciones.

Espera, ¿qué?

—¿Qué videos? —pregunta Toni, que ya está trotando hacia la mesa del veinteañero—. ¡Pásamelos ya!

Me llevo las manos a las sienes y las masajeo mientras me dirijo hacia la caja para hacer el paripé de que estoy demasiado ocupada como para perder el tiempo con los chismorreos.

—A mí me los envía Salo —le comenta Uli a Irene. Ambos están sentados en los taburetes de la barra, haciendo un pequeño descanso. Le lanzo una mirada incrédula a mi sobrino y él responde con un carraspeo—. Me pareció mal enseñártelos —se justifica—. ¿Necesitas un abrazo?

—Son brutales, Lena —apunta la otra—. Pura rabia de Khaleesi.

A la una, algunos clientes se dan por vencidos y abandonan la cafetería decepcionados. Y diez minutos después, un gran ramo se asoma por la puerta arrancando los aplausos de los que todavía siguen aquí. Es enorme, mucho mayor que cualquiera de los que han entregado hasta el momento. Tulipanes rojos, rosas, blancos y morados tapan por completo al repartidor. Algunos silban, otros gritan y un par de jovencitas se incorporan y bailan como si estuvieran en un concierto de Taylor Swift. Todos aplauden.

Al escuchar el estruendo, el portador del ramo se detiene en el umbral de la puerta y echa un vistazo. Lo que ocurre es que no es un repartidor cualquiera.

Es Álex.

Puede que hayan pasado tan solo unos segundos, pero a mi cuerpo le ha dado tiempo a experimentar una variedad de respuestas. Sorpresa, ansiedad… y una mezcla rara de enfado y alegría.

Álex está a menos de tres metros y me mira con la misma ternura y desesperación que años atrás, cuando me retuvo en el baño.

No puede mirarme así. No debe.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —Las piernas me tiemblan y el corazón amenaza con salírseme del pecho.

Él da un par de pasos, con cautela. Sus ojos no se separan de los míos.

—He venido a invitarte a un café.

Mis cejas trepan por la frente. Está de coña, ¿no? ¿Invitarme a un café en mi cafetería? Álex hace un gesto de fastidio y cierra los ojos un microsegundo, como si se hubiera dado cuenta de su error.

—¿Qué dice este hombre? —pregunta el octogenario.

Las jubiladas y las dos jovencitas le chistan y la cafetería entera se queda en silencio.

Álex da otro paso y deja el enorme ramo sobre la barra.

—También he venido a decirte que me he dado cuenta de que mi vida sería más bonita contigo. —Baja la voz y me lanza una sonrisa tímida—. Era algo así, no?

Asiento en un acto reflejo. Está reproduciendo la escena de nuestra falsa reconciliación, la que le contamos a su jefe.

—¿Demasiado peliculero? —Al ver que no obtiene respuesta, prueba a la desesperada—: ¿Del uno al diez?

Abro la boca y la cierro.

Esa escala se me queda muy corta.

—¿Cien? —No es necesario que diga nada más, mi cuerpo ya está hablando por mí. Vamos, que parpadeo y respiro por inercia.

—No sabía qué hacer. —Se encoge de hombros.

¿Que no sabía qué hacer? ¡Podría haber empezado por contarme la verdad, que ha tenido oportunidades de sobra! Cuando rompimos, cada vez que me ha soltado uno de sus estúpidos discursos, en alguna de las miles de conversaciones que hemos mantenido a través de videollamadas o en el puñetero viaje.

Me dirijo a la barra, cojo el maldito ramo y se lo estampo en la cabeza.

—¡Dracarys! —berrea el idiota de Toni, muy venido arriba.

La clientela se vuelve loca. Unos aplauden con ganas y otros gritan un sentido «nooo». No me detengo a ver quién hace qué, el instinto me grita que huya y salgo de la cafetería.

Capítulo 50

Se acabó el espectáculo

Álex

España, noviembre, 2022

—Chico, lo tuyo es un caso de estudio. —Un pétalo rosa me resbala por la cara mientras trato de localizar la voz de Toni. Él se incorpora para facilitarme la tarea y pone los ojos en blanco. ¿Qué hace aquí? —. Álex, ¿vas a ir tras ella o…?

No ha terminado la frase cuando cruzo la puerta y corro detrás de Lena. La alcanzo antes de que sobrepase la enorme cristalera de su cafetería.

—Lena, por favor, ¿podemos hablar?

Ella detiene el paso, se gira y me enfrenta.

—¿Ahora es cuando le viene bien al señor hablar? ¿Diez años después?

Sus preciosos ojos destilan fuego y tiene la mandíbula apretada. Está cabreada. Muy cabreada. Y no es que no lo entienda, es que no sé cómo lidiar con esta versión enfurecida de Lena.

—Tienes todo el derecho a…

Me señala con el dedo.

—No te atrevas a decirme qué puedo sentir. Me ocultaste por lo que estabas pasando y preferiste romper conmigo a confiar en mí. ¿Quién le hace algo así a la persona a la que quiere?

Abro la boca para explicarle que eso no es del todo cierto, pero termino murmurando:

—Un gilipollas.

Sus pupilas se clavan en las mías y oscilan de una a otra.

—Exacto, un pedazo de gilipollas.

—Pero nunca se trató de confianza —pruebo de nuevo.

Lena aprieta los puños.

—¿Y de qué coño se trataba?

—De lo que tú querías.

—Yo te quería a ti, Álex.

Mis labios no deberían curvarse en una pequeña sonrisa, sin embargo, es imposible detener el movimiento.

—Y yo nunca he dejado de quererte. —Mi brazo se extiende, con la intención de tocarla.

Me aparta de un manotazo.

—Álex, presta atención al tiempo verbal. Yo te quería. Pasado. Dejé de quererte cuando vi que no estabas dispuesto a luchar por nosotros. —Retrocedo un paso, el mismo que ella avanza—. ¿La verdad? Me habrías hecho un favor si hubieras reconocido que eras un cobarde cuando te fuiste de casa. Habría sido mucho más fácil olvidarte.

—Solo quería protegerte. No me estoy justif…

—¿Sabes lo peor? —me corta con una mirada de psicópata que me deja clavado en el sitio—. Que, después de cagarla a lo grande, podrías haberte hecho a un lado y dejarme vivir. Pero no. Regresaste, representaste el papel de mejor amigo y, cuando viste la oportunidad, atacaste de nuevo. De eso se trataba el viaje, ¿sí? Querías volver a divertirte con tu ex.

Joder, ¿cómo puede estar saliendo tan mal?

—No, Lena, no es así para nada.

Ella no me escucha.

—Estaba convencida de que podría enamorarme de ti otra vez. —Los labios le tiemblan y las lágrimas resbalan por sus mejillas. Mierda, no puedo verla así y que no me deje abrazarla—. Qué idiota he sido, ¿verdad? No niegues con la cabeza, Álex. He sido rematadamente idiota. Solo una tonta se ilusionaría por alguien que

la quiere cuando le conviene y desaparece cuando la vida le viene grande.

Es como recibir un puñetazo en pleno estómago —un puñetazo que me merezco— y, aun así, no puedo evitar mirarla como ella no quiere que la mire.

Lena da un paso atrás y desvía la vista hacia la cafetería.

—¿Qué narices…? —Por inercia, miro en la misma dirección. La mayor parte de su clientela está pegada a la cristalera—. Mira, paso. Se acabó el espectáculo.

Su golpe de melena al girarse levanta un par de pétalos, que ondean en el aire mientras ella se aleja.

Los entendidos dicen que hay cuatro formas distintas de enfrentarse a una situación estresante: la lucha, la huida, la congelación y la complacencia. No creo que sea una sorpresa para nadie si confieso que, hasta ahora, mi estrategia preferida había sido la huida. Hoy, sin embargo, he querido luchar, pero el resultado que he obtenido ha sido muy diferente al que imaginaba. Me he quedado congelado.

Sigo aquí, con los pies clavados en la acera, mientras veo cómo la figura de Lena se hace cada vez más pequeñita.

—Mira que te avisé. —Toni retira los pétalos de tulipanes que tengo incrustados en el pelo. Después, sacude los que se han adherido a mi chaqueta y me arrastra al interior de la cafetería—. Siéntate, anda. —Obedezco sin rechistar. Aunque quisiera oponerme, tengo la energía justa para seguir respirando—. ¿Te lo dije o no te lo dije?

Muevo la cabeza de arriba abajo. Tiene razón, me avisó de que las flores estaban causando el efecto contrario al que pretendía. Y, aun así, lo ignoré.

Me froto la cara con ambas manos y percibo que la clientela no se ha movido del ventanal. Todos me observan. De hecho, juraría que hay un veinteañero que me está grabando con su móvil.

Le doy un toque en el brazo a Toni y señalo al chico con los ojos. Mi amigo le hace un gesto para que se detenga.

—Joder, Álex. —Cata se abre paso entre la multitud y se aproxima a la mesa con varias zancadas—. ¿Qué creías que iba a pasar al sustituir una charla sincera por un regalo efímero que perpetúa los roles de género tradicionales?

No he entendido ni la mitad, pero dos chicas aplauden el comentario, al tiempo que unas señoras protestan, diciendo que enviar flores es un detalle muy bonito.

¿Qué está pasando aquí?

—¡Hagan el favor de volver a sus mesas! —vocifera la camarera rubia.

La multitud se dispersa, pero, en lugar de hacerlo de forma pausada, lo convierten en el juego de las sillas. Un octogenario arrea al joven del móvil con su bastón porque quiere ocupar la mesa contigua a la nuestra, alegando que le falta audición. El chico se niega y las dos señoras mayores que han salido en mi defensa acompañan al anciano a la siguiente mesa. «Le contaremos todo lo que ocurra», le dicen. Al mismo tiempo, las dos jovencitas que aplaudían se acomodan a nuestra izquierda y una le dice a la otra que el culebrón está muy interesante.

Le lanzo una mirada interrogante a Toni y, el muy cabrón, se echa a reír.

—Bienvenido a Somos Instantes.

Hago un barrido visual de izquierda a derecha. Estamos rodeados de caras expectantes.

—Estoy esperando una respuesta —me recuerda Cata con las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

—No preguntes algo que ya sabes —interviene Toni y, cuando creo que va a defenderme, suelta—: Los grandes gestos siempre le han solucionado la papeleta. Uy, me he olvidado de Gin.—Trastea con su móvil y la imagen de mi amiga aparece en la pantalla. Está encerrada en un baño minúsculo de su escuela.

—Hostia puta —susurra—. ¿Qué me he perdido?

Eso mismo me gustaría saber a mí. ¿Por qué hay tanta gente pendiente de lo que ocurre entre Lena y yo?

Toni comienza a relatarle a Gin nuestro encuentro. Lo hace a su manera, claro, que es mucho más quirúrgica, irónica y divertida de lo que ha sido en realidad. Escuchar de su boca la repetición de la jugada me ayuda a espabilarme, aunque casi preferiría seguir anestesiado cuando me doy cuenta de que he desaprovechado la oportunidad de explicarme. No he podido hacerlo, ver el dolor que expresaban sus ojos ha sido peor que recibir los golpes de sus palabras.

«Yo te quería. Pasado». «Me habrías hecho un favor si hubieras reconocido que eras un cobarde cuando te fuiste de casa». «Solo una tonta se ilusionaría por alguien que la quiere cuando le conviene y desaparece cuando la vida le viene grande».

Joder. ¿De verdad creía que podría arreglar algo con flores?

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? —pregunta Gin desde el otro lado de la pantalla.

El murmullo que reinaba en la cafetería se silencia a la espera de mi respuesta.

—No lo sé. —Mi voz suena rasgada, un efecto secundario de tener la garganta estrangulada.

Y, de pronto, todo el mundo se pone a opinar. El anciano del bastón argumenta que conquistar a una mujer es una carrera de fondo. Las dos jovencitas se indignan y lo tachan de antiguo mientras una mujer de ojos grises protesta porque, según ella, el feminismo está acabando con la galantería. Un calvo cincuentón, un par de mesas más allá, defiende que perseguir a una mujer es la peor de las estrategias. El veinteañero del móvil lo enfoca y le pide que lo repita. Para mi sorpresa, lo hace con la voz engolada.

—¡Lo putoflipo muy fuerte! —exclama un chico moreno al entrar en la cafetería.

Me encantaría decirle que yo también estoy flipando. Esto es lo más surrealista que he vivido.

—Oye, Álex… —Uli posa la mano en mi hombro con una sonrisa bonachona—. Lena no tardará en regresar. Si aceptas un consejo…

—Debería marcharme —termino por él.

Uli asiente.

Me incorporo de la silla entre lamentos y protestas de la cafetería entera.

—¡Espera, coño! —grita Gin desde el móvil—. ¿Te vas?

Me agacho hasta que veo reflejado un primer plano de mi cara en la pantalla.

—Aún no —respondo.

La clientela se vuelve loca. Unos aplauden y otros me jalean.

Cómo me gustaría tener un tercio de su entusiasmo.

Capítulo 51

Emociones opuestas

España, noviembre, 2022

Cuando regreso a Somos Instantes, son las dos de la tarde y la cafetería está prácticamente vacía. Irene se toma un sándwich en un taburete y mi sobrino barre con movimientos lentos.

—Ya estoy aquí —anuncio.

Uli abandona la escoba y se lanza a darme un abrazo.

—¿Cómo estás? —me pregunta al oído.

Cabreada. Rota. Sin energía. Triste.

En lugar de responder, me muerdo el labio y controlo las lágrimas.

—Suéltalo, Lena. Sin orden. Como salga.

—Villa Negación ha sido destruida —murmuro.

Mi sobrino deja escapar una risilla.

—¿Y ahora dónde vives?

Apoyo mi frente en su hombro y resoplo.

—En la ciudad de las emociones opuestas.

Uli alarga el achuchón y, al deshacerlo, deja las manos sobre mis hombros y me sostiene la mirada con cierto aire canalla.

—Debe de ser un lugar muy interesante.

—Es superdivertido —ironizo—. Te lo recomiendo si lo que buscas es inestabilidad y taquicardias.

—Es un sitio de paso —me asegura—. Las emociones opuestas son el motor del conflicto. Y el conflicto lleva a la acción.

Irene se descojona.

—¡Por favor! ¿Qué eres ahora, Obi-Wan Kenobi? —se burla. Mi sobrino se gira y le guiña un ojo—. ¡Lena, no le hagas ni caso! Por cierto, te han dejado un paquete.

—¿Quién?

—¡Yo qué sé! ¿Me ves cara de adivina? —Suelta un bufido y, acto seguido, me dedica una de esas sonrisas horrendas que no ocultan su mala hostia y lo deja encima de la barra.

Mi pobre corazón protesta al ver el paquete. Es del tamaño de un libro y está envuelto en papel de periódico. Solo conozco a una persona que envuelva sus regalos de esta forma.

Antes de que pueda tomar una decisión racional, mis dedos rasgan el papel. Es un cuaderno negro y usado, que alguien ha bautizado como «*Libro delle Lamentazioni*».

Lo abro.

Febrero, 2013

El amor es hacer todo lo que está en tu mano para que la otra persona sea feliz.

Lo cierro de golpe. Sé lo que ocurrirá si lo leo. Me volará la cabeza, la empatía expulsará al raciocinio y dejaré de pensar en lo que es mejor para mí.

Nop, ni de coña.

—Eh, Lena. —Detengo la limpieza de la mesa alta y levanto la vista hacia mi sobrino, que está pasando el trapo por la barra—. ¿Nos tomamos algo?

Contengo un resoplido.

—Uli, estoy agotada.

Como si no hubiera tenido suficiente con la visita de Álex, saber que estoy enamorada y sufrir la amenaza de ese puñetero cuaderno, la tarde ha sido de lo más movida.

Todo ha comenzado cuando el octogenario me ha preguntado por el muchacho de los tulipanes y yo le he respondido de malas maneras. Entonces, la clientela ha hecho piña con el anciano y una de las jubiladas ha afirmado que, si sigo así de gruñona, nunca encontraré novio. Cata ha salido en mi defensa, argumentando que el carácter de una persona no debería moldearse para conseguir pareja. Y yo… me he echado a llorar.

A partir de ese momento, todo lo que ha sucedido ha sido un despropósito. El octogenario, arrepentido, se ha disculpado a gritos y la jubilada ha sido abucheada. Irene se ha puesto de pie sobre la barra para pedir un poco de calma. El problema es que Cata, venida arriba, se ha subido a su mesa y el resto de los clientes la han imitado, como si estuvieran en el final de *El club de los poetas muertos*, tirando platos y tazas al suelo.

Así que, en lugar de irme a casa con mi hija, he tenido que quedarme en la cafetería a limpiar el estropicio. Menos mal que Toni se ha ofrecido a pasar la tarde con ella.

Lo peor es que el veinteañero lo ha grabado con su móvil y ya me veo convirtiéndome en un meme viral.

—Te vendrá bien —insiste—. Necesitas desahogarte, Lena.

—Una cerveza rápida —concedo.

Mi sobrino va hacia la barra, saca dos botellines de la nevera y los abre. Nos sentamos en la mesa alta.

—Cuando quieras —dice a mi lado—. Soy todo oídos.

Suspiro y lo suelto de carrerilla:

—Odio a mi exnovio, el que me mintió y se fue, y echo de menos a mi amigo, con el que hablaba todas las semanas. Es raro que sean la misma persona.

—Lo entiendo.

Sé que no es así, porque no tiene sentido, aunque aprecio que lo diga. Mi teoría es que he pasado tanto tiempo queriendo diferenciar entre el Álex de antes y el de ahora que he caído en mi propia

trampa. No son dos hombres diferentes, es solo uno, y lo odio y lo quiero al mismo tiempo.

Uli me anima a que continúe con un movimiento de su mano.

—Hay una parte de mí que quiere perdonarlo, que cree que estoy exagerando porque pasó hace diez años y que debería darle una oportunidad. —Me llevo el botellín a los labios—. Y luego existe otra Lena que está convencida de que no puedo confiar en él, que volverá a huir cuando la situación se complique, y que me recuerda que debo pensar en Paula.

—¿Cuál de las dos gana?

—Ninguna.

Uli ladea la cabeza.

—También estoy enfadada conmigo, ¿sabes? Cuando Álex me contó que Sergio había dado positivo, me asusté tanto que ni siquiera le pregunté por qué no me lo había dicho antes. Y, después, cuando confesó que había ocurrido mientras seguíamos juntos, lo primero que pensé fue que le había fallado. ¿Lo entiendes? Bastaron un par de días para destruir lo que había construido en años. Estaba centrada en él, no en mí.

—Lena, estás siendo muy dura contigo misma.

—No importa —le digo, cuando, en realidad sí que es importante —. La cuestión es que la gente no cambia. Él tiende a callarse sus verdades y yo a poner el foco en los demás.

Mi sobrino carraspea, algo que solo hace cuando se pone nervioso.

—No estoy de acuerdo. Hay personas que sí cambian, las que se enfrentan a los conflictos y aprenden de ellos. Los que no cambian son los que los evitan y permanecen en su zona de confort.

Suelto una carcajada irónica.

—Entonces, Álex no ha cambiado.

—Vuelvo a no estar de acuerdo —replica. Lo miro mal. Uli sonríe —. Recuerda que me quieres, por favor. —Le hago un gesto impaciente con la mano para que se explaye—. Me refiero a que el Álex de antes no te dio una explicación; sin embargo, el de ahora quería contártelo durante el viaje y ha dado la cara al venir a buscarte.

Mierda, tiene razón, aunque…

—Me mintió, Uli.

—Lo sé. Pero algunas mentiras sirven para proteger al que las suelta y otras al que las escucha. Tú conoces mejor a Álex, ¿qué cuadra más con él?

Álex suele dejar sus necesidades en segundo plano, me recuerda la vocecita de las narices.

El estómago me da un vuelco. ¿Y si hay una explicación?

Mi sobrino analiza mi rostro.

—Necesitas leer el cuaderno de Álex —adivina.

—¿Cómo sabes…?

—Me lo dio esta mañana. Dijo que contenía su versión de la historia.

Dracarys

Gin, Cata, Tú

3 de noviembre de 2022

Gin
¿Alguna novedad?

Toni
Por aquí, poca cosa.

Álex pone buena cara, pero el pobre está hecho un asco.

Me está pegando el bajón.

Gin
¿Sabes si se quedará mucho tiempo en tu casa?

Toni
Ni idea.

Cata
Esta tarde Lena se ha echado a llorar en la cafetería.

A berrear, más bien.

Gin
Joder.

Toni
Pobrecilla.

Algo me ha dicho cuando me ha llamado para pedirme que fuera a recoger a Paula.

Está aquí, jugando con Álex en el salón.

Cata
Espera, ¿Lena sabe que Álex está en tu casa?

Toni
Mmm… No, no ha salido en la conversación.

Gin
¡Hostia, Toni!

¡Ya tenemos el puto lío montado!

Toni
Es esa tristeza…

Se me pega y me ralentiza las neuronas.

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Qué bajón

Gin, Cata, Tú

Toni
No os preocupéis, yo me encargo de que no se crucen.

Gin
Más te vale.

Cata
No queremos más dramas.

Toni
Qué pena todo.

Creía que terminaría bien, pero…

Gin
No tiene pinta :(

Capítulo 52

No abras

España, noviembre, 2022

Miro la hora en el salpicadero. Las nueve menos cuarto. Paula debería estar duchada y yo debería estar calentando la cena. Si no hubiera alargado la segunda cerveza…

Uf, estoy un poco harta de tanto drama. No pasa nada si hoy cenamos un pelín más tarde, ¿verdad?

Respiro hondo, pongo el intermitente y giro el vehículo para entrar a la calle de Toni. Siento que los hados están de mi parte cuando aparco a la primera, un vecino me abre la puerta del portal y no pierdo tiempo esperando al ascensor.

Llamo al timbre de la casa de mi amigo.

—¡No abras! —grita Toni desde alguna habitación.

Mi hija se ríe al otro lado de la puerta al tiempo que la voz de un hombre responde:

—¿Seguro?

¿Será el chico que quiere ser su novio? ¿El tal Federico?

Espero treinta segundos y vuelvo a llamar. Acto seguido, escucho unos pasos que se acercan a la puerta, pero se detienen cuando Toni chilla:

—¡Ni se te ocurra!

Madre mía, se está desgañitando.

Quiero ser paciente, lo juro, pero ya he dicho que tengo algo de prisa, así que doy un par de golpes suaves a la puerta y me quedo con el puño en el aire cuando se abre.

Veo la escena a cámara lenta.

Un hombre alto, moreno y dueño de una sonrisa que podría derretir el mismísimo hielo sostiene a mi hija entre sus brazos. Sus ojos oscuros se clavan en los míos y mi estúpido corazón aletea.

Joder.

Joder.

Joder.

Entonces pasan varias cosas al mismo tiempo: Toni corre por el pasillo como un pingüino con los pantalones por las pantorrillas mientras grita «¡nooo!». Del susto, me desestabilizo, doy un paso hacia delante y empujo a Álex. Él me agarra por la cintura para evitar que me caiga, pero, al hacerlo, golpea mi bolso, que expulsa el cuaderno envuelto en papel de periódico y cae al suelo. Y, de alguna forma, termino abrazada a mi ex, con su diario a los pies, mientras nuestro amigo sigue berreando ese «nooo» interminable.

Tierra, trágame y escúpeme lejos.

—¿Lena? —pregunta Álex.

Alzo la cara y mi hija me la palmea, como si hubiera notado que necesito espabilarme. Sería el momento perfecto para dar un paso atrás y mostrarme distante, ¿verdad? Pues mi cerebro no está de acuerdo, porque me mantengo en el sitio y respondo como una boba:

—Sí, soy yo.

Paula se muere de risa mientras Álex y yo… Vale, no sé muy bien qué estamos haciendo. ¿Mirarnos como dos idiotas? ¿Preguntarnos qué vamos a hacer con nuestras vidas?

—Esto no tendría que haber pasado. —Toni nos empuja hasta que logra separarnos medio metro. Del esfuerzo, sus pantalones descienden hasta los tobillos—. Tú —señala a Álex—, para dentro. La próxima vez que alguien te diga que no abras la puerta, simplemente hazlo, ¿ok? Y tú —ahora me señala a mí—, ¿podrías actuar como si esto fuera un sueño? —Frunzo el ceño y lo miro fatal —. ¿No? Chica, sería lo mejor para todos.

No contesto, me limito a extender los brazos para que Álex me tienda a mi hija. Cuando estoy a punto de darme media vuelta, se arrodilla para recoger su cuaderno del suelo, me lanza una mirada

suplicante y alarga el brazo. Y yo… me quedo atascada en sus ojos y en todo lo que no debería sentir.

—Creo que esto es tuyo. —Toni recoge el cuaderno y me lo mete en el bolso.

Retrocedo a pasitos cortos hasta que alcanzo la puerta del ascensor y vuelvo a huir.

Es imposible no pensar en Álex después. En su brazo rodeando mi cintura, en la sensación de hogar que me ha invadido al abrazarnos o en sus ojos suplicantes. Mi mente pide clemencia, pero no tengo descanso. Paula se encarga de recordármelo cuando la baño («*quero a Ale*»), mientras cenamos y, por supuesto, cuando trato de que se acueste y ella insiste en hacerme preguntas sobre él.

Y ahora Paula está dormida y yo, en el salón, viendo el anuncio de la nueva temporada de *Emily en Paris* mientras pienso en aquel viaje que no llegamos a realizar. Mala idea. Deslizo el puntero del mando a la derecha y aparece *Bajo el sol de la Toscana*. Genial. ¿Algo más? Pues sí, cuando le doy la última oportunidad a la plataforma para que deje de putearme, Julia Roberts sale en pantalla persiguiendo a Dermot Mulroney en *La boda de mi mejor amigo*.

Mensaje captado, universo.

Apago la tele y echo un vistazo a la mesa del comedor, donde he dejado el dichoso cuaderno. Con el miedo incrustado entre las costillas, me incorporo y voy hacia él. Estoy aterrada, pero me armo de valor, lo abro y leo el primer fragmento, fechado en el 2013, cuando él ya vivía en Suiza:

Febrero, 2013

El amor es hacer todo lo que está en tu mano para que la otra persona sea feliz. Facilitarle el camino, ayudarle a que

alcance sus sueños y que obtenga todo lo que desea de la vida, aunque, para lograrlo, la única opción sea apartarte y mentir.

Así lo veía entonces y así lo sigo viendo ahora.

De lo único que me arrepiento es del dolor que le he causado. Un dolor que, a veces, me planteo cómo habría podido evitar. ¿Habría sido mejor decirle que había conocido a otra persona? Probablemente, sí. Lena me habría odiado y jamás habríamos caído en el bucle de los polvos de despedida. Pero no, le dije que no me sentía preparado para comprometerme. Y, a veces, me da por pensar que fue mi parte egoísta la que decidió qué mentira le contaba. Como si necesitara enviarle una pista para que ella descubriera la verdad. Como si, en el fondo, deseara que Lena me aceptara con mis limitaciones y mis taras.

Pero, al final, hice lo que pensaba que era mejor para ella: dejarla libre.

Las manos y la barbilla me tiemblan, mi frecuencia cardiaca está por las nubes y no respiro, jadeo.

Cierro el cuaderno. No puedo seguir.

Qué bajón

Gin, Cata, Tú

4 de noviembre de 2022

Añadiste a Uli a la conversación
Grupo * 4 miembros

Uli
¿Hola?

Toni
Hola, chato.

Te he incluido en el grupo porque necesitamos a alguien que crea en los finales felices.

Cambiaste el nombre de este grupo
Grupo * 3 miembros

Queremos creer

Gin, Cata, Uli, Tú

Gin
Qué cabrón. Tú lo que quieres es que dejemos de echarte la bronca por el lío que montaste ayer.

Cata
Estoy con Gin.

Toni
¡Cuánta desconfianza inmerecida!

¡Señoras, necesitamos esperanza!

Uli
¿De qué va esto?

Toni
Del amor y de las segundas oportunidades.

Gin
De la vida, que a veces es un poco puta.

Cata
De cómo el pasado influye en el presente.

Toni
De una pareja que se quiere y se mantiene separada.

Uli
¿Hablamos de Lena y Álex?

¿No hay otro grupo para hablar de eso ya?

Toni
Calla y responde.

¿Crees que hay posibilidades de que se reconcilien?

Uli
Tío, yo qué sé.

Espera que le pregunto a una amiga que escribe novelas románticas.

Vale, os copio la respuesta:

«Esa es la pregunta que siempre me hago al escribir el final de una historia y mi conclusión es esta: no hay problema que no tenga solución, pero los protagonistas tienen que elegir solucionarlo».

Toni
Qué fácil.

Gin
Y qué difícil al mismo tiempo.

Capítulo 53

El Libro de las Lamentaciones

España, noviembre, 2022

Hoy parece un día cualquiera. Las calles están llenas a la hora punta, Paula juega en el asiento de atrás con su osito Bao y el reloj sigue jugando en mi contra. Lo que ocurre es que no es un día cualquiera. En el asiento del copiloto, llevo una bomba con forma de cuaderno. Un objeto que, en apariencia, es inofensivo, pero que encierra entre sus páginas el poder de cambiar la historia que he vivido. O más bien, la que me he contado.

Casi nada.

—¡Mami! —Paula señala con su dedito la ventanilla. Ha comenzado a llover y le encanta ver cómo las gotas de lluvia resbalan por el cristal.

—Qué chulo, ¿eh? —Paula mueve la cabeza de arriba abajo con energía y yo me dedico a decir tonterías para espantar el recuerdo de la pesadilla de anoche.

En ella, Álex confesaba sus miedos, en lugar de romper conmigo, y yo le acompañaba a que se realizara el test, que salía negativo. Nos casábamos. Teníamos un niño y, después, llegaba la niña. Pero no era Paula.

Me he despertado de madrugada. Ha sido imposible contener el impulso de ir a la habitación de mi hija y abrazarla. Ahí me he quedado hasta que ha amanecido, vigilando su sueño y recordándome que era real.

Echo un vistazo por el retrovisor, Paula se muere de risa con mis ocurrencias. No puedo evitar plantearme si es justo para ella que siga leyendo el Libro de las Lamentaciones. Tal y como empieza a afectarme, auguro que, para cuando lo termine, poco quedará de mi estabilidad emocional.

Las primeras horas de la mañana las paso inmersa en la rutina, pero, cuando la cafetería se vacía, las distracciones disminuyen y mi pulso se acelera. Es el momento de enfrentarme a las palabras de Álex.

Me dirijo al cuartucho, cierro la puerta, me siento en el suelo y alargo el brazo hasta que alcanzo el cuaderno del bolso.

Durante un buen rato, no me despego de sus páginas. Revivo cada recaída, mi mudanza y el posterior distanciamiento entre nosotros. Y cuando creo que voy a leer sobre los últimos coletazos de lo nuestro, llego a la boda de Gin y Daniela.

Mayo, 2017

Es la única vez que he estado a punto de mandarlo todo a la mierda. Quería ser egoísta, contárselo todo y quedarme con ella en esa habitación de hotel para siempre. Pero no he podido. Precisamente porque sé que ella nunca me abandonaría, pasara lo que pasara. No quiero ponerla en esa posición.

Levanto la vista y la dejo clavada en la balda inferior de la estantería. Llevo cinco años creyendo que para Álex no significó nada. Cinco. Para mí, este fue el punto de inflexión en nuestra historia, el momento que decidí que no valía la pena aferrarme al pasado, y él…

Me abrazo al cuaderno.

Quizá han pasado diez minutos. O tal vez media hora. Me he quedado ensimismada, con el móvil en la mano, releyendo viejas conversaciones con Álex. Una pulla por mi parte, varios selfis en respuesta (uno fingiendo tristeza y otro, sorpresa), un audio con sus carcajadas (que, a pesar de las lágrimas, logra que sonría), muchos registros de videollamadas y aquella propuesta para el viaje que lo ha cambiado todo.

Álex
¿Sería una locura que me acompañaras a la boda de Fabrizio?

No quiero ir solo y pasarme el día hablando de curro.

P.D.: Irías a gastos pagados, por supuesto.

P.D.2: Se celebra en la Costa Amalfitana.

P.D.3: Y podríamos quedarnos un par de días más.

Desbloqueo su contacto y escribo: «Te echo de menos». Lo borro de inmediato.

No hace ni veinticuatro horas que le estampé el ramo en la cabeza y ahora solo deseo abrazarlo. ¿Qué me está pasando?

Le estoy entendiendo, eso es lo que ocurre. La línea entre el Álex de antes y el de ahora se está desdibujando. Si ayer lo hacía con una connotación negativa, hoy estoy rellenando los huecos de sus motivos para mentirme.

Álex creía que estaba enfermo, se veía como un lastre para la vida que yo quería tener y se retiró de la ecuación. No comparto su forma de pensar ni el camino que eligió, aunque no es difícil que empatice con sus intenciones. Al fin y al cabo, a su manera,

intentaba protegerme, y es muy propio de él priorizar el cuidado sobre todo lo demás.

Pero ¿entenderle es el primer paso para perdonarle? Siempre he pensado que sí. Sin embargo, ahora no lo tengo tan claro.

—Lena, ¿estás bien? —pregunta Uli a través de la puerta.

Me limpio los restos de lágrimas.

—Jodida.

Durante unos segundos, hay un silencio al otro lado.

—¿Sigues en la ciudad de las emociones opuestas?

—Me he mudado a la metrópoli de la inestabilidad emocional —respondo—. Ahora vivo en el barrio del bajón.

Uli carraspea.

—Vaya… ¿Y necesitas algo? ¿Un abrazo? ¿Un café?

—No, tranquilo.

—Estoy aquí, ¿vale?

—Vale.

Escucho sus pasos alejarse.

Vuelvo a apoyar la espalda en la puerta y recupero el libro del suelo.

Leo las pocas entradas que hay de la etapa de nuestro distanciamiento, tras la boda de Gin y Daniela, también el breve periodo en el que volvimos a hablar, cuando abrí Somos Instantes. Entonces, Álex me envió un correo electrónico a la dirección de la empresa y yo volví a caer en el error de desbloquear su número. Unas semanas más tarde, mi sobrino tuvo que mantener una conversación muy seria conmigo para que regresara al contacto cero.

Es duro ver su versión de la historia, pero empiezo a sentirme más tranquila. Sin embargo, esa falsa calma se resquebraja en cuanto llego a la parte que explica por qué vino a buscarme aquel día a la cafetería.

Julio, 2019

Tuve muchas oportunidades de dar ese paso. Antes de mandarlo todo a la mierda, después de cada encuentro con Lena o esas semanas en las que me martirizaban los pensamientos sobre lo que podría haber sido.

La verdad es que aún no comprendo por qué ese audio de treinta y ocho segundos fue el disparador que me hizo reaccionar. Puede que porque ya lo daba todo por perdido y alimentó una esperanza. O tal vez porque no quería dar por finalizada esa etapa que ella decía que había terminado.

Sea como sea, el audio de Lena consiguió desbloquearme y, dos días después, pedí cita para que me realizaran las pruebas. Los resultados, en cambio, se hicieron esperar tres meses.

El tiempo que he tardado en ir a buscarla.

Y. tal y como presentía, he llegado demasiado tarde. Lena está enamorada de otro hombre y espera un hijo de él.

Así que me he tragado mis explicaciones y mis verdades y no le he dado ese anillo que guardo desde que estábamos juntos.

Solo espero que él pueda quererla como yo no he sabido hacerlo.

El cuaderno cae entre mis piernas con la misma rapidez que se instala en mi pecho la certeza de que Álex nunca ha dejado de quererme.

Podría ponerme descriptiva y decirte que las lágrimas me ciegan, los oídos me zumban y el pecho me arde. O tal vez contarte, en plan poético, que un terremoto me sacude por dentro, al ritmo de una verdad que siempre ha estado ahí presente. Todo eso es cierto, aunque más de estar por casa. Mis ojos están fijos en la nada, la cabeza me da vueltas y oscilo entre la arritmia y la parada cardiaca.

—¡Ese sonido es espeluznante! —grita Irene, al otro lado de la puerta—. ¡Es como escuchar a un perro moribundo! ¿Qué está haciendo ahí dentro?

—Déjala tranquila —le pide Uli, y añade más bajito—: Creo que está llorando.

—¿Así es como llora tu tía? —replica la otra—. He oído a parturientas mucho más discretas.

Me incorporo para abrir la puerta, pero me detengo al escuchar los pasos de una tercera persona.

—¿Eso era alguien llorando? —cuestiona una mujer que no reconozco—. Estaba en el baño y he salido despavorida. Miren, me tiemblan hasta las garrillas.

Me sorbo los mocos. Qué exageración.

—No me extraña —responde mi camarera, que, sin saberlo, se está jugando el puesto—. Yo tengo la piel de gallina.

—Es desgarrador —aporta una voz masculina. ¿El octogenario? —. ¿Es por el muchacho de los tulipanes?

—¡Seguro! —exclama la jubilada de esta mañana—. Si es que se veía venir…

Ni respiro.

—No empiecen con los chismes —les pide mi sobrino—. Vuelvan a sus mesas, que aquí no hay nada que ver.

—¿Podéis apartaros y hablar un pelín más bajo? —Joder, pero ¿cuánta gente hay ahí fuera?—. Me estáis jodiendo el vídeo.

¡El veinteañero!

—¡¿No sabéis lo que es la intimidad?! —berreo, y debo de asustarlos, porque oigo los pasos acelerados a través de la puerta.

Solo cuando vuelvo a respirar con normalidad, decido ir directamente al final del Libro de las Lamentaciones.

Noviembre, 2022

Si has llegado hasta aquí, ya sabes lo gilipollas que he sido.

Me equivoqué, Lena, y lo siento. Nunca pretendí hacerte daño ni

se trató de un problema de confianza contigo, sino de miedo. Miedo a que te conformaras conmigo, a que renunciaras al sueño de ser madre o a que, por mi culpa, fueras infeliz.

Años después, ese miedo cambió de dirección, pero no de intensidad. Tras saber que no estaba enfermo y recuperar el contacto, me aterraba contarte qué me había pasado y perderte de nuevo. Un miedo que no hizo más que incrementarse cuanto más nos acercábamos.

Ojalá existiera una forma para volver atrás y decirle al Álex veinteañero que no se encierre en sí mismo, al Álex de treinta que no te aleje y al Álex cuarentón que sea valiente, que no te presione con grandes gestos y te dé el tiempo que necesitas para transitar tus emociones.

A estas alturas, solo puedo intentar arreglar esto último.

Te quiero.

Es imposible no volver a llorar como un perro moribundo. Aúllo, grazno y rujo, emitiendo sonidos que me aterran hasta a mí. Esta vez no doy pie a que nadie se congregue al otro lado de la puerta, me incorporo de un salto y salgo berreando abrazada a mi bolso y al cuaderno.

Al cruzar la cafetería, el silencio sepulcral de mis clientes me acompaña hasta la salida y, cuando estoy a punto de irme, me giro hacia Uli, que asiente.

—Ve tranquila. Si tardas, yo recojo a Paula —me asegura.

¿Tengo claro cuál va a ser mi siguiente paso? Más o menos.

¿Voy a darme tiempo para reflexionarlo? Lo dudo.

¿Estoy segura? No. Más bien, cagada de miedo.

Capítulo 54

El final

España, noviembre, 2022

Las mujeres que sobrepasamos los cuarenta estamos tan perdidas como las de treinta. O las de veinte. O no. Quizá sí sabemos lo que queremos, pero nos cuesta darnos permiso para luchar por ello.

Mírame a mí. Tenía veintitrés años cuando fui lo bastante valiente como para lanzarme a los brazos del chico que me había hecho daño. Treinta y seis, cuando tiré abajo los prejuicios y las expectativas de los demás para abrir el negocio que había soñado. Treinta y nueve, cuando fui madre y salí adelante, a pesar del abandono de mi pareja. Y a los cuarenta y uno, voy a darme ese permiso otra vez para luchar por lo que quiero.

Por eso estoy plantada ante esta puerta, dispuesta a saltar al vacío.

Tal vez algunos crean que estoy cometiendo el peor error de mi vida y otros que, probablemente, he tardado demasiado en decidirme. La verdad es me importa poco lo que opinen. Lo único que necesito es ver al hombre que más he querido, antes de que las dudas me carcoman.

Las piernas me flaquean mientras cuento hasta veinte, el tiempo que tarda en abrir la puerta.

Álex asoma la cabeza. Su pelo está revuelto, la barba, descuidada y tiene las ojeras marcadas. Su mirada deambula por mi cara, se detiene en el cuaderno y regresa a mis ojos. Está confundido. O bloqueado.

—¿Lena? —Y sí, ha vuelto a preguntármelo.

—Hola —respondo, porque yo tampoco estoy muy fina—. He venido para que me invitaras a ese café.

—Ah. —Abre la puerta un poco más y me cuelo dentro del piso de Toni. Por suerte, él no está—. Ah, vale.

Me giro para tenerlo frente a frente. Está vestido con unos pantalones de chándal y una sudadera, ambos negros. Otra vez vamos a juego, mis vaqueros y jersey son del mismo color. Incluso el delantal, del que no me he desprendido al salir de la cafetería.

Álex se pasa una mano por el pelo y cierra la puerta con el pie.

—¿Eres tú de verdad? —Extiende el brazo y me toca el hombro con un solo dedo—. ¿Esto es real?

Me muerdo la sonrisa.

—Estás soñando —me burlo.

Su mano se acomoda en mi hombro y lo acaricia. Nuestras miradas conectan. En la suya, puedo leer un «lo siento» y con la mía intento transmitirle que va a tener que currárselo un montón.

—Quería contártelo, Lena, pero…

No lo dejo terminar, necesito abrazarlo, y lo necesito ya. Doy los dos pasos que nos separan, rodeo su cintura y me acoplo a su cuerpo. Él me envuelve con sus brazos y apoya la cabeza sobre la mía. Su corazón late a toda velocidad, igual que el mío.

Los besos están sobrevalorados. Las películas deberían terminar así, con dos personas aferradas la una a la otra, sosteniéndose.

Cierro los ojos para retener cada sensación. La paz que me proporciona el contacto con su cuerpo, el calor agradable que inunda mi pecho y la seguridad que siento cada vez que estoy a su lado. Y lo sé, Álex es mi hogar. Siempre lo ha sido.

—Lena, no sabía qué hacer. —Me acaricia el pelo con suavidad—. Quería darte espacio y también luchar por ti.

—Lo sé. —Lo estrujo con fuerza y abro los ojos—. Lo sé —repito, esta vez con mis iris clavados en los suyos.

—Me equivoqué al apartarte —susurra—. No quiero volver a cometer el mismo error.

¿Le estoy mirando como una boba? Puede. ¿Estoy segura? Para nada.

Mira, a tomar por saco la prudencia. Le deseo. Él también me desea. Fin de la historia.

Me pongo de puntillas para alcanzar sus labios. Sus ojos vuelan hacia mi boca y mi respiración se acelera. Álex contiene un suspiro.

—¿Nos tomamos ese café? —propone.

¿Café? ¿Ahora?

—Vale —respondo como una mema. Para mejorarlo, añado—: Perfecto.

Álex tira de mí y me lleva hacia el salón, donde, perpleja, me siento en el sofá de Toni y espero a que aparezca con un par de tazas humeantes.

—Has leído mi versión de la historia. —Se sienta a mi lado con toda la tranquilidad del mundo y sopla sobre su bebida—. Ahora quiero escuchar la tuya. —Ante mi confusión, sonríe con ternura—. Lena, si queremos que esto funcione, debemos hablar.

Y eso es lo que hacemos. Durante horas. Hasta que el café se enfría y el hambre aprieta.

Al principio, me cuesta mostrarme vulnerable y resumo de forma analítica cómo ha sido mi vida sin él. Mudanza, trabajo y relaciones desastrosas. Pero no cuela y Álex hace las preguntas adecuadas para tirarme de la lengua.

—¿Por qué te mudaste?

—Porque necesitaba alejarme de ti.

—¿Llegaste a enamorarte?

—No del todo.

Cada respuesta por mi parte lo lleva a realizar otra pregunta. No me juzga ni me interrumpe, solo demuestra un interés genuino por saber todo aquello que no me he atrevido a decirle.

Y aquí estamos, uno al lado del otro, con gran parte de nuestros nudos deshechos, con la mirada enredada en el otro y las respiraciones agitadas. Su mano asciende hasta mi cuello y se desliza hacia la nuca, donde traza movimientos circulares. Sin romper el contacto visual, recorto la poca distancia que hay entre nosotros. Él enarca una ceja y el ritmo de mis latidos se multiplica por mil. Me muerdo el labio y le transmito mentalmente que debería

besarme. Álex menea la cabeza, despacio, dejándome claro que quizá sea demasiado pronto.

—¡Venga ya! —protesto.

Sus labios se curvan justo antes de acercarse a los míos.

—¿Segura? —Su sonrisa se amplía. El muy tramposo sabe que ya no puedo pensar con claridad—. Hola, chica maja.

Nuestros labios se funden en un beso corto, torpe y apasionado que sabe a un pacto silencioso. Le siguen decenas de ellos, dulces y cargados de un antiguo amor que estamos dispuestos a avivar. Y, madre mía…, retiro eso de que los besos están sobrevalorados. Menuda gilipollez. Los besos con Álex son lo más. Encienden y calman, son casa y promesas del futuro que nos espera.

Sonrío contra su boca.

Y mi sonrisa se apaga en cuanto recuerdo que debo hacerle una pregunta importante.

—Oye, Álex. —Contengo la respiración—. Si la prueba hubiera salido positiva, ¿estaríamos aquí?

Un coche pita en la calle, el vecino de al lado da un portazo al salir y un niño grita en el piso de arriba. Álex deja escapar una suave exhalación y apoya su frente sobre la mía.

—No lo sé —admite.

Y, de repente, el tiempo se para. El aire pesa. La calma y la comodidad desaparecen.

«No lo sé». Una frase corta, compuesta de tres palabras, que resulta tan potente como para destruir la esperanza que me ha traído hasta aquí.

Álex acaricia mi mejilla con el pulgar. El gesto, que hasta hace unos segundos me calentaba el pecho, me provoca un escalofrío.

«No quiero cometer el mismo error», ha dicho, no que estuviera seguro de no volver a hacerlo. De golpe, lo entiendo. El perdón no es suficiente sin tener la certeza de que no ocurrirá de nuevo.

Qué inocente he sido. ¿Qué creía que iba a pasar? ¿Que lo solucionaríamos con una charla y un par de besos? Eso queda de lujo en las películas, pero en la vida real nunca es tan sencillo.

Despacio, retrocedo un par de palmos. Su mano resbala por mi hombro hasta perderse por el sofá. Mis ojos se clavan en el suelo.

—Álex, esto no va a funcionar.

—Funcionará —asegura.

No lo está entendiendo.

Estamos en el mismo punto de siempre. Él hace un gesto bonito y me muestra lo que antes me ha ocultado. Yo empatizo, perdono y le doy otra oportunidad. Pero no aprendemos. O no del todo. No, si él desconoce la respuesta a esa simple pregunta. Y, desde luego, no, si yo estoy dispuesta a aceptarlo sin condiciones.

—No, no funcionará. —Mi voz se quiebra. Me doy un segundo para recomponerme—. Volverás a desaparecer cuando surja un problema que no sepas afrontar.

—Lena, no me iré a ninguna parte.

—Hay muchas formas de desaparecer. —Levanto la mirada del suelo—. ¿Qué pasará si tu hermano empeora? —A pesar de que veo en sus ojos la duda, niega con un leve movimiento de cabeza—. Álex, si solo se tratara de mí, probablemente me arriesgaría. Pero no es el caso. Soy parte de un *pack*, ¿recuerdas?

La mención a Paula lo desestabiliza. Ahora es él quien se aleja un par de palmos.

—Nunca le haría daño. —Sus ojos me dicen que está dolido, y yo me odio un poquito por lo que estoy a punto de decir.

—No a propósito. Pero ambos sabemos que usarías esa excusa para alejarte.

Su cara se descompone y mis ojos se humedecen. Ahora sí que lo ha entendido.

—Joder —masculla, y se incorpora—. Joder —repite mientras va de un lado a otro del salón. Si no estuviera tratando de contener el llanto, yo también maldeciría.

Álex se detiene de golpe.

—Podemos ir despacio —prueba.

Me cuesta la vida responder.

—¿Cuándo hemos ido despacio tú y yo? Nunca. Lo nuestro se ha caracterizado por los acelerones y frenazos.

Álex se acerca al sofá y se sienta a mis pies. Le acaricio la cabeza, le peino con los dedos y me pierdo en sus ojos, que dicen

mucho más de lo que él verbaliza. Me quiere. Siempre me ha querido. Espero que lea en los míos que siento lo mismo.

Pero no puede ser.

—Te has olvidado de las curvas. —Sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Y de los baches —añado, bajito.

Álex captura mi mano y se lleva la parte interna de la muñeca a los labios.

—Tiene que haber una forma de que podamos estar juntos.

Mi mirada habla por mí. «El amor no siempre es suficiente, Álex». Él niega con la cabeza, tratando de hacerme llegar que no se dará por vencido. Me inclino hacia él y le robo un beso, el último. Un ligero choque de labios, tan dulce como breve.

—Lena…

—Será mejor que me vaya —lo interrumpo, y tomo la distancia necesaria para volver a respirar.

Nuestras miradas vuelven a enredarse. Álex me pide que me quede y yo respondo que me duele demasiado seguir aquí. Siento el peso del mundo cuando me levanto y me dirijo a la puerta. Álex me acompaña arrastrando los pies.

No quiero despedirme.

Mi mano alcanza el pomo. Lo giro y tiro de él. Doy un paso y Álex me retiene rodeando mi cintura con los brazos. Cierro los ojos y me recreo en cada sensación. Mi espalda pegada a su pecho, el dolor de la renuncia y el amor que debemos soltar.

—Lo entiendo —susurra, y yo me rompo un poco más por dentro.

Me permito un último segundo antes de irme —solo uno—, y lo uso para imaginar toda una vida junto a él. Después, me voy. Con el corazón partido, pero con la convicción de que he hecho lo correcto.

Queremos creer

Gin, Cata, Uli, Tú

5 de noviembre de 2022

Toni
Pues vaya mierda, ¿no?

Gin
A tomar por culo el final feliz.

Cata
Es triste, pero no deja de ser bonito.

Toni
Insisto: es una mierda.

Es oficial: he dejado de creer en el amor.

Gin
A veces, aunque te esfuerces, las relaciones no funcionan. Pero eso no significa que no haya habido amor.

Cata
Es madurez emocional.

Toni
Uli, di algo que me anime.

Necesito creer.

Uli

Me gusta pensar que lo que está destinado a ser siempre encuentra una manera. Ojalá sea así.

Capítulo 55

La videollamada

España, noviembre, 2022

—Un segundo, Gin. —Pongo el teléfono en manos libres, lo dejo sobre la mesa del comedor y comienzo la persecución de Paula con el pijama en la mano. Mi hija, sin saberlo, me está librando de las preguntas que no quiero responder.

«¿Estás segura?». Desgraciadamente, sí. El amor por sí solo no basta, debe ir acompañado de seguridad. «¿Cómo estás?». Hecha polvo, a pesar de que he pasado la tarde con Paula, con sus bracitos aferrados a mi cuello.

—¡Nooo! —grita como una posesa.

Bendita la hora que aprendió la dichosa palabrita y bendita la pataleta que está teniendo justo antes de irse a la cama.

—Peque, venga, a *mimir*.

—*¡No quero!* —Y para demostrar su enfado, patea el suelo.

La madre que la parió (que resulta que soy yo) debió de quedarse bien a gusto (y sí, casi siempre).

—¿Necesitas compañía? —La voz de Gin resuena por el salón—. Cata podría ir a tu casa y yo me uniría por videollamada. —No se me escapa que no menciona a Toni. Estará ocupado consolando a Álex.

Mierda, no puedo visualizarlo jodido. Lo empeora.

Echo un vistazo al móvil y luego desvío los ojos a mi hija, que me lanza una versión infantil de la mirada de psicópata.

—Estoy bien —miento—. De verdad.

Mi amiga emite un ruidito de disconformidad y Paula aprovecha la distracción para esconderse detrás de la butaca.

—*¡Quero a Ale!* —suelta la maldita traidora.

Juro que estoy a punto de tirarme al suelo y berrear que yo también le quiero. En cambio, lo que hago es armarme de paciencia, acercarme a la butaca y asomar la cabeza por un lateral. Paula hace un mohín y Lisboa, a su lado, la imita.

Perfecto, ahora tengo dos pares de ojos mirándome como el gato con botas.

—*Ale* —repite.

Ay, por favor.

—No podemos ver a Álex, está dormidito. ¿Sabes por qué? Porque es la hora de irse a la cama.

Ella niega con la cabeza y arranca a correr hacia el comedor. No llega a los tres años, tiene las piernas cortas y la tía es más rápida que un guepardo. Antes de que me dé tiempo a capturarla, Paula palpa por la superficie de la mesa, alcanza mi móvil y cuelga la llamada.

—*Adió* —dice, la muy bicho, mientras trastea por la pantalla—. *Quero a Ale*.

—He dicho que no.

Paula sonríe de forma angelical.

Espera un segundo, ¿por qué sonríe?

—¿Hola? —Esa voz masculina proviene de su mano, pero eso es imposible, ¿no?—. Lena, ¿estás ahí?

Paula se acerca el teléfono a la cara.

—¡Hola, *Ale*!

¿Le acaba de hacer una videollamada?

—Hola, princesa. ¿Qué haces con el móvil de la mami?

Paula se sonroja y apunta a la pantalla con su dedito.

—Mami, *é Ale* —susurra, como si fuera un secreto.

—Ya lo veo, peque —respondo con una sonrisa fingida, aunque la verdad es que no me atrevo ni a mirar. Tengo miedo a desmoronarme delante de ella—. Habla tú con él, anda, que le hará mucha ilusión.

Paula asiente, poco convencida, aunque tarda poco en iniciar una conversación en su propio idioma. Álex se ríe.

Joder, no quiero escuchar su voz ni enternecerme por cómo trata a mi hija.

«Se pasará», me digo, porque esto ya lo he vivido y sé cómo funciona. Puede que ahora me parezca imposible, pero llegará un día en el que no piense en él constantemente. Dejará de doler. O el dolor bajará de intensidad y será más fácil superar el día.

Retrocedo a pasitos cortos. Primero, uno. Después, otro. Hasta que llego al pasillo y soy capaz de recuperar el aliento.

—¡Mamiii!

El instinto protector es el culpable de que me asome a la puerta justo a tiempo de ver cómo Paula trota hacia mí y me lanza el teléfono. Lo agarro entre las manos de milagro.

—*Ara*, tú —dice, antes de desaparecer en dirección a su cuarto, con Lisboa siguiendo sus pasos.

No me muevo. Permanezco con la manos unidas, en la misma posición que si estuviera rezando. Aunque quizá lo esté haciendo, porque, de verdad, me veo incapaz de enfrentarme a él otra vez.

—No cuelgues —me pide Álex.

Sin embargo, es exactamente lo que hago, porque es lo mejor para los dos. Ya tomamos el camino largo una vez, no deberíamos repetir nuestros errores.

Estoy convencida de que, cuando estamos en la mierda, buscamos más argumentos para sentirnos peor. Como si una parte de nosotros estuviera buscando la forma de llegar hasta el fondo del agujero para dar la patada y resurgir. Si no, no me explico qué hago a las doce de la noche leyendo las páginas que me he saltado del Libro de las Lamentaciones.

Por cierto, el nombrecito es de lo más acertado.

Aquí estoy, recostada en la cama a la luz de la pequeña lámpara de la mesita noche. Ya he superado la etapa del embarazo y acabo

de llegar a nuestra primera videollamada, que se produjo el mismo día en el que Roger se fue de casa.

Levanto la vista del cuaderno y la fijo en la pared desnuda que hay frente a la cama.

En realidad, lo llamé por error. Estaba tan alterada que, en lugar de entrar en el grupo de mis amigos, lo hice en el que Toni acababa de crear con motivo de la pandemia. Se llamaba «Resistiré», igual que la canción que sonaba a la hora de los aplausos, y Toni había incluido a Álex en un ataque de nostalgia. Aún recuerdo el *shock* que me produjo ver su cara en la pantalla y la extraña sensación de calma cuando conté que Roger me había dejado con una nota y él respondió que iba a matarlo.

Tras una hora de conversación, poco a poco, mis amigos fueron desapareciendo. Toni y Cata tenían reuniones, Gin tenía una clase que dar y Daniela estaba trabajando en el hospital. Pero Álex se quedó al teléfono toda la mañana, a pesar de que su jefe no dejaba de reclamarle.

Al día siguiente fue él quien me llamó.

Y de pronto, estábamos inmersos en una rutina de videollamadas, en la que Álex hacia cualquier cosa para que yo sonriera.

Me limpio las lágrimas con los dedos.

No solo pierdo la posibilidad de un final feliz, también pierdo uno de los pilares de mi vida. Álex era mi mejor amigo, mi apoyo incondicional. Voy a echar de menos nuestras conversaciones, la intimidad y las bromas compartidas.

Mi móvil parpadea sobre la colcha. Lo cojo y leo en la pantalla flotante el mensaje que acabo de recibir.

> **Álex**
> No sé tú, pero yo he tenido un par de días malísimos.

Se me para el corazón.

Tardo un segundo en darme cuenta que esta mañana he desbloqueado su contacto, cuando he estado a punto de escribirle

que le echaba de menos. Claro, por eso Paula ha podido hacer esa videollamada.

Espera, ¿qué pretende?

El teléfono se ilumina de nuevo.

Álex

He acosado a mi ex con flores, me he abierto en canal dejándole mi diario y, cuando creía que nos habíamos reconciliado, he metido la pata. Toni dice que debería pasar página, pero estoy loco por ella y me niego a pensar que no hay solución.

¿Puedo llamarte?

Reacciono al instante y entro en nuestro chat para responder que ni se le ocurra.

Álex

Sabía que estabas despierta.

Ella y yo tenemos mucha química, ¿sabes? Eso es bueno, aunque complica nuestra dinámica. Nos aceleramos, nos saltamos pasos y repetimos viejos patrones que no nos hacen bien.

Así que he estado pensando todo el día, dándole vueltas y vueltas, y creo que podríamos construir una relación distinta, como amigos.

¿Amigos? Si ya ha quedado demostrado que no sabemos ser solo amigos.

Álex

Ella seguro que dice que nunca fuimos amigos.

Pero lo fuimos, durante dos años, y a distancia.

A mi pesar, suelto una carcajada. Qué gilipollas es y qué bien me conoce. Me siento en el borde del colchón y espero al siguiente mensaje. Y sí, soy todo coherencia. Hace unas horas le he colgado sin piedad y ahora me muero por que siga. ¿Por qué? Quizá estoy agotada de tanto drama o tal vez me intriga saber hacia dónde quiere ir. No tengo ni idea, y no voy a sobrepensarlo.

Álex
Tengo un plan, aunque no sé si querrá oírlo.

¿Te lo cuento?

Tecleo un «sí» y lo imagino al otro lado con esa sonrisita de canalla. Sí, Álex, he picado. ¿Qué estás tramando?

Álex
Le voy a proponer que volvamos a las videollamadas semanales. Sin contacto físico, solo conversaciones. Ella tendría que trabajar el tema de priorizarse y yo currarme lo de mostrarme vulnerable.

Estoy seguro de que juntos lo lograríamos.

Y aún no te he contado lo mejor. De esta forma, mantendríamos al margen a su hija.

¿Qué te parece?

Joder, la tregua no me ha durado ni cinco segundos. Álex no está bromeando, tiene un plan. Me incorporo y voy hacia la cocina. De repente, tengo la garganta seca. ¿Podría funcionar? El corazón me dice que sí, pero la cabeza protesta y lanza una pregunta peligrosa: «¿Cuántas hostias necesitas antes de darte cuenta de que por ahí no es?». Abro la nevera y bebo a morro de la botella.

Me tiembla el cuerpo entero cuando tecleo una respuesta:

¿Cuánto tiempo duraría ese plan?

Álex
El que fuera necesario.

Sin fecha límite.

¿Y si no funcionara?

Álex
Lo hará, estoy seguro.

Pero, si me equivoco, seríamos dos buenos amigos.

¿Por qué estás tan convencido?

¿Qué cambia esta vez?

Álex escribe y escribe… Y cuando creo que voy a recibir un mensaje larguísimo, me sorprende con una simple palabra.

Álex
Nosotros.

Nosotros. Nosotros somos los que hemos cambiado.

Es imposible no recordar la teoría de la mutación de Toni. Llevaba razón en una cosa: desde que soy madre, no soy la misma persona. No me dejo llevar por los impulsos (aunque me muera por hacerlo) y sopeso las decisiones teniendo en cuenta el bienestar de mi hija. En cuanto a Álex, también ha cambiado. Antes huía de los problemas y ahora está peleando por nosotros, buscando soluciones absurdas para que yo me sienta segura.

Álex
Lena, hemos aprendido qué fallaba y podemos trabajarlo.

Contemplo la pantalla hasta que se vuelve negra. Este hombre va a terminar con mi salud cardiaca. Mi pulso se dispara, hace un triple mortal y, después, se detiene.

Regreso a mi habitación y me siento en la cama. Debería responderle, pero estoy acojonada. Me asusta que los sentimientos estén nublando mi juicio y también que me esté enrocando en la idea de que lo nuestro no va a ninguna parte. Pero, sobre todo, me aterra alargar el sufrimiento casi tanto como negarme la posibilidad de ser feliz por miedo.

Vaya plan.

El teléfono vibra entre mis manos. Álex me está haciendo una videollamada. Los dedos me tiemblan al deslizarlos por la pantalla y aceptarla. Álex aparece al otro lado, despeinado y con los ojos llenos de esperanza.

—Lena, no puedo demostrarte que puede funcionar si no me das una oportunidad. Solo dime que lo pensarás. Solo eso y colgaré.

Dudo. No quiero dudar, pero dudo.

Álex sonríe con dulzura, como si supiera que lo necesito, y aparecen esas arruguitas que se le marcan alrededor de los ojos.

Putas arruguitas.

Trago saliva.

—Lo pensaré —respondo en un murmullo.

Pero ninguno de los dos finalizamos la videollamada.

Cinco meses después…

Álex

España, abril, 2023

Un tono. Dos tonos. Tres…

—*Amico!* —La cara sonriente de Fabrizio aparece en un primer plano. Gira la cámara y me muestra los grandes ventanales, el espacio abierto y el suelo de madera. Se encuentra en mi nueva oficina, que todavía está vacía—. Esto es… fantástico. *Spettacolare!*

—Tu despacho sería el de la izquierda —le comento mientras él va y viene y gesticula como buen italiano—. La idea es centrarnos en los proyectos, nada de obras. Las renovables están en alza y te aseguro que dan suficiente dinero como para vivir bien. —No lo digo por decir, desde principios de año, soy mi propio jefe—. ¿Qué me dices?

Fabrizio se frota la barbilla, haciéndose el interesante.

—Sol, buena comida, un trabajo tranquilo… —enumera con ese deje musical—. Y Giuglia *adora la Spagna*. —Se carcajea—. A Mauro le dará un infarto.

Seguramente.

—Habla con tu mujer y después de me dices, que ahora tengo algo importante que hacer.

Fabrizio alza una ceja y me lanza esa sonrisilla de listillo.

—¿La *ragazza*?

Le guiño un ojo y le dejo con la duda.

—*Ciao*, Fabrizio.

—*Stupido spagn*…

Fin de la videollamada.

Me incorporo del sofá de mi nuevo apartamento y avanzo hacia el baño para mirarme en el único espejo de la casa. Alquilé este piso hace cinco meses, cuando decidí luchar con uñas y dientes por mi futuro, pero tengo lo justito para sobrevivir.

Echo un vistazo a mi reflejo y repaso mi aspecto. Vaqueros, camisa blanca y barba recortada. Me repeino el pelo y ensayo una sonrisa.

Joder, estoy de los nervios. ¿Cuánto falta?

Regreso sobre mis pasos al salón y compruebo la hora en el móvil. Me desespero. No es posible que solo hayan pasado diez minutos desde la última vez que lo miré.

En un impulso, marco su número.

Un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro…

—Álex, estás haciendo trampas —se queja.

Gruño. La pantalla está en negro. De fondo, escucho los sonidos de la cafetería y a Irene echándole un rapapolvo a Uli.

Lena les chista.

—La impaciencia me está matando —le confieso.

Lena se ríe y yo sonrío.

—¿Estás nervioso por nuestra cita?

—Por supuesto.

¿Quién no lo estaría después de ciento cincuenta días sin poder tocar a la persona que ama?

No habríamos llegado hasta aquí sin las videollamadas semanales, que se han convertido en un ejercicio de vulnerabilidad. Ella sigue aprendiendo a ponerse por delante y yo, a mostrarme desnudo, sin capas ni excusas. ¿La verdad? La mayoría de nuestras conversaciones han sido incómodas. Hemos respondido preguntas difíciles, planteado distintas versiones del futuro y, sobre todo, nos hemos dado margen para mejorar sin presionarnos.

Con toda probabilidad, la prueba de fuego la superamos el mes pasado, cuando Sergio nos dio un susto de muerte al ser ingresado en el hospital. Por primera vez, no oculté lo que sentía ni lo disfracé con frases vacías. Me mostré ante Lena con un precioso ataque de pánico y ella me apoyó sin saltarse nuestro acuerdo. Por suerte, la falta de fuerza que experimentaba mi hermano no era un síntoma de la ELA, sino unas carencias alimenticias provocadas por la dieta exprés que sigue para tener tipillo el día de su boda.

—Estoy histérica —admite Lena—. Casi estoy a punto de pedirte que lo retrasemos.

Me trago la decepción y mantengo la sonrisa.

—Si es lo que necesitas, lo retrasamos. No hay problema.

Lena permanece en silencio al otro lado de la línea.

—Ni de coña —dice bajito—. Estoy lista.

El corazón me martillea en el pecho.

—Vale —digo con la garganta estrangulada—. Pues…, en un rato voy para allá.

No la veo, aunque detecto su sonrisa cuando responde:

—Ven cuando quieras.

La campanilla me saluda al entrar en Somos Instantes. Hago un barrido visual por la cafetería. Un par de mesas ocupadas, Irene, que atiende a una clienta en la barra, y Uli, que barre cerca de los baños. Ni rastro de Lena.

—No tarda —me asegura su sobrino con una sonrisa tranquilizadora. Se acerca a la puerta del almacén y da unos suaves toques—. Ya está aquí —le anuncia.

Oigo un grito mal disimulado y una carcajada que me suenan a anticipación, anhelo y alegría.

—¡Viva la aldea de la excitación! —exclama Lena.

—Ya verás cuando llegues a la zona de las palpitaciones —responde Uli con una risita.

Estoy tan nervioso que ni me río, me limito a respirar, clavado en mitad de la nada, desesperado por que abra esa puerta. Cuando por fin la vea, deseo hacer tantas cosas que corro el riesgo de colapsar. Abrazarla. Tocarla. Olerla. Mirarla a placer, sin un plano que me condicione. Aunque antes de todo eso, me encantaría…

Unas carcajadas estruendosas me sacan de mi ensoñación. Provienen de la clienta sentada en la barra y parece que la fuente de esa diversión es la camarera simpática. Increíble, la rubia tiene sentido del humor. La clienta se gira en mi dirección y me sonríe. Mierda, es Cata.

Mal empezamos.

No he querido decirles a nuestros amigos que hoy era el día del encuentro porque sé de qué pie cojean. Serían capaces de presentarse y avisar a media clientela. Y de ahí a que circulen vídeos sobre el momento solo hay un paso.

No le lanzo una advertencia porque veo por el rabillo del ojo que la puerta del cuartucho se abre. Giro el cuello para no perderme ni un detalle.

Lena aparece y me cago en la iluminación del pasillo. Intuyo la forma de su cuerpo, el vestido corto y su sonrisa, pero me estoy perdiendo los detalles. Mis pies caminan hacia ella sin obedecer una orden directa del cerebro. Ella avanza con timidez hacia mí y un foco la ilumina.

Por fin.

Qué guapa está. Lleva un vestido corto, blanco con rayas negras, y una chaqueta de punto del color de las cerezas, a juego con sus labios.

Ni parpadeo, no puedo dejar de mirarla. Y lo mejor es que Lena no puede dejar de mirarme a mí, como si los dos hubiéramos caído en el embrujo del otro.

Ambos ralentizamos el paso y nos recreamos en este instante. Hemos recorrido un largo viaje para llegar hasta aquí. Los miedos, las dudas y la desconfianza se han transformado, con mucho esfuerzo y trabajo, en seguridad, calma y certidumbre.

Aunque nadie lo diría si me viera ahora mismo, soy la viva imagen de un hombre al que está a punto de darle un ataque al

corazón. Me sudan hasta las orejas y mis latidos retumban al ritmo de un batería puesto de pastillas.

Tan solo nos separan tres metros.

Ella da un paso e inspira hondo para controlar los nervios.

Yo doy otro y, en contra de mi voluntad, me detengo. Lena está lo bastante cerca como para soltarle la pantomima que he ensayado. Espero que se lo tome como lo que es: mi forma de decirle que, aunque empecemos de nuevo, no olvido nuestro pasado.

—Hola, soy Álex, el primo de Daniela —le digo con menos confianza de la que pretendía.

Lena suelta un resoplido, como si estuviera teniendo mucha paciencia conmigo, pero se convierte en una carcajada a medio camino.

—No me puedo creer que vayas a usarlo otra vez.

—Venga, Lena —la animo.

Ella mueve la cabeza de un lado a otro y sus ojos me dicen que sigo siendo un gilipollas. No lo puedo negar, aunque ahora solo sea aplicable a las tonterías que hago y no a cómo me comporto. De todas formas, la culpa de que me muestre tal cual soy es suya. Lena me ha enseñado que confiar es abrirte del todo y dejar que te sostengan cuando no tienes fuerzas. Y yo, ahora mismo, estoy con el alma al aire, depositando mi fe en que ella sea capaz de ver mi inseguridad y me ayude a espantarla.

Lena no me falla.

—Creo que ya nos hemos visto antes —replica con un deje burlón. Su sonrisa me da alas para acercarme.

Lo hago despacio, como todo lo que hemos construido estos meses. Rozo su mejilla con las yemas de los dedos y me pierdo en sus ojos, que se empañan mientras los míos sonríen.

—Me confundes con otro —le digo, bajito—. Ya no soy ese Álex.

Lena no responde con palabras, se aferra a mi camisa y tira de ella para eliminar el poco espacio que hay entre nosotros. Con el tirón, los billetes a Paris que guardaba en el bolsillo caen al suelo. Lena ni los mira, no rompe el contacto visual ni un segundo.

—Tal vez sea algo descarado —añado—, pero me encantaría besarte. ¿Puedo?

Ella me rodea el cuello con sus brazos.

—Por supuesto —me imita—. Aunque voy a ser yo la que te bese a ti.

Y lo hace.

Sus labios se funden con los míos en un beso cargado de lecciones aprendidas, reconocimiento y amor. Es un beso lento y profundo, repleto de emoción, que marca el inicio de una nueva era.

El momento sería perfecto si un octogenario no se echara a llorar. O si una jubilada no se pusiera a contabilizar los segundos que permanecemos unidos. O tal vez si Toni y Gin, que vete a saber de dónde salen, no exclamaran junto a Cata: «¡Queremos creer!». O si el veinteañero no se cabreara porque Uli le tapa el plano…

Lena y yo nos reímos en la boca del otro, igual que cuando éramos dos jovencitos que desconocían que el amor podía doler y que el miedo podía separarlos.

En realidad, la interrupción no importa. El beso sigue siendo perfecto, porque es nuestro y representa el primero de muchos.

Esta vez saldrá bien. Lo sé.

Dos años y medio después…

Positano, octubre, 2025

—Señoras, yo no vuelvo. —Toni nos lanza una mirada elocuente por encima de sus gafas de sol—. Hablo en serio. No intentéis convencerme, la Costa Amalfitana es el paraíso en la Tierra.

Por debajo de la mesa, Álex choca su rodilla con la mía y le respondo con un apretón en el muslo. Hemos apostado a que repetirá esta misma frase diez veces más antes de que regresemos a casa.

—Me sumo —dice Daniela con los ojos clavados en el paisaje vertical de Positano. La luz cálida del atardecer nos regala nuevos matices del mar y de las coloridas fachadas sobre el acantilado.

—Joder, y yo contigo. —Gin entrelaza el brazo con el de su mujer y apoya la cabeza en su hombro. Daniela le responde con un beso en la frente y una sonrisa placentera.

Me emociona verlas así. Después de varias crisis de pareja, vuelven a ser inseparables. Es una pena que Daniela haya tenido que renunciar a su trabajo en la sanidad pública para lograrlo.

—Podríais ofrecerme el puesto de mis sueños —continúa Toni con su dramatismo habitual—, vigor para llegar a los ochenta bien equipado y hasta un harem de hombres aceitosos… No cambiaría de opinión.

—Di algo, Fede. —Cata alza el brazo para llamar al camarero mientras una parejita se hace un selfi en el mirador. Es la única de nuestro grupo que ha venido en solitario, porque su novia trabaja.

Y sí, está con Irene, aunque no es culpa mía que se haya perdido el viaje, sino del veinteañero que grabó mi drama y la posterior reconciliación y lo subió a Tik Tok. Como preveía, nos hemos vuelto virales y ahora acuden solteros a mi cafetería como en *First Dates*.

La verdad es que nunca pensé que la Dementora fuera capaz de conseguir que Cata riera tan fuerte ni que estuviera tan feliz. Ahora las dos van a manifestaciones feministas juntas.

Aunque no todo es de color de rosa, no te creas. Mi amiga vive en la inseguridad desde que contraté a Silvi en mi cafetería. A veces creo que me odia por tomar esa decisión. Pero ¿qué quería que hiciera? ¿Dejarla tirada igual que hizo el cabrón de Mauro? No es culpa de Silvi que sea tan guapa y Cata tendrá que aprender a confiar en su novia.

Fede acerca sus labios a la oreja de mi amigo y susurra algo que no llegamos a escuchar.

—Qué tramposo —gime Toni—. Está bien, rectifico. El único que podría convencerme es este calientapollas de aquí.

Fede hace una reverencia con el brazo y todos reímos.

A mi amigo se le cae la baba con él, pero está perdidísimo con las relaciones de pareja. Usa toda clase de eufemismos para no mencionar el amor. Y creo que ha quedado claro que puede ser muy creativo con los nombres.

Por unos instantes, me pierdo la conversación de la mesa y contemplo a mis amigos, esa pequeña familia que formamos hace más de veinte años. Cata lanza una pulla y Toni se la devuelve. Gin y Daniela se parten de risa, buscándose con la mirada. Todos hemos cambiado, aunque seguimos siendo los mismos. Supongo que de eso se trata, ¿no? De enfrentarnos a lo que nos sucede y tratar de mejorar, sin perder nuestra esencia.

Álex acerca su cabeza a la mía y me roba un beso en los labios.

—Voy a darme un paseo con Fede —susurra, y casi estoy a punto de agradecérselo de una forma menos decorosa. Álex lee mis

intenciones y sonríe en plan canalla—. Eso después —promete—, ahora disfruta de un rato a solas con los amigos.

¿Babeo? Un poco. Es imposible no hacerlo cuando la persona a la que amas te ayuda en la difícil tarea de poner el foco en tus necesidades. Todavía me cuesta. Sobre todo cuando funciono en piloto automático y priorizo las urgencias sobre las cosas importantes. Aun así, sigo trabajando en ello.

Para cuando regresan los chicos de su paseo, hemos pasado un gran rato sentados en esta terraza de Positano, entre risas, lamentos y confidencias, con esa alegre calma que transmiten los amigos de verdad.

—Es mi turno —afirma Álex mientras Fede toma asiento. No pregunta ni existe una reacción de sorpresa entre los presentes, así que adivino que están todos compinchados—. ¿Vamos? —Me tiende la mano y curva sus labios en una sonrisa segura y juguetona.

Tardo en responder. Me quedo hipnotizada con el reflejo de la iluminación nocturna en su pelo perfectamente desordenado, en el brillo de sus ojos oscuros y en la posición de su cuerpo, que está a la espera del mío. Si la energía del amor fuera visible al ojo humano, Álex resplandecería.

Yo también lo haría, para qué negarlo, brillaría como miles de luciérnagas en la oscuridad.

Gin me da una palmadita en la mano, Daniela me sonríe, Cata me propina una patada por debajo de la mesa y Toni hace aspavientos con los brazos. Todos, a su manera, me están diciendo que espabile. Así que me incorporo y doy un par de pasos hacia mi compañero de vida.

—Vamos —respondo, sin cuestionar hacia dónde.

Desde nuestra mesa, observo cómo parpadean el centenar de pequeñas velas que iluminan el espacio. Los techos abovedados, conquistados por enredaderas, compiten por la atención de la vista en cascada de Positano. Cada detalle del acogedor restaurante

responde al romanticismo italiano: la música suave, los manteles de tela gruesa en color marfil, los arreglos de flores silvestres y los candelabros de hierro forjado.

—¿Celebramos algo? —Me plancho el vestido, del color del vino que acaban de servirnos, y enarco una ceja. Podríamos celebrar tantos aniversarios como días hay en un año.

Álex, sentado frente a mí, me mira con intensidad y se remanga la camisa burdeos, a juego con mi vestido. Por mucho que se rían nuestros amigos, juro que es una mera coincidencia.

—Por supuesto. —Entrelaza su mano con la mía.

Mi cuerpo responde con un alegre aleteo en el estómago. Al menos… hasta que siento algo frío en su contacto.

—¿Qué…? —Frunzo el ceño y Álex contiene una carcajada.

—Lena, voy a hacerte una pregunta muy importante. —*Ay, mi madre*—. Pero primero necesito saber tu nivel de acojone.

—¿Mi nivel de…? Álex, joder, estoy temblando.

Él me da un apretoncito en la mano y el pequeño metal que se interpone entre nuestras palmas cobra forma.

—Ya somos dos.

Álex inspira hondo y nuestros ojos se enredan, ajenos al ambiente del restaurante, a las preciosas vistas y a los comensales de las mesas contiguas.

—Lena, solo es una declaración de intenciones —me explica con la voz rasposa. Contengo el aliento. De todas las versiones de Álex, la que más me gusta es en la que se muestra vulnerable—. Una declaración que llega con catorce años de retraso, los mismos que lleva este anillo conmigo. —Despacio, deshace nuestras manos entrelazadas y me lo muestra.

Mis ojos vuelan del precioso anillo de oro rosa a sus ojos oscuros, que me miran con devoción.

Y yo solo puedo responder con un:

—Ah. —Y lo mejoro con un—: Vale.

Álex se ríe y yo sonrío con mis labios temblorosos. Puede que no haya sido muy original y que dijera algo similar en otra vida. Antes de que pueda arreglarlo, mi móvil vibra encima de la mesa y deja en pausa el momento. Es Uli, que ha vuelto a hacer de canguro de

Paula. Y no tengo ni que preguntar si puedo aceptar la videollamada, porque es Álex quien lo hace.

Mi hija está tan emocionada que nos saluda antes de que la conexión se establezca.

—… la, mami! ¡Hola, Ale!

—¡Hola, peque! —respondemos los dos al unísono.

Mi sobrino y Paula nos devuelven una sonrisa de oreja a oreja. Están recostados en el sofá con Lisboa tumbado sobre el torso de Uli y con Amalfi, la diminuta gata tricolor que adoptamos hace unos meses, enroscada en el brazo de mi hija.

—¿Interrumpimos? —Uli muda el gesto en una mueca y Paula pregunta al mismo tiempo:

—¿Dónde estáis? —Estira el cuello para acercarse a la cámara y sonríe satisfecha—. ¡Ya se lo has dado! —exclama, y señala con el dedo a la mesa, justo donde se ha quedado olvidado el anillo.

—Ahora mismito, peque —responde Álex.

—¿Y le gusta?

—Pues…, no lo tengo claro. —Se gira para lanzarme una mirada burlona y yo replico parpadeando como una pava mientras mi cerebro hace las conexiones neuronales. Álex ha hablado con Paula antes de darme el anillo.

Mi hija se muere de risa y la novia de Uli asoma la cabeza en el plano, espantando con el movimiento a los dos gatos.

—¡Eh! —se queja—. Yo también quiero ver.

Paula le da un besito en el moflete y enreda la manita en su pelo. La adora casi tanto como a mi sobrino.

—Mami, ¿lo quieres o no?

Mi pulso enloquece. ¿Lo quiero? Bueno, no puedo negar que es bonito. ¿Lo necesito? No. El mayor compromiso lo adquirimos cuando decidimos quedarnos y pelear por lo nuestro. Este anillo solo es un anillo. Entonces, ¿sé lo que quiero hacer? Sin ninguna duda. Alargo el brazo y doy un sorbo a mi copa de vino. Después, sonrío con malicia.

—La verdad, peque, es que no ha llegado a preguntarme nada. Me estaba diciendo que quería declararse con este anillo, que, no sé si lo sabes, pero representa el fracaso de una relación anterior. —

Álex echa el cuello hacia atrás y analiza mi rostro para comprobar si le estoy tomando el pelo. Y sí, le estoy vacilando—. Hombre, podrías habértelo currado un pelín más, *amor*.

—Y luego dicen que yo soy una borde —murmura la novia de Uli en el tiempo que le lleva a Álex descubrir que le estoy desafiando.

Entrecierra sus ojos y sus labios se curvan en una sonrisa torcida.

—Por supuesto. —Deja el móvil apoyado en el candelabro y abandona la silla para arrodillarse frente a mí. Ahora es él quien me desafía a mí.

Paula aplaude, Uli carraspea y varios turistas se emocionan mientras otros tantos murmuran y sacan sus teléfonos para grabar la escenita. Este hombre debe haberle cogido gustillo a ser el centro de atención.

—Lena… —el muy payaso tiene que aguantarse la risa y yo no puedo estar más roja—, sigo sin recordar la primera vez que te vi. —Meneo la cabeza de un lado a otro y le fulmino con la mirada. Él sonríe aún más y tiene que aclararse la voz para no morir ahogado por las carcajadas que reprime—. Pero este anillo —y lo alza entre sus dedos para que se vea bien— simboliza que, durante más de diez años, no fui capaz de olvidarte. —Sus ojos, clavados en los míos, dejan de brillar con diversión; su mirada se torna cálida. Cuando vuelve a hablar, su tono de voz es bajo, solo para que yo lo escuche—. Compartir la vida contigo sabe a carcajadas, a bromas compartidas, a caricias que me ponen la piel de gallina, a besos tiernos y a otros que no lo son tanto. Es sentir que, por fin, estoy en el lugar correcto, donde no soy solo yo el que protege, también el protegido. Lena, este anillo siempre ha sido tuyo. Igual que yo.

¿Sonrío? Obvio. ¿Le quiero comer a besos? Totalmente. Tiro de él hacia arriba, me aferro a su nuca y respondo sobre sus labios:

—Sí.

Álex me besa y un montón de gente aplaude.

—No he llegado a proponerte nada —susurra.

—Da igual. Lo que sea, sí.

Porque hace mucho tiempo que mi corazón lo eligió a él, aunque la cabeza lo hiciera mucho más tarde, porque lo nuestro es un amor

consciente, en el que trabajamos para hacernos felices, y porque no importa qué me proponga si vamos a hacerlo juntos.

Nota de la autora

¡Hola! Espero que hayas disfrutado de ese viaje tanto como yo al escribirlo. *Ains*, quiero decir un montón de cosas y no quiero escribir siete folios para expresarlo, así que me voy a tomar la licencia de usar las enumeraciones de Lena para hacerlo más escueto:

1) A pesar de que no he querido desarrollar en profundidad el tema de la ELA, he leído una cantidad indecente de documentación sobre la enfermedad, los pronósticos, las variantes genéticas y los distintos análisis (y los años en los empezaron a aplicarse). Si elegí esta enfermedad (y no otra) fue porque era fácil empatizar con el miedo al diagnóstico. También porque las madres de dos personas importantes para mí la sufrieron, y viví de primera mano el proceso. Hace poco, leí que estaban haciendo avances en la investigación de la enfermedad y juro que lloré como una niña. Espero poder ver, algún día, la noticia de que han encontrado una cura.

2) Personalmente, me molesta que, en las novelas románticas, sea él quien meta la pata y ella la que perdone, aunque espero haber desarrollado lo bastante bien a los protagonistas como para que los hayas entendido y que no te quedes solo con ese detalle. Podría haber invertido los papeles, la verdad, pero, en la sociedad en la que vivimos (y tal como nos han educado), me parecía más realista que él fuera el que callara y ella, la que se perdiera un poco a sí misma por querer entenderlo. De todas formas, estoy muy

satisfecha con el final, en el que ambos se esfuerzan por trabajar en esas áreas de mejora.

3) Y, por último, si he conseguido que hayas llegado hasta aquí, voy a tirar del descaro de las personas tímidas y pedirte un gran favor: que me ayudes. Los autores autopublicados lo tenemos muy difícil para darnos a conocer, mucho más ahora, que hay tantísimos libros escritos por la IA. Puedes hacerlo de muchas formas: recomendando la novela, escribiendo una reseña (aunque sea un simple «me ha gustado»), puntuándola en Amazon… De esta manera, estarías contribuyendo a que lo invisible sea visible para otros lectores. Y a mí me darías un chute de energía para seguir escribiendo, te lo aseguro. También (si te apetece), puedes contarme qué te ha parecido la historia de Lena y de Álex, a través de mi perfil de Instagram: @lara_blanc_escritora. Soy tímida, pero maja, y siempre respondo 😊.

Agradecimientos

¡Bienvenido a la parte en la que divago sobre el proceso de escritura de esta novela y cito nombres que no conoces! Te advierto que suele ser un rollo. Ah, que no quieres saltártela… Pues, venga, vamos a ello.

Me confundes con otro es mi cuarta novela, y podrías pensar que como ya he escrito otras tres, esta me ha resultado más fácil. Pero no. Yo siempre me meto en berenjenales y me desafío con cada proyecto. El resultado suele ser que, en varios puntos del camino, me tiro de los pelos, me planteo por qué me estoy haciendo esto y quiero tirar la toalla. Casi nada. Si le sumas a esta situación que el tiempo del que dispongo para escribir suelo quitárselo al descanso, a los amigos y a la familia, obtienes a una chica agotada con un sueño que no sabe si podrá cumplirse. Si consigo llegar hasta el final, se debe a que soy cabezota y que tengo gente a mi alrededor que me apoya, aún cuando yo haya dejado de creer en mí.

Por eso, mi primer agradecimiento siempre es para mi gente. Para mis padres y mi hermana, que son mis pilares, los que, pase lo que pase, siempre están ahí para escuchar mis movidas, sostenerme cuando creo que no puedo más y para recordarme que todo en esta vida son ciclos. Y para mis amigos, que me enseñan a ser mejor persona y me hacen reír a carcajadas.

Esta novela no existiría si, aquel día, a mi ex no se le hubiera ocurrido proponerme que le acompañara a una boda en Italia. El viaje nunca llegó a realizarse, pero prendió la chispa de esta historia (que no es la nuestra), así que gracias por inspirarme y por tener el valor de invitarme a un plan de lo más bizarro. Habría sido genial acojonar a tu jefe.

Esta novela tampoco existiría sin mis lectoras cero, las que se comen la historia en bruto y las que aguantan la espera entre una crisis existencial y otra. Ellas son mis dos «V»: mi mejor amiga del instituto y mi mejor amiga de la universidad, que siguen ahí a pesar de todos los años que han pasado desde entonces. Sus comentarios y su apoyo son tan importantes que, de verdad, creo que no podría haber finalizado la novela sin ellas. Gracias, chicas, sois las mejores y os quiero muchísimo.

Esta vez, Gema Azorín (compañera de letras a la que admiro y amiga) ha querido sumarse a este viaje «en bruto» (pobrecilla) y su aportación ha sido increíble. Ella me ha enseñado a soltarme un poco más y me ha metido mucha caña con la autocrítica. Ni sé la de veces que se ha leído la historia de Lena y Álex, ni las distintas versiones de escenas que ha podido devorar. Gema, gracias por tu paciencia, por los consejos y por estar ahí siempre. También por perdonarme la vida cada vez que saco a mi Risto interior 😊. *I love you*.

Continúo con Carmen Arteaga, a la que he torturado enviándole la primera parte de la historia y, meses después, la segunda. Lo peor es que no es la primera vez que lo hago. Es una de mis autoras favoritas, así que es un honor que se preste a darme su opinión cuando tengo el manuscrito terminado. ¿Se nota que la admiro? Pues, además, también la quiero mucho. Gracias, Carmen, guardo ese audio larguísimo para escucharlo cada vez que me entran las dudas.

También quiero agradecerle el apoyo a Anele Amme que siempre saca un hueco para una videollamada y me da unos consejos buenísimos. Amiga, espero que pronto te decidas a terminar esa novela que llevas entre manos. Quiero verte triunfar otra vez.

Tampoco puede faltar Aitana Sanblanco, amiga escritora a la que también admiro. Las quedadas para tomar vermuts han sido catárticas, pero lo que más te agradezco es la crítica constructiva que me hiciste aquella tarde en la playa. Puede que me dejaras un pelín en el sitio, pero tu voz me ha acompañado en todo el proceso, te lo aseguro. Mil gracias por los consejos.

Esta novela no se vería tan bonita sin la ayuda de Adela Aragón y su preciosa ilustración para la portada y sin la corrección de Marisa Sefra. Gracias por vuestro trabajo, chicas, hacéis fácil lo difícil. Y ambas son unas grandes escritoras.

Y ahora profundizo en lo personal. Puede que esta sea la parte que más me cuesta, pero allá voy…

Gracias, mamá, porque estos últimos dos años han sido durísimos para mí y tú te has convertido en mi roca. Me has dado calor cuando más lo necesitaba y has tratado de calmar mis miedos. Sé que, a veces, nos cuesta entendernos, aunque me encanta que no dejemos de intentarlo.

Gracias, papá, por estar ahí cada vez que necesito desahogarme, por esos consejos que, a veces, no escucho y por estar siempre presente, a pesar de la distancia. Eres el hombre más importante de mi vida y siempre lo serás.

Gracias, tata, por el buen rollo que siempre tratas de aportar, por tus sonrisas, por tus «te quiero» cada vez que te despides y por ser esa mujer sabia que pone la cordura y la inteligencia emocional. Te has convertido en todo en un referente. ¡Cualquiera diría que eres la pequeña!

Siempre lo digo, pero sería incapaz de escribir historias de amistad sin ellos: mi tomatito, mi Martina castaña, mi adorado vecino, el bombón latino, la alcoyana, mi Oli, la Lola de España y mi madrastra buena. Echo de menos veros más a menudo y os quiero muchísimo (maldita vida adulta).

No puedo irme sin darle las gracias a todas esas personitas de Bookstagram que nos apoyan a los escritores independientes. Muchas cuentas han ido desapareciendo en estos dos últimos años, pero permitidme que haga mención a algunas de ellas: @elbauldelasletras, @paula_lectora_compulsiva y @devorolibros (que fueron las primeras en creer en mí), @mi.taburete (escribe, por favor), @alice_inbookstagram (bonita mía), @nosinmibook (siempre me anima), @rincondelle (I love you), @conlosbartulosaotraparte (nubarrones), @betweenlovebooks, @eli.p.r (siempre ahí), @thebloody_mary (crack), @dreamingofmimibooks, @elrincodecris, @lucymoon2015, @valientegarciamariajose, @nayamzgreen,

@leoquemeleo, @yo_yomisma_y_todas, @leerconthea (descubrimiento), @yosoyaral, @elmarcapáginasdeangy, @historiaspastelonas, @libroypalomitas, @lendolendas2021, @rosana.lenn.autora, @esther.alcudia.autora, @anamazonp_escritora, @dulce.ando, @marina.phoenix.escritora y un millón más.

Queda poco, lo juro, aunque, antes de despedirme, quiero agradecerles a mis chicas del club de lectura. Cuando me apunté, no les conté que escribía, pero fueron pasando los meses, las relaciones se estrecharon y empecé a sentirme una farsante. Así que un día, gracias a una amiga, me armé de valor y me destapé en plena reunión. Y vaya momento. Vamos, que me dio por llorar y todo. Desde entonces, me preguntan en cada quedada por mis proyectos y me animan muchísimo. No puedo usar vuestros nombres, así que voy a inventarme algo. Gracias a la fundadora del club (te adoro), a Nora (me encantan los vídeos que me envías), a MJ (tenemos pendiente una quedada), a la mami brujita, a las escritoras, a la hater, a la rubia (quiero verte más, amiga), a MA (gracias por tu cariño, nosotras siempre tarde) y también a su peque, que nos encandila a todas. Esos domingos que compartimos me dan la vida, chicas.

Y por último, aunque suene a topicazo, te lo agradezco a ti, que has leído hasta los agradecimientos. Sin lectores, las historias desaparecen y los escritores dejamos de tener sentido, así que gracias por alimentar un sueño.

Otros libros de la autora

Si te ha gustado el personaje de Uli y la cafetería Somos Instantes, quizá te guste…



Salo hace mucho que dejó de creer en el amor, aunque tiene un pequeño vicio: devorar novelas románticas y reseñarlas en su perfil de Instagram @_romantic.books.

Ulises es un chico sensible (y un pelín hippie) que vive más tiempo en las nubes que en la Tierra. Acaba de aterrizar en la cafetería Somos Instantes, pero no pierde de vista su objetivo: convertirse en escritor.

Darío es un adolescente que está pasando por una temporada complicada, pero siempre saca tiempo para intentar descifrar cómo comportarse con las chicas.

¿Qué tienen en común una romántica en el armario, un soñador empedernido y una hormona con patas? No, no es el comienzo de un chiste y la respuesta es simple: ¡mucho más de lo que ellos creen! Los tres son amigos en Bookstagram, aunque, en realidad, no se conocen. ¿O sí?

O tal vez prefieras sumergirte en el mundo de la Mosquita muerta…


HISTORIAS
DE UNA
mosquita muerta
LARA BLANC



Es el año dos mil once, he perdido a mi único pez en el mar y llevo tantos meses en el paro que creo que es imposible volver al mercado laboral. Mi historia empieza en un momento en el que estoy bastante jodida, pero, tranquilo, que esto no es un drama. ¡Nada más lejos!

Soy Eva, una mosquita muerta, una gacela y una avestruz… ¡Así, todo en uno! Gracias a mi mejor amiga, tengo una entrevista de trabajo en una gran empresa del calzado. ¡Yo! ¡Que siempre he pensado que el mundo de la moda era superficial! No tengo ni idea, pero entrar a trabajar en esa compañía cambiará el rumbo de mi vida...

Aunque esta historia no es solo la mía, también es la de mis amigos, porque sin ellos nada tendría sentido.

Historias de una Mosquita Muerta es la primera parte de una bilogía, una novela coral de cuatro amigos treintañeros: Eva,

Martina, Julio y Olivia. Diferentes personajes que nos hablan de los sentimientos, miedos y desafíos de la juventud, así como de sus relaciones de amor y amistad. Una novela ágil, fresca, ligera, que te provocará más de una sonrisa.